Axie Oh

La chica que se entregó al mar

elastic

Axie Oh
La chica que se entregó al mar
elastic

Axie Oh
La chica que se entregó al mar
elastic

AXIE OH es una coreano-estadounidense de primera generación nacida en la ciudad de Nueva York y criada en Nueva Jersey. Estudió historia de Corea y escritura creativa en la Universidad de California en San Diego y tiene un máster en escritura juvenil por la Universidad de Lesley. Sus pasiones incluyen el k-pop el anime, los artículos de papelería y el té con leche. Actualmente reside en Las Vegas, Nevada, con su cachorro Toro (llamado así por Totoro).

Tormentas letales.

Una vieja maldición.

¿Podrá su sacrificio salvarlos a todos?

Durante generaciones, el hogar de Mina ha sido arrasado por tormentas, inundaciones y guerras. Su gente cree que el Dios del Mar, que tiempo atrás era su protector, ahora los ha maldecido.

Para salvar a los suyos, Mina se arroja al mar. Con este sacrificio llega al Reino de los Espíritus, una ciudad mágica donde habitan dioses menores y bestias míticas. Allí descubre que el Dios del Mar está sumido en un sueño mágico del que ella se propone despertarlo y acabar de una vez por todas con las desgracias.

Pero tiene que darse prisa: un humano no puede permanecer durante demasiado tiempo en la tierra de los espíritus. Y hay algunos que harán todo lo posible para evitar que el Dios del Mar despierte...

Axie Oh

La chica que se entregó al mar

Traducción de Scheherezade Surià

elastic BOOKS

Para mi madre,

que siempre ha creído en mí.

1

Cuentan las leyendas de mi aldea que solo una auténtica prometida del Dios del Mar logrará acabar con su furia voraz. Cuando las colosales tormentas emerjan del mar del Este, los relámpagos eclipsen el cielo y las olas quiebren la orilla, se elegirá y entregará una prometida al Dios del Mar.

O se sacrificará, eso ya depende de tu fe.

Año tras año, se desata la tormenta y llevan a una nueva chica al mar. No puedo evitar preguntarme si Shim Cheong cree en esta leyenda, si la utilizará a modo de protección hasta que llegue su final.

O puede que lo considere una nueva vida. El destino puede tomar diferentes caminos.

Por ejemplo, está el mío, que literalmente se despliega ante mí y se va estrechando a través de los arrozales anegados. Si lo sigo, llegaré a la playa. Si me giro, me llevará de vuelta al pueblo.

¿Qué destino me pertenece? ¿A cuál he de aferrarme con fuerza?

Y aunque tuviera alguna opción, tampoco podría tomarla por mi cuenta. Si bien una gran parte de mí anhela el refugio de mi hogar, el galope de mi corazón es mucho más fuerte. Pide a gritos trotar a mar abierto y hacia la persona que amo con todo mi ser.

Mi hermano Joon.

Los relámpagos se abren paso entre las nubes tormentosas, atravesando el cielo oscuro. Unos segundos más tarde, el estallido de los truenos resuena sobre los arrozales.

El camino termina donde se encuentran la tierra y la arena. Me quito las sandalias mojadas y me las pongo sobre el hombro. A través de la lluvia torrencial, alcanzo a ver un barco, que se retuerce y gira sobre las olas. Abierto y de un solo mástil, debe de llevar a unos ocho hombres… y a la verdadera prometida del Dios del Mar. Se encuentra lejos de la orilla y continúa marcando distancia.

Me levanto la falda mojada por la lluvia y corro veloz hacia el mar

embravecido.

Oigo un grito que viene del barco y, justo en ese instante, una ola rompe contra mi cuerpo. Me engulle inmediatamente. El agua congelada me roba el aliento. Las olas me revuelcan a su antojo, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. Lucho por sacar la cabeza a la superficie, pero las olas me engullen.

No es que no sepa nadar, pero tampoco es mi fuerte y, por mucho que intente llegar nadando al barco para sobrevivir, se me hace cuesta arriba. Parece que no es suficiente. Ojalá no dolieran tanto las olas, la sal, el mar.

—¡Mina! —Dos grandes manos me agarran los brazos y me sacan del agua. Me colocan con firmeza en la cubierta tremulante. Es mi hermano, cuyo rostro que tan bien conozco me mira con el ceño fruncido—. ¿En qué estabas pensando? —grita Joon por encima de los aullidos del viento—. ¡Podrías haberte ahogado!

Una gigantesca ola se estrella contra el barco y pierdo el equilibrio. Joon me sujeta de la muñeca para que no me caiga por la borda.

—¡Te he seguido! —grito igual de fuerte—. No deberías estar aquí. Los guerreros no pueden acompañar a la prometida del Dios del Mar. —Al mirar a mi hermano, su cara empapada por la lluvia y su expresión desafiante, quiero romper a llorar. Quiero arrastrarlo a la orilla sin mirar atrás. ¿Cómo puede arriesgar su vida de esta manera? —. Como el dios notara tu presencia, ¡te mataría!

Joon se encoge. Ojea la proa del barco, en la que se encuentra una figura esbelta con el cabello azotado por el viento.

Shim Cheong.

—No lo entiendes —dice Joon—. No podía… no podía dejar que se enfrentara a esto sola.

Se le rompe la voz y me confirma lo que siempre he sospechado y deseado que jamás se cumpliera. Maldigo por lo bajo, pero Joon no se da cuenta. Todos sus sentidos están puestos en ella.

Los ancianos dicen que Shim Cheong fue modelada por la Diosa de la Creación para convertirse en la última prometida del Dios del Mar, la única que aliviaría todas sus penas y encauzaría al reino hacia una nueva era de paz. Tiene una piel forjada con las perlas más puras. El pelo, hilvanado con la oscuridad de la noche. Los labios del color de la

sangre de los hombres.

Puede que este último detalle se deba más a la amargura que a la realidad.

Recuerdo la primera vez que vi a Shim Cheong. Yo estaba con Joon junto al río. Era la noche del festival de barcos de papel de hace cuatro veranos, cuando tenía doce años y Joon, catorce.

Es tradición que en los pueblos costeros se escriban deseos en papel y se les dé, con delicadeza, forma de barcos para que naveguen por el río. Se cree que estos barcos comunicarán los deseos a nuestros ancestros en el Reino de los Espíritus y allí negociarán con dioses menores para que cumplan nuestros sueños y anhelos.

—Puede que Shim Cheong sea la chica más hermosa del pueblo, pero su cara es una maldición.

Levanté la cabeza al oír a Joon y seguí su mirada hasta la chica en el centro del puente que cruzaba el río.

La luna le iluminaba el rostro y parecía más diosa que humana. Tenía un barquito de papel en la mano. Cayó de su palma abierta al río. Mientras el barco se dejaba llevar por la corriente, me pregunté qué más podría desear alguien tan bello.

Lo que aún no sabía es que Shim Cheong ya estaba destinada a ser la prometida del Dios del Mar.

Ahora que llueve a mares y los truenos zarandean mis huesos, observo cómo los hombres se mantienen alejados de ella. Es como si ya la hubieran sacrificado; su belleza sobrenatural la diferencia de todos nosotros. Pertenece al Dios del Mar, algo que la aldea siempre ha sabido desde que se hizo mujer.

Me pregunto si tu destino puede cambiar en un día. O si tardan algo más en arrebatarte la vida.

Me pregunto si Joon sabe la soledad que siente. Y es que, desde que Shim Cheong cumplió doce años, pertenece al Dios del Mar. Puede que todo el mundo la viera como alguien que, tarde o temprano, se marcharía de la aldea, pero Joon era el único que deseaba que se quedase.

—Mina. —Joon me tira del brazo—. Escóndete.

Miro como Joon busca con inquietud un lugar en el que esconderme. Puede que no le importe haber roto una de las tres reglas del Dios del Mar, pero sí se preocupa por mí.

Las reglas son sencillas: nada de guerreros ni mujeres, a excepción de la prometida del Dios del Mar, ni armas. Joon rompió la primera al estar aquí esta noche. Yo rompí la segunda.

«Y la tercera». Aprieto con la mano el puñal que me he escondido debajo de la chaquetilla, con la hoja que antaño perteneció a mi tatarabuela.

El barco debe de haber llegado al ojo de la tormenta, porque el viento deja de aullar, las olas ya no rompen contra la cubierta e, incluso, la lluvia cesa su implacable martilleo.

La oscuridad es la reina del lugar, las nubes impiden el paso de la luz de la luna. Me acerco a la borda del barco y miro hacia un lado. Los relámpagos centellean y, en el resplandor, lo veo. Los pescadores lo ven también, la noche engulle sus gritos.

Un enorme dragón azul y plateado se mueve por debajo del barco.

Su cuerpo cual serpiente rodea el navío, con su lomo crestado y escamoso atraviesa la superficie del agua.

El destello de los rayos se desvanece. La oscuridad vuelve a imponerse y lo único que se oye es la vorágine de las olas. Me estremezco al pensar en los funestos destinos que nos aguardan: engullidos por el agua o devorados por el siervo del Dios del Mar.

El barco cruje cuando el dragón se pega al casco.

¿Para qué es todo esto? ¿En qué estaba pensando el Dios del Mar al enviar a su escalofriante siervo? ¿Querrá poner a prueba la valentía de su prometida?

Pestañeo y me doy cuenta de que la rabia ha bloqueado gran parte de mi miedo. Busco el barco con la mirada. Shim Cheong sigue en la proa, pero ya no está sola.

—¡Joon! —grito con el corazón en un puño.

Joon se gira hacia mí y, de repente, suelta la mano de Shim Cheong.

Tras ellos, el dragón emerge del agua con sigilo y extiende su largo

cuello hacia el cielo. El agua salada se desliza por sus escamas azul oscuro y gotea la cubierta del barco.

Sus profundos ojos negros están clavados en Shim Cheong.

El momento ha llegado.

No sé qué ha de pasar, pero es lo que hemos estado esperando todos, lo que ella ha estado esperando desde que descubrió que era demasiado hermosa para vivir. Este es el instante en que lo perderá todo. Y, lo más desgarrador aún, al hombre al que ama.

De repente, Shim Cheong duda.

Se gira y sus ojos encuentran los de Joon. Le lanza una mirada que jamás había visto: una mirada tan agónica, temerosa y anhelante que me parte el alma. A Joon se le escapa un grito ahogado, da un paso hacia ella y luego otro, hasta que están frente a frente. Extiende las manos desnudas para protegerla.

Y con esto, ha sellado su destino. El dragón no lo dejará escapar, no después de este acto insolente. Confirmando mis miedos, la gran bestia escupe un rugido ensordecedor que hace arrodillar a los hombres que aún estaban en pie.

Todos menos Joon. Mi valiente y cabezota hermano, que aún está ahí plantado como si pudiera proteger a su amada de la furia del Dios del Mar él solo.

Una ira atroz crece en mi interior: empieza en el vientre, continúa su camino desgarrador hacia la garganta y amenaza con ahogarme. Los dioses han decidido no conceder nuestros deseos. No solo los del festival de barquitos de papel, sino también los pequeños ruegos que hacemos cada día, pidiendo paz, fertilidad, amor… Los dioses nos han abandonado. El dios de los dioses, el Dios del Mar, quiere recibir de sus súbditos; solo recibir y nunca dar nada a cambio.

Puede que los dioses no los concedan. Pero yo sí que podría. Por Joon. Puedo concederle su deseo.

Corro hacia la proa del barco y me detengo en el borde.

—¡Tómame a mí en su lugar! —Saco el puñal, me hago un corte profundo en la palma, que levanto sobre la cabeza—. Yo seré la prometida del Dios del Mar. ¡Le ofrezco mi vida!

El dragón no mueve ni una escama con mis palabras. Me entran las dudas al momento. ¿Por qué me tomaría el dragón a mí en lugar de a Shim Cheong? No tengo su belleza ni su elegancia. Solo una fuerte disposición, la misma que mi abuela advertía que sería mi cruz.

De repente, el dragón agacha la cabeza y se gira a un lado para que le pueda mirar directo a uno de sus ojos negros, tan profundos e infinitos como el mar.

—Por favor —susurro.

No me siento guapa ahora mismo. Ni siquiera valiente; me tiemblan las manos. Pero noto una calidez en el pecho que no me arrebatará nada ni nadie. A esta fuerza acudo, porque, aunque tenga miedo, sé que lo he elegido.

Soy la creadora de mi propio destino.

—¡Mina! —grita mi hermano—. ¡No!

El dragón saca todo su enorme cuerpo del agua y se coloca entre Joon y yo para separarnos. En este silencio, totalmente rodeada por el dragón, dudo, no sé cuánto debe de entender la bestia.

Intento elegir las palabras correctas. Elijo la verdad.

Cojo aire y elevo la barbilla.

—Soy la prometida del Dios del Mar.

El dragón se aparta del barco y deja al descubierto una abertura, un portal, en el agua agitada.

Y, sin mirar atrás, salto al mar.

2

Mientras me sumerjo, el rugido de las olas se corta abruptamente y todo queda en silencio. Por encima y alrededor de mí, el largo y sinuoso cuerpo del dragón da vueltas y crea un gran remolino.

Juntos caemos a través del mar.

Es extraño, pero las ganas de respirar no aumentan. Mi descenso es casi… tranquilo. Pacífico. Debe de ser obra del dragón. Está usando su magia para que no me ahogue.

Se me hace un nudo en la garganta y el corazón me late aliviado: todas las prometidas que me precedieron sobrevivieron.

Nos sumimos en la oscuridad, hasta que el mar que tengo encima es el cielo y nosotros —el dragón y yo— somos como estrellas fugaces.

El dragón se acerca más y, entre aquellas espirales que se estrechan, vislumbro un ojo medio cerrado que se abre ligeramente y deja al descubierto una brillante balsa de medianoche. El tiempo se ralentiza. El mundo se detiene. Extiendo la mano. Las gotitas de sangre salen de la herida abierta y caen como piedras preciosas entre la distancia que nos separa.

El dragón parpadea, una sola vez. Se abre una grieta debajo de mí y por ella caigo en la oscuridad.

* * *

Mi abuela me contaba historias sobre el Reino de los Espíritus, un lugar entre el cielo y la tierra poblado por todo tipo de seres maravillosos: dioses, espíritus y criaturas míticas. Mi abuela decía que era su propia abuela la que le contaba esas historias. Al fin y al cabo, aunque no todos los cuentacuentos sean abuelas, todas las abuelas son cuentacuentos.

Mi abuela y yo dábamos un paseo corto por los arrozales hasta llegar a

la playa, cada una con una esterilla de bambú enrollada. La extendíamos sobre la arena de guijarros y enlazábamos los brazos mientras sentadas, la una al lado de la otra, sumergíamos los dedos de los pies en el agua fresca.

Recuerdo el mar por la mañana temprano. El sol se asomaba por el horizonte y trazaba un caminito dorado a través del agua. El aire salado nos rociaba la cara como si fueran besos salados. Me inclinaba más hacia mi abuela, disfrutando de su calidez.

Siempre empezaba con las historias, las que tenían principio y final, pero cuando los tonos anaranjados y púrpuras de la mañana se convertían en el azul brillante de la tarde, comenzaba a divagar y su voz era como una melodía relajante.

—El Reino de los Espíritus es un lugar vasto y mágico, pero la mayor de todas sus maravillas es la ciudad del Dios del Mar. Algunos dicen que el Dios del Mar es un anciano. Otros, que es un hombre en la flor de la vida, alto como un árbol y con una barba negra como el tizón. Y otros creen que podría ser incluso un dragón, hecho de viento y agua. Pero sea cual sea la forma que adquiera el Dios del Mar, los dioses y los espíritus del reino le obedecen, porque él es el dios de los dioses y el gobernante de todos ellos.

He vivido toda la vida rodeada de dioses. Hay miles: el dios del pozo en el corazón de nuestra aldea, que canta a través del croar de las ranas; la diosa de la brisa que viene del oeste cuando sale la luna; el dios del arroyo en nuestro jardín, al que Joon y yo dejábamos pasteles de barro y de lirio a modo de ofrenda. El mundo está lleno de dioses menores, pues cada elemento de la naturaleza tiene un guardián que lo vigila y protege.

Un fuerte viento marino barrió el agua. Mi abuela se llevó la mano al sombrero de paja para evitar que el aire lo arrastrara hacia aquel cielo cada vez más oscuro. Aunque todavía era temprano, las nubes se acumulaban en lo alto, densas y lluviosas.

—Abuela —pregunté—, ¿qué hace que el Dios del Mar sea más poderoso que los demás dioses?

—Nuestro mar es una encarnación de él —contestó— y él es el mar. Él es poderoso porque el mar es poderoso. Y el mar es poderoso…

—Porque él lo es —terminé yo. A mi abuela le gustaba hablar en círculos.

En el cielo retumbó el gemido grave de un trueno. Los guijarros que teníamos a los pies cayeron al agua dando saltitos y la marea se los llevó. Más allá del horizonte, se avecinaba una tormenta. Unas nubes de polvo y cristales de hielo se levantaban en un embudo de oscuridad. Di un grito ahogado. La expectación recorrió mi alma.

—Ya empieza —dijo mi abuela.

Rápidamente nos pusimos de pie, enrollamos la esterilla de bambú y, sin demora, nos fuimos hacia las dunas que separaban la playa de la aldea. Resbalé en la arena, pero mi abuela me agarró de la mano para que no cayera. Cuando llegamos a lo alto, miré hacia atrás una última vez.

El mar estaba en la sombra. Las nubes impedían el paso de la luz del sol. Tenía un aspecto sobrenatural, tan distinto al mar de la mañana —aunque hubiera estado ahí sentada hacía tan solo un momento— que ya lo echaba muchísimo de menos. Durante las siguientes semanas, las tormentas fueron volviéndose cada vez más fuertes y era imposible acercarse a la orilla sin que te engulleran las olas. Arreciaban sin control hasta que, por la mañana, las nubes se separaban y dejaban pasar un brevísimo rayo de sol, señal de que había llegado el momento de sacrificar a una prometida.

—¿Qué hace enfadar tanto al Dios del Mar? —le pregunté a mi abuela, que se había detenido a contemplar el agua oscura—. ¿Es por nosotras?

Entonces se volvió hacia mí y reparé en la emoción que irradiaban sus ojos marrones.

—El Dios del Mar no está enfadado, Mina. Está perdido. Está esperando, en su palacio más allá de este mundo, a alguien lo bastante valiente como para encontrarlo.

* * *

Me incorporo e inspiro hondo. Lo último que recuerdo es que estaba cayendo en el mar. Sin embargo, ya no estoy bajo el agua. Es como si me hubiera despertado en el vientre de una nube. Una niebla blanca cubre el mundo y me cuesta ver más allá de las rodillas.

Ya de pie, hago una mueca de dolor al notar que mi vestido, seco y quebradizo por la sal, me raspa la piel. De entre los pliegues de mi falda cae el puñal de mi tatarabuela, que repiquetea contra el suelo de madera. Cuando me agacho a recogerlo, un destello de color me llama la atención.

Envuelta alrededor de mi palma izquierda, sobre el corte que me hice para hacer mi voto al Dios del Mar, hay una cinta.

Es una cinta de seda de un rojo intenso. Un extremo me rodea la mano, pero el otro nace del centro de la palma y sale hacia fuera, adentrándose en la niebla.

Una cinta que flota en el aire. Nunca he visto nada parecido, pero sé qué debe de ser.

El hilo rojo del destino.

Según las historias de mi abuela, el hilo rojo del destino ata a una persona a su sino. Algunos incluso creen que te ata a la persona que más desea tu corazón.

Joon, siempre romántico, creía que esto era cierto. Dijo que, cuando conoció a Cheong, supo que su vida ya no volvería a ser la misma. Que por la forma en que la mano tiraba en dirección a la suya, notó la sutil atracción del destino.

Y, sin embargo, el hijo rojo del destino es invisible en el mundo mortal. La cinta roja que tengo delante no es invisible, lo que significa…

Que no estoy en el mundo mortal.

Como si percibiera mis pensamientos, la cinta me da un fuerte tirón. Alguien —o algo— tira de mí desde el otro lado, desde el interior de la niebla.

El miedo trata de apoderarse de mí, pero yo lo sofoco con un movimiento terco de cabeza. Las otras prometidas soportaron esto y yo también debo aguantar si quiero ser una digna sustituta de Shim Cheong. El dragón me ha aceptado, pero hasta que no hable con el Dios del Mar, no sabré si mi aldea está a salvo de verdad.

Al menos estoy más preparada que la mayoría, armada con el puñal y las historias de mi abuela.

La cinta revolotea en el aire, como haciéndome señas para que avance. Doy un paso y se me posa en la palma de la mano con el parpadeo de unas estrellas. Me guardo el puñal en la chaquetilla y sigo la cinta en la niebla blanca.

A mi alrededor el mundo está mudo e inmóvil. Piso con los pies descalzos los listones de madera del suelo. Extiendo una mano y con los dedos rozo algo sólido: una barandilla. Debo de estar en un puente. El camino se inclina un poco y da paso a unas calles empedradas.

Aquí el aire es más denso, más cálido, impregnado de un aroma embriagador. De entre la niebla aparece una fila de carros. El más cercano está repleto de bollitos en vaporeras de bambú. En otro carro hay pescado salado que cuelga por la cola. Un tercero lleva todo tipo de dulces: castañas confitadas y pastelitos de azúcar y canela. Todos los carros están abandonados. No hay vendedores ambulantes a la vista. Entorno los ojos, tratando de distinguir las formas más oscuras, pero cada sombra resulta ser otro carro, en una cadena que se extiende hacia la niebla.

Dejo atrás los carros y accedo a un largo callejón bordeado de restaurantes. El humo de los fogones se cuela por las puertas abiertas. Echo un vistazo a la más cercana y veo una sala con mesas llenas de platos de comida, desde pequeños cuencos con especias hasta grandes bandejas de aves y pescado asados. Hay cojines de colores vivos dispuestos al azar alrededor de las mesas como si los comensales hubieran estado ahí sentados cómodamente, disfrutando de la pitanza, solo unos minutos antes. En la entrada, hay varios pares de sandalias y zapatillas perfectamente alineados. Los clientes entraron en el restaurante, pero no salieron.

Me alejo de la puerta. Carros sin dueños. Cocinas sin cocineros. Zapatos sin gente.

Una ciudad de fantasmas.

Capto una suave carcajada en el cuello. Me doy la vuelta bruscamente, pero no hay nadie. Aun así, siento en la nuca unos ojos invisibles y vigilantes.

¿Qué clase de lugar es este? No se parece a ninguna de las historias que me contaba la abuela sobre la ciudad del Dios del Mar, un lugar donde los espíritus y los dioses menores se reúnen con alegría y celebración. La niebla cubre el reino como un manto y amortigua toda visión y sonido. Cruzo por puentes cortos y arqueados, y recorro calles

abandonadas; todo lo que me rodea es incoloro y apagado, salvo la cinta, que es intensamente brillante mientras atraviesa la niebla.

¿Cómo se sintieron las prometidas del Dios del Mar al despertar en un reino de niebla con solo una cinta brillante como guía? Hubo muchas que llegaron antes que yo.

Estaba Soah, que tenía unos ojos preciosos, enmarcados por unas pestañas oscuras que parecían recubiertas de una pesada capa de hollín. Estaba Wol, que era tan alta como un hombre, con unas facciones bellas y marcadas, y una boca risueña. Y estaba Hyeri, que podía nadar dos veces el ancho del Gran Río… y que rompió cien corazones cuando se marchó para casarse con el Dios del Mar.

Soah. Wol. Hyeri. Mina.

Mi nombre suena pequeñito al lado de los de ellas, de esas chicas que siempre me parecieron extraordinarias. Viajaron desde muy lejos para casarse con el Dios del Mar, desde aldeas más cercanas a la capital, e incluso desde la capital misma en el caso de Wol. Eran muchachas que jamás habrían venido a nuestra aldea, alejada y rural, en otra vida que no fuera la que las obligó a renunciar a la suya. Estas chicas, estas jóvenes, eran todas mayores que yo, tenían dieciocho años cuando partieron para ser prometidas. Recorrieron el mismo camino que yo ahora. Me pregunto si estaban nerviosas o tenían miedo. O si la esperanza las dejó en evidencia.

Tras lo que parecen horas de caminata, doblo una esquina y salgo a una amplia avenida. La niebla es más fina aquí. Por fin alcanzo a ver adónde lleva la cinta. Desciende a lo largo del bulevar, sube una gran escalinata y desaparece a través de las puertas abiertas de una enorme verja roja y dorada. Con las columnas historiadas y el techo dorado, no puede ser otra que la entrada al palacio del Dios del Mar.

Sigo adelante sin demora. La cinta empieza a centellear y a zumbar, como si percibiera mi proximidad al final.

Llego a las escaleras y doy un paso, luego otro más. Estoy a punto de cruzar la puerta cuando un ruido me llama la atención. El suave tintineo de una campana, lo bastante tenue como para no oírlo si el mundo no hubiera estado sumido en ese silencio. El sonido procede de algún lugar a mi izquierda, bajando las escaleras y volviendo al laberinto de calles.

Mi hermano mayor, Sung, cree que todos los carillones suenan igual, pero yo creo que no tiene paciencia para escucharlos bien. El tintineo

de los adornos de bronce contra las conchas marinas no suena igual que el golpeteo del estaño contra las campanas de cobre. El viento también tiene distinto carácter. Cuando está enfadado, el carillón emite un sonido agudo y estridente. Cuando está alegre, las campanillas tintinean juntas como en una animada danza.

Sin embargo, este sonido es diferente. Bajo. Melancólico.

Vuelvo a bajar las escaleras. La cinta no se resiste, sino que se alarga y me sigue.

Oigo la voz de mi abuela al oído. «Hay reglas en el mundo de los espíritus, Mina. Escoge con cuidado cuáles rompes». Hay una razón por la que esta ciudad está envuelta de niebla. Hay un motivo por el que solo puedo viajar a través de ella mediante el hilo del destino. Pero el sonido del carillón estaba cerca… y la verdad es que creo que ya lo he oído antes.

El sonido me lleva a la puerta de una pequeña tienda de la avenida. Aparto la áspera cortina y entro, boquiabierta ante el asombroso espectáculo que me aguarda. El establecimiento está lleno de cientos y cientos de carillones y campanillas. Cubren las paredes y cuelgan del techo como lágrimas. Algunos son redondos y pequeños, hechos de conchas, bellotas y estrellas de estaño; otros son grandes cascadas de campanas doradas.

Y sin embargo, igual que dentro de la niebla blanca, no hay viento en la tienda.

Pero podría jurar que he oído un sonido. La mirada se me va a la pared del fondo, donde un hueco en el centro muestra una única campana de viento. Una estrella, una luna y una campana de cobre están ensartadas en una fina cuerda de bambú. Es una construcción bastante sencilla para un carillón.

Lo reconozco de inmediato.

Yo misma tallé la estrella en un trozo de madera y la luna en una hermosa concha blanca que había encontrado en la playa. La campana se la compré a un fabricante de campanas ambulante; le insistí sin cesar mientras tocaba todas las campanas que llevaba en el carro, una tras otra. No me conformé hasta dar con el sonido perfecto.

Me pasé una semana elaborando el carillón. Quería colgarlo encima de la cuna de mi sobrina, para que pudiera oír el viento.

No obstante, nació demasiado pronto. Si hubiera nacido en otoño, habría sobrevivido, pero como todo el mundo sabe, los niños que nacen durante las tormentas no viven más allá del primer aliento.

A Sung se le rompió el corazón.

Con una rabia que nunca había sentido antes ni después, llevé el carillón a los acantilados de las afueras de nuestro pueblo y lo lancé por el precipicio. Contemplé cómo caía y se hacía añicos sobre las rocas. La última vez que lo vi, el mar se llevaba todos los pedacitos.

A mi alrededor, las campanas de la tienda empiezan a tintinear como mecidas por ese aire sin viento, hasta que el lugar es un clamor de sonidos cacofónicos.

«Cuando los carillones suenan sin viento significa que hay espíritus cerca».

Salgo de la tienda; el tintineo de las campanas ya amortiguado en mis oídos. Si hay espíritus aquí, invisibles, observándome, ¿qué ven cuando me miran?

Acelero el paso. La noche es larga y la cinta es como un peso en la mano. Al otro lado de la verja hay un gran patio tras otro. No miro ninguno. Después del quinto, empiezo a correr.

Cruzo una última verja, subo los escalones de piedra y entro en la sala del trono del Dios del Mar, deteniéndome solo para recuperar el aliento.

La luna se filtra por las grietas del techo enrejado y arroja una luz quebradiza al gran salón. Aquí, la penumbra crepuscular de la niebla es algo más tenue, pero el inquietante silencio es el mismo. No sale ningún sirviente a recibirme. No aparece ningún guardia para cortarme el paso. El hilo rojo del destino se ondula. Poco a poco, empieza a cambiar de un brillante y chispeante carmesí a un intenso rojo sangre. Me lleva hasta el final de la sala, donde un enorme mural del dragón persiguiendo una perla por el cielo enmarca un trono encima de una tarima.

Repantingado en el trono está el Dios del Mar, con el rostro ensombrecido por una magnífica corona. Va ataviado con una hermosa túnica azul, con unos dragones de plata cosidos que trepan por la tela. Alrededor de su mano izquierda está el otro extremo de mi cinta.

Espero la chispa de reconocimiento en mi alma.

«Según el mito, el hilo rojo del destino ata a una persona a su sino. Algunos incluso creen que te ata a la persona que más desea tu corazón».

¿Está el Dios del Mar ligado de alguna manera a mi destino? ¿Mi corazón lo desea a él por encima de cualquier otra cosa?

Noto una punzada aguda en el pecho, pero no es amor. Es algo más oscuro, más caliente e infinitamente más fuerte.

Lo odio.

Doy un paso. Y luego otro más. La mano en la que llevo envuelta la cinta se dirige al pecho… y sale con el puñal.

¿Cómo sería el mundo sin el Dios del Mar? ¿Seguiríamos sufriendo las tormentas que surgen de la nada para destrozar nuestros barcos y anegar nuestros campos? ¿Seguiríamos sufriendo la pérdida de nuestros seres queridos por el hambre y la enfermedad, porque los dioses menores no pueden o no quieren escuchar nuestras plegarias, temerosos como están de la ira del Dios del Mar?

—¿Qué pasaría si os matara ahora?

Mientras las palabras reverberan en la inmensa sala, me doy cuenta de que son las primeras que pronuncio en voz alta desde mi llegada al reino del Dios del Mar.

Y son palabras de odio. Mi cólera crece como una ola imparable.

—Os mataría ahora y rompería los lazos de nuestro destino.

Mis palabras son imprudentes. ¿Quién soy yo para desafiar a un dios? Pero hay un terrible dolor dentro de mí que necesita saber…

—¿Por qué nos maldecís? ¿Por qué miráis hacia otro lado cuando lloramos y gritamos pidiendo vuestra ayuda? ¿Por qué nos habéis abandonado? —Me atraganto con estas últimas palabras.

La figura en el trono no responde. La majestuosa corona que lleva se inclina tanto sobre su rostro que le ensombrece los ojos.

Doy los últimos pasos hacia la tarima. Extiendo la mano y le quito la corona de la cabeza al Dios del Mar. Se me escapa de los dedos y cae con un ruido sordo sobre la alfombra de seda.

Levanto la vista para mirar el rostro del dios de todos los dioses. El Dios del Mar es…

Un chico. No mayor que yo.

Tiene una piel lisa e inmaculada. El cabello le cae sobre la frente y se le riza alrededor de las orejas finas; en una lleva una espina dorada a modo de pendiente. Tiene unas pestañas larguísimas, a juzgar por cómo le caen sobre las mejillas, oscuras y empañadas. Observo cómo abre la boca y deja escapar un suave suspiro.

Está… dormido.

Aprieto el mango del puñal. No sé qué esperaba, pero no a alguien como él, un chico que parece tan… humano, un muchacho que podría ser un vecino o un amigo. Veo cómo una lágrima le resbala por la mejilla y se le prende en el labio antes de caer sobre la barbilla y deslizarse por el cuello.

—¿Por qué lloras? —gruño—. ¿Crees que tus lágrimas quebrarán mi voluntad?

Noto que se quiebra. No soy como Joon, que tiene un gran corazón. Yo puedo ser terca y cruel. Puedo ser amargada y resentida. Quiero ser todas esas cosas ahora mismo, porque me mantienen valiente. Me mantienen enfadada. ¿Y no merezco estar enfadada, después de todo lo que le ha hecho a mi aldea, a mi familia?

Pero la expresión del rostro del Dios del Mar es como la de Shim Cheong en el barco. Hay muchísima soledad y una profunda e insoportable tristeza.

Un pensamiento traidor se cuela en mi cabeza y me pregunto…

«¿Eres tú quien hace llorar al mundo o el mundo el que te hace llorar a ti?».

Me flaquean las piernas y caigo al suelo.

Han pasado tantas cosas en una noche, desde descubrir que Joon había desaparecido hasta perseguirlo bajo la lluvia y saltar al mar. A estas alturas, Joon habrá regresado con Cheong a la aldea y le habrá contado a nuestra familia lo que he hecho. Sé que mi cuñada llorará, y me duele en el alma saber que le he causado más dolor. Mi hermano mayor querrá surcar el mar en mi busca, incapaz de aceptar que ya no puede protegerme. En cuanto a mi abuela, tendrá fe en que he entrado

en el Reino de los Espíritus, que voy de camino a encontrarme con el Dios del Mar en este mismo instante.

—¿Y qué hará la prometida del Dios del Mar cuando lo haya encontrado? —Estaba con mi abuela en el pequeño templo de la costa. Era la primera noche de las tormentas y la lluvia golpeaba las tejas de arcilla de la azotea.

—Ella le mostrará su corazón.

Fruncí el ceño.

—¿Y cómo hará eso?

—Si tuvieras que mostrarle al Dios del Mar tu corazón, ¿cómo lo harías?

Me fijé en el extraño surtido de objetos que habían dejado en el santuario, ofrendas de los niños de la aldea: una concha marina, una anémona, una piedra con forma curiosa.

Alargué el brazo y recogí la pluma de la cola de una urraca.

—Las prometidas no suelen viajar con regalos para el Dios del Mar —me reprendió la abuela—. Usa la voz.

—¡Pero no tengo nada que decir! «Acaba con las tormentas. Protege a mi familia. Cuida de todos nosotros». No ha hecho ninguna de estas cosas. — Las lágrimas me escocían en los ojos.

Mi abuela acarició la esterilla de junco y me arrodillé a su lado. Con ternura, tomó mis manos entre las suyas.

—Me recuerdas tanto a mí cuando tenía tu edad… Después de muchas pérdidas, la pena y la decepción quedaron arraigadas en lo más profundo de mi corazón. Fue mi propia abuela quien me trajo a este mismo santuario. Se parecía mucho a ti, era increíblemente feroz y se dedicaba en cuerpo y alma a sus seres queridos.

No era la primera vez que mi abuela me comparaba con la suya, y automáticamente eché mano de mi puñal, reconfortada al notar su peso contra mi pecho.

—Fue ella quien me enseñó la canción que ahora te transmitiré.

En el salón del Dios del Mar, me pongo de pie. Canto para él la melodía que me cantaba mi abuela:

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿qué soñará?

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿cuándo despertará?

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

El eco de mi voz llena el pasillo. Las lágrimas resbalan por mis mejillas y me las seco con el puño.

Dicen los mitos de mi pueblo que solo una verdadera prometida del Dios del Mar puede poner fin a su insaciable ira. Puede que yo no sea la prometida elegida, pero ¿es demasiado esperar que una chica como yo —una chica que solo puede ofrecerse a ella misma— pueda ser la verdadera prometida del Dios del Mar?

Capto un cambio sutil con el rabillo del ojo. Los dedos del Dios del Mar se mueven, es un ligerísimo temblor.

Extiendo la mano hacia la suya. Como si percibiera la inmensidad del momento, el hilo rojo del destino se tensa y me pregunto, con una esperanza que se agita como el aleteo de un pájaro, si mi vida está a punto de cambiar.

Una voz como el acero corta el silencio.

—Ya basta.

3

Hay tres figuras enmascaradas debajo de la tarima, colocadas en un semicírculo como el arco de una luna creciente.

Aunque el ambiente de la sala es cavernoso, no he percibido ninguna señal de que se estuvieran aproximando. Las nubes cruzan el cielo, impiden que la luz pase entre las vigas y extienden una cortina de oscuridad que cubre toda la sala. Deja fuera a dos de las figuras, las que se sitúan más cerca del trono, y envuelve a la tercera, que está separada de las demás. La última imagen que tengo de él antes de que lo engulla la oscuridad es la silueta de una mejilla pálida.

—¿Qué tenemos aquí? —La figura de la derecha lanza una daga al aire y la atrapa—. ¿Una urraca perdida en una tormenta? ¿O es otra prometida para el Dios del Mar? —Su voz grave sale amortiguada bajo la máscara de tela—. ¿Eres una prometida o un pájaro?

Me relamo los labios y noto el sabor a sal.

—¿Y tú eres amigo o enemigo?

—¿Si soy amigo…? —me pregunta el enmascarado.

—Entonces, soy una prometida.

—¿Y si soy enemigo…?

—¿Lo eres?

—Tal vez sea un enemigo al que le gustaría ser un amigo. —Inclina la cabeza y un rizo oscuro le cae sobre los ojos—. Y tal vez tú seas un pájaro que quiere ser prometida.

Se acerca tanto a la verdad que hago una mueca. Los ancianos de mi aldea tienen un dicho: «Una urraca puede soñar que es una grulla, pero nunca lo será».

—Ya veo —murmura la figura de la izquierda, que va vestida de negro como la primera y cuyo pelo le llega por debajo de los hombros. Tiene los ojos de un extraño color marrón claro y me recorre con la mirada, desde la trenza medio deshecha hasta el vestido de algodón basto—.

Nunca has estado destinada a ser la prometida del Dios del Mar.

A diferencia del joven de pelo rizado, este no va armado; curiosamente, solo lleva una jaula de madera para pájaros colgada del hombro con una cuerda.

—Los ancianos de tu aldea seleccionan a la prometida un año antes del ritual. Siempre se trata de una joven extraordinaria, ya sea por sus habilidades o por su belleza.

—A ser posible ambas cosas —le interrumpe el chico de la daga.

—No es un honor que se conceda a las chicas comunes, a las débiles o a las imprudentes. Así que, dime, prometida de nadie, ¿quién te ha elegido a ti?

Si el chico de pelo rizado empuña una daga como arma, el desconocido de ojos fríos dispara palabras. A pesar de todas las bondades de mi vida —una familia que me quiere, valor y salud—, carezco de belleza y talento.

Imagino que, a la vuelta de Joon y Cheong, los ancianos habrán rabiado de incredulidad y habrán condenado mi terquedad. Pero ellos no estaban allí, en el barco. No sintieron las fuertes salpicaduras del mar, ese miedo que te atenaza el corazón cuando un ser querido está en peligro. Puede que sea imprudente. Común, tal vez. Pero no soy débil.

—Me he elegido a mí misma.

La tercera figura del fondo mueve los pies. Recelosa, noto ese movimiento sutil. Curiosamente, mis dos interrogadores también, aunque me miran de espaldas a él. Ladean la cabeza, a la espera de… ¿una señal? La tercera figura no dice nada y las otras vuelven a su posición.

El primero se cruza de brazos, se coloca la daga contra el costado del pecho y pregunta:

—¿No te parece romántico, Kirin? Una joven y mediocre urraca pretende salvar a su especie de un terrible dragón y por eso accede a casarse con él. Con el tiempo, descubre que él está atrapado en un poderoso hechizo, que es el origen de su naturaleza destructiva. La inteligente y valiente urraca encuentra la forma de romper el maleficio y, además, se enamora del dragón y él de ella. La paz se restablece en cielo, tierra y mar. Es el cuento más maravilloso que he

oído jamás. Lo llamaré El dragón y la urraca.

—No, Namgi —dice el desconocido de ojos fríos, Kirin, arrastrando las palabras—, a mí no me parece romántico.

Namgi le responde con un insulto y Kirin no se queda atrás con las réplicas ofensivas. Debe de ser una dinámica típica de ambos, porque el intercambio de palabras se vuelve bastante creativo.

No les hago ni caso y me concentro en la historia que acaba de contar el primer chico. Mi abuela siempre dice que hay que prestar atención a las historias porque, a menudo, esconden verdades.

—¿Es una maldición, entonces? —Namgi y Kirin dejan de discutir y vuelven a prestarme atención—. El Dios del Mar no ha abandonado a su pueblo. Está bajo una maldición.

No puedo controlar la forma en que los demás juzgan mi valor, pero sí que conozco las historias y los mitos. Son mi sangre y mi aliento.

Y en esta historia veo que ya se está formando un patrón, como una melodía tejida a través del mito. El dragón aparece para traer a las prometidas del Dios del Mar a este reino, sanas y salvas. El mundo está cubierto de niebla, pero el hilo rojo del destino las guía hasta el palacio.

Sin embargo, ¿por qué ninguna de las prometidas ha logrado su cometido? Es casi como si la melodía se viera interrumpida, como si, cuando por fin llegaran para poner fin a la historia, apareciera un enemigo y se lo impidiera.

El Dios del Mar grita. Una sensación desconocida me encoge el corazón, como un nudo que me oprime, y jadeo. El hilo rojo del destino se calienta en mi mano. Detrás de mí, cruje uno de los tablones del suelo. Me doy la vuelta.

Namgi y Kirin se han movido. Siguen con la misma postura: Namgi con los brazos cruzados sobre el pecho y Kirin quieto con la jaula, pero están tres pasos más cerca.

Me he preocupado mucho por defender quien soy, una desconocida en un mundo extraño, pero ¿quiénes son ellos? ¿Qué clase de individuos van enmascarados? Los que no quieren ser recordados. Ladrones.

Asesinos.

—Ha llegado el momento —le dice Kirin a Namgi.

Namgi descruza los brazos y se lleva la daga a un costado.

—Lo siento, urraca. No deberías depositar tanta fe en las historias.

Aún tengo el puñal en la mano. Adopto la postura defensiva que me enseñó mi abuela, con el filo del puñal orientado hacia la amenaza.

—Atrás.

Hay otro giro brusco y aprieto los dientes por el dolor. No puedo pensar con claridad. ¿Han matado a todas las prometidas que me han precedido? Me tiembla la mano. Si no hay más remedio, puedo ser hábil con un puñal, pero no soy una guerrera. Además, son dos contra una, tres si contamos a la figura que sigue en las sombras.

Kirin gira la cara, indiferente.

—No tendrías que haber venido, prometida de nadie.

¿Por qué sucede esto? ¿El Dios del Mar… me rechaza? Porque no soy Shim Cheong. Porque no soy la prometida del Dios del Mar. Todo esto ha empezado con ella. Joon ha arriesgado la vida porque no soportaba perderla y yo he arriesgado la mía porque no aceptaba perderlo a él. ¿Qué no podía aceptar Shim Cheong?

La recuerdo con claridad de pie en el barco, enfrentándose a su destino encarnado en un dragón que emergía del mar. Un destino que nunca deseó. Un destino que rechazó.

En el trono, el joven dios se mueve de un lado a otro. Sigue dormido, con los ojos bien cerrados. El hilo rojo del destino arremete contra mí y me abrasa.

Con un salto desesperado, me acerco al Dios del Mar. Al mismo tiempo, oigo un grito a la espalda. No le hago caso, agarro la mano del Dios del Mar y la aprieto con fuerza. El hilo rojo del destino desaparece entre nuestras palmas unidas y, de repente, me veo arrastrada hacia una luz cegadora.

Vislumbro una ráfaga de imágenes que se mueven tan deprisa que no les encuentro el sentido: un acantilado junto al mar; una ciudad dorada que arde en un valle; túnicas de color carmesí en el suelo, oscurecidas por la sangre, y una sombra colosal.

Levanto la vista. El dragón desciende desde lo alto y sostiene una perla gigante en una de las garras, como si sujetara la luna misma.

Entonces, me separan de las imágenes, me arrancan la mano de la del Dios del Mar. El tercer asesino me agarra de la muñeca y es como si aún estuviera dentro de los sueños del Dios del Mar porque casi me parece ver al dragón reflejado en sus ojos oscuros.

Me suelta y da un paso atrás. Me cuesta retener las imágenes del sueño, ¿o acaso eran recuerdos? Los acantilados me suenan; se extienden a lo largo de la costa. La ciudad debe de ser la capital, aunque todos los mensajeros que pasan por nuestra aldea solo nos traen noticias de los triunfos del conquistador, no de la guerra ni de la destrucción. En cuanto a las túnicas, la del Dios del Mar es plateada y azul.

—Esas imágenes… —Muevo la cabeza para intentar concentrarme—. Ha sido como si las viera a través de los ojos del Dios del Mar.

Me sorprendo cuando el asesino responde:

—Salen en su pesadilla. Tiene la misma todos los años.

—Entonces sí que hay una conexión con la prometida del Dios del Mar. El poder para deshacer la maldición está dentro de ella.

—No hace mucho querías matarlo.

Fulmino al asesino con la mirada. Si me han visto sacar el puñal es que tanto él como los otros dos estaban en la sala cuando he llegado. ¿Por qué no me han detenido? No creo que quieran hacerle daño al Dios del Mar; de lo contrario, y teniendo en cuenta lo vulnerable que se encuentra mientras duerme, ya le habrían atacado.

Al igual que Namgi y Kirin, el tercer asesino lleva una fina túnica de algodón de un tono azul tan oscuro que parece negro. Incluso con la máscara puesta, su juventud es innegable: piel suave y cuerpo fuerte y esbelto. Dudo que tenga más de diecisiete años.

—¿No se me permite estar enfadada? —digo de forma brusca—. Mi pueblo ha sufrido mucho por el desamparo del Dios del Mar. Por culpa de su negligencia, los demás dioses se han alejado de nosotros.

Pienso en mi abuela llevándome al santuario para rezar. Pienso en la campana de viento que hice para mi sobrina, destrozada tras haber caído sobre las rocas. Y entonces otro recuerdo me llama desde lo más

profundo de mi ser: el recuerdo de un bosque oscuro y un camino sinuoso.

Sacudo la cabeza para borrar esas imágenes.

—Pero eso pasó antes de venir aquí, donde nada es como esperaba. Él tampoco es lo que esperaba.

En el trono duerme el Dios del Mar, apacible tras el tumulto de hace unos instantes. No es la cruel y despreciable deidad que había imaginado, sino un joven dios que duerme y llora mientras sueña.

No he corrido hasta la playa para convertirme en la prometida del Dios del Mar, sino para salvar a mi hermano. Pero ahora que estoy aquí, y si hay una posibilidad de que pueda salvarlo no solo a él, sino a todos, tengo que intentarlo.

Y tal vez, cuando todo esto termine, pueda volver a casa. A mi aldea. Con mi familia. Mi corazón ansía la idea.

—Si lo que le atormenta es una maldición, encontraré la manera de romperla.

El Dios del Mar deja escapar un ligero suspiro. El hilo rojo del destino revolotea entre nosotros dos y una sensación esperanzadora se apodera de mi corazón.

—Eres igual que las demás prometidas —afirma en voz baja el chico de los ojos oscuros. Me giro y veo que ha dado un paso atrás, cabizbajo—. Los humanos cuentan mitos para explicar lo que no son capaces de entender.

Levanta la mirada; sus ojos son como las profundidades del mar, fríos y misteriosos. Me doy cuenta de que consiguen ocultar mejor sus pensamientos que lo que logra ocultar su rostro con la máscara.

—Pero puedo explicártelo —prosigue el chico—. Tu aldea no sufre por la gran voluntad de los dioses, sino por sus propios actos violentos. Son ellos los que libran las guerras que incendian los campos y los bosques. Son ellos los que derraman la sangre que contamina ríos y arroyos. Culpar a los dioses es culpar a la propia naturaleza. Observa tu reflejo y encontrarás a tu enemigo.

La verdad de sus palabras reverbera en la sala de una forma escalofriante. Me siento como si estuviera de nuevo en el mar y el agua helada me arrastrase cada vez más y más profundo.

—Fracasarás, como todas las prometidas anteriores —me advierte.

No hay dragón que me salve. No hay esperanza a la que aferrarme mientras el mundo de arriba titila como una estrella.

—Es inevitable. —Aparta la mirada—. Es tu destino.

¿Mi destino?

La sensación de ahogo desaparece.

Para empezar, este destino nunca ha sido el mío. Me lo adjudiqué a mí misma al saltar al mar. Pero incluso antes de eso, no fui yo quien cambió el curso de la historia. Fue Shim Cheong la que negó su destino cuando no quiso abandonar a Joon. Al menos, ¿no es por eso por lo que se apartó del dragón? Descarto ese pensamiento. Puede que no entienda los motivos de Shim Cheong, pero sí los míos.

—Tienes razón —le respondo. El chico vuelve a mirarme y entorna los ojos mientras hablo—: Soy como las otras prometidas. Sé lo que es querer a alguien a quien protegerías a toda costa. ¿Quién eres tú para decidir cuál es mi destino, si voy a fracasar o si voy a tener éxito? No eres tú quien decide mi destino. Mi destino me pertenece a mí.

El chico me observa y frunce el ceño de forma sutil.

Namgi silba muy bajito.

—Nunca pensé que vería al gran señor Shin de la Casa del Loto quedarse sin palabras ante una de las prometidas del Dios del Mar.

Un miembro de la nobleza. Por algún motivo, no me sorprende. Aunque es evidente que es el más joven de los tres, parece que Kirin y Namgi le ceden la autoridad a él en todos los asuntos.

—Señor Shin —dice Kirin en voz baja, de manera urgente—, la niebla se disipa.

Levanta la mirada hacia el cielo, donde la luz de la luna se abre paso entre las vigas e inunda toda la sala.

Shin da un paso atrás.

—Quédate tu destino, prometida del Dios del Mar. No tiene nada que ver conmigo.

Se lleva la mano al costado y desenvaina una espada. El sonido

metálico que produce al sacarla de la funda es ensordecedor en el silencio de la sala.

—Me llamo Mina.

Shin se detiene.

—No soy ni la prometida del Dios del Mar, ni la prometida de nadie, ni una urraca —explico—. Tengo nombre. Mi abuela lo eligió para dotarme de inteligencia y fuerza. Sé quién soy y sé lo que tengo que hacer. —Levanto el puñal de mi tatarabuela—. Y no dejaré que me quites la vida.

El joven alarga la mano y se tira de la máscara. La tela baja y queda a la altura del cuello.

—Mina —dice Shin y mi corazón traicionero da un vuelco—. La prometida del Dios del Mar.

Trago saliva con fuerza. Su voz sin la máscara es clara y cálida. Tiene unos rasgos hermosos: una nariz recta y unos labios suaves. Con esos ojos oscuros como el mar, es impresionante.

—No pienso quitarte la vida.

En mi interior, florece una dolorosa esperanza.

—Solo el alma.

Me rodea la muñeca con su mano y la retuerce. Mi puñal cae al suelo con un ruido metálico. Con la otra mano, levanta la espada y la baja en vertical. Grito. El sonido penetrante cesa de manera abrupta cuando la espada entra en contacto con…

La cinta.

Con un corte limpio ha partido el hilo rojo del destino.

Observo boquiabierta la lenta caída de la cinta cortada como dos mitades de una pluma rota. ¿Cómo es posible? Durante apenas un segundo, todo queda en silencio, inmóvil. Entonces, de repente, mi grito resurge; pero el sonido de desesperación no sale de mi boca, sino de fuera de mi cuerpo; está en el aire. El grito serpentea, se funde y se convierte en una masa de colores vivos que gira como un remolino. La cinta se desprende de mi mano y se eleva, seguida de cerca por la mitad de la cinta del Dios del Mar. Ambas envuelven el grito y forman

una esfera de luz deslumbrante.

Shin da un paso adelante, con la mano extendida.

Aparece un brillante destello de color y tengo que parpadear para dejar de ver estrellas. Después, capto un sonido maravilloso, que me resulta inesperado en esta sala inhóspita: el alegre gorjeo de un pájaro.

En el centro de la palma de Shin y acunada con las alas bien plegadas a los costados, hay una hermosa urraca con las puntas de las alas de color rojo.

4

La urraca arrulla en la palma de la mano de Shin. A diferencia de las urracas blancas y negras que revolotean por mi aldea, las puntas de las alas son de un rojo intenso y brillante, del mismo color que el hilo rojo del destino.

La urraca agita las alas y yo siento un dolor extraño en el pecho.

Kirin se acerca y con sus largas zancadas acorta distancia en un suspiro. Levanta la jaula de madera para pájaros y Shin coloca suavemente a la urraca en su interior. Al pájaro no parece importarle su encarcelamiento y se contenta con subir y bajar del posadero cilíndrico a lo ancho de la pequeña jaula. Mientras Kirin cierra la puerta con un trozo de cuerda de bambú, Shin se da la vuelta y vuelve a envainar la espada.

Señalo la jaula. «¿De dónde ha salido esa urraca?».

No emito ningún sonido.

«¿De dónde…».

Nada. Ni un solo sonido. No me ha salido la voz.

Me presiono la garganta con los dedos; noto que me late con fuerza el pulso. «¿Qué está pasando?». Noto las palabras y esas vibraciones familiares al hablar. «¿Por qué no puedo oírme a mí misma?».

—Tu alma es una urraca.

Miro en dirección a Namgi, que me sonríe desde el último escalón, con la máscara bajada.

«¿A qué te refieres?».

No le hace falta oír mis palabras para leerme la expresión. Se acerca a Kirin y se inclina para mirar dentro de la jaula.

—Al cortar el hilo rojo del destino, este se ha llevado tu alma. Para ti, tu alma está ligada a tu voz. No es de extrañar con cantantes y narradores.

¿Mi… alma?

Golpea con un nudillo los barrotes de madera y hace que la urraca que está dentro agite las alas de punta roja.

—Es un estado temporal del ser. Nada grave. Imagínatelo como la falta de uno de cada tres latidos.

Palidezco, eso me ha sonado muy grave.

Kirin tira de la jaula y se la quita a Namgi.

—A finales de mes, ven a la puerta sur de la Casa del Loto —dice con tono desganado, como si ya hubiera pronunciado estas palabras muchas veces—. Un sirviente te entregará tu alma. No nos hacemos responsables de lo que pueda ocurrir si no te presentas.

Me cuesta entenderlo. Es diferente creer en mitos que vivirlos. Si he de confiar en sus palabras, mi alma es una urraca y, no sé cómo, está fuera de mi cuerpo. Aun así, no me siento diferente a cuando he despertado en este mundo. Tal vez un poco manchada de sal y agotada, pero nada comparado con lo que imaginaba que sería perder el alma: un latido menos por minuto, un abismo tan ancho como el mundo de tu interior.

—Señor Shin —le llama Kirin—, con tu permiso, Namgi y yo regresaremos a la Casa del Loto.

Shin se incorpora tras recoger algo del suelo.

—Muchas gracias, Kirin. Os alcanzo en breve.

Kirin se inclina, seguido de cerca por Namgi. Se dan la vuelta para marcharse. La urraca emite un graznido de advertencia.

«¡Esperad!», grito, pero, igual que antes, no emito ruido alguno.

Salen corriendo de la sala, llevándose consigo a la urraca, mi alma. En un instante han desaparecido.

«¡Diles que vuelvan!». Corro escaleras arriba y agarro a Shin del brazo. Noto el calor de su cuerpo a través de la fina tela; se le tensa el músculo en respuesta. Se gira, con el brillo de un cuchillo en la mano derecha. Retrocedo a trompicones y aparto el brazo. Como no me ataca, levanto la mirada. Me observa con una ceja arqueada, ofreciéndome el puñal con el mango por delante.

—Después de la molestia de quitarte el alma —dice burlón—, ¿crees que te mataría ahora?

Su tono socarrón hace que se me erice la piel. «No creí que importara. Para alguien como tú, ¿qué es un cuerpo sin alma?».

Sus ojos se dirigen inmediatamente hacia abajo y yo aprieto los dientes para no sonrojarme. Al cabo de unos insoportables segundos, vuelve a mirarme a la cara; al parecer no ha encontrado nada de interés.

Una vez más, extiende el puñal, y en esta ocasión lo agarro y me acerco al borde de la pequeña tarima, poniendo la mayor distancia posible entre nosotros.

—Llévalo contigo —dice—. Un arma forjada en el reino de los humanos corta con precisión en el reino de los dioses.

Su consejo es innecesario. Habría conservado el puñal de todas formas, es el único objeto que me queda de mi mundo, sin contar el vestido que llevo. La única conexión que tengo con mi familia y mis seres queridos.

Shin asegura haberme robado el alma, pero entonces, ¿por qué me siento así, con un dolor agudo muy dentro de mí cuando pienso en mi familia? ¿De dónde viene el dolor si no es de mi alma?

«Mi abuela me dio este puñal». Paso el pulgar por el áspero grabado de una luna tallada en el mango de hueso. «Era de su propia abuela, a quien dijo que le recordaba». Giro el puñal hacia un lado y veo la cicatriz que hay debajo, donde sangré para hacerle el juramento al Dios del Mar.

—La canción de antes… ¿Fue tu abuela quien te enseñó la letra?

Vuelvo a guardarme el puñal en el interior de la chaquetilla.

«Me enseñó muchas canciones, así como mitos y cuentos populares. Decía que a través de las canciones y los cuentos aprendería sobre el mundo y la gente que vive en él».

Y también sobre mi propio corazón, pero eso no se lo digo.

Entonces se me ocurre algo. ¿Cómo podemos mantener esta conversación? He estado hablando, pero no emitía ruido alguno. Entorno los ojos. ¿Puede leerme la mente? Espero. Su rostro

permanece inexpresivo.

«Puedes leer los labios».

—Sí.

«¿Por qué has cortado el hilo rojo del destino?».

—Para proteger al Dios del Mar.

«¿De mí?», pregunto con incredulidad.

La mirada de Shin se dirige al joven dios en su trono; ha permanecido dormido durante todo este escándalo.

—El Reino de los Espíritus no puede sustentar a una prometida humana. Tu clase es débil, vuestro cuerpo es más susceptible a los peligros de este mundo. Cualquier cosa podría mataros, si así lo quisiera. El hilo rojo del destino une tu alma al Dios del Mar. Si murieras, el Dios del Mar también podría sufrir el mismo destino. Para protegerlo, he cortado vuestro lazo.

Trato de encontrarle sentido a sus palabras.

«Antes, cuando Kirin ha dicho que podría recuperar mi alma a final de mes, ¿a qué se refería?».

Shin no responde y me doy cuenta de que no sabe que he hablado, su mirada sigue puesta en el Dios del Mar. Le tiro de la manga y, cuando me mira, repito la pregunta.

—Dentro de un mes, habrás pasado treinta días en el Reino de los Espíritus. Entonces, te convertirás en uno. Como he dicho, el cuerpo humano es débil: sin un lazo más fuerte que lo mantenga anclado a este mundo…

«¿Quieres decir que moriré?».

—Habrías muerto igualmente —responde—, con el tiempo.

«¡Tengo dieciséis años! ¡Se supone que tengo todo el tiempo del mundo!».

Frunce el ceño.

—Entonces deberías haberte quedado donde te corresponde.

«Mi mundo, el lugar de donde vengo, está siendo destruido por culpa de tu mundo. Si tú no te vas a molestar en arreglarlo, ¡lo haré yo!».

—¿Cómo?

«El Dios del Mar…».

Le brilla la mirada.

—¿Qué pasa con él? Ah, sí. Vuestro valioso mito. Creéis que solo una prometida humana puede salvarlo, que se enamorará de ella. Y luego salvará a su aldea por su amor a ella.

«No», aprieto los dientes. «No soy tan ingenua».

—Es lo que creen en tu aldea. Lo que han creído todas las prometidas que te han precedido.

«Eso no lo sabes… Cada prometida tiene sus motivos. Quizá algunos no son tan importantes como te gustaría. Saber que, gracias a su sacrificio, su familia estará bien atendida cuando ellas no estén, que recibirá ropa y sustento. Saber que ha hecho todo lo posible para proteger a los que más quiere. Saber que lo ha intentado cuando nadie más ha podido o querido hacerlo».

Shin arruga la frente, está visiblemente frustrado.

—Más despacio. No capto todo lo que estás diciendo.

«¿Quién eres tú para juzgar sus esperanzas? Al menos las tienen. ¿Qué tienes tú? Una espada que corta. Y palabras llenas de odio».

Los dos respiramos con dificultad. Mira hacia arriba, de mi boca a mis ojos.

—Para alguien que no puede hablar —dice lentamente—, tienes mucho que decir. —Capto algo en su voz, ¿respeto, quizá? Parece que quiere añadir algo más, pero se da la vuelta—. Pero no importa. En otra vida, podrías haber encontrado una orilla más propicia que esta. Sin embargo, aquí el mar está oscuro y el Dios del Mar duerme, y la orilla está demasiado lejos para alcanzarla.

Ya he oído antes la cadencia de estas palabras. Son una despedida.

«¡Espera!», grito, pero, por supuesto, no hay sonido. Extiendo el brazo para tocarlo, pero solo agarro aire.

Sale corriendo de la sala y sus pasos son inaudibles en aquel suelo de madera. En un instante, se ha ido.

¿Qué acaba de pasar? La parte sensata de mí sabe que puedo sobrevivir sin mi alma. A fin de cuentas, estoy vivita y coleando ahora mismo. Pero una parte más grande siente que sin la urraca no soy totalmente yo misma. Me siento más ligera sin ella, y no de una manera agradable. Noto como si una brisa pudiera dejarme a la deriva, liviana e insustancial como una hoja al viento.

El silencio que antes parecía pesado ahora se me antoja vacío sin el sonido familiar de mi propia respiración. Temblando, me envuelvo con los brazos y me giro para mirar al Dios del Mar.

Sigue como antes, salvo por una diferencia. La mano que sostenía el lazo está vacía, ya no hay nada que demuestre que él y yo estábamos conectados antes. No hay color en el aire que nos separa, ningún hilo rojo del destino. Si se despertase ahora, ¿me reconocería como su prometida?

El Dios del Mar suelta un leve suspiro.

Doy un paso adelante.

Se oye un chasquido estruendoso y salgo despedida hacia atrás. Clavo los talones en el suelo e intento agarrarme, pero es como si un viento sólido se hubiera apoderado de mí. El Dios del Mar se convierte en un borrón distante al tiempo que una fuerza invisible me arrastra desde el vestíbulo, a través de un patio vacío tras otro. Las puertas se cierran de golpe y oigo cómo las atrancan con grandes tablones de madera al cruzarlas.

Acabo en el exterior del palacio del Dios del Mar. Me tambaleo y casi me caigo por las grandes escalinatas. Un fuerte gruñido marca el cierre de la entrada principal. Me pongo en pie como puedo y me lanzo contra las puertas, que se cierran con un estruendo.

Aporreo la gruesa madera con los puños. Lo único que recibo por mis esfuerzos son unas magulladuras en las manos y un terrible dolor en el pecho. Me desplomo en el suelo, exhausta. El pulso me late erráticamente y tengo que contar las respiraciones para calmar el latido salvaje de mi corazón.

Me quedo en el suelo, aturdida, durante unos minutos, antes de percatarme de que algo ha cambiado. El aire está limpio y despejado.

Y entonces la oigo, es como una risa que flota en el viento. Poco a poco, me incorporo y me giro. La misteriosa niebla se ha disipado, solo veo la noche.

Detrás de mí, extendida como el lienzo de un pintor, está la ciudad del Dios del Mar.

Nunca he visto nada igual: un laberinto de edificios con tejados curvados y puentes arqueados, esparcidos como sólidos arcoíris. La luz dorada brilla en los farolillos colgados de postes de tres pisos de altura, como velas de barcos incendiados. Hay más faroles flotando en el agua, en las calles del canal que atraviesan la ciudad como ramas de un majestuoso árbol resplandeciente.

Peces de colores brillantes nadan junto a la brisa, como si el cielo fuera un océano. Las ballenas flotan perezosamente en lo alto como si fueran nubes. Y en la distancia, el dragón surca el aire como una cometa liberada de la tierra.

Nunca había visto nada tan bello. Ni tan terrorífico.

Las maravillas de esta ciudad dejan ver una verdad innegable: he entrado en un nuevo mundo, un mundo de dragones, de dioses de poder inconmensurable, de asesinos que se mueven invisibles entre las sombras, donde pueden transformarte la voz en un pájaro y luego robártela, y donde ningún ser querido podrá alcanzarte jamás.

5

Estoy demasiado a la vista fuera del palacio y alguien —o algo— puede verme. A pesar de lo mal que me haya caído Shin, sus palabras han sido un aviso: «Los humanos son vulnerables en un mundo de dioses».

Bajo los escalones a trompicones, toda yo estoy dolorida por el brusco vaivén del mar y el tal vez aún más brusco vaivén del viento. Accedo al callejón más cercano y me resguardo en el recoveco de una puerta. Un farolillo de papel cruje sobre el agrietado marco de madera y la velita que contiene proyecta unas sombras inquietantes en las paredes. Estoy detrás de una pescadería; el olor del pescado del día es inconfundible. Si hay gente cerca, no veo a nadie y, al poco, ya no alcanzo a ver nada porque las lágrimas me nublan la vista.

Lloro sin hacer ruido, con unos sollozos desgarradores que me hacen temblar entera.

Sé que tengo que ser fuerte, como las heroínas de las historias de mi abuela. Pero estoy frustrada. Exhausta. Y si lo que ha dicho Shin es cierto, no tengo alma. Es raro, pero me resultaba más fácil ser valiente cuando lo tenía a él delante, cuando me invadía la furia contra él. Me cuesta más ser valiente estando aquí sola y muerta de frío.

¿Y ahora qué se supone que debo hacer?

Me llevo las piernas al pecho y apoyo la cabeza en las rodillas. Desesperada, intento pensar en alguno de los dichos de mi abuela, algo sabio que me dé consuelo y fuerza. Pero la desesperación se ha apoderado de mí y no me deja escapar. Solo me he sentido así, como si el mundo hubiera dado un salto hacia delante y me hubiese dejado atrás, en otra ocasión.

Fue la noche del festival de los barquitos de papel. Estaba como unas castañuelas porque Joon me había dicho que haríamos navegar nuestros barcos por el río, juntos, como hacíamos todos los años desde que tengo edad para ir. Estaba arrodillada en la orilla del río, dándole los últimos retoques a mi deseo en el papel cuando oí la voz de Joon:

—Puede que Shim Cheong sea la chica más guapa del pueblo, pero su

cara es una maldición.

Ese fue el inicio de su historia, una historia en la que yo no participaría, al menos durante un tiempo.

Me quedé en un extremo del puente mientras Joon seguía a Shim Cheong en dirección opuesta. Recuerdo mirar fijamente a mi hermano según se alejaba, con el deseo de que se girara a mirarme, que me hiciera un pequeño gesto que demostrase que aún pensaba en mí, que no se había olvidado. No lo hizo y me dio la sensación de que ya nada volvería a ser lo mismo.

Tenía doce años y sentía que las horas de nuestra niñez se me resbalaban entre los dedos, como arena en el mar.

Más tarde, aquella noche, mi abuelo me encontró llorando junto al estanque de nuestro jardín. Se sentó en la hierba y fijó la mirada en el borroso reflejo de la luna en el agua. Parecía que los patos nadaran en la brillante cara de la luna. Durante un rato, no hablamos ninguno de los dos. Mi abuelo entendía la tranquilidad que infunde el silencio compartido.

Cuando estuve preparada para escuchar, me dijo:

—En toda mi vida, nunca he visto criaturas tan maravillosas como los patos. —Hizo una pausa y se rio al verme tan desconcertada—. Cuando nacen, los patos se fijan en lo primero que ven, normalmente su madre, y la siguen con determinación hasta la vida adulta. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza, incapaz de hablar. Todavía tenía lágrimas en la garganta.

—Viniste al mundo huérfana —me explicó mirando el agua y supe que estaba pensando en su hija, mi madre—. Llorabas sin parar, con los ojos muy cerrados y nada parecía consolarte. Me daba miedo que pudieras ahogarte en tus propias lágrimas. Incluso tu abuela no sabía qué hacer para ayudarte. Entonces, Joon, que había estado esperando en el jardín, entró en la casa sin hacer ruido. Era muy pequeño, no tenía ni tres veranos. Insistió en cogerte. Tu abuela te puso en sus brazos y, cuando abriste los ojos y miraste los suyos por primera vez, la sonrisa que iluminó tu rostro fue lo más asombroso que he visto jamás. Como la luz del sol después de una tormenta.

—Abuelo —dije ladeando la cabeza para mirarle—, ¿me estás diciendo que soy un pato?

El abuelo me acercó sus arrugadas manos a los ojos y me secó las lágrimas de la cara.

—Lo que digo, Mina, es que Joon te ha querido toda su vida. Desde el día en que naciste. Te querrá siempre. Ese es su regalo eterno para ti.

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me ha dejado atrás?

—Porque sabe que lo quieres lo suficiente como para dejarle marchar.

En el húmedo y frío callejón de la ciudad del Dios del Mar, cierro los ojos con fuerza. Ay, el abuelo. Siempre sabía qué decir para aliviar las penas.

Nos dejó hace mucho tiempo. «Abuelo, te echo de menos. Ojalá estuvieras aquí».

—¡Mirad! —grita un chico, nervioso, cerca de ahí—. Hay una chica llorando detrás de la pescadería. ¿Qué hacemos, Máscara?

Una muchacha, más tranquila que el chico y de voz algo más cálida, responde:

—Pues esperaremos a que se le acaben las lágrimas, obviamente. Cuando termine de llorar ella sola, ya no lo hará más. Esa chica tiene un espíritu fuerte.

Levanto la cabeza de las rodillas, en un sollozo, y descubro algo de lo más peculiar.

Frente a mí hay una chica de mi estatura con la cabeza ladeada y la cara oculta tras una máscara de madera. Tiene arrugas talladas, y en las mejillas y la frente se aprecian unos círculos rojos pintados. Es la careta de una abuela, con la boca cincelada en una mueca.

—¿Cómo lo sabes, Máscara? No parece que vaya a parar pronto.

Me giro y casi le rozo la nariz al pequeño que está de cuclillas a mi lado. Debe de tener unos ocho o nueve años, viste unos pantalones anchos de cáñamo y una chaqueta fina con botones de madera. Tiene el pelo alborotado y un remolino a un lado de la cabeza que sobresale como una flor. En la espalda lleva algo que parece un morral de tela.

—Ni siquiera Miki llora tanto como ella —dice enarcando una ceja. A dicha afirmación le sigue un sonido parecido al burbujeo del agua en

el océano.

El niño se lleva la mano al hombro y afloja las cuerdas del morral. Le da la vuelta y enseña al bebé que hay dentro.

—Ay, Miki. —El niño se ríe, mientras levanta a la pequeña del morral —. Una sonrisita para el bebé.

Me enseña a la niña. No debe de tener más de un año. Tiene las mejillas rosadas y el pelo corto como el del niño, salvo que el suyo está repeinado a un lado. Por el vestidito de algodón que lleva, con unas florecitas rosas bordadas, deduzco que la quieren mucho. Miki y yo nos hacemos un guiño la una a la otra. Ya sea por arte de magia o porque la sonrisa de Miki es contagiosa, las lágrimas dejan de brotar. Miki se ríe y estira sus manitas hacia mí.

—No, no, Miki —la riñe el niño, que abre el morral y vuelve a colocarla dentro—. Te quedas conmigo. —Le da unas palmaditas en la cabeza antes de volver a colgarse el morral a la espalda.

Miro a la chica enmascarada. Las facciones talladas en la madera de la máscara han cambiado, ya no son las de una anciana con el ceño fruncido sino las de una abuela sonriente.

—Mucho mejor —dice—. Está bien soltar alguna lagrimilla de vez en cuando, pero no es bueno malgastar agua.

«¿Qui… quién eres?», pregunto. O intento preguntar. Como antes, no emito ningún sonido.

Me quedo sorprendida cuando me contesta:

—Somos espíritus. —Su voz tiene una suavidad especial al provenir de detrás de la máscara—. Soy Máscara —dice, señalándose— y estos son Dai y Miki. —Los señala como si tal cosa y Dai me dedica una gran sonrisa—. Te hemos visto llorar en silencio en el callejón y hemos venido a investigar.

Dai mira a Máscara y luego a mí.

—Máscara, ¿cómo sabes lo que está diciendo? ¿La oyes?

—¡Pues claro que no! —exclama Máscara, exasperada—. Porque su voz es una urraca. Solo uso el sentido común. ¿Qué crees que preguntaría una humana como ella, sola en un callejón en medio de la ciudad del Dios del Mar? ¿Quiénes sois? ¿Qué sois? ¿Por qué estáis

aquí? ¿Qué queréis? He contestado todas las preguntas. Niña, asiente con la cabeza si he respondido bien a tu pregunta.

Asiento.

Dai aplaude.

—¡Pregúntale cómo se llama, Máscara! Es muy guapa.

—¿Cómo sabes tú si es guapa o no? ¡No eres más que un niño!

Hago caso omiso a su discusión y me centro en las palabras de Máscara. «Su voz es una urraca».

Agito las manos para captar su atención. Entrelazo los pulgares y muevo los dedos de arriba abajo, imitando las alas de un pájaro.

—¡Ya lo tengo! —Dai chasquea los dedos—. Sé lo que intenta decirnos.

Asiento para que siga hablando.

—Quiere volar. Como un pájaro. ¿Y si la llevamos a la cascada más alta, Máscara? Podríamos empujarla. ¡Así podrá volar!

Me quedo boquiabierta.

—No, ¡no está diciendo eso! —responde Máscara con una risotada—. ¡Ya sabía yo que tu linaje era inferior!

—¡Retira eso, Máscara! Y pídeme perdón.

Me pongo de rodillas y agito las manos, en un intento de captar la atención de ambos.

«¿Cómo sabes que mi voz es una urraca? ¿Has visto lo que me ha pasado? ¿Sabes adónde se han llevado mi voz?».

Máscara y Dai me lanzan una mirada confundida. Bueno, por lo menos Dai, que parece que no entiende nada. En la máscara de abuela de la chica aún se dibuja una cálida sonrisa.

—Eh… —duda Dai, rascándose el puente de la nariz—. ¿Sabes qué acaba de decir?

Máscara niega con la cabeza.

—No leemos la mente —me comenta amable—. Tampoco se nos da muy bien leer los labios. Haz como si no pudiéramos oírte, aunque fueras capaz de hablar.

«Urraca», articulo sin emitir sonido. De nuevo, alzo las manos con forma de pájaro, esta vez las hago caer con un movimiento pronunciado en el aire. Se parece más al vuelo de un halcón que al de una urraca, pero a estas alturas me importan poco los detalles.

Dai me señala las manos.

—Eso parece un halcón.

—¡Ah! —exclama Máscara—. Ya lo he entendido. Es una urraca, ¿verdad? Hemos visto que el señor Kirin y ese astuto ladrón, Namgi, te han robado el alma y la han atrapado dentro de una urraca en una jaula. Tienes que recuperarla o el Dios del Mar no te reconocerá como su prometida.

Abro unos ojos como platos.

«¿Sabes que soy su prometida?».

Supongo que se ha hecho una idea de lo que le acabo de preguntar, porque me responde:

—¿Qué otra cosa iba a ser, si no? Los únicos humanos que pueden entrar en el Reino del Espíritu son las prometidas del Dios del Mar; los únicos humanos que son del todo humanos y no los espíritus de los humanos. —Se señala a ella, a Miki y a Dai—. Como nosotros.

Inclina la cabeza.

—No estarás muerta, ¿verdad?

Incluso aunque tuviera voz, me hubiera quedado muda del asombro.

—Todos los humanos tienen un alma —explica la chica—. Cuando mueren, dejan el cuerpo en el mundo terrenal, mientras que las almas viajan por el río. Los espíritus son las almas de los humanos que han salido del río, demasiado cabezotas para pasar a otra vida. Nos quedamos aquí en el Reino de los Espíritus, sembrando el caos y poniéndonos las botas de ritos ancestrales. —Se da unas palmaditas en la tripa y Miki suelta una risita.

Los miro con los ojos muy abiertos. Si es cierto lo que dice Máscara,

entonces están muertos.

—Ayudémosla, Máscara —dice Dai, con un gesto de dolor porque Miki le da mordisquitos en el hombro—. Puedo llevarla a la Casa del Loto. Ahí es donde irán Kirin y Namgi. Le diremos al que esté al mando que busca trabajo. —Me da unos toquecitos suaves en la cabeza—. Eres muy callada. Seguro que te contratan.

—A menos que se enteren de que eres una humana y no un espíritu. —Máscara se ríe—. ¡Entonces querrán comerte!

Me quedo blanca. Tiene que ser una broma.

Máscara extiende la mano y la tomo. Me ayuda a incorporarme y me da la vuelta para sacudirme el polvo de la parte de atrás del vestido. Tenemos la misma altura.

De perfil, la examino con atención. Lleva la máscara atada al cogote con unas cuerdas gruesas y tiene la cálida melena castaña recogida en una larga trenza, lo que significa que es una doncella soltera. Eso y la curva sedosa del cuello me indican que debe de tener mi edad, más o menos.

—¡Vamos! —exclama Dai y Miki ríe a su espalda.

Máscara endereza la espalda para seguirle. Yo dudo un momento. No suelo ser una persona desconfiada, pero el desencuentro con Shin y los demás me ha vuelto recelosa. Aun así, siento una extraña afinidad hacia estos espíritus, tan amables y vivarachos… aunque estén muertos.

Mi hermano mayor, Sung, afirma que la confianza hay que ganársela, que confiar en alguien es como darle el puñal para hacerte daño. Pero según Joon, confiar es tener esperanza, creer en la bondad de la gente y el mundo que les rodea.

Estoy demasiado dolida para creer en alguien ahora mismo, pero sí creo en mí, en el corazón que me dice que son buenos y en la cabeza que afirma que son la ayuda que necesito para encontrar a la urraca y recuperar mi alma.

—¿Vienes? —grita Dai por encima del hombro.

Corro para alcanzarlos. Salimos del callejón y sigo a Máscara, Dai y Miki hacia el corazón de la ciudad del Dios del Mar.

6

Dejamos atrás el callejón y entramos en una gran avenida. Me agobio al instante. Nunca he salido de mi pequeña aldea, donde, como mucho, se reúnen veinte o treinta habitantes los días de mercado y quizá llegamos a cincuenta en fiestas. Aquí en la ciudad del Dios del Mar hay cientos, miles, de personas vestidas con colores brillantes como las joyas, como si la ciudad fuera un gran arrecife y la gente, su coral.

Edificios majestuosos con tejados escalonados forman las calles, casi apilados unos encima de otros hasta donde alcanza la vista. De los aleros de los edificios cuelgan farolillos que iluminan las sombras de las figuras que se mueven detrás de las ventanas de papel. Unas gigantescas carpas fantasmales nadan tranquilas por encima de los tejados, mientras que los luminosos pececillos dorados nadan a toda velocidad alrededor de los farolillos.

En la calle se abre una puerta que desborda luz y risas. Una muchacha, que mantiene con destreza una bandeja de té sobre la cabeza, desaparece entre la multitud.

Suena un silbido y un chasquido. Levanto la vista. Estallan unos fuegos artificiales que iluminan la noche y ahuyentan a un banco de pececillos.

—¡Mira por dónde vas!

Máscara me agarra a tiempo e impide que me atropelle un chico que empuja un carrito de anémonas.

—¡Eso tú! —grita Dai levantando el puño—. Es una prometida del Dios del Mar, ¿sabes?

—Sí, claro —contesta el chico por encima del hombro—, ¡y yo soy el Dios del Mar!

Los que lo oyen sueltan una risilla.

Las calles empedradas están llenas de mosaicos de criaturas marinas. Seguimos una cadena de delfines azules y grises por una calle hasta una avenida de cangrejos rojos y, al final, llegamos a la enorme plaza

central adornada con una gran tortuga de color jade.

La plaza está abarrotada de gente. Hay varios grupitos de chicas agachadas en círculo que lanzan y cogen piedras. Hay señores mayores sentados en mesas bajas y discutiendo en voz alta sobre juegos de mesa.

Todos deben de ser espíritus, aunque parecen como Miki y Dai: sanos… y vivos.

Máscara se da la vuelta en la plaza y nos lleva por una callejuela lateral con puestos de comida a los lados.

Pasamos por delante de puestos llenos de tortitas de arroz hasta arriba y otros con pescado salado colgado de la cola. En otros hay castañas asadas y boniatos espolvoreados con azúcar. Dai se aparta al ver que se acerca otro carro de comida y apoya la espalda en otro lleno de bollitos en vaporeras de bambú. En cuanto se aleja, Miki estira el brazo y coge un bollito.

—¡Eh, Miki! —grita Dai—. ¡Eso de robar es para los ladrones!

Se mete la mano en el bolsillo, saca una cuerdecilla corta ensartada con monedas de metal de estaño y cobre. Desata una moneda de estaño pequeña y se la tira al dueño del puesto, que la coge al vuelo.

—Nos llevamos cuatro, gracias.

Coge los bollitos y nos da uno a cada uno. Curiosa, miro a Máscara por el rabillo del ojo para ver si se quita la máscara para comer, pero le da su bollito a Miki. La pequeñaja lo devora en tres bocados impresionantes.

Un vapor delicioso sale del mío. Sigo el ejemplo de Miki y casi lo engullo de una sentada. La combinación del exterior blandito y esponjoso con el interior salado de puerro y cerdo es exquisita. Después de chuparnos los dedos, Miki y yo nos aliamos para lanzarle miradas suplicantes a Dai, que suspira con fuerza y se saca otra moneda de la cuerda.

Me tomo mi tiempo con el segundo bollito, saboreando hasta el último trozo.

El callejón de los puestos de comida se abre hacia otra calle ajetreada que termina con un grandioso puente sobre un río de corriente suave. Los farolillos flotan por ella en tonos rojos, verdes y blancos. Algunos

barcos están amarrados en la orilla y otros navegan ya río abajo; a bordo van los barqueros con sus sombreros emplumados.

El puente tiene que ser un punto de paso principal. Hay muchísima gente, carros, mulas y hasta un buey con una guirnalda de flores entre los cuernos. Los niños de la edad de Dai trepan por las verjas abriéndose paso a través de las vigas estrechas. Máscara saca la mano de golpe y agarra a Dai por el hombro para que no siga el ejemplo de los demás críos.

En mitad del puente, el ruido de los tambores hace vibrar el aire. Una procesión se mueve a paso lento entre el gentío. Como a todo el mundo, nos empujan hacia los lados para dejar espacio.

Un grupo de soldados pasa cerca de nosotros, todos van armados con lanzas. Rodean a cuatro portadores que llevan una gran caja con adornos. Dos portadores a cada lado levantan la caja sobre unas barras apoyadas en sus anchos hombros.

He oído hablar de cajas así, muy comunes en la capital, que se usan para transportar a las mujeres de la nobleza en distancias cortas. Las gruesas paredes del palanquín protegen a la ocupante de miradas fisgonas.

Los susurros de emoción siguen la procesión. Me inclino hacia delante, curiosa por saber quién va dentro de la caja dorada.

—La prometida de Shiki.

Me giro y veo que Máscara sigue el movimiento del palanquín. Con la cabeza señala los uniformes negros y rojos de los guardias.

—Esos son los colores de su casa.

Le tiro de la manga y luego hago un ruido con los labios para llamarle la atención.

—¿Shiki?

—Un dios de la muerte.

Mi mirada vuelve rápido a la caja dorada. La persona del interior es la prometida de un dios de la muerte.

«Debe de ser muy guapa. ¿Ella de qué es diosa?».

—¿Has dicho diosa? No es más diosa que tú y que yo. Solo es una

chica. Una antigua prometida del Dios del Mar.

Una prometida del Dios del Mar. Giro la cabeza rápidamente en dirección a la procesión.

Una mano cálida y besada por el sol descorre las cortinas del vehículo y vislumbro un rostro redondo y dulce antes de que un guardia me impida ver más.

Hyeri.

Hace un año, la prometida del Dios del Mar había sido una chica de la aldea de al lado. Año tras año, las prometidas llegan de todos los rincones en caravanas que se extienden kilómetros. Algunas veces proceden de pueblos pequeños, otras de ciudades más grandes y algunas hasta de la misma capital. Pero Hyeri llegó de noche con sus pertenencias en un saco colgado al hombro y con una trenza sencilla que le bajaba por toda la espalda.

Pernoctó en casa de nuestro anciano jefe y su familia durante tres noches antes de que llamaran a nuestra puerta. Necesitaba que alguien la ayudara a prepararse para la ceremonia nupcial.

Era muy raro estar en una habitación con una chica a la que no conocía de nada, ayudándola a vestirse con los colores de la prometida —colores intensos y luminosos que simbolizan amor, felicidad y fertilidad— cuando, por la mañana, se ahogaría y el vestido no haría más que arrastrarla bajo las olas.

—Podrías huir. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

Hyeri se giró hacia mí. Tenía los labios rosados por los pétalos de azaleas machacados, y los ojos oscuros y ahumados gracias a la carbonilla de la chimenea.

—¿Y adónde huiría?

—¿No tienes a nadie que te cuide? ¿Una familia que te proteja?

Despacio, Hyeri negó con la cabeza.

—Solo a mi hermana y hace cinco años que no está.

—¿Cómo que no está? —Me incliné hacia delante, esperanzada, pensando que Hyeri podría ir junto a su hermana. A la capital, quizá.

A algún sitio seguro—. ¿Y dónde se fue?

Hyeri se dio la vuelta. La ventana abierta de la habitación daba a los arrozales y, a lo lejos, el mar. En la oscuridad no se veía, pero si se oía: era el incansable viento que repartía el aire cálido por la estancia. Se notaba también la sal en el ambiente, que se asentaba en la piel con una gruesa capa. Como la ceniza.

En voz baja, Hyeri contestó:

—Siempre se me dio mejor nadar. Mucho mejor que a mi hermana, quien tenía miedo al agua. Mañana, cuando me lancen al mar, voy a nadar sin más. Nadaré y nadaré hasta que me quede sin fuerzas.

—Pero tu hermana…

—Cinco años ya. Dicen que todas las prometidas del Dios del Mar son iguales, pero se equivocan. ¿Cómo no se dan cuenta?

Entonces, su voz se volvió apremiante. Me cogió de las muñecas y me acercó a ella, con unos ojos febriles.

—A algunas prometidas las eligen, pero luego hay otras que escogen serlo. —Me soltó y cerró los ojos—. Se preguntan por qué alguien elegiría renunciar a su propia vida, pero nunca lo entenderán.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Los aldeanos?

Ella asintió.

—Hay chicas que eligen ser prometidas porque quieren aportar riqueza a su familia, ya que la dote que paga el pueblo es elevada. Luego hay muchachas que optan por ser prometidas porque desean el prestigio que otorga el ser una de las pocas chicas hermosas sacrificadas de forma trágica. También hay chicas que de verdad creen que todo esto es real, que no se ahogarán porque el Dios del Mar las salvará.

Hyeri abrió los ojos; con la mirada buscaba la ventana y la noche en la distancia.

—Y luego están las chicas como mi hermana, que quieren ser la prometida del Dios del Mar porque les duele demasiado ser ellas mismas.

Entonces me acerqué a Hyeri y le cogí de las manos. Estaban frías.

—Todo este maquillaje se irá con el agua —comentó Hyeri, reprimiendo la risa—. Y hasta entonces, parecerá que lloro tinta.

—Yo te limpio. —Cogí un trapo, lo introduje en un cuenco con agua y le fui dando toquecitos bajo los ojos.

—Eres una buena chica, Mina. Puede que te parezca segura de mí misma, pero tengo mucho miedo. Quiero vivir. ¿Una persona se puede morir y, a la vez, seguir viva?

En aquel momento no tenía una respuesta. Era de noche y ella pronto se iría para ser sacrificada por la mañana. Durante un año, no entendí por qué nadie querría ser una prometida del Dios del Mar.

No hasta el momento en que me vi en la proa del barco, con una rabia que había desatado una tormenta en mi alma, y salté al mar.

—Lloras mucho. —Dai me mira con las manos ahuecadas debajo de la barbilla para coger las lágrimas que me resbalan por las mejillas.

«¿En serio?», pregunto riéndome. Me embarga la felicidad al ver que Hyeri está aquí, sana y salva. Señalo la lenta procesión. «Cuéntame más. Cuéntame lo que sea».

—¿Quieres saber sobre la prometida de Shiki?

Asiento con energía.

—No sé gran cosa de ella. —Se queda callado—. Pero Shiki, por otro lado…

«¿Sí?». Le sonrío para que siga hablando.

—¡Es un capullo sin corazón!

—Esa boca —le advierte Máscara—. Shiki no es tan malo. Solo un poco serio. E incluso si fuera solo un poquito malo, los rumores apuntan a que el dios de la muerte adora a su nueva prometida. La boda fue una celebración espectacular.

Abro los ojos y hago movimientos exagerados entre ella y la caravana en movimiento.

«¿Cómo fue?».

—¡No me invitaron! —responde Máscara—. Solo invitaron a la gente más importante de la ciudad. A los señores de la Casa del Tigre y de la

Casa de la Grulla. Al Gran Espíritu. A todos los dioses menores con santuario propio. —Se rasca la mejilla de madera—. Ahora que lo pienso, invitaron a mucha gente.

—¡Pero a nosotros no! —exclama Dai.

—Al Dios del Mar, por supuesto, pero viendo que no ha salido de su palacio en cien años, desperdiciaron la invitación. Ah, y al señor Shin, supongo. Aunque dudo que apareciera por allí, visto lo visto.

—Tuvieron una enorme pelea —me explica Dai—. ¿Sabes por qué se pelearon? —pregunta, girándose hacia Máscara.

—Pues por lo de siempre.

—¿Por comida? —sugiere Dai.

Pienso en los señores de la guerra que se pelean por las tierras en mi aldea.

«¿Por poder?».

La expresión de Máscara permanece benévola; aun así, siento que emana hostilidad.

—Pero ¿quién os ha criado a vosotros dos? ¿No os han enseñado nada? El amor los hizo discutir y el amor los volverá a juntar, si no son demasiado testarudos para perdonarse el uno al otro.

—¿Shin también estaba enamorado de Hyeri? —pregunta Dai.

Máscara levanta las manos en el aire, frustrada. Se da la vuelta, camina hacia la multitud que se ha dispersado alrededor de la procesión de Hyeri, que ya se aleja. Nos damos prisa para alcanzarla.

¿Por qué iban a pelearse Shin y Shiki, si no era por el amor de Hyeri? ¿Qué daño se han hecho el uno al otro que deban perdonarse? Después de conocer a Shin, no me extraña que esté involucrado en alguna disputa… y encima con un dios. Ese chico de ojos oscuros es muy irritante… ¡y me ha quitado la voz! Puede que no se haya dado cuenta, o que no le importe, pero ahora la disputa la tiene conmigo.

Llegamos al otro lado del puente.

—¡Ahí está! —exclama Dai—. ¡La Casa del Loto!

Un muro de piedra descomunal ocupa una manzana entera de la calle.

Las copas de unos árboles enormes bordean el perímetro y ocultan lo que se encuentra al otro lado. La única entrada es un amplio portón custodiado por unos guardias vestidos de negro. En ese momento están dejando pasar a varias personas de una en una, cotejando los nombres en un pergamino de aspecto oficial.

Trago saliva ante la imposibilidad de mi tarea. No solo tengo que mentir —sin voz— para poder cruzar esa puerta, sino que también tengo que localizar a un pajarillo y encontrar la forma de devolverle su forma original.

Tengo suerte de haber conocido a Máscara, Dai y Miki, pero pronto se irán y me quedaré sola otra vez, sola con la única compañía del puñal y las historias de mi abuela.

Máscara apoya su cálida mano en mi hombro.

—¡Pensaba que eras valiente! No hay que tener tanto miedo. Eres una prometida del Dios del Mar, ¿no? Tienes un propósito y no te rendirás hasta que lo consigas o, por lo menos, lo intentarás con todas tus fuerzas. ¿O ya lo has intentado con todas tus fuerzas?

Niego con la cabeza.

—¡Muy bien! —Me aleja del portón y doblamos la esquina hasta donde Dai espera fuera de una puertecita lateral que da a un camino alternativo mucho menos transitado. Se desata el morral y le da un beso a Miki antes de dársela a Máscara.

—Déjamelo a mí —dice el niño.

Con arrojo, se acerca a la puerta de madera y llama.

Corro para seguirle y llego hasta él en el mismo instante en que se abre la puerta. Una chica más o menos de mi edad nos observa con una boca ancha y fruncida; una mirada afilada e inteligente, y pelo largo castaño recogido en un moño despeinado. El pelo suelto enmarca un rostro con forma de corazón que me resulta familiar.

Doy un grito ahogado.

—¿Nari?

7

Cuando era pequeña, había una chica en mi aldea a la que admiraba mucho, en parte porque me daba bastante miedo. Era amiga de Joon, tenía dos años más que yo, era luminosa como el sol y poseía un corazón temerario. Joon siempre fue muy noble y como era bastante grande para su edad, los demás niños solían burlarse de él.

Nari salía siempre en su defensa. Cuando se metía en medio de los abusones, todos la escuchaban. Cuando los reprendía por la crueldad de sus palabras, pedían perdón. Que Nari tuviera buena opinión de ti era como sentir la luz del sol encima. O eso imaginaba yo que se sentiría, pues nunca me prestó mucha atención. La última vez que la vi fue hace un año, cuando se lanzó al río inundado por la tormenta para recuperar los barcos que se habían alejado del muelle. El río se desbordó y, a su paso, se llevó los barcos y a Nari mar adentro. Pensé que ya no volvería a verla. Pero aquí está, delante de mí, sonriendo y llorando a la vez.

—Mina, no me lo puedo creer. —Me hace cruzar la puerta y me envuelve en un fuerte abrazo; huele a flores silvestres y a los robustos juncos que crecen a orillas del río—. Si estás aquí es porque… ¡es porque estás muerta!

Claro, era normal que lo creyera. Solo podías entrar en el Reino de los Espíritus si morías o si te llevaba el dragón. Y ella, como todos los de mi aldea, siempre había creído que Shim Cheong estaba destinada a ser la prometida del año.

«Estoy viva. Es solo que…». Suspiro. No me oye.

—¡Y Joon! Tu pobre hermano. Perderte a ti y a Cheong la misma noche… Tiene que estar destrozado. Cuéntame, ¿qué te ha pasado? ¿Te has ahogado durante la tormenta? ¿Ha sido un grupo de asalto del norte?

—¡No! ¡Te equivocas! —la interrumpe una voz fuerte e indignada—. ¡No está muerta! Es una prometida del Dios del Mar.

Nari me suelta y se gira hacia Dai, que aún está fuera. Está solo;

Máscara y Miki han desaparecido.

—¿Quién es este chico, Mina? —me pregunta Nari con el ceño fruncido—. ¿Te está molestando? Porque si es así, ahora mismo me deshago de él. —Coge un palo largo con una hoja curva apoyado en la pared. No me había dado cuenta antes, pero lleva la misma túnica negra y el mismo chaleco blindado que los guardias de la puerta principal.

—Soy amigo de Mina —grita Dai—. No como tú, que la acusas de estar muerta cuando es obvio que es una prometida del Dios del Mar.

Nari abre mucho los ojos.

—Una prometida… Pero ¿en qué año estamos? Hace cien años que desapareció el emperador. Iban a sacrificar a Shim Cheong, si mal no recuerdo. Además, las prometidas tienen siempre dieciocho años y tú debes de tener unos dieciséis, la misma edad que yo cuando fallecí. Mina, ¿por qué no dices nada?

«No puedo hablar».

—No puede hablar —responde Dai—. Le han robado la voz y la han transformado en un pájaro.

Creía que esa explicación sería difícil de creer.

—Ah —dijo Nari—. Tiene sentido. El año pasado hubo un gran revuelo después de que el señor Shin cortara el hilo rojo del destino de Hyeri y su alma se transformara en un pececillo. Su amante, Shiki, el dios de la muerte, pidió que todo volviera a ser como antes. Como el señor Shin se negó, se enfrentaron en una gran batalla, justo aquí, en esta casa.

Dai ladea la cabeza.

—¿Y quién ganó?

—Pues no está claro. Los que fueron testigos de aquella batalla creen que el señor Shin tenía ventaja y podría haber ganado, si Hyeri no hubiera intervenido en el último momento.

Lo que significa que Shin perdió. Siento cierta satisfacción al saberlo.

—Tengo una última pregunta… —Dai se inclina hacia delante con complicidad—. ¿Te plantearías ir en contra de los deseos de tu señor?

—Por supuesto que no. —Nari agarra el palo con firmeza—. Soy una leal servidora de la Casa del Loto.

Dai me coge del brazo.

—Vámonos, Mina.

—¡Esperad! —Nari estira el brazo y me sujeta por la manga—. Si de verdad eres la prometida del Dios del Mar, eso significa que has venido hasta aquí a recuperar tu alma. —Frunce el ceño y enarca las cejas mientras piensa—. Me acuerdo de ti, Mina. Recuerdo cómo nos seguías a Joon y a mí a todas partes, a las playas y a las sendas del bosque. Tengo que reconocer que eras un poco pesada y yo nunca he tenido mucha paciencia. Siempre me ha gustado ir por delante.

Hace una pausa; sus ojos oscuros parecen pensativos.

—No como Joon. Y me preguntaba: «¿Esto es lo que se siente al tener un hermano pequeño?». Yo no tenía modo de saberlo porque era hija única. Como Joon sabía que nos seguías, andaba siempre un poquito más despacio.

Siento una punzada en el pecho.

—Te quería, Mina. Y yo le quería como un amigo de verdad. Aquí tengo una vida nueva, una en la que deseo quedarme tanto como pueda, pero te voy a ayudar… por ti y por tu hermano. Puedes confiar en mí.

Esta vez, me tiende la mano y yo se la tomo. Dai sonríe desde donde observa la escena, a través de la puerta.

—¿Cómo habíais pensado que entrara? —le pregunta Nari entonces.

—Se me había ocurrido que podría hacerse pasar por una criada.

Nari da un paso hacia atrás para analizarme mejor y luego asiente, satisfecha.

—Podría funcionar.

—¡Genial! La dejo en buenas manos. —Dai me empuja más hacia dentro—. ¡Mucha suerte, Mina!

Echa a andar por la calle y grita por encima del hombro:

—¡La próxima vez que nos veamos, espero escuchar tu voz!

Saco la cabeza por la puerta y le digo adiós con la mano hasta que desaparece por la esquina. Vuelvo hacia el interior, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos en un pequeño patio adoquinado. A la derecha, una verja abierta deja ver un camino que se adentra en los terrenos de la casa. En mitad del patio hay un cerezo con flores blancas y rosas. De sus elegantes ramas cuelgan adornos de papel; algunos se balancean y otros giran lentamente al son de la suave brisa.

—Es el patio de los sirvientes —me explica Nari cuando llega a mi lado después de cerrar la puerta—. Aquí pasarás desapercibida un rato. —Me hace una señal para que me siente sobre una piedra tallada con forma de tortuga. Después, se acerca al árbol, coge una jofaina de estaño y me la deja cerca de los pies. Miro y veo que está llena de agua de lluvia—. Lávate y voy a buscarte unas chinelas.

La obedezco de inmediato y sumerjo los pies en el agua caliente para quitarme la suciedad y el hollín de las calles. Nari regresa y me entrega un delantal, que me ato alrededor de la cintura, y un trozo de tela blanca. Me cubro la nariz y la boca para ocultar mi identidad.

—Las enfermedades son infrecuentes en el Reino de los Espíritus —me cuenta—, pero no es raro que la gente oculte su rostro después de una noche empinando el codo.

Por último, Nari me entrega unas chinelas resistentes. Me las calzo y me echa un vistazo. Parece que sí puedo hacerme pasar por una criada, porque asiente con la cabeza. Se gira y me hace un gesto para que la siga por la puerta este.

Dejamos el patio para el servicio y salimos a un amplio camino de tierra. A cada lado hay grandes cocinas móviles por cuyas ventanas se filtra el sabroso aroma a salsa de soja y vino de arroz. A la izquierda, se abre una puerta y nos pegamos a la pared más cercana. Vemos salir a varios sirvientes con uniforme azul cargados con bandejas y platos cubiertos. Contenemos la respiración al pasar, nos deslizamos sigilosamente por un camino de hierba rodeado de grandes vasijas de barro y salimos cerca del muro exterior.

—Lo llaman casa —me cuenta Nari mientras subimos una pequeña colina salpicada de perales en flor—, pero en realidad es una gran residencia formada por varios edificios con jardines, campos y lagos entre ellos. Si en algún momento nos separamos, busca un pabellón al noreste de donde estamos ahora. Está sobre un pequeño estanque y solo se puede acceder en barco o por un puente en el lado más

meridional. Ahí es donde deben de guardar tu alma. La zona no suele estar muy concurrida y seguramente hoy lo esté menos, pues la mayor parte de las actividades se llevan a cabo alrededor del pabellón principal.

Al llegar a la cima de la colina desde la que se ven las tierras de la Casa del Loto, me detengo a coger aire.

Hay un lago precioso debajo que abarca casi toda la superficie del terreno. Las flores de loto se abren sobre el agua oscura hasta llegar al centro del lago, donde un pabellón resplandeciente corona una pequeña isla. Parece el centro neurálgico de los festejos. Varias figuras vestidas con colores vivos se mueven entre las enormes columnas de piedra, y se oye música y risas desde los balcones de la última planta. Hay dos puentes que llevan al pabellón. En el occidental, veo a varios portadores con librea cargando a hombros al menos cuatro palanquines cubiertos; por otro lado, en el oriental, las antorchas no están encendidas.

Me pregunto por qué habrán venido esta noche. Hace un rato, los guardias del portón solo dejaban entrar a ciertas personas.

—Están aquí para hacer de testigos —comenta Nari, siguiendo mi mirada—. Cada año, todas las grandes casas del reino se reúnen para asegurarse de que el Dios del Mar y su prometida hayan roto todo vínculo. Mientras el Dios del Mar duerma, habrá varias personas en la ciudad que tendrán el control de las cosas. —Señala con la cabeza las dos grandes procesiones que están entrando ahora por la puerta, una con trajes rojos y dorados y la otra de azul y plateado—. Los señores de la Casa del Tigre y la Casa de la Grulla, los líderes de las casas más ambiciosas. Al cortar el lazo que haría que el Dios del Mar se volviera mortal por su relación contigo, el señor Shin hace que el dios sea indestructible ante cualquier ataque y mantiene a los grandes señores controlados durante, al menos, un año más.

Se aleja del lago.

—Démonos prisa, va. Ven, Mina. Ya estamos cerca.

Entonces, Shin decía la verdad en el salón del Dios del Mar. Había cortado el hilo rojo del destino para proteger al dios de aquellos que querían derrocarlo. Si hubiera sido otra persona, esa muestra de lealtad sería algo honorable, pero tengo un nudo en el estómago y una sensación desagradable al pensar en ese hombre de ojos oscuros.

Le doy la espalda al lago y bajo por el lado opuesto de la colina,

donde Nari acaba de desaparecer en una arboleda. Me la encuentro de cuclillas detrás de un pequeño arbusto, observando el claro desde el borde.

—El estanque está justo al otro lado del edificio. —Señala con la cabeza hacia una gran pagoda con paredes abiertas que ilumina la hierba húmeda que la rodea. Descubro las sombras de gente en su interior, sentada alrededor de mesas bajitas. Por las risas y el tintineo de las copas de porcelana, parece que están bebiendo.

Dejo de fijarme en la pagoda y me centro en los árboles. Tras ellos, en algún lugar, se encuentra el estanque, el pabellón y mi voz.

—Jugamos con la ventaja de la oscuridad —dice Nari—. Ve tú primero, no prestarán atención a una criada. ¿Lista?

Compruebo que la parte de detrás de la máscara está bien atada y que me cubre la boca; después, salgo al camino. Desde la pagoda se nos podría ver perfectamente, pero está muy oscuro y a los invitados les interesa más su propio entretenimiento. Uno de los músicos marca un ritmo pegadizo en el tambor mientras un payaso con una máscara de prometida —una máscara pintada de blanco con círculos rojos en las mejillas— se tambalea entre las mesas, como si estuviera atrapado en el vaivén de una gran ola.

Corro hacia el otro lado por delante de la pagoda en dirección a las sombras de los árboles del bosque que hay más allá. Estos se alzan sobre mí y descubro una densa arboleda con un pequeño sendero que se adentra en la oscuridad. Titubeo al contemplarlo, pero respiro hondo y me subo la falda para correr.

—¡Espera!

Reconozco esa voz. Una imagen de hace unas horas se me pasa por la cabeza. Pelo rizado. Sonrisa torcida. «¿Eres una prometida o un pájaro?».

Namgi.

8

Me llevo la mano a la cara para asegurarme de que la máscara me cubre la nariz y la boca, y mido la distancia que me separa de los árboles. Los pasos de Namgi crujen al acercarse; un guijarro salta delante de él y golpea el tacón de mi chinela.

—Nos hemos terminado el aguardiente —dice con una voz baja y áspera. Es evidente que me toma por una criada—. Con una o dos jarras más debería… —Su tono alegre vacila ligeramente—. ¿Por qué vas por ahí? Ahí no hay nada que te incumba.

No puedo responder, ¡no tengo voz! Y aunque la tuviera, ¿qué le diría? Me inclino ligeramente y miro al suelo. Su sombra está casi sobre la mía. Maldigo para mis adentros.

—¡Señor Namgi! —exclama Nari con una voz fuerte y segura—. Deje en paz a la chica. Bastante tiene con sus tareas como para cargar con el peso de las suyas.

Hay una breve pausa y yo no me muevo ni respiro siquiera. Entonces Namgi se ríe y se le apaga un poco la voz mientras se gira hacia Nari.

—Tu lengua afilada nunca decepciona.

—Puedes irte, chiquilla —dice Nari igual de tajante—. No hagas caso de las divagaciones del señor, está borracho.

Aprovecho la oportunidad que me brinda Nari y me alejo resuelta.

—¿Estoy borracho? —oigo decir a Namgi mientras me deslizo entre los árboles—. Nunca me doy cuenta. El mundo me parece igual borracho que sobrio.

—Pongamos a prueba esta teoría —bromea Nari—. ¿Nos lo apostamos a las cartas?

Dejo atrás la pagoda y me adentro en el bosque; el embriagador triunfo de mi huida se va atenuando a medida que avanzo por un sendero oscuro y serpenteante. A diferencia de las habitaciones de los sirvientes o del pabellón junto al lago, aquí los árboles son numerosos y sus frondosas copas impiden el paso de la luz de la luna. Un silencio

espeluznante se cierne sobre el bosque y estoy tentada de volver atrás, aunque solo sea para oír de nuevo el rumor de las voces.

De pequeña, me perdí en el gran bosque que hay más allá de nuestra aldea. Había estado siguiendo a Joon y a Nari cuando vi un zorro y me desvié del camino. Vagué durante horas y al final me refugié entre las raíces de un gran alcanforero. Me senté, acurrucada con las rodillas contra el pecho, y me entregué a los sollozos, desconsolada. Me daba miedo estar perdida en el bosque para siempre o, peor aún, que me comiera un demonio.

No recuerdo cómo salí del bosque al final, si me encontraron o si descubrí la salida yo sola. Debía de tener cinco o seis años y, sin embargo, el recuerdo está oculto, velado por la niebla, como si mi mente me protegiera de un daño mayor. Solo recuerdo el temor.

Una luz aparece de la oscuridad y parpadea entre los árboles. Aliviada, la sigo hasta el borde del bosque. El pabellón es tal y como lo ha descrito Nari, en una islita en el corazón de un estanque, accesible solo por un estrecho puente de madera. La luz parpadeante proviene de un farolillo que sostiene una figura solitaria que está cruzando el puente poco a poco. Reconozco de inmediato al portador de la linterna. La Diosa de la Fortuna se ríe de mí esta noche.

Me escondo detrás de un árbol mientras se acerca Kirin. Casi doy un respingo cuando una segunda figura aparece fundiéndose de la oscuridad para unirse a él: es una mujer y va vestida con la misma armadura que Nari.

Se inclina ante él.

—Mi señor.

Kirin reconoce su presencia con una elegante inclinación de cabeza.

—¿Alguna noticia que contarme?

—Hemos registrado a todos los invitados. No hemos descubierto nada importante, salvo unas pocas armas corporales entre las sacerdotisas de la Casa del Zorro, que les hemos permitido conservar por orden del señor Shin. La mayoría de los invitados han refunfuñado, pero se han sometido al registro sin problemas. Los señores de la Casa del Tigre y de la Casa de la Grulla, sin embargo, se han mostrado… difíciles. Han protestado enérgicamente y han acusado a la Casa del Loto de ultrajar a sus invitados.

Ante esto, Kirin dice con un gruñido:

—Tamaña insolencia no debería permitirse. El señor Shin es demasiado indulgente.

Al ver que la guardiana no responde de la misma manera, Kirin pregunta:

—¿Qué ocurre? Parece que quieres hablar.

La chica duda, pero al poco contesta:

—Circulan rumores entre los invitados de que el poder del Dios del Mar está menguando, al igual que el del señor Shin. Hace menos de un año fue derrotado por Shiki y su amistad se rompió de forma irremediable. Sin un aliado tan firme y poderoso, muchos creen que el papel del señor Shin como guardián de esta ciudad ha llegado a su fin. Y el Dios del Mar, sin el señor Shin para protegerlo…

La voz de la guardiana se apaga cuando Kirin y ella se van alejando del árbol. Me mantengo cerca del suelo y los sigo; quiero seguir escuchando su conversación. Sin embargo, cuando los alcanzo, Kirin se está despidiendo ya.

—Diles a los demás que tengan los ojos muy abiertos. No me extrañaría que la Casa de la Grulla o del Tigre causaran problemas esta noche.

Ella hace una reverencia y da un paso atrás.

—Sí, mi señor. —Se va igual que ha llegado: fundiéndose en la oscuridad. Pronto no es más que una mancha en el rabillo del ojo.

Ya a solas, Kirin suspira y mira hacia el estanque. Una garza solitaria planea sobre el agua y roza la superficie con la punta del ala.

—Proteger al Dios del Mar es una carga demasiado pesada incluso para ti, Shin.

Doy un paso atrás y rompo una ramita al pisarla sin querer. Inmediatamente, Kirin gira la cabeza y yo me agacho, haciendo una mueca por semejante torpeza. Por un hueco en el follaje, veo que Kirin se adentra en el bosque. Durante un momento parece que le brillan los ojos con un intenso color plateado y, de repente, una ardilla salta de entre la maleza y empieza a trepar por el tronco de un árbol. Cuando vuelvo a mirar, los ojos de Kirin vuelven a ser marrones.

Lentamente, avanza por el mismo camino que ha tomado la guardiana, hacia el lago. Cuando ya lo he perdido de vista, salgo de entre los árboles y me dirijo hacia el puente.

Esa sensación desagradable de antes vuelve a invadir mi corazón: creo que no he juzgado bien a Shin. Todavía no comprendo del todo los problemas de este reino, pero me recuerdan a mi hogar, donde por culpa de un gobernante débil y pusilánime los señores de la guerra se pelean por la tierra y derraman sangre por pequeños agravios. Aquí debe de ocurrir lo mismo. En ausencia del Dios del Mar, los habitantes de este reino, al notar una debilidad, tratarían de alterar el equilibrio de poder a su favor.

Y luego está Shin, que es el único que se esfuerza por contener la marea. Igual que la gente de mi aldea. Como yo misma.

Muevo la cabeza para reconducir mis pensamientos. Por mucha simpatía que sienta por él, tengo mis propios problemas, empezando por recuperar mi alma.

El pabellón está sumido en la oscuridad. Si Nari no hubiera estado tan convencida de que es aquí donde retienen a la urraca, habría buscado en un lugar más custodiado, no en uno que parece abandonado. Abro la puerta y la luz de la luna a mis espaldas inunda la madera oscura. A ambos lados de un estrecho pasillo hay habitaciones; las sombras de las nubes se desplazan por las gruesas paredes de papel.

Estoy cerrando la puerta tras de mí cuando se abre otra en el pasillo. Me lanzo a un rincón, acurrucándome en las sombras. Dos figuras negras se deslizan por ese corredor. Solo las veo un instante —una es corpulenta y lleva una espada en la cintura; la otra es enjuta, tiene aspecto de comadreja y carga con una gran ballesta colgada al hombro — antes de desaparecer por la puerta opuesta. ¿Serán ladrones?

Es paradójico que le roben a Shin, que, a su vez, me ha robado a mí. En todas las historias, las urracas advierten de los ladrones.

Esta noche no.

A mi derecha, veo unas escaleras que se dirigen al piso superior. Las subo rápidamente, pero con cuidado de no hacer ruido. Arriba hay otro pasillo estrecho, pero más corto que el de abajo. Solo hay una puerta en la pared. Dentro, oigo un ruido como el de unas alas inquietas. ¡La urraca! Abro la puerta, entro y la cierro al pasar.

Nerviosa, recorro la habitación con la mirada, pero se me cae el alma

a los pies. La urraca no está aquí. El origen del ruido es una brisa fresca que hace susurrar el papel de la ventana. La habitación es austera y está escasamente amueblada. Hay una estantería baja junto a la ventana opuesta a la puerta. Contra la pared de la derecha descubro un armario desgastado y, a la izquierda, el único objeto de la habitación: un biombo plegable de papel.

La urraca debe de estar en una de las estancias de abajo. Pero ¿cómo voy a evitar a los ladrones?

Cojo el puñal, agarrando el mango con fuerza. Oigo un ruido fuera, en el pasillo. Se acercan pasos. Me apresuro hacia el biombo y me escondo detrás, agachándome justo cuando se abre la puerta.

9

Alguien entra en la habitación con una vela en la mano. La luz de la llama proyecta su silueta en la pantalla de papel del biombo. La sombra del intruso no coincide con ninguno de los hombres que he visto abajo. Tiene una forma curiosa, de la espalda le sale una extraña protuberancia.

De repente, la sombra se alarga. Es inconfundible: despliega unas alas como las de un ser celestial. O de un demonio. Pego la espalda a la pared. Entonces, un ruido rompe el silencio. El suave gorjeo de una urraca.

Shin.

Se mueve por la habitación sin hacer ruido, se quita la jaula del hombro y la coloca en el estante bajo. ¡A la Diosa de la Fortuna le gusta jugarme malas pasadas esta noche! Primero Namgi, luego Kirin… y ahora Shin.

Y la urraca. Está tan cerca que noto un golpeteo en el pecho con el batir de sus alas.

La sombra de Shin vuelve a cruzar la habitación. ¡Se va sin la urraca! Se me acelera el corazón ante semejante triunfo.

Pero entonces se detiene, como si se hubiera dado cuenta de algo. Me devano los sesos buscando qué le puede haber llamado la atención. No he tocado ningún mueble después de entrar en esa estancia. ¿Se habrán quedado marcadas mis pisadas en el suelo?

Levanta la vela y apaga la llama. Los aromas del humo y de las flores de ciruelo llenan aquel aire templado.

El corazón me late desbocado. El silencio se prolonga interminablemente. Cuando no puedo soportarlo más, saco la cabeza por el biombo. Ya no está. La habitación se encuentra tan vacía como antes.

No, hay algo distinto: la jaula está ahora en el estante bajo. La urraca agita las alas, inquieta por mi presencia. No es momento de dudar. Sin pensármelo dos veces, cruzo la habitación y me acerco a la jaula.

—Ya decía yo que notaba la presencia de un ladrón.

Me doy la vuelta. Shin está apoyado en el marco de la puerta. Lleva el pelo oscuro, ligeramente húmedo, peinado hacia atrás. Debe de haber venido de la casa de baños. Se ha cambiado desde la última vez que lo he visto. Ahora viste una túnica de seda negra, con el cuello bordado con flores de loto en hilo de plata. La espada va atada a la cintura.

—Estoy impresionado —dice, observándome con los ojos entornados —. Tienes suerte de haber llegado hasta aquí.

«Es curioso, porque me da la sensación de que la suerte lleva esquivándome toda la noche».

Frunce el ceño.

—No puedo verte los labios desde aquí. No sé qué estás diciendo.

«Que no oigas las palabras no significa que no las diga».

Se endereza y cruza el umbral.

—Ninguna prometida me había dado nunca tantos quebraderos de cabeza como tú.

«¿Y Hyeri? Por lo que he oído, perdiste un combate con ella. ¿Te hirió el orgullo que te venciera una humana?».

Entorna un poco más los ojos.

—Sigues hablando.

«Es culpa tuya que no puedas oírme. De todos modos, es mejor así. Si supieras lo que estoy diciendo, no te gustaría».

Se aproxima desde el otro lado de la habitación y lo baña la luz de la luna. Siento una punzada de rabia al recordar una vez más la diferencia de estatura. Mis ojos están a la altura del intrincado bordado de flores del cuello de su túnica. Estamos tan cerca que alcanzo a verle el pulso que le late en el cuello. Capto el fresco aroma de su ropa, una mezcla de lavanda, menta y sándalo.

—Cuéntame tus agravios —dice— ahora que puedo verte con claridad.

Lo tengo tan cerca que noto que se me encienden las mejillas. Aprieto los dientes y levanto la barbilla.

«Tú eres el verdadero ladrón aquí».

Hay una pausa mientras trata de descifrar las palabras de mis labios. Luego dice, en voz tan baja que tengo que esforzarme para oírlo:

—Tendría que haber sabido que no te rendirías tan fácilmente. —Mira muy rápido por encima de mi hombro hacia la jaula.

Sé lo que va a pasar. Me echarán de la Casa del Loto, como lo han hecho antes en el palacio, y perderé cualquier posibilidad de recuperar mi alma. Doy un paso al frente y atraigo su mirada hacia mí.

«Deja que te ayude», le digo.

Ahora reconozco que le he juzgado mal en nuestro primer encuentro. Sus actos, aunque desatinados, estaban al servicio del Dios del Mar. Si puedo convencerlo de que mis actos también están al servicio del dios, podría ser un aliado, uno muy fuerte, viendo la inmensidad de su casa y la lealtad de su gente.

Su mirada se desplaza de mis labios a mis ojos.

—No puedes hacer nada para ayudarme.

Inspiro hondo.

«Tenías razón en lo de percibir a los ladrones». Veo cómo me mira los labios y frunce el ceño al comprobar lo que tengo que decir. «He visto a dos entrar en una de las habitaciones de abajo. Uno es grande, como un oso. El otro es bajo, pero… más peligroso, creo. Tal vez quieran hacerte daño por algo que les has robado. Igual que yo quiero hacerte daño por lo que me has robado a mí». No puedo evitar añadir esta última parte.

—¿Por qué debería confiar en lo que dices? —Fuera, en el pasillo, se oye un crujido.

«Porque, a cambio, quiero tu ayuda».

Sus ojos abandonan mis labios para sostener mi mirada.

Se acercan pasos suaves, casi silenciosos; pertenecen a muchas más personas de las dos que he visto abajo.

Ahora soy yo quien le lee los labios.

«Escóndete», me dice articulando con la boca y señalando el biombo.

Vuelvo a mi posición anterior, agazapada.

La puerta se abre de golpe.

Los pies aporrean el suelo mientras sus oponentes irrumpen en la habitación y la rodean. Retrocedo a trompicones cuando se mueve el biombo, que alguien ha empujado desde el otro lado. Sin querer, golpeo el papel con las rodillas. Un pesado y tenso silencio cae sobre la estancia.

Entonces oigo el lento deslizamiento del acero cuando Shin desenvaina la espada. Se oye un grito y la banda de ladrones empieza a cargar. Toda la habitación estalla en caos. El acero choca contra el acero. Los gruñidos y los gritos de dolor llenan el aire. Agarro mi puñal, indecisa porque no sé si es mejor permanecer oculta o unirme a la lucha. No diferencio la voz de Shin del resto; no sé si está herido y necesita mi ayuda. Algo grande cae y acaba en el suelo con un gran estruendo: el armario. Un chorro de sangre salpica el biombo, como tinta sobre un lienzo.

La urraca lanza un grito de angustia. Me incorporo y salgo de detrás del biombo.

El suelo está sembrado de los cadáveres de una decena de hombres. Solo quedan dos intrusos en pie. Se enfrentan a Shin, incluido el hombre corpulento como un oso que he visto antes.

—¡Señor Shin! —exclama, presionándose con la mano una herida que tiene en el hombro—. Sirves a un amo débil e ingrato. Presta tu fuerza a nuestro señor y se te recompensará.

Shin está de pie junto a la ventana, con la espada al lado. Incluso tras un combate tan desigual, parece sereno, con la espalda recta y el rostro inexpresivo. Entonces reparo en la sangre que le resbala por la muñeca. Está herido.

—¿Y a quién sirves tú? —pregunta en voz baja.

El oso parece que va a responder, pero su camarada le espeta:

—¡No te dejes engañar! Quiere que expongamos a nuestro amo para matarnos inmediatamente después. Cumple con la tarea que se nos encomendó. El pájaro es nuestro premio.

Frunzo el ceño. ¿Para qué quieren mi alma?

Shin mira rápidamente hacia donde estoy, aunque ninguno de los dos se da cuenta. Con un rugido, el hombre con aspecto de oso se abalanza sobre él. Shin se inclina hacia atrás y la espada le roza la garganta. Moviéndose con una velocidad imposible, agarra el hombro del otro ladrón y lo apuñala en el estómago; el hombre se desploma en el suelo. El hombre oso, visiblemente aturdido, suelta la espada y corre hacia la puerta.

Al cruzar el umbral, la luz de la luna se refleja en algo que hay en la esquina más alejada, oculto en las sombras. El hombre con aspecto de comadreja con la ballesta. Con todo aquel caos, me había olvidado de él.

Carga una flecha, cuya punta plateada apunta al pecho de Shin.

No lo dudo. Echo a correr… y todo sucede en un instante. Me lanzo hacia Shin. La flecha de la ballesta pasa por encima de nuestras cabezas y astilla la ventana. Frustrado, el ladrón con aire de alimaña huye de la habitación. Shin y yo caemos juntos, y nos damos un coscorrón con la estantería baja. La jaula de pájaros se tambalea en el borde y luego cae.

Parece que el tiempo se congela mientras cae; se rompe al impactar contra el suelo y el pájaro queda libre. La urraca bate las alas de puntas rojas y emite un graznido agudo y penetrante antes de estallar en una explosión de luz.

Me estremezco ante su resplandor. La oscuridad que sigue a la luz es cegadora y el silencio después del chillido del pájaro es ensordecedor.

Hasta que la oigo.

Es mi respiración. Pesada y ronca.

Hasta que lo veo.

Entre mi mano y la de Shin hay una cinta roja brillante.

El hilo rojo del destino.

Nos miramos.

—Ay, no —digo.

La voz me sale clara y cristalina.

10

Ni Shin ni yo nos movemos mientras miramos el hilo rojo del destino suspendido entre los dos. Shin es el primero en reaccionar. Coge la espada y la lanza hacia abajo. Atraviesa la cuerda y se incrusta en el suelo de madera. Su mirada se cruza con la mía, parece preocupado. Entonces lo intento yo; cojo mi puñal y corto con un movimiento ascendente. El hilo rojo del destino permanece intacto, casi como si se regocijara; es una cinta de luz brillante y resplandeciente.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? —pregunta Shin más para sí mismo que para mí.

Me incorporo como puedo, pisando las astillas de madera de la jaula.

—Has dicho que la urraca era mi alma. Puede que, al volver a mí, se haya enredado con la tuya. —Es la única explicación que se me ocurre.

Shin niega con la cabeza.

—No es posible.

Le tiendo la mano, sigue sentado en el suelo. Enarca una ceja con expresión escéptica.

—¿Qué estás haciendo?

—Tal vez si se tocan nuestras manos, el hilo rojo del destino cerrará el círculo y desaparecerá. Y recuperaremos nuestra alma.

Frunce el ceño.

—No suena muy… probable.

Impaciente, doy golpecitos en el suelo con el pie.

—Habrá que intentar lo que sea, ¿no? Cuando he tocado al Dios del Mar, ha desaparecido durante un instante. Claro que si tienes miedo…

Como había supuesto, le cambia la expresión y sonrío, algo petulante.

Sin embargo, cuando se acerca para tocarme la mano, caigo en la cuenta… Como ha pasado con el Dios del Mar, ¿me absorberían sus recuerdos? ¿Lo absorberían a él los míos?

«Un barquito de papel roto por la mitad. Mi cuñada llorando. Mi abuela gritando mi nombre mientras yo corría y corría y corría…».

Me coge la mano con fuerza. Tiene la piel seca y cálida.

No ocurre nada. Ahora me doy cuenta de lo estúpido que era mi plan. Sonrojada, me muevo para zafarme de él, pero no me suelta. Frunzo el ceño.

—¿Qué estás…?

Me tira hacia delante y casi caigo al suelo. Se mueve rápidamente y cambia de postura para cogerme la cabeza con la otra mano. Por un momento parpadeo mirando al techo, aturdida. Luego, poco a poco, entrelaza nuestros dedos y aumenta la presión de su palma contra la mía. El hilo rojo del destino se enciende, como si sostuviéramos una estrella en llamas. Levanto la vista y veo la luz de la cinta, y mi propia cara de asombro, reflejada en sus ojos oscuros.

—Bueno —dice arrastrando las palabras—, ¿has recuperado tu alma?

Y aunque sé que se está mofando de mí, mi corazón sigue latiendo a trompicones. Me suelta la mano justo cuando Namgi entra en la habitación con la espada desenvainada.

—¡Shin! —grita—. He oído alboroto… —Se queda callado al vernos a Shin y a mí en el suelo. Baja la espada—. Esto sí que no me lo esperaba.

Shin no le hace ni caso y se incorpora. El hilo rojo del destino se alarga mientras se mueve por la habitación y se agacha para registrar a uno de los ladrones.

—El uniforme no lleva insignias.

—¿Quién se atrevería a atacar la Casa del Loto? —pregunta Namgi en voz alta—. Pídemelo e iré a por ellos para desmembrarlos poco a poco. Destruiré su casa, sus hijos, sus cabras, si tienen…

Interrumpo su perorata:

—¿Dónde estabas hace unos minutos? Espero que no estuvieras

dándole al aguardiente.

—Anda —Namgi me señala—, si has recuperado la voz.

De repente, Shin levanta la vista desde el suelo, donde estaba agachado.

—Namgi, ¿no la ves?

Namgi inclina la cabeza.

—¿El qué?

La cinta flota en el aire, roja y brillante. Inconfundible.

Me vuelvo hacia Shin.

—¿Qué significa que no pueda verla?

Shin hace una mueca.

—Nada bueno.

Detrás de nosotros se oye un crujido y un breve estallido. Los cadáveres de los ladrones empiezan a desvanecerse y se esfuman en volutas de humo. Al cabo de unos minutos, solo quedan montones de ropa y armas desperdigadas por el suelo. La sangre del biombo también ha desaparecido.

—¿Adónde se han ido? —pregunto.

—Han regresado al Río de las Almas —me explica Shin—. Su segunda vida ha terminado.

—Su última vida —añade Namgi—. Ya no hay vuelta atrás.

Me estremezco. La muerte no me es ajena, pero verla nunca es más fácil.

Shin arranca la espada del suelo y la enfunda.

—Será mejor que nos demos prisa en ir al pabellón principal. Es casi medianoche.

Mira hacia la ventana rota, donde la noche parece palpitar. Capto otro olor en el aire, creo que azufre.

—¿Y qué pasa con ella? —pregunta Namgi, lanzando una mirada en mi dirección.

—Se viene con nosotros.

Namgi enarca una ceja, pero no cuestiona a Shin.

Salimos del pabellón. En el exterior, la noche de verano, antes suave, es ahora calurosa y seca.

Siguiendo a Shin, Namgi se arremanga y se le ven unos brazos enjutos tatuados con diseños intrincados.

—¿Y qué harás con lo del alma? —pregunta, mirándome—. Todo el mundo esperará alguna prueba de que te la has llevado.

—Ya se me ocurrirá algo —responde él, y luego alarga la zancada.

En lugar del bosque, seguimos el camino que Kirin ha recorrido antes sobre un campo verde. Levanto la vista esperando ver estrellas, pero el cielo está lleno de nubes oscuras y ominosas. Debe de haber algún fuego cerca, porque huelo a humo.

Namgi aminora el paso para caminar a mi lado. Tiene la mano en la empuñadura de la espada y los ojos en el cielo. Su expresión es sombría y preocupada.

—Eso que has dicho antes… —le comento—. ¿A qué te referías con que mi alma se usara como prueba?

—Ah, es parte del ritual anual. Por eso han venido todos estos espíritus oportunistas a beberse nuestro licor. Vienen a atestiguar que se ha cortado el hilo rojo del destino, lo que procurará cierta paz, al menos hasta el próximo año. La prueba es el alma de la prometida, tu alma. Aunque ahora que ha desaparecido, no sé qué haremos. —Namgi se rasca la barbilla con el puñal, si bien no parece muy despreocupado.

—¿Cuánto tiempo lleva haciéndose este ritual? —pregunto.

—Nadie lo sabe con seguridad. Pero si eres la prometida número cien, por lógica serán unos cien años. Las cosas son un poco confusas en el reino del Dios del Mar, porque los espíritus y los dioses pueden vivir indefinidamente. Un día es casi clavado al siguiente. Y hasta un siglo, para el caso.

—Shin siempre ha protegido al Dios del Mar. Es el jefe de la Casa del Loto y su deber es servirle. Nada motiva más a Shin que su sentido del deber.

Si protege al Dios del Mar, ¿no debería ayudar a las prometidas a romper la maldición? Sin embargo, me reservo la pregunta para otro momento.

Shin nos lleva por el puente oriental no iluminado que he visto antes con Nari, hacia el pabellón del lago. El luminoso interior está repleto de personas recostadas en cojines de seda mientras disfrutan del ágape entre mesas cargadas de fruta y pastelitos de arroz de colores. Veo a los que deben de ser los señores de las Casas del Tigre y de la Grulla, a juzgar por las zonas especiales que han dispuesto a ambos lados del pabellón.

La música se detiene a nuestra llegada. Kirin se acerca; sus ojos claros y enigmáticos me recorren antes de posarse en Shin.

—Están aquí —dice.

Al principio interpreto que se refiere a los señores de las Casas del Tigre y de la Grulla, pero luego me doy cuenta de que todas las personas del pabellón tienen la mirada puesta en el cielo del lago.

Parece que se avecina una tormenta, que trae consigo el hedor sulfúrico que he olido antes, pero ahora es mucho más penetrante. Dentro del pabellón, los invitados se llevan paños de seda a la boca. El calor se vuelve insoportable, seco y espeso. Un viento abrasador recorre el suelo y el hilo rojo del destino se mueve hacia un lado. En lo alto, el cielo comienza a retorcerse, se hincha y palpita como si un gran corazón latiera en la oscuridad.

Al principio, no distingo bien lo que veo, pero luego empiezo a descubrir formas en el tumulto. Son unas criaturas parecidas a serpientes, grandes como dragones, pero sin cuernos ni extremidades. Se mezclan con el cielo en varios colores: rojo intenso, índigo y negro.

—Imugi —dice Kirin con un gruñido.

En las historias de mi abuela nunca había criaturas como estas, grandes como ríos y tan numerosas que parecen tragarse la noche.

Noto una presión en el hombro.

—Quédate aquí —me ordena Shin, empujándome ligeramente hacia

Kirin—. Namgi, conmigo.

Cuando Shin se da la vuelta, Kirin frunce el ceño, aunque sus ojos no se posan en ningún momento en la cinta brillante que nos une. Al igual que Namgi, no puede verla.

Juntos, Shin y Namgi se dirigen a la apertura del pabellón que da al puente occidental, bien iluminado, y la multitud se aparta para dejarles espacio.

Una a una, las criaturas del cielo descienden al lago que hay junto al pabellón. Cuando se sumergen, las ráfagas de viento que levantan con el cuerpo apagan los farolillos del puente, con lo que solo queda iluminado el pabellón en sí. Se oye un estruendo y el agua del lago salpica en los tablones de madera. Varios invitados gritan, pero sus vecinos se apresuran a hacerles callar. En el silencio que sigue, todas las miradas se dirigen al extremo del puente que conecta con el pabellón. En mi imaginación, evoco el espantoso rostro de un dragón con forma de serpiente que estira el cuello por la abertura, con los ojos ardientes como el fuego.

La negrura se ondula. Los que están más cerca se dispersan, aterrados. Contengo la respiración.

Un hombre baja del puente, seguido de cerca por otros dos. Tienen un cuerpo alto y enjuto, pelo oscuro y ojos negros, aunque hay algo en su aspecto que me resulta familiar. Entran en el pabellón, moviéndose rápida y silenciosamente entre la multitud. Detrás de ellos, el lago está vacío. No hay rastro de las criaturas. Y sin embargo, al ver cómo se aproximan estos hombres, me da la impresión de que las grandes bestias no han desaparecido. Caminan entre nosotros.

El primero llega hasta Shin y le hace una breve y sucinta reverencia.

—Señor Shin.

—Ryugi.

—Hemos venido a dar testimonio de parte de la Diosa de la Luna y la Memoria. ¿Dónde está el alma de la prometida del Dios del Mar?

Shin vacila un instante, luego habla con una voz que reverbera en el pabellón:

—No la tengo.

Se oyen murmullos entre la multitud. Por el rabillo del ojo, veo que el señor alto de la Casa de la Grulla se inclina para susurrar algo al oído del señor del Tigre, más achaparrado.

Ryugi frunce el ceño.

—No te creo. Nunca has aparecido sin ella. —Con los ojos entornados mira a los allí reunidos—. Debes de tener a la prometida. ¿Dónde está?

Shin mira rápidamente el hilo rojo del destino. A estas alturas está claro que la cinta es invisible para todos menos para nosotros dos.

—No tengo que darte explicaciones.

Ryugi da un paso al frente con un gruñido.

—¿Qué es esto? ¿Osas desafiar a la diosa?

Trato de recordar si sé algo sobre la Diosa de la Luna y la Memoria, pero aunque me suenan la mayoría de los dioses y diosas del reino, no tengo constancia de ella. Debe de ser una diosa poderosa para capitanear semejante grupo de criaturas.

Shin tarda en responder y Ryugi se frustra cada vez más; las fosas nasales se le hinchan y parece que los ojos le brillan con una neblina roja.

—La diosa exige una respuesta, señor Shin.

—No es mi diosa —responde Shin con frialdad.

Inmediatamente, los dos hombres que están detrás de Ryugi enseñan los dientes y desenvainan la espada. Namgi hace lo propio y se saca una daga del cinturón, con una expresión salvaje y alegre en el rostro.

A mi lado, Kirin interviene con voz tranquila:

—No hay necesidad de derramar sangre. La prometida del Dios del Mar está aquí. —Me empuja hacia delante y doy un traspié.

Se produce un breve silencio mientras todos los presentes en el patio se me quedan mirando. Entonces Ryugi reprende a Kirin:

—¿Te atreves a burlarte de nosotros, Plateado? Si ella es una prometida, yo necesito ojos nuevos.

Su comentario provoca la risa nerviosa del público.

—Si dudas de mis palabras —dice Kirin—, llévala ante tu diosa. Verá que la chica es humana y tiene un alma íntegra.

Una voz de barítono le interrumpe, el señor Tigre habla desde donde contempla la escena:

—¿Y qué impediría a la diosa matar a la chica y quedarse todo el poder?

—Si ella es la prometida, ¿dónde está el hilo rojo del destino? —Esta pregunta la plantea el señor Grulla, que me observa atentamente con unos ojos sagaces y penetrantes.

—Por una serie de extraños acontecimientos, el vínculo de la prometida con el Dios del Mar se ha roto y su alma ha vuelto a ella —explica Namgi—. El más extraño de esos sucesos ha sido un robo fallido en esta misma casa hace apenas media hora. Todavía no hemos determinado quién es el responsable de enviar a los ladrones, pero si se os ocurre quién podría habernos traicionado, mis señores, soy todo oídos.

Esta amenaza tiene el efecto deseado. Tanto el señor Grulla como el señor Tigre dan un paso atrás; parece que no están dispuestos a seguir discutiendo.

—El señor Shin es un sirviente leal —continúa Kirin como si no le hubieran interrumpido—. No dejaría que os la llevarais si de verdad estuviera ligada al Dios del Mar.

Ryugi gruñe.

—Nos llevaremos a la chica, pero como descubramos que nos habéis mentido, la ira de la diosa caerá sobre todos vosotros. —Ryugi asiente en mi dirección y se me acerca uno de sus secuaces.

Agarro el puñal de mi tatarabuela. Sé que ir con ellos sería mucho peor que el hecho de que me roben el alma. Es una diosa poderosa, aunque no la conozco. Mi abuela decía que los dioses más peligrosos son los olvidados.

Shin se pone delante del esbirro antes de que este pueda alcanzarme.

—Por buenas intenciones que tenga, Kirin no habla por mí.

Kirin agacha la cabeza y retrocede, sumiso, aunque noto que aprieta la mandíbula.

Ryugi se ha impacientado con todo esto y vuelve a entornar los ojos.

—Si ha recuperado su alma, no te opondrás a que nos llevemos a la prometida del Dios del Mar.

—No es la prometida de Dios del Mar —dice Shin.

Ryugi gruñe.

—Basta de marear la perdiz. Se me está acabando la paciencia. Si no me entregáis a la prometida, entonces…

—Es mi prometida.

Tras esta afirmación, se produce un silencio de estupefacción. Kirin levanta la vista, sorprendido. Detrás de Shin, Namgi sonríe de oreja a oreja.

Ryugi parpadea.

—Señor Shin, no lo entiendo.

—Dile a tu diosa que voy a tomar una esposa. Si desea conocer a la señora Mina, puede hacerle una visita o esperar hasta la boda. Como prometida mía que es, se quedará conmigo, aquí está más segura. Al fin y al cabo, es humana.

—¿Boda? —susurro.

Shin me mira con cautela.

—A finales de mes —contesta. Intenta explicarme algo con los ojos. Al principio no lo entiendo, pero luego recuerdo lo que le he dicho hace un rato, antes de que aparecieran los ladrones para robarme el alma. «Deja que te ayude». Puede que esta sea su forma de darme a entender que acepta.

Ryugi frunce el ceño.

—Has perdido la cabeza.

—Creo —interviene Namgi— que lo que ha perdido es su corazón.

Si Namgi quiere distraer a Ryugi, consigue salirse con la suya; Ryugi

se vuelve hacia él con una malicia que roza la alegría.

—Ay, hermanito, mucho has corrido tú a sacar la espada antes. Cuántas ganas de derramar sangre de tu sangre.

¿Hermanito? Miro a Namgi y luego a Ryugi y sus hombres. Cuando han entrado en el pabellón, ya me ha parecido que me sonaban de algo. Ahora, al comparar la cara de Ryugi con la de Namgi, el parecido es evidente: pelo negro como el carbón y ojos que brillan con un destello amenazante.

Aunque quizá, no tanto en el caso de Namgi. Los ojos le brillan con picardía.

—Ah —suspira—. No te he echado nada de menos.

—Nuestra madre pregunta por ti. Deberías ir a verla y presentarle tus respetos.

—Mamá me arrancaría la cabeza si me viera.

Ryugi mira a Kirin.

—Veo que todavía luchas mano a mano con el Plateado. Dime, ¿llora en sueños, sabiendo que los nuestros han asesinado a todos y cada uno de los suyos?

Un denso silencio responde a su pregunta. Echo un vistazo a Kirin, pero tiene un rostro inexpresivo que no delata sus pensamientos.

Namgi se encoge de hombros.

—Ni idea. No me acuesto con él.

Ryugi gruñe antes de volverse hacia Shin.

—Comunicaremos esta… —dice con una risita burlona y la voz cargada de desprecio—… noticia a la diosa.

Hace una señal a sus compañeros y estos lo siguen desde el pabellón hasta el puente. Desaparecen en la oscuridad. Se oye el potente sonido del viento reverberar en el suelo y luego el cielo se llena del estruendo de las grandes bestias. Los murmullos de la multitud no vuelven hasta que ese ruido se desvanece en la distancia.

Me vuelvo hacia Shin.

—Un mes, has dicho.

Soy consciente de la importancia de ese plazo. Si lo que me contó en la sala del Dios del Mar es cierto, tras treinta días en el Reino de los Espíritus yo también me convertiré en un espíritu.

—Tienes un mes para descubrir cómo salvar al Dios del Mar —responde—. Yo tengo un mes para encontrar la forma de librarme de ti.

—Señor Shin —Kirin se acerca por detrás de nosotros—, te felicito, aunque reconozco que me parece sorprendente.

—Tan diplomático como siempre —dice Namgi—. Pídele que se explique y ya.

Kirin parece más agraviado que cuando Ryugi ha dicho que los imugi habían matado a toda su gente.

—Nunca me atrevería a exigir una explicación.

—¿Están aquí las sacerdotisas de la Casa del Zorro? —pregunta Shin como si no hubiera oído, u optara por no oír, el rifirrafe de sus compañeros.

—Sí —contesta Kirin—, pero después de presenciar los acontecimientos de la noche, seguro que no tardarán en marcharse.

—Diles que nos uniremos a su convoy —le ordena Shin—. Quiero hablar con su líder.

Da la sensación de que Kirin quiere indagar un poco más, pero se contiene. Hace una reverencia y se va a cumplir las órdenes de Shin.

Namgi, que ha estado observando a Kirin con una expresión desconcertada, mira a su alrededor antes de bajar la voz.

—¿Es prudente que viajemos todos a la Casa del Zorro?

—La Casa del Zorro es la más antigua de las casas y su líder es la más sabia —responde Shin—. Ella tendrá el conocimiento que busco.

—Ya, pero ¿es seguro llevar a Mina? —aclara Namgi.

La pregunta de Namgi parece que lo hace reaccionar al fin, porque Shin me mira con una expresión inescrutable.

—¿Por qué no? —pregunto, recelosa. Shin ha aceptado ayudarme, sí, pero sigo sin confiar en él—. ¿Qué le ocurre a la Casa del Zorro?

—Que eres humana —contesta Namgi, aunque es de cajón.

—¿Y?

Con la sonrisa que esboza, Namgi podría prender fuego.

—Que la líder de la Casa del Zorro es un demonio.

11

Dos barcas salen de la Casa del Loto ; en una vamos Shin, Namgi y yo, y en la otra van Kirin y tres mujeres de aspecto feroz, ataviadas con las túnicas rojas y blancas de las sacerdotisas.

Al parecer, la noticia de lo ocurrido en la Casa del Loto se ha extendido ya por toda la ciudad. Pasamos junto a barcos que viajan en dirección contraria. Al ver a Shin, sus ocupantes preguntan si los rumores son ciertos, si es verdad que se va a casar con una chica humana. ¡Y encima prometida del Dios del Mar, ni más ni menos!

Shin no les hace ni caso y cierra los ojos apoyado en la proa del barco. Es Namgi quien responde levantando un remo.

—¡La Casa del Loto tiene por fin una dama! —exclama él, y estalla una ovación.

Nadie me presta atención porque deben de confundirme con una criada.

—¿La gente de la ciudad está siempre tan interesada en los asuntos de las casas? —pregunto, observando cómo Namgi se las ve y se las desea para navegar por una curva cerrada del canal.

Me responde después de haber reconducido la barca, no sin esfuerzo:

—Para los espíritus, cuyos días se mezclan y confunden entre sí, cualquier pequeño cambio es emocionante. Por eso, la llegada de la prometida del Dios del Mar es una ocasión tan trascendental y una excusa tan buena como cualquier otra para una celebración.

Antes, cuando paseaba por la ciudad con Máscara, Dai y Miki, parecía que se celebrase una fiesta: todo el mundo estaba en la calle y había numerosos farolillos, comida e incluso fuegos artificiales. Había fiesta hasta en la Casa del Loto.

No como en la aldea. ¿Por eso nos han abandonado los dioses? ¿No les importan las dificultades del mundo humano porque el Reino de los Espíritus no sufre ninguna consecuencia?

¿Y qué sucede con los espíritus? ¿Acaso no recuerdan que también

han sido humanos? ¿No se preocupan por los que han dejado atrás? ¿O es que sus recuerdos, como insinuó Namgi, se vuelven borrosos con el tiempo que pasan en este reino?

Fuera de una gran casa de té construida sobre el canal, se agolpa una multitud que se empuja para ver nuestra barca. No estoy completamente segura, pero me parece distinguir a un niño de pelo tupido abriéndose paso entre el gentío con un bebé a la espalda.

—Es cierto que los asuntos de ciertas casas interesan a los espíritus más que otros —prosigue Namgi, animado—. En la ciudad del Dios del Mar hay ocho grandes casas, todas ellas al servicio del dios. Shin es el líder de la casa más poderosa, a la que todas las demás siguen y respetan. Por ejemplo, mientras que la Casa del Espíritu protege los intereses de los espíritus, y la del Tigre y la de la Grulla velan por los soldados y eruditos, respectivamente, la Casa del Loto protege a los dioses.

—Y los dioses protegen a los humanos —digo.

Sé que he captado la atención de Shin porque se incorpora lentamente y me observa. La barca cabecea un poco en el agua y me agarro a la banqueta, apoyando los pies en las tablas de madera.

Quizás no debería enfadarle. Nuestra alianza —si es que puedo llamarla así— es, en el mejor de los casos, delicada. El ruido de la fiesta y el jolgorio me crispa, todas esas risas estridentes y cantos desafinados, y entre todo aquello, un sonido fuerte y claro: el repique de unas campanillas.

El barco se mece de nuevo y hace que nos acerquemos los unos a los otros.

—¿Niegas entonces que los dioses estén destinados a proteger a los humanos? —pregunto.

—Lo niego. —La voz de Shin es grave y sus palabras, tan despiadadas y crueles como en la sala del Dios del Mar—. Los humanos son criaturas volubles y violentas. Como temen su propia muerte, se ven abocados a la guerra y arrancan de la tierra en segundos lo que tarda años en crecer.

—Solo porque la muerte les acecha de cerca —le rebato yo—. ¿En serio los culpas cuando la muerte, impaciente, se cuela en sus casas y roba el aliento de sus hijos?

—Claro que los culpo —responde—, del mismo modo que tú culpas a los dioses de las locuras de los humanos.

—Pero se supone que es un círculo, ¿no? Los dioses protegen a los humanos, y los humanos rezan y honran a los dioses.

—Es propio de una humana pensar que el mundo gira a vuestro alrededor, pensar que los ríos son para vosotros, que el cielo y el mar son para vosotros. Solo sois una de las muchas partes del mundo y, en mi opinión, la que las arruina a todas.

Namgi dirige su mirada de uno a otro. A unos metros, Kirin nos observa también desde su barca, atraído por nuestras voces.

Levanto la vista poco a poco y le sostengo la mirada a Shin.

—Así que proteges a los dioses —digo—. De los humanos.

* * *

El resto del viaje en barca lo pasamos en silencio; ambos nos evitamos aunque estamos sentados en la misma banqueta estrecha. El canal desemboca en una masa de agua más grande y dejamos atrás los luminosos edificios de la ciudad, adentrándonos en la oscuridad. Más adelante, una luz brillante se enciende en la barca de Kirin. Namgi hace lo mismo y enciende una antorcha que luego entrega a Shin.

Pronto, no puedo ver nada más allá de la luz de las antorchas. La oscuridad se vuelve más densa. Cuando me agarro al borde de la barca, noto que la madera está empapada por la bruma. De repente, siento una gran presión a mi alrededor, como si el aire estuviera cargado. De la oscuridad surge algo enorme, monstruoso, tan grande como el dragón. Hay cientos… miles de ellos. Agarro el puñal y miro a Shin y Namgi, pero ninguno de los dos parece preocupado. Entonces miro más de cerca. Los grandes objetos son…

… árboles.

Sobresalen del agua y parece que se elevan infinitamente hacia el cielo. La barca se acerca demasiado a uno de ellos y Namgi le da una patada al tronco para desviar nuestro rumbo.

Hay una sutil vibración en el aire, como si los árboles zumbaran o murmuraran. Llegamos a los límites de un gran bosque, mucho más grande que el de la Casa del Loto, más profundo y oscuro también. La barca se ralentiza y se atranca ligeramente sobre unas piedrecillas. No se ha detenido aún que Shin ya se ha levantado y empieza a desembarcar.

—¿La líder de la Casa del Zorro vive aquí? —pregunto, mirando fijamente el oscuro bosque. No alcanzo a ver ningún camino entre la densa espesura de los árboles. Es como si nadie hubiera vivido aquí durante mil años. Ningún humano, al menos.

—Sí —contesta Namgi. Me ofrece una mano para ayudarme a salir—. Un hábitat adecuado para un demonio zorro, ¿no te parece?

Aterrizo en un agua poco profunda y se me empapa el dobladillo de la falda. Shin se ha unido a Kirin y a las sacerdotisas, y juntos se adentran en el bosque.

—Antes has dejado caer que no sería prudente llevarme a la Casa del Zorro porque su líder podría… comerme. —Me estremezco—. Sin embargo, en las historias de mi abuela, los demonios zorro son espíritus malignos que solo atacan a los hombres.

—Este demonio zorro no es tan exigente. ¿Vamos? —Namgi coge la antorcha de la barca y me hace un gesto para que le siga.

A medida que nos aproximamos al bosque, es como si los sonidos que nos rodean aumentaran de volumen, el murmullo de los insectos, el zumbido de los árboles. Entonces nos adentramos y los sonidos cesan. Me detengo en el umbral, incapaz de ir más lejos. Noto un nudo en el estómago y se apodera de mí ese miedo tan familiar. No parece que Namgi comparta mi recelo. La luz de su antorcha se ha ido reduciendo con la distancia. Echo a correr y casi choco con él, que se ha parado a investigar algo en el boscaje.

—¿Qué… qué pasa? —gimoteo—. ¿Por qué te has detenido?

Me mira con el ceño fruncido.

—Parece que algo grande ha pasado por aquí. —Señala el sendero, donde una gran rama ha caído sobre el camino y se ha partido en dos. Junto a la rama hay una marca, una gran huella de animal—. Hace mucho que no vengo a este bosque. Dicen que las bestias, si nada las importuna, pueden volverse enormes. Tigres y serpientes. Lobos y osos. —Namgi levanta la antorcha y entorna los ojos para verme la

cara—. ¿Te encuentras bien? Estás blanca.

—Estoy bien —digo, quizá demasiado deprisa.

Se encoge de hombros y sigue adelante, caminando a un ritmo aún más rápido que antes.

—Espera, más despacio. —Tropiezo con una raíz y me agarro a la rama de un árbol para no caer.

Observo que la luz de la antorcha de Namgi se aleja cada vez más. Intento correr hacia ella, pero acabo en el suelo.

Namgi regresa para investigar.

—¿Seguro que estás bien? —vuelve a preguntar.

—No veo. Necesito más luz. Mejor aún, dame la antorcha.

—No sé yo… —Namgi se rasca la mejilla—. No es muy aconsejable darle fuego a patosa en un bosque.

—Por favor.

—Es un camino recto.

—Me dan miedo los bosques —le suelto, muerta de la vergüenza. Debo de parecerle débil y humana. Como Namgi no responde, paso por su lado y avanzo a trompicones.

Solo he dado unos pocos pasos cuando él entrelaza un brazo con el mío.

—Tengo miedo de muchas cosas —confiesa—, pero no de la oscuridad. Veo bien en la oscuridad. Seguramente es por eso. En realidad, no necesito esta antorcha, pero tú sí, así que ya la aguanto yo para ti. A veces puedo ser desconsiderado y me gusta tomar el pelo, pero puedes confiar en mí.

Siguen parloteando y yo me concentro en el sonido de su voz. El camino desemboca en un pequeño claro donde nos esperan Shin, Kirin y las sacerdotisas.

—No tenemos tiempo que perder —dice Kirin.

Shin mira a Namgi y a mí, y luego le da a Kirin su antorcha.

—Adelántate y ve iluminando el camino.

Kirin obedece inmediatamente, acompañado por las sacerdotisas de la Casa del Zorro. Abandonamos el claro y nos adentramos aún más en el bosque. Con Kirin al frente y Namgi en la retaguardia, me doy cuenta de algunos detalles en los que no me había fijado antes: hay marcas en la tierra, el camino está desgastado de tanto pisarlo.

Al cabo de unos minutos, Shin rompe el silencio:

—Creía que no tenías miedo. —Sostiene una rama para que pueda pasar por debajo y las hojas me rozan el pelo.

Le miro para ver si se está burlando de mí, pero su mirada es interrogante.

—¿No le tienes miedo a nada? —pregunto.

—Si lo tuviera —contesta, dejando caer la rama al pasar—, tampoco te lo diría.

Me río.

—¿Porque los miedos son debilidades?

—Yo no tengo debilidades.

—Solo el Dios del Mar. —Le observo atentamente en busca de una reacción, pero nada le delata—. ¿También es tu único miedo?

Shin me mira a los ojos y se le marca una arruga en el entrecejo. Sin embargo, no percibo enfado en él. Está tratando de determinar algo de mí, como yo de él.

—Ya casi estamos —dice.

Una luz brilla al final del camino. Hemos recorrido un buen trecho, pero no me he dado cuenta. Al igual que con Namgi, la conversación me ha distraído del miedo al bosque. Se distancia de mí para adelantarse en el camino.

—¿He hecho bien en creerme lo que has dicho antes, lo de que me prometías el mes? —le pregunto. Él mira hacia atrás. Levanto el brazo y el hilo rojo del destino brilla suspendido entre ambos—. Aunque se rompa nuestro vínculo, no me impedirás completar mi tarea, ¿verdad?

—No, es una promesa.

—Aunque sea una humana a las que tanto desprecias.

Por un momento no dice nada, luego contesta entre titubeos:

—A ver, no… no desprecio a los humanos. A fin de cuentas, todos los espíritus fueron humanos alguna vez, y estos constituyen la mayor parte del reino…

—Entonces, ¿por qué…?

Niega con la cabeza.

—Afirmas que los dioses deben amar y cuidar a los humanos. No estoy de acuerdo. No creo que el amor pueda comprarse, ganarse, ni siquiera rezar por él. El amor debe darse libremente.

Por una vez no me lanzo a discutir con él, reflexiono sobre lo que acaba de decir.

—Respeto esa creencia —respondo al final.

—Y yo tu determinación de salvar a tu aldea —dice—. No lograrás tal hazaña, pero valoro que lo intentes.

Frunzo el ceño.

—Oye, mi cumplido era auténtico.

Shin se ríe y el sonido es tan inesperado que, por un momento, no parece tanto el líder de una gran casa sino un muchacho más de mi aldea.

Los árboles empiezan a escasear a nuestro alrededor y se van espaciando cada vez más. La luz de la luna se cuela entre las copas, y Kirin y Namgi apagan las antorchas. Un destello de niebla recubre el suelo del bosque. Unas figuras vestidas de rojo y blanco se mueven con gracilidad entre los árboles.

Nuestro grupo se acerca a un pequeño templo; los muros están abiertos al bosque. Unos pocos escalones llevan a una elegante plataforma de madera en la que hay dos mujeres esperando.

La más joven se adelanta para saludar a las sacerdotisas que han viajado con nosotros desde la Casa del Loto. Luego se dirige a Shin con una reverencia.

—Le estábamos esperando, señor Shin.

Kirin frunce el ceño.

—¿Vuestras centinelas os han avisado de nuestra llegada?

—Nuestra diosa lo sabe todo. —Esta vez, la que habla es la mujer mayor. Por el vestido blanco y el sombrero de plumas que lleva, está claro que debe de ocupar una posición de honor entre las mujeres. Dirige su mirada aérea al bosque—. Miren, ya viene.

Al principio, solo distingo el verde intenso del bosque, salpicado de pequeños haces de luz de luna. Entonces, un movimiento perturba la paz. Por el bosque llega una zorra blanca con una cola larga y elegante dividida en dos. Ágilmente, salta por encima de un pequeño arroyo, sube las escaleras del templo y se acerca con sus patas almohadilladas.

El animal clava su brillante mirada en mí. Es muy hermosa; en sus ojos ambarinos hay motitas de oro puro. Tiene un pelaje mayormente blanco, con penachos plateados alrededor de las orejas puntiagudas y en la cola bifurcada.

De repente, la zorra se lanza hacia delante enseñando los dientes afilados.

—¡No! —grita la sacerdotisa más joven. Al principio, creo que nos advierte del demonio, pero luego me doy cuenta de que extiende el brazo hacia Shin. Este ha desenvainado la espada y dirige la hoja afilada al cuello del animal.

La zorra le lanza una mirada feroz y sagaz, se agacha y corretea en zigzag entre nosotros para morder el hilo rojo del destino. La zorra lo mordisquea, lo retuerce y lo sacude hasta el punto de que, de haber sido una cinta normal, ya se habría hecho pedazos. De repente, la zorra se echa atrás, se sienta sobre las patas traseras y se lame una de ellas. El hilo rojo del destino brilla fuerte e incólume.

—¿Cómo se atreve a levantar el acero contra nuestra diosa? —dice entre dientes la joven sacerdotisa.

Antes de que Shin pueda contestar, responde otra voz, profunda y sonora:

—¿Y por qué no habría de hacerlo, para proteger lo que más importa?

La poderosa voz proviene de la sacerdotisa anciana, aunque su aspecto ha cambiado. Si antes tenía una mirada nublada y aturdida, ahora le

brillan los ojos con una extraña luz ambarina con motitas doradas.

—Lo ve, entonces —dice Shin, mirando no a la sacerdotisa, sino a la zorra blanca—. Ve el hilo rojo del destino.

—Brilla con mucha intensidad. —Es la sacerdotisa de nuevo quien responde. La zorra habla a través de ella.

—¿A qué te refieres con el hilo rojo del destino? —Kirin examina el espacio entre Shin y yo, que para él debe de estar vacío—. No puede ser…

La zorra se adelanta y roza la cinta con la coronilla; se oye un rumor, un murmullo, desde el fondo de su garganta.

—No es la primera vez que veo un destino como este. Fue hace muchos años. Es un tipo de destino muy peligroso, que ninguna hoja metálica puede cortar.

—Tiene que haber otra forma de romperlo —dice Kirin.

—La única forma de acabar con un destino así es que muera uno de los portadores.

Se produce una breve pausa y luego Namgi pregunta:

—Entonces, si Mina muere, ¿el hilo rojo del destino desaparecerá?

La zorra niega con la cabeza en un movimiento inquietantemente humano.

—Existe la posibilidad de que si uno muere, también muera el otro.

Namgi frunce el ceño.

—Pero acaba de decir que si uno de ellos muriera, se cortaría el vínculo.

—Si ambos mueren, no hay destino.

—¡Aaaah! —Namgi se tira del pelo—. Por eso no hay que consultarle a un demonio o a una diosa. Nunca te dan una respuesta directa.

—Lo mismo sucede con el Dios del Mar —dice Kirin, ignorando a Namgi—, solo que, en este caso, es la vida de Shin la que peligra.

—Sí, pero hay una diferencia importante.

Como la diosa no añade nada más, Kirin insiste:

—¿Cuál?

—Como puedes ver, o no ver, el destino es invisible, no así con el Dios del Mar. Aunque cada prometida del Dios del Mar que llega a este reino tiene un hilo rojo del destino, el Dios del Mar no está destinado a todas ellas. Al fin y al cabo, ese no es el verdadero propósito del hilo rojo del destino.

Tengo la sospecha de que la diosa se regodea guardándose la información hasta que se le hace la pregunta correcta.

—¿Y cuál es el propósito del hilo rojo del destino? —pregunta Namgi apretando los dientes.

La zorra inclina la cabeza; le brillan los ojos ambarinos.

—Une a las almas gemelas entre sí.

—Almas… gemelas —repite Kirin despacio.

—Sí. Une un alma con otra, dos mitades de un todo.

No sé por qué, pero me sorprende escuchar a la diosa explicándolo de este modo, aunque así es como los humanos cuentan el mito, cuando los destinos de dos personas chocan de tal forma que les cambia la vida. Explica la conexión innegable que se da entre amantes, como Cheong y Joon, que se aman desde siempre.

—No es posible —interrumpe Shin y eso me hace recordar algo. Dijo unas palabras parecidas cuando el hilo rojo del destino se formó entre nosotros.

Mi abuela siempre explicaba que solo las palabras en las que creo son las que pueden hacerme daño. Sin embargo, Kirin me mira con incredulidad y hasta Namgi parece escéptico. En cuanto a Shin, se frota la muñeca con los dedos, como si la cinta le doliera.

Tampoco mencionaré las cualidades que le faltan y que harían imposible que lo amara: un corazón bondadoso y que no me mirara como si fuera una carga o una debilidad, sino como una fortaleza.

—No pedí estar predestinada a ti —digo—. No quiero que tu vida corra peligro por mi culpa. No sabía qué pasaría cuando liberara mi alma de aquella jaula, solo quería recuperarla.

—Mina, no lo entiendes.

—Pues dímelo, tú entonces. ¿Qué es lo que no entiendo?

—No podemos ser almas gemelas —responde Shin, levantando la vista y mirándome a los ojos— porque yo no tengo alma.

12

¿C ómo puede ser que Shin no tenga alma?

La pregunta me atormenta durante todo el trayecto hasta la Casa del Loto. A nuestra llegada, un grupo de sirvientas me lleva a una gran cámara de baño donde me desnudan sin contemplaciones, me echan encima agua caliente y me frotan hasta que tengo la piel roja y casi en carne viva. Estoy demasiado agotada para protestar, así que me relajo mientras las mujeres me cortan y liman las uñas y me untan aceites por los brazos y las piernas. Solo hablo cuando veo a una de las sirvientas salir de la cámara con mi maltrecho vestido.

—¡Mi puñal! —exclamo.

La criada regresa y lo coloca en un estantería baja a su alcance.

Me llaman «doña Mina» y «la prometida de Shin», y me llevan de los baños de sal a la cálida y embriagadora estancia para que sumerja los dedos de los pies en el frío arroyo que discurre por el lado norte. Su cháchara está llena de entusiasmo y asombro, y sus palabras me envuelven como una lluvia de verano.

—Es muy joven para casarse, ¡solo tiene dieciséis años!

—Qué romántico, ¿no? Que el señor Shin se haya enamorado de ella en una noche…

—¿Qué creéis que le cautivó tanto?

—¡Su rostro brillante!

—Su cuerpo ágil.

—Y esa melena tupida… Es preciosa. —Unas manos cálidas me masajean el cuero cabelludo, mientras otras me pasan dedos perfumados por el pelo; el aroma de la lavanda y el hibisco es embriagador. Al final, me dejan sola, sumergida en la bañera central de aquella cámara, donde el vapor me envuelve en unas agradables y perezosas volutas.

Mis pensamientos me llevan a hace una hora. ¿A qué se refería Shin

cuando ha dicho que no tenía alma? Lo ha expresado como si fuera una verdad indescifrable. Y aun así, ni Kirin ni Namgi lo han desmentido. Pero a mí me enseñaron que todo tiene alma, desde el emperador hasta el más humilde de los humanos, desde los pájaros hasta las piedras del arroyo.

Levanto el brazo y el agua cae de mi mano, al igual que el hilo rojo del destino, que se desliza por la estancia y desaparece por la pared más lejana. Me pregunto dónde estará Shin ahora. Ha recibido una misiva y se ha marchado en otra barca con Kirin, mientras Namgi me llevaba de vuelta a la casa. Poco a poco, el hilo rojo del destino comienza a desplazarse por la habitación en un movimiento diagonal. Shin debe de estar viajando.

—¿Doña Mina?

Las sirvientas han vuelto. Me ayudan a salir del agua y me ponen en las manos una taza calentita de té de cebada para que me lo tome mientras una me pasa un peine de carey por el pelo. Luego me visten con un vestidito de verano con la falda azul pálido y una chaqueta blanca; en las mangas lleva bordadas unas florecillas rosas. Y tiene un bolsillo para el puñal. Después, salimos del edificio principal de la Casa del Loto y cruzamos el mismo campo abierto que he recorrido antes con Shin y Namgi.

El amanecer extiende una pincelada rosa por el horizonte. Llevo toda la noche despierta. Estoy medio dormida cuando las sirvientas me conducen a una habitación en la que hay un camastro con sábanas de seda. Recuesto la cabeza en la almohada de cuentas. En cuestión de segundos, me quedo dormida.

* * *

Mi abuela me contó una vez la historia de cuando empezaron las tormentas.

Hace mucho tiempo, nuestra aldea la gobernaba un emperador benévolo bendecido por los dioses. Amado por los dioses, incluso. Y por el Dios del Mar, sobre todo. El mundo era próspero entonces.

Se decía que el emperador y el Dios del Mar tenían un vínculo fraternal irrompible, que uno no podía existir sin el otro.

Un día, un conquistador llegó a nuestro reino y, aunque nuestro valiente emperador luchó contra él, fue derrotado y arrojaron el cadáver al mar desde los acantilados.

La pérdida del emperador despertó en el Dios del Mar la ira y su sed de venganza. Y el usurpador, triunfante tras haber matado al emperador y a su familia, aprendió lo que era gobernar una tierra maldita por los dioses.

Paradójicamente, este conquistador fue el primero en sacrificar a una prometida al Dios del Mar y, al hacerlo, salvó a nuestra aldea.

Durante cinco años, una terrible sequía había asolado las tierras; los ríos y los arroyos se habían secado. Las espinas de los peces yacían destrozadas en las áridas riberas. El usurpador consultó a una sacerdotisa, que le dijo que solo «un amor igual o mayor al que sentía el Dios del Mar hacia el emperador» podría aplacar la ira de la deidad. El conquistador, que se había instalado en el palacio del emperador asesinado, tenía una hija. Se decía que era la niña más hermosa del reino, con labios rojo granada y ojos como una luna oscura. Pero, además, se decía que era la única persona a la que el emperador amaba de verdad.

Ella fue la primera prometida del Dios del Mar.

Durante las tres estaciones que siguieron al sacrificio, el mar estuvo en calma y la tierra estuvo a salvo. Hasta que llegaron de nuevo los meses de verano. Esta vez, la lluvia cayó del cielo en cortinas de agua helada, inundando los ríos y anegando los campos. La gente se ahogaba en su lecho y a los niños se los llevaba un viento feroz.

Prepararon otro sacrificio. Otra niña fue arrojada al mar.

Y así continuó. Año tras año.

Se popularizó. Se convirtió en un mito.

Nada apaciguaba la ira del Dios del Mar salvo la vida de un ser querido.

* * *

Me despierto con una luz que me acaricia los párpados y el sonido de la voz de mi abuela que resuena en mis sueños. Reconozco la habitación en la que estoy, es la de la noche anterior, en la que los ladrones intentaron robarme el alma. Pero alguien ha debido de venir mientras estábamos fuera a poner orden. El suelo de madera está reluciente y los pocos muebles están en su sitio y pegados a la pared. El único rastro de la refriega es el agujero que hay en la ventana por la flecha de la ballesta y a través del cual se puede oír el canto de los pájaros al otro lado del estanque.

Se oye un golpecito suave y se abre la puerta. Entran dos sirvientas; una con una bandeja de platos cubiertos y la otra con utensilios de aseo, un peine y una cinta. La primera sirvienta me coloca la bandeja delante y procede a retirar las tapas de cada uno de los deliciosos platos. Sopa sabrosa. Corvina amarilla a la parrilla sobre un lecho de verduras exuberantes. Arroz con castañas. El último plato es un huevo al vapor que sobresale de la olla de piedra como una nube. Como ya pasó con los bollitos de la otra noche, devoro la comida. Las sirvientas me animan mientras como, van recitando las bondades de ciertos platos y me preguntan si hay algún alimento en particular que me apetecería en próximas comidas. Después, la segunda sirvienta se sienta detrás de mí, me cepilla el pelo y lo va dividiendo en mechones para hacerme una trenza.

—¿Podrías decirme para qué se utiliza este pabellón? —Miro fuera de la ventana hacia el estanque, sereno y tranquilo si no fuera por el chapoteo de un pato—. ¿Cómo se llama?

—Está usted en el Pabellón del Loto, mi señora —responde la primera sirvienta, una muchacha de mejillas sonrosadas y sonrisa amable—. Estos son los aposentos personales del señor Shin.

Parpadeo varias veces.

—¿Sus aposentos personales? Pero eso es…

—Donde duerme, donde pasa la mayor parte del tiempo cuando no está en la ciudad.

Miro a mi alrededor y recuerdo la impresión que tuve cuando entré por primera vez en la habitación anoche. Pensé que era un trastero. Está vacío salvo por un armario viejo, la estantería baja junto a la ventana y el biombo de papel.

La segunda sirvienta termina de hacerme la trenza y se levanta. Juntas, las criadas doblan el camastro de sábanas como si fuera un

fardo ordenado y lo colocan contra la pared.

—Gracias —les digo.

La primera sirvienta levanta la bandeja de los platos, ahora vacíos.

—Es un honor servirla, mi señora.

Hacen una reverencia y salen de la habitación.

Espero unos minutos antes de acercarme al armario y abrir las puertas. Sé que estoy curioseando, pero, al meterme en su habitación, Shin tendría que haber sabido que le echaría un vistazo a sus pertenencias. Dentro hay estantes con montones de túnicas de colores oscuros, así como pantalones y cinturones. Rebusco pero no encuentro nada de interés. Cierro el armario y me doy la vuelta para inspeccionar la estancia. No hay nada que indique un uso habitual, ni pergaminos, ni cuadros, ni juegos de mesa. Me acerco a la estantería baja y miro debajo por si hubiera algo escondido allí.

—No sé si tu familia estaría orgullosa u horrorizada.

Me giro y veo a Nari apoyada en la puerta.

—Estoy segura de que estarían orgullosos de que hayas recuperado la voz —dice—, pero dudo que les haga gracia tu compromiso.

La última vez que me vio Nari, iba a recuperar mi alma de Shin. Ahora voy a casarme con él. Debe de preguntarse qué ha pasado durante este tiempo. Podría contarle la verdad, pero no quiero ponerla en peligro. Soy consciente de las políticas peligrosas que hay entre los dioses y las casas.

—¿Has visto a Shin? Tengo que hablar con él. Es urgente.

Nari enarca una ceja, pero accede a cambiar de tema.

—Se ha ido con el señor Kirin a la Casa del Tigre.

Seguramente, Shin sospecha que el señor Tigre está detrás del intento de robo de mi alma.

—¿Y cuándo volverá?

—Esta noche como muy pronto.

Pero eso es demasiado tarde, un día entero desperdiciado. Ahora que

he recuperado mi alma, tengo que regresar hasta el Dios del Mar. El sueño me ha recordado que las respuestas que busco están en él.

—Nari, no puedo darte detalles, pero tengo que ir a un sitio. ¿Me ayudarás?

—Lo siento, Mina —contesta, con expresión de disculpa—, pero tengo unas órdenes que cumplir. Eres libre de ir adonde quieras, siempre que sea dentro de los terrenos de la Casa del Loto.

La miro fijamente, estoy estupefacta. ¡Shin me mintió! Me prometió que no me apartaría de mi tarea.

—Mina… —empieza a decir.

Paso por delante de ella y salgo por la puerta. Me sigue por las escaleras.

—No lo entiendes. Es por tu propia seguridad. Eres humana. Tu cuerpo es más débil en este mundo.

Me giro y le agarro las manos.

—Nari, tienes que ayudarme a llegar al palacio del Dios del Mar.

—El Dios del Mar… —Abre mucho los ojos, pero luego niega lentamente con la cabeza—. No puedo desobedecer una orden directa del señor Shin. Él es el amo de esta casa. Se lo he jurado.

—¡Pues dile que me he escapado! Anoche me ayudaste.

—Ah, Nari —rezonga una voz grave desde las sombras que hay bajo las escaleras—. ¿Por eso querías jugar a las cartas conmigo? —Namgi se aparta de la pared en la que estaba apoyado—. Y yo que creía que por fin nos llevábamos bien…

Me coloco delante de Nari, pero aunque se dirige a ella, Namgi solo me mira a mí.

—Que rompan juramentos, que te cuelen en sitios donde no debes estar… —dice—. Mucho pides tú a tus amigos.

Dudo y luego digo:

—Y pediría lo mismo a mis enemigos.

Enarca una ceja al recordar las palabras de ayer. «¿Y tú eres amigo o

enemigo?».

—Pero nada de escapar —dice Namgi—. Te llevaré yo mismo.

13

Namgi y yo salimos a pie por la entrada principal, donde la noche anterior había visto llegar a los invitados a la fiesta. Los guardias ahí apostados le saludan con la cabeza al pasar y solo me dedican una mirada superficial. Sé por dónde anda Shin por el hilo rojo del destino. Ahora mismo se extiende a mi espalda, lo que indica que Shin está en algún lugar en dirección sur. Si consigo mantenerme al norte de él, no descubrirá que he salido de los terrenos de la Casa del Loto, al menos durante un tiempo.

Aunque es por la mañana temprano, la ciudad ya bulle de actividad; los espíritus han salido a comprar productos frescos y flores en mercados improvisados instalados a ambos lados de la calle. Hasta el canal está abarrotado de vendedores en sus barcas, con la mercancía expuesta mientras gritan a la gente en la orilla. Observo cómo una joven lanza una moneda de latón al casco de una barca con una mano y, con la otra, coge un pescado envuelto que le ha lanzado el vendedor.

—¿Qué te gustaría hacer primero? —pregunta Namgi, caminando con las manos en la nuca—. ¿Ir de compras? ¿Hacer turismo? Hay una maravillosa casa de té en el distrito del mercado en la que sirven una gran variedad de licores.

—Llévame al palacio del Dios del Mar.

Veo el tejado de gabletes en la distancia, bajo la sombra de una gran nube blanca.

—La puerta del palacio no se abrirá. No hasta dentro de un año, con la llegada de la próxima prometida del Dios del Mar.

Frunzo el ceño. Sí, eso es un obstáculo, pero no puedo perder esta oportunidad.

—Bueno, ya me ocuparé de ese problema cuando llegue.

Namgi se encoge de hombros y me hace un gesto para que lo siga. Empezamos a andar por la calle. Mientras caminamos, lo observo de soslayo. Igual que ayer, lleva una túnica negra ajustada y una daga en

la cintura, y el pelo recogido con una pinza de jade. La gente lo llama al pasar, la mayoría de forma amistosa, aunque noto que algunos espíritus se alejan al acercarnos. Me recuerda a la fiesta de la noche anterior, cuando los invitados se dispersaron asustados en cuanto los hombres serpiente entraron en el pabellón.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunta Namgi, que me ha pillado mirándolo fijamente.

—Anoche, en el patio principal… —Veo como se le borra la sonrisa burlona—. ¿El hombre con el que hablaste era tu hermano?

Aunque Ryugi no lo hubiera dicho, el sorprendente parecido era innegable. Los dos hombres —todos ellos, en realidad— eran altos y enjutos, y tenían las mismas facciones afiladas.

—Dos de ellos son mis hermanos —contesta Namgi al cabo de un rato de silencio—. Digamos que Hongi, el de atrás, es más bien un primo carnal.

Me estremezco al recordar los acontecimientos que precedieron a su llegada, el horrible sonido de aquellos cuerpos largos y sinuosos volando por el aire.

—¿No eres un espíritu, entonces?

—No soy un espíritu, no, gracias a los dioses —responde—. A ver, no me desagradan los espíritus. —Sonríe a un grupo de jóvenes que se acercan a nosotros por la calle. El estallido de risas que le sigue es ciertamente impresionante—. No soy un espíritu, ni soy un demonio o un dios. —Hace una pausa dramática—. Soy imugi. Una bestia mítica.

Le echo una mirada escéptica a su cabeza rizada y su sonrisa traviesa. Él se ríe.

—Esta es solo mi forma humana. Con ella necesito mucha menos energía para moverme, créeme. En mi forma de alma, soy una poderosa serpiente de agua. Como un dragón, pero sin su magia. Los imugi somos una raza guerrera. Nacemos en la guerra y morimos en la guerra. No adoramos a ningún dios, pues creemos que nosotros mismos podemos convertirnos en dioses, ya sea viviendo mil años o luchando en mil batallas. Solo entonces podremos elevarnos y pasar de serpientes a dragones.

»Aun así —añade Namgi y sonríe tímidamente—, hay un atajo para alcanzar la divinidad, como suele pasar con las empresas más largas.

La perla de un dragón puede transformar a un imugi de serpiente a dragón, si así lo desea. Hace tiempo oí rumores que insinuaban que el señor Shin tenía una perla de este tipo en su poder. Como antes era un pardillo impulsivo, intenté robársela. Basta con decir que fracasé. Evidentemente no estaba en su habitación. Ya la has visto, no…

—Ya, ahí no hay nada —termino. Solo hay un armario, una biombo y una estantería.

—Exacto. Es como si no tuviera pertenencias. Tendrías que ver mi cuarto. Está lleno de todo tipo de cosas que he ido coleccionando a lo largo de los años.

—El mío también. Mi abuela no deja de atosigarme para que lo ordene. Me dice: «Mina, ¿cómo vas a tener casa propia algún día si ni siquiera puedes mantener ordenada tu habitación?». Y, cómo no, cada vez que me decido a limpiarla, veo que ella ya me ha doblado la ropa y ha barrido el suelo. Me aconseja que sea responsable, pero no puede evitar tratarme como a una niña. Siempre me verá como su nieta pequeña, la única chica de su estirpe después de haber tenido solo hijos y nietos. Dice que soy su favorita, aunque, como abuela que es, no debería tener favoritos. Dice que le recuerdo a su abuela, a la que echa de menos cada día.

—Tienes una relación cercana con tu abuela.

Me muerdo el labio; de repente, me abruman los sentimientos.

—¿Y tus padres?

—Murieron cuando yo era una niña. Mi padre en el mar. Mi madre al dar a luz.

—Así que fue tu abuela quien te crio.

—Mi abuela y mi abuelo, antes de que él falleciera. Y mi hermano mayor y su esposa.

—Hace años que no veo a mi madre —dice Namgi—. No desde que me comprometí a servir a Shin. La mayoría de los imugi buscan a un amo al que servir, para cumplir sus mil batallas, ya que no somos precisamente una raza paciente. Para tal fin, la mayoría de los de mi especie sirven a dioses de la muerte o a diosas de la guerra. En un principio pensé en servir a la Diosa de la Luna y la Memoria, junto a mis hermanos, pero servir a un líder solo para librar batallas sin sentido no me convencía. Robar la perla fue mi forma de rebelarme.

Cuando Shin me capturó, debería haberme matado, pero no, me ofreció un puesto en su guardia. Me salvó y, por eso, tengo una deuda vitalicia con él. Y mi vida mortal es, más o menos, de mil años.

Lo miro, ligeramente asombrada.

—¿Cuántos años tienes?

Namgi vuelve a esbozar esa risa que ya me conozco.

—Diecinueve.

Aunque hemos estado caminando con paso firme, el palacio del Dios del Mar permanece en la distancia; a veces, parece incluso más lejos. Namgi me lleva por una calle, luego por otra, hasta que llegamos a un camino que discurre junto a un canal, cuyo elemento principal es una casa de té con cubiertas bajas que se extienden sobre el agua. Es preciosa.

Ya la ha había visto. Anoche pasamos cerca de este edificio en el trayecto a la Casa del Zorro, lo que significa que nos hemos alejado demasiado: ahora estamos al oeste del palacio del Dios del Mar, cuando antes estábamos al este.

Namgi se gira lentamente para mirarme a los ojos y levanta las manos en un gesto apaciguador.

—Por favor, no te enfades, Mina. Como te he dicho, las puertas del palacio están atrancadas. Nadie ha entrado nunca. Está encantado. Tal vez si esperas, Shin te llevará él mismo. Si alguien puede cruzar esos muros del palacio, es él.

—Esperaré.

Namgi suspira aliviado.

—No te arrepentirás de tu decisión. Hay mucho que ver en la ciudad además del palacio del Dios del Mar. —Se agacha bajo un arco y entra en un callejón lleno de puestos de mercado, donde los espíritus se pelean entre sí para regatear los precios de diversos artículos: zapatillas, frascos de celadón con ginseng, tinta y pergaminos. Se detiene para contemplar un alfiler de caballo con ojos de plata y añade con una risita—: Se parece a Kirin.

Sonrío con cordialidad.

Tengo que perderlo de vista, pero ¿cómo? No soy ingenua, no puedo escapar entre la multitud. Me encontraría demasiado pronto. Se conoce la zona mucho mejor que yo y es más probable que los transeúntes lo ayuden a él antes que a una desconocida. Un puesto vende paraguas de seda, papel y tela. Otra caseta está formada únicamente por una pared de máscaras. Las hay pintadas como zorros y aves de rapiña. Algunas tienen rendijas para los ojos, otras agujeros para la boca. Hay máscaras de prometida blancas con puntos rojos pintados en las mejillas, abuelos con cejas de plumas y surcos a modo de arrugas… y una abuela con ojos sonrientes.

Estoy mirando esta última cuando me guiña un ojo.

Máscara se lleva un dedo a los labios y luego lo aparta para señalarme algo. Dai viene corriendo entre la multitud hacia nosotras.

—Mina —Namgi aparece a mi lado—, ¿qué estás haciendo?

Cojo rápidamente la máscara más cercana —una que, casualmente, representa a una urraca— y me la pongo en la cara.

—¿Qué te parece?

Por los agujerillos de los ojos veo que Namgi hace una mueca.

—Es horrenda.

Miro de reojo. Dai está casi sobre nosotros.

—La quiero. ¿Me la compras?

Suspira.

—Si insistes… —Se saca del bolsillo una larga ristra de monedas y se dirige al tendero—. ¿Cuánto vale?

Dai llega y se coloca entre nosotros. En un abrir y cerrar de ojos, coge la cuerda del dinero de Namgi y la máscara que tengo en la mano, y se la pone en la cara. Luego se va y desaparece en el mercado abarrotado.

—¡Será ladrón! —Namgi sale corriendo tras él.

Máscara aparece a mi lado. Me coge de la mano y me arrastra a través de un hueco que hay entre los puestos.

Me coloco de frente a ella como puedo y luego echo un vistazo a mi

alrededor: me ha llevado a un estrecho callejón.

—Has llegado justo a tiempo —digo, casi sin aliento—. No sabía cómo deshacerme de Namgi.

Asiente con la cabeza, su máscara de abuela sonríe con sus mejillas sonrosadas.

—Conozco el camino al palacio del Dios del Mar. Te lo enseño.

—¿Y Dai? —Vuelvo a mirar hacia la calle concurrida—. Namgi se pondrá furioso cuando se dé cuenta de que le han engañado.

—¿Quién dice que lo va a pillar? —dice Máscara—. Confía en Dai, Mina. Puede que no sea muy listo, pero es rápido.

Máscara se gira y caminamos por el callejón. Lleva a Miki a la espalda, que va profundamente dormida y tiene los puñitos pegados a la mejilla. Máscara se agacha y coloca las manos más firmemente bajo el trasero de Miki para ajustar la sujeción y que la niña vaya más segura. A continuación, pasa rauda de una calle a otra, cruza puentes y jardines. Los peatones se apartan de su camino para dejar paso a una «abuela» con un bebé.

No es la primera vez que me pregunto qué aspecto debe de tener bajo esa máscara de abuela. De espaldas a mí, veo los hilos de cáñamo de la máscara como entretejidos en los oscuros mechones de su pelo. Si alguien nos mirara desde atrás por una ventana, podría confundirnos con dos hermanas.

Pronto llegamos a la gran avenida que lleva al palacio del Dios del Mar. Aceleramos el paso y subimos los escalones.

—¡La entrada está abierta! —exclamo. Namgi había dicho que estaría cerrada, pero hay un resquicio entre los portones lo bastante grande para que pueda colarse alguien.

Estoy casi en la puerta cuando me doy cuenta de que Máscara y Miki no están conmigo. Miro hacia atrás y veo a Máscara en la escalera. Miki, ya despierta, observa como un buhito por encima del hombro de la chica.

—Vamos —dice Máscara—. Ya casi has llegado.

Me aparto de la puerta.

—¿Mina? —Inclina la cabeza.

Voy corriendo hacia ella y le doy un fuerte abrazo.

—No sé por qué me ayudas —digo—, pero te lo agradezco.

Miki hace gorgoritos y yo amplío el abrazo, hundiendo el rostro en su pelo sedoso. Tal vez debería desconfiar de alguien que esconde la cara tras una máscara, pero siento su bondad y su preocupación en sus palabras y en las suaves manos, que ahora alza para darme unos golpecitos en la espalda.

—Tengo mis razones —contesta ella con un halo de misterio—. Y ahora vete, rápido.

Me empuja por la puerta y entro en el palacio del Dios del Mar.

14

El salón del Dios del Mar está vacío. El trono, donde dormía la noche anterior, está vacío. No termina de sorprenderme, aunque ojalá fuera una simple cuestión de encontrar al Dios del Mar y obligarlo a despertar para romper la maldición. El sol del mediodía ha alcanzado su punto álgido en el cielo y noto su calor en el cuello. Tengo la ominosa sensación de que no está aquí, ni en esta sala ni en los numerosos patios.

El hilo rojo del destino tira de mí. Bajo la vista y noto un cambio sutil en su dirección. Antes, se inclinaba hacia la izquierda mientras yo cruzaba la ciudad y Shin se mantenía en su sitio, pero ahora es una línea recta y… se ondula. El color de la cinta cambia de rosa pálido a rojo intenso, como una ola que se dirige hacia mí.

Viene Shin.

Namgi debe de haberle enviado un mensaje alertándole de mi huida. O tal vez ha percibido el cambio en mi dirección. Pronto se plantará aquí para llevarme de vuelta a la Casa del Loto, donde se habrá esfumado cualquier esperanza de descubrir la verdad sobre el Dios del Mar.

Miro por la sala. Debe de haber algo que indique por dónde puede haber salido un dios errante. Sin embargo, no hay puertas en las paredes y, cuando me acerco a las ventanas, compruebo que las persianas están cerradas. Solo están la tarima y el trono, y detrás de ambos, el gran mural del dragón que persigue una perla por el cielo.

El dragón del mural no es a tamaño real, es una cuarta parte del auténtico. Y, sin embargo, lo han plasmado de un modo hipnotizante, cada escama es de un tono distinto del mar, desde el índigo profundo hasta el verde jade pasando por el verde viridiana. Me acerco al mural, extiendo una mano y toco una de esas escamas lisas y brillantes.

La pared cede bajo mi mano y aparece una puerta oculta. Cruzo y accedo a un jardín.

El canto de los pájaros se filtra entre los árboles bañados por el sol. Un

arroyo cercano gorgotea alegremente. Busco señales del Dios del Mar, pero el jardín parece abandonado.

Sigo un camino desgastado y lleno de malas hierbas, paso junto a paredes de roca medio en ruinas y estatuas cubiertas de musgo.

El sol se cuela entre los árboles y parpadea con su luz. En un momento dado, vislumbro un prado en la distancia, con una amplia extensión de hierba aplanada, como si una gran criatura se hubiera estado echando una siesta ahí no hace mucho.

He caminado ya un buen trecho cuando veo un pabellón construido junto a un pequeño estanque. Su diseño es parecido al del templo de la zorra diosa, con un tejado de gabletes y cuatro pilares en cada esquina. Los escalones de madera crujen al pisarlos; en el interior, los tablones del suelo están surcados de arena y polvo. Pongo la mano en un pilar, caliente por el sol, y miro hacia atrás por donde he venido. El hilo rojo del destino es ahora de color rosa pálido. Me pregunto si Shin habrá llegado al palacio y ha encontrado las puertas cerradas.

Cierro los ojos. Se está muy tranquilo. El silencio en la sala del Dios del Mar daba sensación de vacío, pero aquí el silencio es expectante, como cuando se contiene la respiración.

De la quietud surge el repique de una campanilla.

Siento que se me evapora la sangre de todo el cuerpo. Me giro hacia el sonido. Detrás del pabellón hay un estanque lleno de pequeños objetos blancos. Tardo un momento en darme cuenta de lo que son.

Barquitos de papel. Cientos de ellos, unos encima de los otros en el agua.

Bajo de la plataforma y me acerco a la orilla del estanque. Los dedos de los pies se me hunden en ese barro cálido y suave como la seda. Hay un barquito atrapado entre los juncos. Me inclino y lo recojo. El papel es áspero; el fondo está empapado y gotea.

Poco a poco, despliego el barquito. Con los dedos rozo el primer carácter garabateado en la superficie, escrito con tinta negra. La oscuridad se eleva y me engulle.

* * *

Cuando abro los ojos, el mundo está cubierto de blanco. Al principio pienso que es nieve. Ese fino residuo recubre las hojas de los árboles y hasta la corteza de sus ramas. Pero no hace frío. Y hay humo en el aire que opaca el brillo del sol.

Era mediodía cuando he entrado en el jardín, pero ahora parece que está anocheciendo. ¿Me he desmayado junto al estanque?

Un copo blanco desciende y levanto la palma de la mano para cogerlo. Desde tan cerca, veo que no es blanco en absoluto, sino gris con motitas negras.

Ceniza.

Ceniza por todas partes que cae del cielo.

Se oye una tos apagada detrás de mí. Me giro y veo a una joven arrodillada junto a un arroyo, aunque este arroyo no se parece a ninguno de los del jardín, sus aguas son turbias y salobres.

—Por favor —dice la chica—, os lo ruego. Salvad a mi hijo.

Con las manos temblorosas se acaricia el vientre hinchado bajo su tosco vestido. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. A pesar de la distancia, reparo en lo demacrada que está, da miedo.

A su lado crepita una pequeña hoguera. Observo cómo coge un palo corto del montón y apaga la llama de la punta. A continuación, se saca un pergamino de papel de debajo de su chaquetilla y lo extiende sobre su regazo. Con el carbón ennegrecido del fuego, escribe palabras temblorosas en la superficie moteada. Cuando termina, dobla los lados del papel, arrugando cada línea con cuidado hasta que toma la forma de un barco. Se lo lleva a la boca, lo besa suavemente con los labios resecos y lo deposita en el agua.

El barco de papel acumula una capa de ceniza mientras se desplaza río abajo y desaparece en un recodo. A la chica le entra una tos desgarradora. Se incorpora con movimientos temblorosos y débiles.

Me acerco corriendo y extiendo las manos para sujetarla.

—¡Espera! Yo te ayudo.

Me atraviesa como si estuviera hecha de aire. Me doy la vuelta.

Mientras se aleja, su cuerpo comienza a desvanecerse lentamente.

Es como si el recuerdo en el que ella y yo existimos solo pudiera abarcar este momento en el que se arrodilla junto a la orilla. Porque ahí es donde supongo que estoy: en su recuerdo. Ese momento en el que ella vertió toda su alma y esperanza en un barquito de papel. Un deseo para los dioses.

El aire se espesa por las cenizas. Caen del cielo y me ahogan. No puedo respirar. Me ahogo en las cenizas. Me entierran, me asfixian, hasta que me entra frío, me ciegan y me dejan dolorida.

—¡Mina! —me llama una voz desde la oscuridad.

En mi cabeza, los veo a todos. Veo a mi abuela celebrando ritos ancestrales para honrar primero a su hijo y a su nuera, y luego a su marido. Veo a mi cuñada, llorando junto a la tumba de su hijo. Y por último, veo a esta chica que me es desconocida, pero a la vez tan familiar como las demás, porque en su dolor reconozco el mío.

¿Por qué tienen que quitarnos todo lo que amamos? ¿Por qué no podemos tener todo aquello que amamos para siempre en nuestras manos, a salvo, cálido e íntegro?

—¡Mina! —insiste la voz—. No es real. Tienes que despertar.

Noto presión en la frente, un calor ardiente y luego… luz.

Abro los ojos, jadeando en el aire fresco que huele a loto. Levanto la vista, no hacia las nubes grises y la oscuridad, sino hacia Shin, cuyo sudor le empapa la frente como si hubiera corrido una gran distancia.

—Respira, Mina. Te pondrás bien.

Estamos en el jardín. Los colores brillantes de los árboles y el cielo son casi cegadores después del blanco y el gris del recuerdo.

—¿Qué es este lugar?

—El jardín del Dios del Mar. Este estanque se llama el Estanque de los Barcos de Papel.

—Todos esos barquitos… —susurro—. Son oraciones que nunca fueron respondidas.

Shin asiente lentamente.

—¿Por qué? ¿Por qué las abandonaron?

—Solo son oraciones, Mina.

Me siento.

—¿Solo oraciones? Son los deseos más preciados de los humanos.

Shin duda y luego dice fríamente:

—No me importan los deseos de los humanos.

Me lo quedo mirando con una sensación de opresión en el pecho. Sus ojos carecen de expresión, como si no tuvieran ninguna luz. Soy la primera en apartar la mirada.

—Has salido de la casa aunque te lo prohibí —dice—. ¿No escuchaste lo que dijo la diosa zorro? Mi vida está ligada a la tuya. Si tú mueres, yo también. Puede que no te importe mi vida, pero al menos deberías cuidar la tuya. Hay muchas cosas en este reino que podrían matar a una humana débil como tú.

—No lo discuto, pero en mi reino también hay muchas cosas que podrían matarme. La sequía. El hambre. —Miro en dirección al barquito de papel, que se me ha caído en la hierba—. Un corazón roto.

—No puedes hacer nada.

Shin tiene razón. Como acaba de decir, no soy más que una humana débil. ¿Cómo voy a ayudar a esa chica? Aunque pudiera encontrarla, no tengo nada que darle, nada que ofrecerle salvo mis propias lágrimas, y ella tiene lágrimas para cien vidas. Ya no tenía esperanza; solo le quedaba esta última oración…

Un último deseo a los dioses.

Me pongo en pie.

—Sí que puedo hacer algo. Podemos hacerlo los dos. Si me ayudas. —Sin perder un momento, agarro el barco de papel de la hierba y me vuelvo hacia Shin—. Volveré contigo sin rechistar y no saldré de los terrenos de la Casa del Loto durante todo el mes, no sin tu permiso, pero primero debemos concederle el deseo.

—Mina… —Shin parece escéptico.

—Este barco estaba destinado a los dioses, pero nunca llegó a ellos.

Solo tenemos que entregar el barco a su destinatario.

Shin asiente lentamente, al parecer ha tomado una decisión.

—¿Qué tipo de deseo era? Debería estar escrito en el papel.

Mira el barquito. Está medio desdoblado. Los caracteres de tinta están emborronados por el agua y no son legibles. Maldigo, frustrada.

—No importa —dice Shin, con una voz apacible y sorprendentemente tranquilizadora—. Cuando has recogido el barco, has sido testigo del momento en que pidió el deseo. ¿Puedes describirme lo que has visto?

—Era una mujer joven. —Con las rodillas desnudas en la orilla embarrada. Las lágrimas le resbalaban por el rostro mientras besaba el barquito de papel—. Estaba embarazada.

Shin aprieta los labios y una oscuridad se asoma a su rostro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Sacude la cabeza.

—Vayamos a la Casa de la Luna a ver a la Diosa de las Mujeres y los Niños.

15

Salimos del palacio por la entrada principal , que ha permanecido abierta a pesar de que Namgi afirmara que está cerrada la mayor parte del año. Si a Shin le parece extraño, no hace ningún comentario al respecto. Busco a Máscara y a Miki entre los puestos del mercado fuera del palacio, pero no veo ni rastro de ellos, aunque algunos espíritus miran en nuestra dirección, claramente sorprendidos por ver a dos individuos saliendo del palacio.

—Por aquí, Mina —dice Shin, y lo sigo por una callejuela lateral, lejos de la multitud.

Mientras caminamos, vuelvo a doblar el barquito de papel. Los caracteres del deseo están emborronados, pero eso no debería impedir que la diosa descifrara la verdadera naturaleza de este, que a menudo no puede expresarse con palabras. Por eso, aunque celebramos el festival de los barquitos de papel una vez al año, cualquier humano puede rezar a los dioses en cualquier momento, ya sea en un santuario o donde se sienta más cerca de ellos: en un campo donde sople el viento, junto a un fuego que crepite con ganas o en un acantilado junto al mar.

La diosa debería haber recibido el deseo, a pesar del barco de papel, puesto que se lo había pedido desde el corazón. Sin embargo, puede que los dioses y las diosas del mundo no sean capaces de oír nuestras oraciones, quizá la conexión entre el mundo de los humanos y el mundo de los espíritus se haya roto por la maldición del Dios del Mar.

Viajar con Shin es una experiencia distinta a viajar con Namgi o los espíritus. Quizá porque no quiere que le paren o le reconozcan, la mayoría de las veces va por callejones, cruza patios privados y cocinas bulliciosas, e incluso en una ocasión sube las escaleras de un salón de té para saltar desde el balcón hasta un tejado más bajo. Cuando se da la vuelta para ayudarme, salto rápidamente y aterrizo con poca elegancia, pero de pie. Shin enarca una ceja y yo me encojo de hombros.

Mientras bajamos por una calle estrecha, me asalta un pensamiento.

—¿La Casa de la Luna tiene algo que ver con la Diosa de la Luna y la Memoria?

—No —responde Shin—. No tienen nada que ver. La Casa de la Luna está dedicada a las mujeres y los niños, igual que la Casa del Sol está dedicada a los hombres y al emperador.

—¿Al emperador? Pero si no hay emperador. Lo asesinaron hace años.

—Motivo por el cual la Casa del Sol permanece vacía.

Shin continúa hacia delante, pero yo lo sigo a un ritmo más lento. Hace cien años, el emperador fue asesinado y comenzaron las tormentas. Sin embargo, ni siquiera un dios, por mucho que quisiera al emperador, castigaría a un pueblo entero por el crimen de una persona. En el salón, cuando toqué al Dios del Mar y vi sus recuerdos, quizá fueran sobre el momento en que asesinaron al emperador. ¿Qué ocurrió en aquel acantilado hace ya tanto tiempo que acabó con el asesinato de un emperador, dos mundos destrozados y un reino bajo una maldición de cien años?

—Ahí está —dice Shin algo sombrío mientras señala al otro lado del camino—. La Casa de la Luna.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me había percatado de que habíamos llegado a las afueras de la ciudad. Delante de nosotros se extiende un canal largo y poco profundo, con escombros flotando en la superficie embarrada. Edificios derrumbados con puertas rotas y ventanas con postigos bordean los caminos de tierra a ambos lados del canal. Después del parloteo y el abarrotamiento de las calles del centro de la ciudad, este silencio vacío es inquietante, igual que la falta de color. El hilo rojo del destino es el único resplandor que contrasta con los edificios grises y apagados. La desolación impregna el aire.

Incluso en una ciudad de dioses, hay lugares como este.

Al final del canal, más allá de una verja destruida y con el arco partido en dos, surge un gran edificio, como una luna creciente de lado. En el centro de la casa observo que han extraído la puerta y solo hay un enorme agujero negro.

Noto un escalofrío en la nuca. Me llevo la mano al bolsillo del vestido y agarro el barquito de papel.

Esto sería más fácil si la Casa de la Luna no pareciera tan aciaga.

Cientos de ventanas me miran como si fuesen insondables ojos negros. No veo más allá del umbral de la puerta. El aire se vuelve más frío a medida que nos acercamos. Una brisa cortante se arremolina desde la puerta y me araña la piel. Respiro hondo y doy un paso hacia la oscuridad.

Una calidez me envuelve y pestañeo, sorprendida. Teniendo en cuenta el tamaño de la Casa de la Luna, creía que sería como una cueva, húmeda y con corrientes de aire. Sin embargo, entro en una habitación pequeña, de techo bajo y paredes gruesas. No veo ninguna puerta que nos adentre más al edificio. Es como si toda la Casa de la Luna —que desde el exterior parecía como si tuviese varias plantas, con muchos pisos y pasillos—, solo consistiese en esa pequeña habitación. Su única habitante es una mujer.

Está sentada sobre un cojín, detrás de una mesa baja al fondo de la estancia. A su lado hay un fuego que crepita en la chimenea que la envuelve en sombras. Lo único que veo es el blanco de sus ojos y la curva de sus labios rojos.

Un fuerte chasquido hace que baje la vista. La mujer tiene una mano en la mesa. El ruido proviene de sus largas uñas curvadas, con las que tamborilea sobre la madera.

Agacho la cabeza en una reverencia y espero a que hable con la mirada fija en el suelo irregular. Está cubierto de suciedad y de astillas de madera. Sigue dando golpecitos con las uñas.

El barquito de papel me pesa en las manos.

Por fin cesa el repiqueteo.

Levanto la vista. La diosa fija la mirada más allá de mi hombro y en su amplia boca se dibuja una sonrisa amarga.

—¿Qué tenemos aquí? —dice con voz melosa y suave, como si comiese corazones de almejas día sí y día también—. Pero si es el señor Shin. ¿A qué debo semejante honor?

—El honor es nuestro —contesta Shin en un tono que no delata emoción alguna—. Hemos venido a pediros un favor.

—¿Hemos…? —La diosa posa los ojos sobre mí—. ¿Quiénes?

—Me llamo Mina —digo, y doy un paso al frente—. Tengo un deseo.

La diosa pestañea.

—¿Un deseo?

—No es para mí. —Levanto el barco de papel—. Vengo en nombre de otra persona.

Extiende una mano llena de anillos. Voy a entregarle el barco, pero chasquea la lengua.

—Primero requiero el pago.

Observo la suave mano blanca, con la palma hacia arriba y firme en el aire. Me recuerdan a las manos de la chica cuando colocó el barco en el agua, la forma en la que temblaban…

La diosa, impaciente, chasquea los dedos, y parpadeo para deshacerme de la imagen.

—No concederé el deseo a menos que me pagues.

Siento la garganta seca y tengo que tragar saliva para hablar:

—Tengo un puñal. Perteneció a mi tatarabuela. Es lo único que tengo.

La diosa frunce el ceño y cierra el puño en las sombras.

—Eso no vale nada. No concederé el deseo a menos que me pagues en oro.

Se aleja de mí y del barco que todavía tengo extendido hacia ella.

—No lo entiendo —susurro—. Sois la diosa de las madres. De los niños. Con o sin oro, deberíais querer responder a la oración.

—No seas ingenua, niña. Nada en este mundo se da gratuitamente.

Las lágrimas me brotan espontáneamente de los ojos.

—Estaba en la orilla del arroyo. Lloraba. Y volcó toda su esperanza en un deseo para vos. Ella creía en vos. ¿Qué más podríais querer?

La diosa ni siquiera parpadea. Me observa fijamente, como si fuese yo por la que debería compadecerse. Como si fuese yo la que no entiende nada.

Shin lanza unas cuantas monedas de oro sobre la mesa. La diosa las

recoge y estas desaparecen en la manga de su vestido.

La diosa extiende una mano y me arranca de la mía el barquito de papel. La observo mientras recorre el papel con los dedos y rasca la tinta con las uñas.

Se echa a reír y el sonido es chillón y horrible.

—¿De dónde has sacado este papel, niña? ¿Sabes cuánto tiempo tiene esta oración? Meses. Años. La chica está muerta. Su hijo está muerto. Su oración nunca obtuvo respuesta. Esto es solo un recuerdo, olvidado hace mucho tiempo.

Levanta la mano en el aire y lanza el papel al fuego.

—¡No! —grito, y me lanzo hacia delante. Atravieso las llamas con la mano. Un sonido horrible sale de mi garganta, un grito agonizante que tiene poco que ver con la quemadura de la mano y mucho con mi corazón roto.

Shin me agarra desde atrás y me aparta. Me saca a rastras de la habitación mientras el sonido de la risa de la diosa reverbera con fuerza en mis oídos.

Fuera, en la calle, me suelta, se arranca un trozo de tela de la manga e improvisa un vendaje.

—Volvamos a la Casa del Loto —dice.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo puede no importarle? Es la diosa de… ¡los niños!

Extiende un brazo para cogerme la mano, pero me aparto.

—Mina —dice suavemente—, tenemos que tratar la herida o se te infectará.

—¿Qué le pasa a este mundo? ¿Qué les pasa a los dioses?

No puedo dejar de gritar. Las lágrimas me caen por las mejillas y el corazón me late con fuerza en el pecho. Shin consigue agarrarme la mano lastimada. Con el trozo de tela, me envuelve la herida. No siento nada porque un extraño entumecimiento se ha apoderado de mi cuerpo.

—Los aman —susurro. Suena como una acusación.

Shin ata el vendaje y levanta la vista.

—¿Quiénes?

—Mi pueblo. Todo el mundo. Mi abuela. Va cada día al santuario a rezar, se arrodilla en el suelo durante horas, a pesar de que le duelen las articulaciones y la espalda. Mi cuñada. Incluso cuando perdió a su hijo, nunca culpó a los dioses, aunque camina en silencio y llora cuando cree que nadie la ve. La gente de mi aldea. Las tormentas arrasan sus cultivos, pero aun así les dejan ofrendas a los dioses de la cosecha. Porque quizá el mundo esté corrompido y roto, pero mientras haya dioses, hay esperanza.

Si hubiese visto lástima en los ojos de Shin, le hubiera dado la espalda. La indiferencia hubiese sido incluso peor. Sin embargo, hay algo en su mirada que penetra mi estupor hasta que lo siento: el sufrimiento, el dolor. Siento su compasión.

—Mina…

—Los amo. —Parece una confesión y me doy cuenta, vacilante, de que lo es. Cuando corría por los arrozales y las grullas de cuello largo agitaban las alas como si me estuviesen saludando; cuando subía a los acantilados y la brisa me empujaba a seguir hacia delante; cuando miraba al mar y la luz del sol sobre el agua parecía una risa, sentía amor. Me sentía amada.

¿Cómo podían los dioses abandonar a aquellos que los amaban?

No me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que Shin me suelta la mano y mira hacia el canal desolado.

—No puedes hacer nada.

Eso ya lo ha dicho antes. En el jardín, me dijo que no podía hacer nada para ayudar a la chica. Y dijo algo parecido cuando nos conocimos, que fracasaría igual que todas las prometidas anteriores.

En el fondo, tenía razón, pero mientras él no gana nada por estar en lo cierto, yo lo pierdo todo por estar equivocada.

—Tú tienes tanta culpa como los demás.

Shin se ríe con brusquedad.

—¿Me vas a comparar con una diosa que acepta sobornos por las

oraciones y se ríe del dolor ajeno?

—No. Tú eres peor que ella. —A Shin se la tensan los hombros y siento una punzada de arrepentimiento, pero el dolor me hace querer atacarlo—. Haces falsas promesas. Me das esperanzas con una palabra y desesperación con la siguiente.

—Te he dado un lugar en mi casa para mantenerte a salvo, sirvientas que satisfacen tus necesidades, a mi gente para protegerte…

—Con órdenes de evitar que me vaya.

—¡Porque ya ha habido una amenaza contra tu vida! Los ladrones nunca habían intentado robar el alma de una prometida del Dios del Mar. Cuando he ido esta mañana a pedirle explicaciones al señor Bom de la Casa del Tigre, había salido de la ciudad. Hasta que descubra quién está detrás de las amenazas, tienes que ser paciente. Dame tiempo. No ha pasado ni un día.

—Un día del último mes de mi vida.

Sé que estoy siendo dramática, pero siento que la rabia y el dolor me queman por dentro.

—¿Qué quieres de mí, Mina?

—No quiero nada de ti. —Cierro la mano herida y hago una mueca de dolor—. Solo puede ayudarme el Dios del Mar.

Shin entorna los ojos.

—¿Qué tiene que ver él con esto?

—Porque cuando se rompa la maldición…

Shin resopla burlón; es un ruido cruel.

—No lo entiendes, Mina, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no entiendo? —Señalo la puerta abierta de la Casa de la Luna—. Tú no has visto a la chica del recuerdo. Estaba sufriendo. Estaba llorando. Lo único que le quedaba era la esperanza y, al final, no fue suficiente. ¿Cuándo será suficiente?

Shin se gira de repente con los ojos llenos de furia y desesperación.

—¡Nunca será suficiente! ¿No lo ves, Mina? No hay ninguna maldición

sobre el Dios del Mar. Él mismo quiso aislarse porque no podía enfrentarse a su propio dolor. Fue él quien abandonó a tu pueblo. ¡Quien nos abandonó a todos!

Shin aparta la mirada, temblando. Tiene un tic en la mandíbula y una ligera rojez en los rabillos de los ojos.

—Odias al Dios del Mar —susurro.

Cierra los ojos. Inconscientemente, se lleva la mano al pecho.

—El Dios del Mar. La Diosa de las Mujeres y los Niños. Todos somos indignos. Todos merecemos ser olvidados.

Habla en plural.

Justo entonces me doy cuenta.

—Eres un dios.

Se le agita la respiración y obtengo la respuesta. Hunde los dedos en la tela de la túnica.

—Shin, ¿de qué eres dios?

Al principio pienso que no querrá responder, pero después niega con la cabeza.

—Ya no soy el dios de nada. —Habla en una voz tan baja que tengo que esforzarme para oírlo—. Tienes que creer en algo para ser su dios.

* * *

La noche ha caído cuando llegamos a la Casa del Loto. Shin despacha a los sirvientes que vienen corriendo a recibirnos y en su lugar llama a Kirin. Juntos, nos dirigimos al pabellón del estanque. En la habitación de arriba, alguien ya ha extendido las mantas en el suelo. Hundo las rodillas en las sábanas de seda y uso la mano buena para sujetarme. Intento cerrar los dedos de la mano izquierda, pero hago una mueca por la punzada de dolor.

Levanto la vista y veo que Shin me observa.

—¿Puedo…? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

Se agacha a mi lado, me coge la mano y me quita lentamente el vendaje. Hago una mueca cuando lo despega. La piel de debajo está en carne viva y sangra.

Shin me examina la mano y se le forma una arruga entre las cejas.

—¿Por qué has metido la mano en el fuego? Ya sabías que era demasiado tarde para responder al deseo. Solo era papel.

—Lo sé, pero… —titubeo e intento explicarle algo que ni siquiera yo entiendo—. En ese momento, no hacer nada dolía más que meter la mano en el fuego.

Se oye un fuerte golpe en la puerta.

Kirin entra con grandes zancadas y se inclina. Posa los ojos en la mano de Shin, que todavía coge la mía.

—¿Me has llamado?

—Mina se ha hecho daño.

—Ah, ya veo.

Los miro a los dos con el ceño fruncido y las palabras que no pronuncio pesan en el aire. ¿Por qué ha llamado Shin a Kirin y no a un médico?

Mientras Shin me suelta, Kirin mete la mano en su túnica y saca una pequeña daga plateada. Con un rápido movimiento, se hace un corte profundo en la palma de la mano. De la herida rezuma sangre del color de la luz de las estrellas.

Lo miro estupefacta un segundo antes de que me agarre la muñeca y ponga la mano ensangrentada encima de la mano que me he quemado.

Su sangre plateada penetra en mis heridas y pronto el dolor abrasador de las quemaduras va menguando y empiezo a notar una sensación refrescante. Pasan un par de minutos hasta que aparta su mano de la mía y me veo la piel suave y perfecta.

—Te dolerá un poco durante unos días —dice Kirin—, pero luego se te

pasará.

Llevo la mano a la luz de las velas. El único rastro de la herida es la rojez de los bordes de la palma.

—Kirin. —Levanto la vista—. Gracias…

Pestañeo mirando al espacio vacío en el que antes estaba él. Ya ha cruzado la puerta y la ha cerrado al pasar.

—Tendrías que descansar —dice Shin mientras señala las sábanas con un gesto de la cabeza—. Debes de estar agotada.

Se mueve por la habitación para apagar todas las velas. En la pared del fondo, levanta el biombo y lo coloca con cuidado encima de las sábanas.

Me doy cuenta de que eso significa que dormiremos uno al lado del otro, con el biombo entre los dos. Estoy demasiado agotada para protestar. Todavía me duele la mano y, para mi horror, me empiezan a brotar unas lágrimas calientes. Muy rápido me acerco al borde del catre y me subo las sábanas hasta el hombro.

Al otro lado del biombo, Shin sopla una vela y la firme sombra que forma su cuerpo desaparece.

Me tumbo de espaldas y oigo los movimientos de Shin, el suave crujido que hacen sus ropas cuando se desviste y el suspiro que deja escapar cuando se coloca sobre las mantas. Antes, ha ido a la Casa del Tigre para interrogar a su señor sobre el intento de robo de mi alma. Incluso resentido con el Dios del Mar, se esfuerza por protegerlo. El hilo rojo del destino brilla en el aire, salta desde mi mano al otro lado de las sábanas y a través del biombo.

En la oscuridad y el silencio, me vienen a la cabeza los acontecimientos del día. No solo el terrible desencuentro con la diosa, sino el momento en el jardín, cuando he sido testigo del último deseo de una chica y de cómo perdía la esperanza. Todas esas oraciones sin respuesta, flotando estancadas y olvidadas… Entonces pienso en mis propias oraciones, las que recitaba cada año en el festival de los barquitos de papel, pero también las que susurraba en la oscuridad, cuando creía que nadie me escuchaba.

No, eso no es verdad. Claro que creía que alguien me escuchaba. Porque incluso en momentos de desesperación, creía que los dioses cuidaban de nosotros. Nunca estábamos solos porque ellos nos

amaban.

O eso pensaba. O eso creía. La imagen de la chica temblando en la orilla del arroyo está grabada en mi mente. Me duele pensar que, en el momento que más dolor sentía, estaba realmente sola.

Casi deseo que mi alma fuese de nuevo un pájaro, así podría salir volando de aquí y nadie —ni los dioses, ni siquiera yo— podría sentir lo que siento ahora. Atrapada en otro mundo, por elección propia, sin esperanza de salvar a mis seres queridos.

Transcurren algunas horas hasta que me quedo dormida, aunque es un sueño inquieto y lleno de pesadillas sobre el dragón y una voz que me llama desde la distancia y me suplica que lo salve.

16

Por la mañana, Shin se ha ido . El biombo está doblado y apoyado en la pared. Me froto los ojos, algo irritados por haber llorado hasta quedarme dormida. Me siento con cuidado para no apoyar la mano. Me llama la atención algo que está en la esquina. En la estantería colocada bajo la ventana hay un pequeño objeto. Parpadeo y me inclino hacia delante.

Es el barquito de papel.

Me acerco tambaleándome hasta la estantería. Los bordes del barco están chamuscados por el fuego, pero por lo demás está entero.

¿Cómo…?

Apoyada en el lateral del barco hay una flor rosa y blanca recogida en el lago. Un loto en flor cuyos pétalos abiertos muestran un centro del color de una estrella. Imagino que Shin se fue a por el barquito durante la noche, después de que me quedara dormida.

Me llevo el barco y la flor al pecho, y me embarga un sentimiento extraño. Sigo con los ojos la cinta, de un color rojo pálido a la luz del amanecer, que sale por la ventana.

* * *

Aunque Kirin alivió gran parte del dolor, aún tardo un par de días en notar mejoría en la mano. Después de la primera noche, Shin ya no ha vuelto a la habitación. Nari me contó que un mensajero llegó a la mañana siguiente de nuestra visita a la Casa de la Luna, y que Shin se había marchado con Namgi y Kirin en busca de los ladrones. Habían visto salir de la ciudad a dos hombres que encajaban con su descripción: uno se parecía a un oso y otro a una comadreja.

Aunque los días son largos, me mantengo ocupada. Llegan regalos de compromiso de todas las casas importantes: juegos de té, jarrones de cerámica, joyeros de nácar, pergaminos de pared con pinturas de

paisajes y poemas, y un gran baúl de mantas de seda bordadas. Al ver todo eso, me pregunto qué pasará con todas estas cosas cuando salga a la luz la verdad sobre nuestro compromiso. Me atienden las mismas sirvientas de la primera mañana que pasé en la Casa del Loto, unas hermanas que han servido a Shin durante muchos años, aunque nadie lo diría por su aspecto juvenil. Las ayudo con las tareas del hogar. Lavamos las sábanas en agua extraída del lago y después las colgamos a secar en los campos del sur, como grandes nubes que ondean al viento.

Aunque nadie me prohíbe salir del terreno, me quedo dentro de los muros de la Casa del Loto. Paso los días recogiendo bellotas y secando flores para colgarlas boca abajo en la habitación de Shin y animar así el espacio vacío. La doncella más joven y yo incluso intentamos pintar un paisaje en el biombo.

Después de verme ahí como un estorbo varias veces, al final la hermana mayor me pide que salga al exterior. Voy hacia el pabellón principal dando un paseo por la orilla del agua. Encuentro un pequeño bote de remos, lo empujo hacia el lago y me subo a él por un lateral. Me tumbo boca arriba y observo el cielo. Es un día despejado, solo pasan un puñado de peces y lo que parece ser una ballena jorobada a lo lejos.

Cierro los ojos y me quedo dormida.

De repente, oigo un grito agudo y el barco se detiene bruscamente.

—¡Eh, cuidado!

Me pongo de rodillas y me asomo por el lateral.

Dai está flotando de espaldas con Miki colocada sobre su estómago, y parece una nutria que ha cazado un pez con la forma de Miki.

—¡Dai! —grito—. ¿Qué estás haciendo? Sal del agua. Es peligroso.

—Estoy nadando —contesta Dai con naturalidad, como si no estuviese flotando en medio de un lago con un bebé sobre el estómago.

Oigo una voz detrás de mí.

—No te preocupes, Mina. Dai no dejará que le pase nada a Miki.

Me giro y veo a Máscara sentada delante de mí en el bote, con las mejillas de la máscara de abuela sonrojadas y sonriendo. Está

completamente seca.

La miro boquiabierta.

—¿Eres una diosa?

—Soy un espíritu. Te lo dije cuando nos conocimos.

Miro el cielo claro y despejado.

—¿Los espíritus pueden volar?

—Algunos sí, pero yo no. Soy un espíritu menor, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿cómo…?

—Hace un buen día. —Máscara echa la cabeza hacia atrás. Sus mejillas teñidas de rojo se intensifican bajo el sol. Veo la larga y delgada línea de su cuello.

Hay una vieja caña de pescar en el suelo del bote. Se inclina, la levanta y deja caer el sedal al agua.

—No tiene anzuelo —digo—, ni cebo.

—Ah, no quiero pescar nada —contesta, y me deja desconcertada.

El bote ha estado flotando a la deriva, pero ahora, como si lo empujase una suave brisa, empieza a deslizarse por el lago.

—Te he estado buscando en el mercado —dice Máscara—, pero no has salido de la casa.

—Kirin me dijo que no usara la mano. Las quemaduras…

—Hummm. —No se compromete. En su rostro sigo viendo una expresión agradable, pero hay cierto matiz de reproche en ese «Hummm».

—He estado ayudando a las sirvientas a limpiar —continúo, un poco a la defensiva—. Son espíritus, como tú. Estamos decorando la habitación de… la habitación en la que me alojo. Está muy vacía, ¿sabes? He cogido flores de los jardines. La doncella más joven ha encontrado unos botes de tinta y hemos pintado un paisaje en el biombo. Una montaña y árboles.

Máscara ladea la cabeza, meditabunda.

—Para haberte quemado la mano, la has usado mucho.

Me sonrojo profundamente.

—Sí, bueno, hoy no me duele tanto.

Máscara asiente ligeramente con la cabeza.

Aparto la mirada y capto un movimiento en el agua. ¿Dónde están Miki y Dai? No nos estamos moviendo muy deprisa, pero a Dai le costará seguir el ritmo del bote con un bebé sobre la barriga.

Me asomo por la borda y veo que Dai se ha agarrado al hilo de pescar. Los estamos arrastrando a Miki y a él.

—Cuando llegaste, estabas decidida a salvar al Dios del Mar.

Hago una mueca y me encojo de hombros.

—Lo estaba. Lo estoy. Es solo que… me pregunto si es posible.

Suelta otro «Hummm» impreciso, que, por alguna razón inexplicable, hace que quiera abrirle mi corazón.

—Visitamos a la Diosa de las Mujeres y los Niños —digo—. Le llevé el deseo de una joven embarazada. La diosa vio a la chica, vio lo mucho que sufría, y no le importó. Se rio. La chica estaba llorando, su hijo se moría y la diosa se reía. No siente amor ni compasión por los humanos. —Niego con la cabeza—. Es en vano. Mi deber es inútil. Y eso hizo que me diera cuenta… de que quizá no soy la verdadera prometida del Dios del Mar. Quizá no soy la que puede salvarlo.

Al ver que Máscara no dice nada, añado en voz baja:

—¿Por qué depende todo de mí?

—¿Eso crees?

—El mito cuenta que solo una prometida del Dios del Mar puede salvarlo. Si ese no es mi destino, ¿cuál es, entonces?

Espero a que Máscara diga algo sabio, pero se limita a encogerse de hombros.

—Dime una cosa, Mina. Si el mito de la prometida del Dios del Mar no existiese, ¿qué harías? ¿Te rendirías? ¿Y si alguien te dijera que tu destino es pasarte el día sentada comiendo bollitos?

—¡A mí me parece un destino fantástico! —exclama Dai desde el otro lado del bote.

Máscara se inclina hacia delante.

—¿Y si alguien te dijese que tu destino es subir a la cascada más alta y saltar? ¿O herir a la persona que más quieres del mundo? ¿O peor aún, a la persona que más te quiere a ti? El destino es algo complicado. No te corresponde a ti, ni a mí, ni siquiera a los dioses, cuestionar qué es… o qué no es.

Máscara me coge de la mano y, aunque no puede ver el hilo rojo del destino, desliza el pulgar por la cinta. Lentamente, levanta el rostro y mira hacia el otro lado del lago. Sigo la dirección de su mirada.

Shin me está esperando en la orilla.

—No persigas al destino, Mina. Deja que él te persiga a ti.

Me giro de nuevo y compruebo que Máscara ha desaparecido. Me asomo por el lateral del barco. No veo a Dai y Miki por ninguna parte.

El bote cambia lentamente de dirección y se dirige a la orilla.

* * *

Shin avanza por el agua entre los juncos, agarra el barco por la proa y lo saca del agua. Bajo de un salto cuando llegamos a la orilla y me recoloco la falda del vestido.

Me doy la vuelta y me topo con la mirada de Shin. El hilo rojo del destino ondea en el aire entre nosotros.

Le observo para ver si percibo alguna cualidad divina. Pienso en los dioses a los que he conocido hasta el momento. Es más alto que el Dios del Mar. Es menos aterrador que la diosa zorro. Y es honesto, no como la Diosa de las Mujeres y los Niños. Todos los actos que ha llevado a cabo han sido para proteger su casa o la ciudad, incluso robarme el alma.

Un dios alto, no muy aterrador, honorable y sin alma. ¿Cómo se ha unido mi destino al suyo?

—¿Has encontrado lo que estabas buscando? —pregunto.

—No del todo. Perdimos el rastro de los ladrones en las montañas del este de la ciudad. —Me estudia con la misma atención—. No has intentado salir de casa.

—Te prometí que no lo haría.

Le prometí que no saldría de los terrenos de la Casa del Loto si le concedíamos a la chica su deseo. Aunque este nunca se cumplió, Shin sí había cumplido su parte del acuerdo.

—No he dado con los ladrones, pero he encontrado esto.

Se saca una tira de tela de la chaqueta. La cojo y acaricio el bordado rojo, dorado y negro de un tigre que aparece dando un gran salto con las garras extendidas.

Se la devuelvo y le miro a los ojos.

—La Casa del Tigre.

Shin asiente con la cabeza, sombrío.

—Cuando visité al señor Bom la semana pasada, negó haber enviado a los ladrones. El señor Bom fue un gran estratega militar en vida y dejar atrás una prueba tan obvia me parece demasiado descuidado o… deliberado. En cualquier caso, no puedo pasarlo por alto.

—Dijiste que nadie había intentado robar el alma de una prometida. ¿Por qué crees que lo han hecho ahora?

—Solo se me ocurre que quisieran hacerle daño al Dios del Mar a través de ti, sin saber que ya no estás atada a él. No podía arriesgarme a que lo consiguiesen, por eso te ordené que te quedaras en casa y no salieras. Si se produjese un ataque, mis guardias estarían mejor preparados para defenderte.

Sé que solo toma precauciones, antes por el bien del Dios del Mar y ahora por él suyo propio, pero aun así me viene a la cabeza un pensamiento fugaz e insensato: «¿Y si desea protegerme únicamente por mi propio bien?».

—Por supuesto —dice lentamente y con el ceño fruncido—, también puede que la noche que intentaron robar tu alma tuviesen la intención de recuperar el hilo rojo del destino…

—¿Y así matarme a mí y, después, al Dios del Mar? —Arrugo la nariz —. No necesito esa clase de ayuda. Mi alma está a salvo allí donde ha de estar, en mi interior.

Cuando Shin se da la vuelta, siento apuro por lo que acabo de soltarle, así sin pensar. Al fin y al cabo, él me dijo que no tenía alma. Sin embargo, cuando mira hacia atrás, su expresión no es triste, sino reflexiva.

—¿Damos un paseo?

Cruzamos el puente hacia el otro lado del lago, donde se desarrolla la mayor parte de la actividad de la casa. Los sirvientes descargan cestas de arroz y verduras de barcos amarrados a los muelles. Busco a Máscara y a Dai en el lago, pero no aparecen por ninguna parte.

Aunque Shin y yo caminamos en silencio, es un silencio cómodo. Me siento más yo misma de lo que me he sentido en toda la semana, por la charla con Máscara, pero también porque Shin está aquí. Aunque el hilo rojo del destino era una agradable imagen que veía por el rabillo del ojo, también era un recordatorio constante de su ausencia. Algo en él me hace sentir más valiente, como si pudiese ser la persona que cree que soy.

No me doy cuenta de que estoy mirando fijamente el hilo rojo del destino hasta que alzo la vista y compruebo que Shin también lo observa; después, levanta la mirada.

—Kirin se frustró conmigo mientras estábamos en las montañas. Teníamos que seguir a los ladrones, pero yo estaba distraído. De vez en cuando, el hilo rojo del destino ondeaba o brillaba y pensaba: «¿Qué estará haciendo? Seguramente toda clase de trastadas». —Niega con la cabeza, con una medio sonrisa en el rostro—. Me sorprendí al regresar y descubrir que no habías salido de casa para nada.

Mi primer instinto es negarlo todo por la gran vergüenza que siento, pero me sorprendo a mí misma diciendo la verdad:

—Tras el encuentro con la Diosa de las Mujeres y los Niños, perdí los ánimos. Fue un duro golpe para mi fe. Me costaba muchísimo aceptar que a una diosa le diese igual una plegaria hecha con tanto amor.

Regresa el eco de aquella horrible sensación y me llevo la mano al cuello. Cuando levanto la vista, veo que Shin me está mirando y me siento vulnerable de repente. Dejo caer la mano.

—Bueno, me alegro de que hayas vuelto —digo, con cierta ligereza—. Por lo menos, si estás aquí, mi corazón puede hacer algo más que lamentarse. —Shin se queda petrificado. Me doy cuenta, tarde, de cómo ha sonado eso—. Quiero decir que no tengo tiempo para preocuparme por pensamientos melancólicos. Estoy demasiado ocupada intentando vencerte. Es más fácil ser valiente cuando estás furiosa.

Shin enarca una ceja.

—Solo tú eres capaz de pasar de un cumplido a un insulto sin pestañear siquiera.

Alcanzamos el muelle y caminamos por los gruesos tablones hasta llegar al final, donde hay una barca amarrada a un poste. La reconozco, es la que cogimos para ir a la Casa del Zorro. Cuando Shin se inclina para desatar la cuerda, noto un extraño dolor en el pecho.

—¿Adónde vas? Acabas de volver.

Quizá sean los intensos sentimientos de antes, pero no quiero que se vaya. Y darme cuenta de eso hace que me sienta confundida y molesta. Se me encienden las mejillas y me alegro de que esté ocupado con la embarcación y no me haga caso.

—Fuera de la Casa de la Luna —dice Shin con el bote balanceándose suavemente debajo de él—, dijiste que yo odiaba al Dios del Mar. La verdad es que no lo odio. Estoy resentido con él, sí. Me compadezco y dudo de él, todos los días. Pero nunca lo he odiado. No sé si creo que está… maldito, o si él mismo se ha echado esa maldición, pero tal vez mis propios sentimientos me han impedido ver las cosas claras.

Se da la vuelta y me ofrece la mano.

—Durante años, la Casa del Loto ha protegido al Dios del Mar cortando los lazos que le hacen mortal a través de su vínculo con una prometida humana e impidiendo, durante mucho tiempo, que su herida sangrase. Sin embargo, si una herida no se cura bien, se vuelve a abrir; tiene que cicatrizar.

Le cojo la mano, subo al barco y me coloco en uno de los asientos. Shin se sienta frente a mí y coge los remos.

—Pero el Dios del Mar no estaba en la sala del trono ni en el jardín —digo.

—En algún lado tiene que estar. Iremos todos los días si es necesario.

La esperanza es un sentimiento embriagador. Siento cómo crece dentro de mí, como si la urraca hubiese extendido las alas. En ese momento, con Shin, el hilo rojo del destino brilla como una llama entre nosotros… y todo parece posible.

17

Dejamos la barca en el canal fuera del palacio y entramos en el jardín del Dios del Mar por la puerta del mural.

Incluso abandonado, el jardín es precioso. Los pétalos de las flores se agitan por el camino empedrado y se enredan en los holgados pliegues de mi falda. Una ligera llovizna impregna el aire y me pregunto si se estará fraguando una tormenta en alguna zona del este.

En el estanque, una suave brisa ha empujado todos los barquitos de papel a la orilla más lejana, por lo que las aguas más próximas están visiblemente vacías. Mientras Shin inspecciona el pabellón, me acerco a la orilla y me agacho para recoger una piedra.

Mi abuelo lanzaba piedrecitas a la orilla del estanque de nuestro jardín. Cuando éramos más pequeños, Joon y yo contábamos las veces que las piedras tocaban el agua antes de desaparecer.

Giro la mano y lanzo la piedra al agua, que hace un fuerte plaf al hundirse. Miro por encima del hombro y veo a Shin venir por el lateral del pabellón. No parece muy impresionado.

Cuando me agacho para coger otra piedra, toco algo irregular con los dedos. Esta es distinta a las demás, tiene grabado un dibujo de una flor de loto. Los trazos son demasiado limpios para que el grabado se deba a un fenómeno natural. Alguien ha debido de coger un puñal y tallar meticulosamente los ocho pétalos con forma de óvalo y el corazón del color de las estrellas. Me recuerda a la flor de loto que dejó Shin junto al barquito de papel, que aún flota en el cuenco. Me guardo la piedra en el bolsillo.

Por el rabillo del ojo, veo que Shin se coloca bajo un árbol al otro lado del pabellón, todavía vigilante. Ambos coincidimos en que no encontraríamos al dios por mucho que lo buscásemos y que lo mejor que podíamos hacer era esperar.

Durante la siguiente media hora, lanzo piedrecitas por toda la orilla, hasta que las nubes cubren el cielo. Me dejo caer junto al estanque. Mi abuelo decía que los momentos en los que más en paz sentía era cuando se sentaba junto al estanque de nuestro jardín y observaba a

los patos nadar tranquilamente. Pero en este estanque no hay patos, solo barcos de papel. Como un banco de pececillos rebeldes, se amontonan en la orilla norte.

Un barco se ha separado del grupo y flota hasta el centro del estanque.

A medida que se acerca, veo que no es como los otros barcos. Los pliegues son torpes y desiguales, y está torcido y medio sumergido en el agua. Un áspero hilo rojo recorre el centro del barco, como si se hubiese roto por la mitad y lo hubiesen cosido de nuevo.

Me recorre un escalofrío. Conozco ese barco.

Fui yo quien encontró el papel para hacerlo, quien lo apretó contra los labios mientras susurraba una oración contra la fría hoja. Fui yo quien lo dobló con manos temblorosas.

Es mi barquito, el que contiene mi deseo. No uno de los deseos infantiles que pedí en el festival de los barcos de papel, sino otro. Uno que nunca lancé al río.

Me precipito hacia delante y entro en el estanque.

—¡Mina! —grita Shin detrás de mí.

No le escucho, estoy decidida a alcanzar el barquito. Intento cogerlo. Se me engancha el pie en la raíz de un árbol caído. Me revuelvo y me hundo.

Salgo a la superficie medio segundo después, escupiendo agua. Miro a mi alrededor y solo veo un estanque vacío.

El barco ha desaparecido. ¿Me lo he imaginado? ¿La culpa ha desenterrado el recuerdo de una oración?

Empapada, vuelvo a la orilla con dificultad. Estoy preparada para recibir una bronca por parte de Shin, que con toda probabilidad estará furioso conmigo por hacer algo que incluso yo debo reconocer que ha sido insensato. Sin embargo, cuando levanto la vista, casi vuelvo a caerme al agua.

Delante de mí, tumbado en la hierba, está el dragón y junto a él se encuentra el Dios del Mar.

El dragón envuelve su cuerpo alrededor del dios dormido de forma protectora y apoya la enorme cabeza cornuda al lado de la del chico.

Sus grandes bigotes se enredan con el suave pelo del Dios del Mar y, cuando el animal suelta un suspiro, el pelo del chico se eleva, envuelto en una cálida brisa.

El dragón tiene los ojos abiertos y me observa; parecen un mar oscuro y brillan con inteligencia. Doy un paso cauteloso para salir del agua, anticipando cualquier movimiento repentino de la bestia, pero, como un gato gigante, parece conforme con quedarse allí tumbado. Me acerco lentamente y espero el momento en el que decida devorarme de un bocado.

Debo de estar dudando demasiado, porque comienza a gruñir desde el fondo de la garganta. Las piedrecitas que hay a mis pies empiezan a temblar. El dragón nos mira al Dios del Mar y a mí, impaciente. Exigente. En cualquier caso, parece que me insta a acercarme al Dios del Mar. Doy unos últimos pasos y, tras una mirada rápida al dragón, pongo la mano sobre la del joven dios. Como en la otra ocasión, me envuelve una luz cegadora.

* * *

Lo primero que noto es que sigo en el jardín, aunque ahora está cubierto de niebla, como cuando desperté en el Reino de los Espíritus.

Lo segundo…

—¡Shin!

Está tumbado bocabajo en la orilla del estanque y no se mueve. Echo a correr como puedo hasta él y me arrodillo a su lado. Le doy la vuelta y le rozo los labios con los dedos. Me invade el alivio al sentir su cálido aliento. Aunque, si me hubiese tomado unos segundos, habría visto el hilo rojo del destino brillando en la niebla y habría sabido que estaba ileso. Siempre y cuando el hilo permanezca intacto, ambos estaremos a salvo y nuestras vidas estarán atadas la una a la otra.

Lo levanto del suelo y lo acuno sobre mi regazo.

—Está bien. Solo está dormido.

Levanto la vista. Ante mí está el Dios del Mar. Los lujosos pliegues de su túnica absorben el agua de la orilla embarrada. No parece notarlo.

A su espalda, la niebla se ha disipado un poco y alcanzo a distinguir la sombra del dragón en ella.

El Dios del Mar nos mira a Shin y a mí.

—Mi alma me dice que eres mi prometida.

Parpadeo por la sorpresa.

—Eres apta. —Inclina la cabeza a un lado y el pelo oscuro le cae sobre unos ojos de largas pestañas—. Me gusta tu aspecto. Tu pelo es como la tibia corteza de los árboles y tus ojos son como el mar durante la noche. Veo la luna en ellos. Dos lunas. Dos mares durante la noche.

Trago saliva, sin saber qué decir. Es la primera vez que hablamos.

—Sois muy romántico, Dios del Mar.

—En realidad no —dice. Me da la espalda y camina hacia el borde del estanque. Mete un dedo delgado en él y unas ondas recorren el agua —. Únicamente estoy solo.

No sé por dónde empezar. Igual que en la sala del trono, me asalta un sentimiento abrumador de protección hacia este chico, atrapado en pesadillas y envuelto en melancolía. No me parece correcto empezar a hacerle peticiones. «Salva a mi pueblo». «Ponle fin a las tormentas». «Despierta y vuelve a ser como eras antaño, íntegro y feliz».

Sobre mi regazo, Shin suelta un gemido, pero permanece con los ojos cerrados. Con cuidado, le aparto a un lado el pelo que se le pega a la frente.

—Está luchando —dice el Dios del Mar—. Quiere despertar.

Miro al joven dios, indecisa entre permanecer en ese momento con él y ayudar a Shin. De algún modo sé que incluso ahora el tiempo corre y que, pronto, el chico y el dragón desaparecerán y me veré obligada a salir del sueño.

—Podrías contarle una historia —dice el dios.

Se me para el corazón. ¿Una historia? Convencer a un dios de que despierte tras cien años parece imposible, pero puedo contarle una historia sin problema. Les he contado cientos de historias a mis hermanos y a los niños de la aldea. Una historia para el Dios del Mar y para Shin. Pero ¿cuál escojo?

Shin se mueve en mi regazo. Dirijo la mirada de él al Dios del Mar y luego miro otra vez a Shin.

Shin, que protege al Dios del Mar de aquellos que podrían herirlo, incluso aunque esté enfadado con el dios por abandonarlo. Entonces me viene una historia a la cabeza, como si hubiese estado allí esperando todo el tiempo.

Respiro hondo y comienzo:

—Érase una vez dos hermanos. El hermano pequeño era pobre y vivía en una casucha, pero era generoso y bueno, mientras que el hermano mayor vivía en una gran casa y era rico, pero era cruel y muy avaro.

»Una mañana, el hermano pequeño oyó un sonido lastimero en el bosque. Siguió el sonido y encontró a una cría de golondrina que se había caído del nido y piaba de dolor porque se había hecho daño en un ala. El hermano pequeño se llevó a la golondrina a su casa, le aplicó medicina en las articulaciones y construyó una pequeña férula con palos y cuerda para que el ala no se doblase. Después, devolvió a la golondrina a su nido y, cuando llegó el invierno, esta voló hacia el sur.

»A la primavera siguiente, la golondrina regresó y dejó una semilla en el jardín del hermano pequeño, donde creció hasta convertirse en cinco grandes calabazas. Cuando el hermano pequeño partió la primera, de ella salió una montaña de arroz, más arroz del que podría comer en toda su vida. La segunda calabaza albergaba oro y joyas. La tercera contenía a una diosa del agua, que abrió las dos últimas calabazas, una de las cuales guardaba unos pequeños carpinteros en su interior y la otra madera. En un día, le construyeron al hermano pequeño una mansión magnífica.

»El hermano mayor, que había oído de la suerte de su hermano pequeño, fue a la mansión de este y le preguntó cómo había podido hacerse tan rico en tan poco tiempo, a lo que el hermano pequeño le contó lo de la golondrina.

»El hermano mayor, creyéndose muy inteligente, construyó un nido y esperó hasta que una golondrina puso allí sus huevos. Entonces, empujó a una de las crías del nido y esta se rompió un ala. Al igual que su hermano pequeño, el hermano mayor le aplicó un ungüento en el ala y se la inmovilizó. Durante el invierno, cuando la golondrina voló al sur, esperó con impaciencia su regreso. Como había previsto, la golondrina volvió en primavera y dejó una semilla en el jardín del

hermano mayor. Como había sucedido en el pasado, de ella crecieron cinco calabazas.

»El hermano mayor, lleno de gozo, partió la primera calabaza, de la que salió un ejército de demonios. Le atacaron con palos y le riñeron por su avaricia y crueldad. Sin embargo, el hermano mayor pensó que debía de haber tesoros reservados para él, así que partió la segunda calabaza, la cual estaba llena de cobradores de deudas que se llevaron todo su dinero. La tercera calabaza se abrió y liberó un torrente de agua sucia que inundó y destruyó su casa, y se llevó consigo las otras dos calabazas. Se quedó sin nada.

»Al darse cuenta de su terrible error, el hermano mayor corrió hasta la casa del hermano pequeño y le suplicó que le ayudase. El hermano mayor nunca había sido bueno o amable con el hermano pequeño. De hecho, se había esforzado en ser abiertamente cruel y vengativo. Sin embargo, cuando llegó a la casa de su hermano pequeño —esperando que lo ignorara, como él mismo habría hecho con aquel si las circunstancias hubiesen sido al revés—, el pequeño invitó al mayor a su casa y le dijo: «Eres mi hermano y todo lo mío es tuyo». Compartió su riqueza con su hermano mayor y este, al darse cuenta de la profundidad del amor de su hermano, conoció por primera vez lo que era el verdadero arrepentimiento y la vergüenza. Se convirtió en un hombre bueno y humilde y, juntos, los hermanos envejecieron felices, rodeados de la familia y los seres queridos.

Mientras hablaba, el Dios del Mar permaneció junto al estanque.

En voz baja, preguntó:

—¿Cuál es la moraleja de la historia?

Me fijo en su espalda y en el temblor de sus delgados hombros.

—No hay moraleja, solo un… sentimiento, tal vez.

—¿Y cuál es?

—Que no hay lugar demasiado lejos del perdón. No de alguien que te quiere.

Al menos eso fue lo que pensé cuando oí esa historia. Quería creer que, aunque alguno de los dos se equivocara, mi hermano me perdonaría y yo le perdonaría a él.

—El perdón —repite el Dios del Mar—. Nunca me perdonarán por lo

que he hecho.

Saca la mano del agua y se lleva los dedos a la frente. Unas gotas se deslizan por su rostro más allá de los ojos que tiene cerrados, como si fuesen lágrimas.

—Me duele la cabeza. Déjame solo.

—Esperad —digo—. Hay algo que debéis saber. Mi aldea…

El dragón levanta la cabeza desde la niebla y me sopla el rostro con su aliento fresco.

Me desplomo, inconsciente, y me despierto en un jardín vacío con Shin a mi lado.

—Mina. —Shin se esfuerza por sentarse y lucha contra los últimos vestigios del sueño. Su voz está llena de preocupación—. ¿Estás bien?

—Sí… estoy bien —digo, sorprendida por su presencia. Cuando estaba dormido, era vulnerable, y me sentí protectora con él. Sin embargo, en ese momento soy yo la que se siente extrañamente expuesta.

Igual que la mañana que descubrí que había vuelto a por el barquito de papel, un sentimiento extraño se instala en mi pecho, como si tuviese el corazón lleno. Algo cambió entre nosotros aquel día, cuando le llevamos el deseo a la diosa. Sin embargo, todavía no estoy lista para ponerle nombre a ese sentimiento.

Me doy la vuelta.

—El Dios del Mar estaba aquí, Shin. He estado en su sueño.

Shin no dice nada, pero tiene el ceño fruncido.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—No lo sé —responde. Después, dudoso, añade—: El Dios del Mar nunca se ha mostrado ante una prometida antes.

A nuestro alrededor, la niebla ha desaparecido.

—Volvamos, Mina. Llevamos aquí ya mucho tiempo.

Me coge de la mano y me resulta natural deslizar la palma sobre la suya, en cuya fuerza encuentro consuelo. Cuando nos cogemos así de la mano, el hilo rojo del destino desaparece. Así sería si estuviésemos

en el reino de los mortales, donde el destino no es visible para los ojos.

18

Kirin y Namgi nos están esperando en el muelle cuando volvemos a la Casa del Loto.

—Ha llegado una misiva para ti cuando no estabas —dice Kirin, y le da un pergamino a Shin—. De la Casa de la Grulla.

Shin desenrolla la cuerda, abre el pergamino y ve un mensaje breve escrito con una caligrafía elegante y limpia.

—El señor Yu dice que tiene noticias sobre la traición del señor Bom —nos informa—. Dice que vayamos de inmediato.

Me giro hacia Namgi.

—En mi primera noche en el Reino de los Espíritus comentaste que la Casa de la Grulla era el hogar de los académicos.

—Así es. —Namgi asiente con la cabeza—. La Casa de la Grulla es el hogar de los académicos más destacados que han vivido nunca.

—Entonces… —Esta vez me dirijo a Shin—: ¿Puedo acompañaros? Podría hablar con un académico, o con el mismísimo señor Yu, sobre el Dios del Mar. Tal vez alguien tenga información sobre su pasado.

Shin parece indeciso, así que Namgi dice:

—Con Kirin, contigo y conmigo, Mina estará a salvo.

Shin asiente a regañadientes y me marcho rápidamente al pabellón para cambiarme de vestido, que todavía tiene un ligero olor a las algas del estanque, y ponerme uno más ornamentado, con una chaqueta de color azul claro y una falda rosa. Llevo el puñal de mi tatarabuela alrededor del cuello y la piedrecita con el loto tallado guardada en una bolsita de seda atada a la cintura.

Juntos, Shin, Namgi, Kirin y yo nos dirigimos a la Casa de la Grulla, que se encuentra al noroeste del palacio. La puesta de sol baña los edificios con un ligero resplandor dorado. Espíritus con largas varas entran y salen de los edificios con velas encendidas en los farolillos.

De inmediato, Shin y Kirin se enzarzan en una discusión, seguramente para decidir cuál es el mejor plan para destapar al señor Tigre.

El aire reverbera con un zumbido grave, como si cerca hubiese una gran cascada.

—¿Cómo era el Dios del Mar? —pregunta Namgi mientras camina junto a mí.

Pienso en la expresión del rostro del joven dios mientras miraba el estanque.

—No era para nada lo que me esperaba. Era… melancólico, como si hubiese perdido algo y no recordase el qué.

Namgi le da una patada a una piedra suelta.

—¿Y el dragón estaba con él? Daría cualquier cosa por volver a ver al dragón.

El anhelo en su voz es palpable. Las sombras que proyectan los farolillos endurecen su perfil. Recuerdo lo que me ha dicho antes, que los de su especie, los imugi, luchan en incontables batallas para poder convertirse en dragones algún día.

—¿Qué diferencias hay entre un imugi y un dragón? —pregunto.

—Muy pocas, pero son muy pronunciadas. Los imugi son criaturas de sal y fuego, mientras que un dragón es un ser de viento y agua. La magia de un imugi arde de forma rápida y brillante como una estrella fugaz, pero el poder de un dragón es como un río: lento y constante, aunque ilimitado. Se dice que la perla de un dragón puede conceder cualquier deseo. Además, el tamaño de los dragones es tres veces el de un imugi y normalmente son benevolentes y buenos, no como los imugi. Los imugi son malvados.

—Pero, Namgi —digo lentamente—, tú eres un imugi.

Namgi suelta una carcajada.

—¡Lo soy, sí!

Un banco de carpas que se aproximaba a nosotros se aleja, presas del pánico.

Delante de nosotros, Kirin nos mira por encima del hombro y posa sus ojos plateados sobre Namgi, sorprendido por la carcajada que acaba

de soltar.

—Quizá la mayor diferencia —dice Namgi— es que los dragones son criaturas solitarias mientras que los imugi solo viven en grupos. Como los lobos, vivimos y morimos junto a nuestros hermanos y rara vez estamos solos. Que yo sepa, soy el único solitario. La mayoría de los imugi no sobreviven sin una manada.

Namgi debe de ver la expresión de mi rostro, porque levanta una mano y me da unas suaves palmaditas en el hombro.

—No te preocupes, Mina. Tengo a Shin y a Kirin. Son los únicos hermanos que necesito.

Miro a Kirin para ver si ha oído esas últimas palabras, pero se ha dado la vuelta de nuevo.

Llegamos a la Casa de la Grulla, una gran fortaleza de varios pisos y de color blanco y negro que tiene una azotea con la forma curvada de las alas de una grulla. Un sirviente vestido con colores similares nos conduce a una sala elegante con unos preciosos suelos pulidos de roble oscuro. A ambos lados de una larga mesa hay estanterías llenas de pergaminos ordenados cuidadosamente en pilas y libros cosidos con hilo.

Una biblioteca. Debe de haber cientos, miles de historias: novelas, mitos, poesía y canciones. Puede que la memoria de los espíritus y de los dioses sea confusa, pero la de los libros no. Esas historias son eternas. Quizá en alguno de esos pergaminos esté la historia del Dios del Mar, de lo que sucedió hace cientos de años para que sucumbiera a un sueño eterno.

En el jardín, el Dios del Mar dijo que nunca sería perdonado. Pero ¿por qué tendrían que perdonarlo? Si se siente culpable por abandonar a su pueblo, ¿por qué no vuelve con nosotros?

La emoción de ver todos esos libros disminuye con la abrumadora idea de buscar en cada uno de ellos una pista sobre el pasado del Dios del Mar. Aunque tuviese un año para hacerlo, sería imposible.

El sirviente, que se había marchado para avisar al señor Grulla de nuestra llegada, vuelve.

—Mi señor os recibirá ahora.

Kirin da un paso adelante, pero Shin niega con la cabeza.

—Quédate con Mina —ordena—. Namgi me acompañará a la reunión con el señor Grulla.

Kirin aprieta ligeramente los labios, pero se limita a hacer una reverencia.

Shin se gira hacia mí con ojos amables.

—Cuando el señor Grulla y yo terminemos de hablar, te llamaré y charlaremos con él. Juntos.

—Gracias, mi señor —digo y después hago una reverencia, dado que parece ser lo apropiado.

Shin y Namgi siguen al sirviente fuera de la sala. Me levanto, me dirijo hacia la estantería más cercana y paso los dedos por los pergaminos, que resultan tanto suaves como ásperos dependiendo de la zona.

Kirin está visiblemente molesto porque lo han dejado allí para vigilarme y no dice ni una palabra. Yo tampoco estoy muy entusiasmada. A diferencia de Namgi, que es fanfarrón a la par que amable, Kirin es frío como el color plateado de sus ojos.

Sin embargo, su sangre era cálida. Recuerdo la manera en que esta goteó de su mano y me cubrió la herida hasta que el dolor desapareció del todo.

—Creo que aún no te he dado las gracias como Dios manda porque me curases la mano —digo, y me giro para quedar frente a él—. Gracias. Te lo agradezco.

—No lo hice por ti.

Suspiro y me alegro de que las mujeres de mi familia estén hechas de otra pasta. En cualquier caso, las palabras de Kirin duelen menos que la quemadura del fuego de la diosa.

—¿Eres un dios? —pregunto al pensar en la magia de su sangre—. ¿O alguna bestia mítica?

—No soy un dios.

Lo que significa que es una bestia. Pero no es una serpiente marina. La noche que llegué, cuando aparecieron los sirvientes de la diosa, los hermanos de Namgi llamaron a Kirin «el Plateado» y habían dicho que

los imugi habían asesinado al último de su especie.

Aun así, tengo la suficiente sensatez como para no mencionarlo.

—Es raro pensar en Namgi como alguien emparentado con aquellas serpientes marinas, que tan crueles y espantosas parecían. Namgi siempre ha sido cordial conmigo. —Hago una pausa y añado con una sonrisa—: Y quizá un poco travieso.

Kirin sacude la cabeza.

—Nunca confíes en un imugi.

Lo miro fijamente.

—Confío en Namgi.

—Entonces eres idiota.

Frunzo el ceño, dolida por lo de Namgi, que no hace ni media hora ha hablado con tanto cariño sobre Kirin.

—Confío en Namgi mucho más de lo que confío en ti —respondo—. Es directo y sincero. Me contó cómo había conocido a Shin y por qué le sirve, mientras que tú no me has contado nada sobre ti.

Titubeo y me pregunto si me he pasado con tanta impulsividad. Kirin parece algo enfadado, es la primera señal de emoción auténtica que le veo.

—Crees que, como soy antipático, soy desleal —dice en un tono gélido —. A pesar de que he servido a Shin durante mucho más tiempo que Namgi. No sé de ningún momento en el que no haya estado a su lado. Es mi líder, pero más que eso, es mi amigo. Le confiaría hasta mi vida.

Kirin hace una pausa y después vuelve a dirigir la mirada hacia mí con una expresión casi horrorizada.

—No puedo creer que me hayas exasperado tanto como para tener que defenderme de tu ridícula afirmación.

Alargo un poco el paso y me giro para mostrarle una amplia sonrisa.

—Saber que eres humano hace que hablar contigo sea más fácil.

Me doy cuenta de que he dicho algo malo cuando le desaparece la sonrisa reacia de sus labios.

—No soy humano —dice fríamente.

Durante la siguiente media hora, ninguno de los dos dice nada. Me adentro en las filas de estanterías, que se extienden más allá de lo que había pensado en un principio. Sería verdaderamente imposible revisar todos y cada uno de los pergaminos y libros, incluso aunque el sistema de organización estuviese claro. A medida que avanzo, me doy cuenta de que la sala es mucho más grande de lo que sugiere la vista de la Casa de la Grulla desde el exterior, que aparenta más altura que anchura. Es al mismo tiempo parecida y distinta a la Casa de la Luna, donde la habitación en la que residía la diosa era pequeña en comparación a lo que parecía su casa desde fuera.

Sigo explorando la biblioteca. Doblo las esquinas que me voy encontrando hasta que, al final de una fila particularmente larga de estanterías, llego a una puerta. Me sorprende porque pensaba que la librería se limitaba a una única sala. La puerta está ligeramente entreabierta. Me asomo y encuentro una pequeña escalera que conduce al piso de abajo.

Sé que debería volver. Si regresa Shin y ve he desaparecido, no le va a hacer ninguna gracia. Aun así, estamos en la Casa de la Grulla, hogar de los académicos: ¿qué peligro puede haber en un lugar así?

Cruzo la puerta, bajo las escaleras y entro en un estrecho pasillo que está vagamente iluminado por farolillos con velas. A los lados hay salas pensadas para leer y escribir y otras actividades académicas, llenas de pergaminos de papel, tinta y pinceles.

Al final del pasillo hay un estudio privado, más grande que el resto. De las paredes cuelgan pergaminos con poesías y cuadros de la naturaleza. Al fondo de la sala hay un escritorio delante de un biombo.

Es un biombo precioso, cuatro veces más largo y el doble de alto que el que se encuentra en la habitación de Shin. Cada uno de los paneles representa las fases de la vida de una grulla, desde la cría recién nacida hasta el último panel, que muestra a la grulla en pleno vuelo, con el rojo brillante de su cabeza coronada como único toque de color.

—Discúlpame. No esperaba visita, si no, habría ordenado un poco.

Me giro y me veo frente a un académico alto y anciano en la puerta.

—El señor Yu —digo al reconocerlo de la primera noche en la Casa del Loto. Hago una lenta reverencia—. Perdone mi intromisión. Estaba

esperando en la sala de arriba y he bajado las escaleras…

—¿Te parezco ofendido? —dice el señor Yu—. Vamos, siéntate, por favor. —Me señala con un gesto de la cabeza el pequeño escritorio situado frente al biombo. Se acerca a un armario y saca una bandeja con una botella y dos tazas de porcelana—. ¿Te gusta el sabor de los licores?

—No he tenido la oportunidad de descubrirlo —contesto, y me siento frente a él.

Levanta la botella y echa un poco del líquido dorado en una taza. La acepto con las dos manos y giro la cara para bebérmelo todo, como he visto hacer a mis hermanos. El licor me resulta amargo en la boca.

—Ahora —dice el señor Grulla—, hazme las preguntas que tengas. —Debo de parecer sorprendida, porque añade—: Debes de tener preguntas para las que buscas respuestas, una joven cuya patria está en peligro, una prometida del Dios del Mar con un misterio que resolver.

—Entonces sabrá cuál es mi pregunta antes de formulársela.

—Sin embargo, tienes que formularla para que te la pueda responder.

—¿Cómo deshago la maldición sobre el Dios del Mar?

—No hacía falta que vinieras a mí para saber la respuesta a esa pregunta. La respuesta está en el mito: «Solo una verdadera prometida del Dios del Mar puede poner fin a su insaciable ira». La prometida que comparta un hilo rojo del destino con el Dios del Mar tendrá el poder para romper la maldición.

—No lo entiendo —digo, frustrada—. Todas las prometidas llegan con un hilo rojo del destino.

El señor Yu rellena ambas tazas y me acerca la mía. No habla hasta que la vacío del líquido dorado.

—Todas las prometidas comparten un hilo rojo del destino con el Dios del Mar, pero es solo un hechizo para protegerlas. De otra forma, el señor Shin no podría cortar el destino, como hace cada año. Al fin y al cabo, un verdadero destino no puede cortarse con el filo de una espada.

Asiento lentamente: la diosa zorro dijo lo mismo.

El señor Yu continúa:

—La prometida que lo quiera y a la que él corresponda … solo ella tendrá el poder de convertir el mito en verdad. Si ese destino se forma, será invisible para todos menos para el Dios del Mar y su prometida.

Automáticamente, dirijo la mirada al hilo rojo del destino que nos une a Shin y a mí. Un destino invisible. El señor Grulla no parece darse cuenta de la dirección de mi mirada y llena una tercera taza.

—Entonces es imposible —digo—. Hasta que la prometida predestinada no sea lanzada al mar, el Dios del Mar no despertará.

Se sacrificarán más chicas. Se perderán más vidas en las tormentas.

—No es tan imposible como parece —responde—. Es posible construir tal destino. Después de todo, el vínculo, o lo que los académicos de la poesía llaman amor, también es una elección. Dos personas pueden elegirse la una a la otra por necesidad. O deber. De este modo, incluso un hilo rojo del destino puede deshacerse si una de las partes establece una conexión más fuerte con otra persona.

«Tienes un mes para descubrir cómo salvar al Dios del Mar y yo tengo un mes para encontrar la forma de librarme de ti». Esa es la respuesta que Shin ha estado buscando.

El señor Grulla me acerca la taza. ¿Es la tercera o la cuarta? Cuando me muevo para cogerla, siento un ligero mareo.

—Ya tienes la respuesta sobre cómo romper la maldición. Forma un hilo rojo del destino con el Dios del Mar. Eso si no lo has hecho ya con otra persona.

Levanto la vista, alertada por el cambio en la voz del señor Grulla. Había hablado con una cadencia rítmica, casi hipnotizante, como la de un cuentacuentos. Sin embargo, ahora hay algo falso en ella, un deje de avaricia.

Sigue mirándome la mano.

—He oído el curioso rumor de que Shin, al igual que Shiki, el dios de la muerte, antes que él, se ha visto envuelto en un destino inesperado.

De repente, se me echa encima y me agarra por la muñeca. Intento zafarme, pero su sujeción es muy fuerte y potente para un académico

de edad avanzada. Sin embargo, el error ha sido mío por no considerarlo un espíritu de fuerza inhumana.

Al mismo tiempo, el hilo rojo del destino empieza a tirar con fuerza. Algo debe de estar pasando en el otro extremo. ¡Shin! ¿Lo estarán atacando?

Intento liberarme con el corazón acelerado y la cabeza confusa por el licor. ¿Por qué está el señor Grulla aquí, cuando debería estar reunido con Shin?

—Envié una misiva a la Casa del Loto con toda la intención de apartar a Shin de tu lado —dice el señor Grulla, echando humo—. Me puse furioso al descubrir que lo habías acompañado hasta aquí. Por suerte, tú misma te has alejado del Plateado. Hace mucho que no soy humano. ¿Alguna vez fui tan idiota?

—Sigue siendo idiota —grito— si cree que puede matar a Shin a través de mí. Después, cuando me deje en el suelo desangrándome, Shin estará mucho más vivo y se vengará.

Al parecer, mis palabras hacen mella en su sensación triunfal, porque el señor Yu duda y deja de agarrarme tan fuerte.

Entonces, aprovecho la oportunidad, cojo el puñal y atravieso con él el aire que hay entre nosotros. El señor Yu aúlla y se tambalea con la mano en la mejilla, donde el filo de mi puñal ha dejado su impronta.

Caigo y me golpeo contra el suelo justo cuando un grito atraviesa el pasillo y la puerta se abre de golpe.

19

Shin irrumpe en la habitación . Dirige la mirada hacia mí, que me encuentro tumbada de lado, ve la mesa volcada y el juego de té hecho añicos en el suelo y una furia increíble se apodera de él. Coge al señor Yu por el cuello y lo estampa contra la pared.

—¡Debería matarte por esto!

El señor Yu parece casi contento mientras dice sin aliento:

—La has encontrado más rápido de lo que me había imaginado. Como si un destino invisible te hubiese guiado. Antes no estaba seguro, pero ahora sí.

—¡Mina! —Namgi está junto a mí y me ayuda a levantarme—. ¿Estás herida?

Desde el pasillo se oyen ruidos de batalla, gritos y acero contra acero. Kirin debe de estar frenando a los guardias.

—Estoy bien —contesto—. Le he cortado con el puñal.

Ahora la mejilla del señor Yu sangra profusamente.

—Vámonos —ordena Shin, y deja al señor Yu caer al suelo. Se da la vuelta y se acerca a mí. Hago una mueca de dolor cuando cierra la mano sobre mi muñeca.

Me arremanga el vestido. Se me ha formado un gran moratón bajo la piel donde el señor Grulla me ha agarrado. Shin observa el moratón; no dice ni una palabra, aunque parece que sus ojos se oscurecen incluso más. Se aleja de mí y empuña la espada.

Namgi lo agarra por detrás.

—¡Shin, detente! El señor Yu es el jefe de la Casa de la Grulla. Ni siquiera tú puedes matarlo sin que las demás casas se enfaden. Tenemos que irnos antes de que nos superen.

Como para subrayar las palabras de Namgi, se oye un gran estruendo de pisadas en los tablones de madera encima de nosotros. Los guardias

de la Casa de la Grulla se están reuniendo para defender a su señor y su casa.

Shin vuelve a acercarse a mí y esta vez me coge de la mano.

En el pasillo, Kirin está sobre los cuerpos inconscientes de cinco guardias y con las ropas blancas inmaculadas, como si no se hubiera visto envuelto en un altercado.

—Señor Shin… —empieza a decir, pero este pasa por su lado sin hacerle caso.

La culpa me invade: si no me hubiese alejado de Kirin, esto no habría pasado. Y aun así, no puedo arrepentirme de los actos que me han llevado hasta el señor Yu; aunque fuese un traidor, ha compartido su conocimiento.

Ni Shin ni yo hablamos mientras cruzamos el largo pasillo de vuelta a la biblioteca y salimos sin ningún problema por las grandes puertas por las que hemos entrado no hace ni una hora.

Shin tiene el rostro serio y la expresión ceñuda. No me suelta la mano hasta que nos hemos alejado un buen trecho.

—¿Qué ha pasado cuando te has marchado? —pregunto. Por encima del hombro, veo a Namgi y a Kirin separados y guardándonos las espaldas.

—El señor Bom estaba allí cuando he llegado. —Shin niega con la cabeza—. Pero estaba rodeado de soldados. Era una trampa. Grulla y Tigre estaban trabajando juntos. Querían mantenerme entretenido para llegar hasta ti. —Gruñe, claramente frustrado consigo mismo—. Tendría que haberlo previsto. Estás en peligro por mi culpa.

Debería decirle lo que he descubierto gracias al señor Grulla: la maldición sobre el Dios del Mar puede romperse si él forma un hilo rojo del destino con una prometida. Y, a su vez, que nuestro destino puede deshacerse si uno de los dos construye una conexión más fuerte con otra persona.

La respuesta parece clara. Para que los dos consigamos lo que queremos, yo debería forjar un vínculo con el Dios del Mar. Entonces Shin será libre y salvaré a mi gente. El camino que debo tomar está justo delante de mí.

Entonces, ¿por qué siento como si hubiese perdido el rumbo?

Mientras andamos, percibo un sonido grave y sordo. Lo había notado cuando íbamos de camino a la Casa de la Grulla, aunque estaba lejos. Ahora es más fuerte; siento cómo me vibran los huesos por él. El aire se vuelve más frío y una niebla espesa se eleva a la altura de mis tobillos. Un viento fresco me envuelve los mechones de la trenza, que se ha deshecho un poco durante el alboroto.

—¿Eso es una cascada? —pregunto.

Shin se detiene para quitarse la prenda exterior y me coloca la larga chaqueta sobre los hombros. Inmediatamente dejo de temblar porque la chaqueta está caliente gracias al calor de su cuerpo.

—Es el río.

La manera en que pronuncia «río» sugiere que no es una masa de agua normal. La niebla aumenta y se espesa. Me envuelvo con más fuerza en el abrigo de Shin y respiro cristales de hielo que se me clavan en la garganta. Delante de mí hay un río rodeado de niebla. No es muy ancho —veo la orilla más lejana—, pero es ruidoso y la fuerte corriente zarandea grandes objetos en la superficie.

—¿Eso es…?

Me acerco más al margen. Necesito un minuto para entender lo que estoy viendo. Una mano y una cara pálidas. Los objetos no son escombros, sino personas. Flotan en el río, semisumergidos. Cuento cuatro, cinco, seis individuos, y eso solo son los más próximos a la orilla. Hay otros que flotan incluso más cerca de este punto del río y todavía más que ya han cruzado. Están muy quietos. Demasiado quietos…

Capto un movimiento agitado. En medio del río, una niña lucha contra la corriente. Sus gritos son leves, casi silenciosos frente al ataque del agua en movimiento. Desesperada, consigue sacar los brazos a la superficie, solo para después ser arrastrada de nuevo, demasiado agotada para mantenerse a flote.

Echo a correr, pero Shin estira un brazo para cortarme el paso.

—No puedes meterte en el río —dice—. La corriente es demasiado fuerte. Te arrastrará.

—Tengo que ayudarla.

—Me temo que es imposible. Solo los muertos pueden entrar en el Río

de las Almas.

He oído hablar de este río. Máscara lo mencionó la noche que nos conocimos. Sin embargo, también mencionó que los espíritus pueden salir por sí mismos de él si su voluntad es lo bastante fuerte.

Miro cómo la niña lucha para mantener la cabeza fuera del agua. Los otros cuerpos tienen los ojos cerrados, como si estuviesen durmiendo, pero la niña se niega a aceptar el curso del río. Quiere vivir.

Shin maldice entre dientes.

Sigo su mirada más allá de la orilla. Un hombre se acerca al agua. A esta distancia no puedo distinguir su cara, pero es alto y lleva el pelo negro a la altura de los hombros. El agua más cercana a la orilla se calma por su proximidad y él se sumerge en las profundidades. Mientras el resto del río se mueve con fuerza, un círculo de aguas tranquilas lo rodea.

—¿Quién es? —pregunto.

—El dios de la muerte, Shiki —responde Shin—. Uno de los dioses más poderosos. No es amigo mío.

Shiki. Contra el que luchó Shin por el alma de la prometida del año pasado, Hyeri.

Lentamente, el dios se acerca a la niña y se detiene a poca distancia de ella. La niña, sin aliento ni fuerzas, lo ve. Continúa con su lucha, pero esta vez en su dirección. Es un progreso lento, pero su voluntad es fuerte. Se niega a rendirse frente a la corriente implacable. Por fin, llega hasta el dios y se agarra a sus ropas. Él la levanta en brazos y la sostiene con fuerza contra su pecho. Agotada por el calvario, la niña queda inmóvil cual muñeca de trapo.

El dios de la muerte comienza a andar con la niña en dirección a la orilla contraria. Hacia la mitad del río, se detiene y se gira para mirarnos directamente a los ojos. Sujeta a la niña con un brazo y con el otro señala un puente que abarca la longitud del río. Está claro lo que quiere decir. Cuando, con un asentimiento, Shin le hace saber que ha entendido su indicación, el dios de la muerte sigue avanzando lentamente por el agua.

Kirin y Namgi nos esperan al borde del puente.

—¿Es sensato reunirse con el dios de la muerte a solas? —pregunta

Kirin cuando nos acercamos. Si sigue molesto por lo de antes, no lo demuestra.

—Shin estará bien, mientras esté con Mina —responde Namgi—. Shiki siente cierta debilidad por las prometidas del Dios del Mar.

Tanto si está de acuerdo como si no, Shin no discute más y da un paso sobre las tablas de madera del puente. Ni Kirin ni Namgi hacen nada para detenerme cuando lo sigo hacia la niebla.

Aquí es más espesa de lo que era en la orilla. La atmósfera me resulta familiar y me pregunto si es el mismo puente en el que me encontraba cuando desperté en el reino del Dios del Mar.

Sigo el hilo rojo del destino hasta el centro del puente, donde Shin espera, mirando la niebla.

—¿Qué hay al otro lado del río? —pregunto.

—La Casa de la Estrella —responde Shin—, donde vive el dios de la muerte. Aparte de eso, montañas y neblina. La niebla se hace más espesa cuanto más lejos te aventuras de la ciudad. Puedes deambular por la niebla durante semanas y salir donde empezaste o al otro lado de la ciudad. Por eso perdí el rastro de los ladrones. En la niebla es difícil seguirle la pista a nada. A menudo los espíritus se pierden en ella al intentar encontrar una manera de volver al mundo de los vivos, pero es imposible. Una vez te has hundido en el río, no puedes volver.

Me estremezco al pensarlo.

—¿De qué crees que quiere hablar contigo Shiki?

—Lo cierto es que no lo sé. La última vez que nos reunimos, tuvimos un enfrentamiento. Con palabras y con armas. Me había llevado el alma de la prometida, como hago cada año; sin embargo, Shiki, que se había vuelto protector con la chica, exigió que se la devolviese. Como me negué, nos peleamos.

—Y aun así la chica recuperó su alma —digo, insinuando que el resultado había favorecido a Shiki. Recuerdo a Hyeri, asomada a la ventana del palanquín con los ojos brillantes por la curiosidad y las risas.

—Ella interrumpió la pelea. Estaba… muriéndose, llevaba demasiado tiempo separada de su alma. Y Shiki, el dios de la muerte, no podía hacer nada. Entonces le devolví el alma, solo para que Shiki dejara de

quejarse.

—Ah —exclamo—. Entonces Shiki ganó al final —Shin frunce el ceño — porque tenía un amigo como tú.

Shin niega con la cabeza, pero no lo desmiente.

—Pues me lo agradeció de aquella manera… Después de salvarle la vida, me llamó «cabrón sin alma» y se fue. No he hablado con él ni lo he visto desde entonces.

La historia de Shin me ha revelado más de lo que seguramente pretendía. Salvó a Hyeri por Shiki, lo que dio pie a rumores y menosprecios contra sí mismo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no tienes alma? —pregunto.

—Todos los seres tienen un alma; puede estar escondida en su interior, como pasa con los humanos, o adoptar una forma diferente, como pasa con las bestias míticas. Los dioses también tienen alma. En el caso de la Diosa de la Luna y la Memoria, su alma es la luna. El alma del Dios del Mar es el dragón del mar del Este. Las almas de las deidades domésticas son las chimeneas; las de los dioses de las montañas, los ríos y los lagos…

—Son las montañas, los ríos y los lagos —termino.

Shin asiente con la cabeza.

—Y cuando se destruyen las montañas, los ríos y los lagos, también se destruyen los dioses. Porque cuando un río se contamina y los bosques se queman, el dios se debilita y desaparece. Soy un dios que perdió su alma y con ella todos los recuerdos de la persona que una vez fui y de lo que debía proteger. De esta forma, tendría que haber desaparecido hace mucho tiempo.

El dolor en su voz es inconfundible. Cierra los ojos. Lo que más quiero en este momento es reconfortarlo, pero no tengo las palabras para hacerlo. Aunque mi alma fuese una urraca, sabía que existía, solo que fuera de mí. No la había perdido. No la había olvidado.

Pienso en todas las cosas que ha hecho Shin por mí: me ha salvado del señor Grulla, me ha llevado hasta el Dios del Mar, recuperó el barquito de papel. Cree que no tiene alma, pero a mí me parece que sí.

Me llevo la mano a la cintura, desato la bolsita de seda y la inclino

hasta que el objeto que hay en su interior rueda hasta la palma de mi mano. Shin se gira, atraído por mis movimientos.

—Mira, Shin —digo con una sonrisa—. He encontrado tu alma.

Levanto la mano. En el centro de la palma está la piedrecita con el grabado de la flor de loto.

Shin no dice nada durante unos minutos y me pregunto si le he ofendido, pero al poco extiende la mano y pasa los dedos por la piedra y por mi palma.

—Puede que no sea tan grande como una montaña o tan brillante como la luna —explico cuando levanta la mirada hacia mí, con una expresión desgarradora y vulnerable en la oscura profundidad de sus ojos—, pero es igual de preciosa que ellas porque es tu alma. Es fuerte, resiliente y firme. Y terca. —Él se ríe ligeramente—. Y vale la pena, igual que tú.

A Shin se le corta la respiración.

El corazón empieza a latirme dolorosamente en el pecho.

—¿Y bien? —pregunto, y levanto la mano—. ¿La aceptas?

Sin embargo, en vez de cogerla, desliza su mano sobre la mía y la piedrecita queda entre nuestras palmas, que la sostienen con fuerza.

—Si la acepto —contesta—, ya no la soltaré jamás.

No es una pregunta, y aun así parece que está esperando a que le dé una respuesta.

En ese momento se pone tenso y entorna los ojos al mirar algo por encima de mi hombro. Me acerca a su lado. La muerte sale de la niebla.

20

El dios de la muerte es un hombre joven de rasgos atractivos, con la nariz recta y los labios carnosos. Tiene la piel pálida como la luna, muy diferente a la vivaracha y divertida Hyeri, que antes de ser sacrificada al Dios del Mar era conocida en todos los pueblos costeros porque parecía que tenía el sol guardado bajo la piel. Hay algo melancólico en este dios, como sus ojeras oscuras que sugieren que necesita dormir o su expresión seria. De repente, me alegro de que este dios de la muerte tenga a Hyeri, que estaba tan llena de vida.

El dios de la muerte se detiene a unos pasos delante de nosotros.

—Mis guardias han informado de tu presencia en la linde de mis tierras —dice con una voz profunda y sin ninguna entonación—. ¿Qué buscabas en la niebla?

—Unos ladrones entraron en mi casa —explica Shin—. Les estaba siguiendo la pista, pero los perdí en las montañas.

—¿Qué has descubierto?

—Una conspiración urdida por Grulla y Tigre para matarme y derrocar al Dios del Mar.

—Ah —exclama el dios de la muerte—. El señor Yu y el señor Bom son ambiciosos. Cuantos más espíritus llegan a este reino, más fuertes se hacen sus casas. Pero no debe incentivarse a la muerte.

Debo de emitir algún ruido al oírlo, porque el dios dirige la mirada hacia mí.

—Pero sois el dios de la muerte —digo—. ¿No crece vuestro poder con cada muerto que llega a este mundo?

—Soy el dios de la muerte, pero mi propósito se basa en el equilibrio entre la muerte y la vida. Cuando la balanza se inclina demasiado en favor de una, el desequilibrio interrumpe la unidad de ambos mundos, el reino de los humanos y el reino de los espíritus. —Se acerca a la barandilla del puente y observa las aguas revueltas. El rostro del dios de la muerte muestra la primera señal de emoción: aprensión—. El río

está creciendo. Llegará un momento que se desbordará, lo que traerá consigo espíritus que no tendrán deseo alguno de estar en este mundo. Con tantos espíritus perdidos deambulando por la ciudad del Dios del Mar, el Reino de los Espíritus se convertirá en un lugar muy muy triste.

Shin frunce el ceño.

—¿Y no hay forma de evitar que el río siga creciendo?

—La fuente del río se halla en el reino de los humanos, donde termina la vida y comienza la muerte. Dado que no tenemos poder sobre aquello que causa la muerte, batallas, hambruna y enfermedades, podemos hacer muy poco.

—¿Qué hay del Dios del Mar? —pregunto—. Las tormentas han destruido mucho. Los señores de la guerra se disputan lo poco que queda, siembran el caos y a su paso solo dejan desolación. —Me alejo un poco de Shin para verlos bien a los dos; el río queda a mi espalda —. La maldición del Dios del Mar ya no es solo un problema para el mundo humano, sino también para el mundo de los espíritus y los dioses. Tenemos que solucionarlo antes de que sea demasiado tarde. Antes de que ambos reinos queden destruidos.

—He visto esa mirada antes —dice Shiki—. En el rostro de alguien a quien quiero. ¿Es una expresión que comparten todas las prometidas del Dios del Mar? Una mezcla potente. Esperanza. Determinación. Furia.

Hyeri. Está hablando de Hyeri.

Shiki dirige la mirada hacia Shin. Hasta el momento, ninguno de los dos ha mencionado el incidente que los separó como aliados y amigos. Instintivamente, doy un paso hacia Shin, como si pudiese protegerlo de palabras duras.

—Me temo que no he sido justo contigo —empieza a decir Shiki, para mi sorpresa y la de Shin—. Has protegido esta ciudad cuando nadie más lo hacía. Mientras otros hubiesen deseado abandonar, derrocar o incluso matar al Dios del Mar, tú lo has protegido a él y a sus prometidas y, además, has mantenido la paz y el orden en este reino. Me disculpo por muchas cosas, pero sobre todo por hacer que el peso con el que cargas sea más pesado todavía.

Miro a Shiki, estupefacta por esta extraordinaria disculpa.

—Y creo —continúa Shiki suavemente— que quizá ahora me entiendas un poco más.

Observo a los dos y me pregunto qué quiere decir con esas últimas palabras.

—Me despido —dice Shiki. Cuando se gira, se dirige hacia mí—: Estás invitada a mi casa…

—Mina —digo.

—Mina. Sé que mi Hyeri se alegrará de verte.

—Y yo a ella. Será un honor.

Shiki hace una reverencia y se interna en la niebla.

Shin y yo abandonamos el puente. Junto a Kirin y Namgi, ponemos rumbo a la ciudad.

Ahora está completamente oscuro y las calles están iluminadas gracias a varios farolillos, cuyas velas se atenúan por el viento. A medida que nos alejamos del río, la temperatura aumenta hasta que ya no necesito el abrigo de Shin. Me lo quito con la vista hacia delante, donde él camina junto a Kirin. Shin parece ser el único que habla, mientras que Kirin camina cabizbajo. Es evidente que está riñendo a Kirin por lo que ha pasado en la Casa de la Grulla.

—No te preocupes demasiado, Mina —interrumpe Namgi, que sigue la dirección de mi mirada y acierta lo que estoy pensando—. Kirin se sentiría peor si Shin no dijese nada. De esta forma, sabe exactamente en qué ha fallado a Shin y lo hará mejor la próxima vez. En cualquier caso, Shin confiará incluso más en Kirin a partir de ahora, porque para demostrar su valor, Kirin será incluso más atento y fiable. En otras palabras… —prosigue Namgi arrastrando las palabras—, será inaguantable.

Las calles están desiertas, seguramente por un repentino calor sofocante, a pesar de que normalmente las noches aquí son más frescas.

—Aunque lo siento por Kirin —continúa Namgi—. Nunca se mete en líos. No como yo.

—Tienes un buen corazón, Namgi.

—Kirin también. —Debo de parecer dubitativa, porque se apresura en explicarse—: Kirin tarda en crear un vínculo, pero cuando lo hace, es el amigo más leal y ferozmente protector de aquellos que le importan. Haría cualquier cosa por Shin.

—¿Y por ti? —pregunto con delicadeza.

Namgi no contesta nada, aunque una sombra le cruza el rostro.

—Cuando miro a Kirin, solo lo veo a él, una luz brillante en la oscuridad. Cuando él me mira a mí, solo ve la oscuridad.

Llegamos al mercado central de la ciudad. Al otro lado está el palacio del Dios del Mar, que emerge bajo un mar de estrellas. Cientos de puestos nocturnos bordean la calle y, sin embargo, están sorprendentemente tranquilos, sin mercaderes que vendan los productos. Todo está en silencio, con un sosiego parecido al de la muerte.

—Namgi… —digo—. ¿Dónde está la gente?

Namgi observa detenidamente el mercado vacío y después mira detrás de nosotros la calle desierta. Frunce el ceño y coloca la mano sobre la espada que lleva en la cintura.

De repente, una cortina de oscuridad cae a nuestro alrededor, como si nos hubiesen lanzado una capa desde las estrellas.

Levanto la vista y suelto un grito. Sobre nosotros y arremetiendo con la lengua bífida, hay una serpiente marina monstruosa.

21

Mina, cuidado!

Namgi me empuja a un lado y después se aparta de un salto cuando la serpiente marina azota el suelo con la cola y destroza los adoquines sobre los que nos encontrábamos. Namgi es el primero en ponerse de pie. Cruza la calle corriendo hacia mí, pero la serpiente da un golpe lateral con la cola, lo atrapa y lo lanza contra un edificio.

—¡Namgi! —grito, y corro hacia él.

—¡No te acerques! —grita Namgi.

Levanta la cabeza y me detengo de golpe. Se le expanden los iris y el color negro engulle al blanco. Una sombra cae sobre su cuerpo y le oscurece las facciones. Su figura se ensombrece y se retuerce y después empieza a estirarse. De su cuerpo salen disparados unos arpones negros y un grito horrible e inhumano ruge desde las profundidades sombrías.

Encima de nosotros, la serpiente marina se revuelve y golpea con la cola hacia delante y hacia atrás. Salto tras un muro derruido para evitar un golpe que me habría separado el espíritu del cuerpo.

Se oyen ruidos de batalla desde el otro lado del mercado, donde más imugi se reúnen para atacar a Shin y a Kirin.

De repente, el rugido de Namgi se detiene. Giro la cabeza en su dirección. Emana haces de sombra como el humo de un fuego. Donde antes estaba el chico de pelo rizado, ahora hay una gran serpiente marina enroscada sobre sí misma. Con un gruñido grave, su largo y serpenteante cuerpo empieza a desenrollarse y estirarse hasta alcanzar toda su increíble extensión. Sus escamas negras y rojas destellan bajo la luz de las antorchas.

Las palabras que me dijo Namgi mientras dábamos una vuelta por el mercado me resuenan en los oídos: «En mi forma de alma, soy una poderosa serpiente de agua. Como un dragón, pero sin su magia». Sin embargo, la forma del alma de Namgi parece diferente a la del imugi que nos sobrevuela, que tiene rasgos de serpiente, con dos rendijas por

agujeros de la nariz y los ojos rojos. Los rasgos de Namgi son los de un dragón. Tiene un hocico más estrecho y escamas finas y brillantes. Mantiene sus ojos, que son de un negro intenso con esa chispa de picardía siempre presente.

Namgi levanta la cabeza y emite un rugido desgarrador. Una luz roja trepa por su garganta y mana de su boca en una ráfaga de fuego negro que atrapa al imugi enemigo. Namgi alza el vuelo y se eleva como si lo levantase el mismísimo viento. Los dos imugi chocan y se atacan con sus poderosas mandíbulas. Los dientes de Namgi hacen trizas la piel frágil de la serpiente más pequeña. Grandes gotas de sangre viscosa rezuman desde la herida y chisporrotean al chocar contra el suelo.

Desvío la atención de la batalla cuando oigo el sonido agudo de algo que se acerca rápidamente, un zumbido en el aire. Me agacho por puro instinto. La flecha de una ballesta me pasa por encima de la cabeza y se clava en un tablón de madera. En una azotea al otro lado de la calle, hay una figura agazapada: el ladrón con aspecto de comadreja de la primera noche. Me lanza una mirada de desdén, con una expresión engreída a pesar de haber fallado.

Y entonces me acuerdo de su compañero, el ladrón que se parecía a un oso. Unos brazos me rodean el cuello, me levantan del suelo y me arrastran hacia atrás hasta las sombras de un edificio. Le araño con fuerza, pero mi atacante es demasiado fuerte. Me cuesta respirar, se me debilitan los brazos y se me nubla la vista.

De repente, el ladrón que se parece a un oso me suelta y grita de dolor. Me giro y capto la imagen borrosa de Máscara saltando de su espalda, donde le ha clavado un puñal hasta la empuñadura.

—Vamos, Mina —grita, y me coge de la mano.

Corremos por un laberinto de calles. Sobre nuestra cabeza, Namgi y sus camaradas luchan en una batalla despiadada.

De vez en cuando veo a alguien asomándose a la ventana, que cierra rápidamente cuando Máscara y yo pasamos a toda velocidad. Cuando nos hemos alejado lo suficiente, Máscara entra a toda prisa en el interior de un edificio y me arrastra con ella.

Me inclino hacia delante, con las manos sobre las rodillas, e intento recuperar el aliento. Estamos en una casa de empeños con estrechas estanterías repletas de artículos diversos: cerámica, papel e incluso petardos guardados en cestas tejidas. Máscara se acerca corriendo a un

barril y saca dos dagas.

Me ofrece una, con una hoja dos veces más larga que mi puñal.

—¿Sabes usarla?

—Un poco —digo mientras compruebo su peso en la mano—. Me enseñó mi abuela.

Máscara sonríe al oír eso y entorna los ojos tras los agujeros de la máscara. Unos golpes de pisadas en la calle nos alertan poco antes de que Dai irrumpa en la estancia, con Miki a la espalda.

—¿Estás bien, Mina? —pregunta—. ¿Está bien, Máscara?

—Sí, está bien. ¡Y yo también, gracias por preguntar!

Miki me mira con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas.

—Es peligroso que estéis aquí —digo. Miki es un bebé, pero Dai es solo un niño también—. De momento, id a esconderos.

Dai no discute. Se dirige a la esquina de la parte trasera de la tienda, se agacha y tararea una suave nana cuando Miki empieza a lloriquear. Juntas, Máscara y yo apilamos cestas delante de los niños para que no se les vea.

Al otro lado de la tienda, el hilo rojo del destino se revuelve y se curva hacia la izquierda. Igual que Namgi, Shin y Kirin deben de estar enfrentándose a los imugi. Se me retuerce el estómago, como si el miedo fuese una daga, al pensar en Shin luchando con esas bestias monstruosas.

Se oye un gran estruendo frente a la tienda. La luz de un farolillo recorre la oscuridad del interior del establecimiento.

—Pajarito —canturrea la voz del ladrón oso—, te has ganado una muerte lenta por haber salido huyendo. Y tu amiga una todavía más lenta.

Antes, los ladrones querían robarme el alma. Ahora, el oso y la comadreja son asesinos que quieren eliminarme por completo.

Máscara me da unos golpecitos en el hombro para llamar mi atención. Se señala a sí misma y la fila de estanterías de la derecha, después a mí y la fila de la izquierda. Asiento con la cabeza para indicar que lo he entendido. En silencio, nos separamos y cruzamos la tienda

abarrotada. Me mantengo cerca del suelo, oculta de la vista por unos baúles de madera y unas cajas apiladas. Al final de la fila, presiono la espalda contra la estantería, me asomo por un lado y veo al asesino en la puerta de entrada, con una espada en una mano y un farolillo en la otra.

—Parece que mucha gente te quiere muerta en este reino. El señor Grulla, por ejemplo, pero también la gran señora a la que sirven los imugi. ¿Qué has hecho para despertar la ira de una diosa, pajarito?

A mí también me gustaría conocer la respuesta a esa pregunta.

Máscara suelta un grito de guerra y baja de un salto desde una gran estantería. El asesino oso se da la vuelta y levanta la espada. Sus armas chocan y el sonido que provocan me recuerda al de una campana.

Rápidamente, Máscara se tira al suelo, rueda y le hace un corte con la daga en las piernas. Con un grito, el asesino deja caer el farolillo, que se rompe sobre una pila de pergaminos y les prende fuego. Antes de que Máscara pueda escabullirse, él alarga el brazo, la agarra de la trenza y le tira de la cabeza hacia atrás. Se le mueve la máscara y por un segundo veo unas mejillas sonrosadas y unos labios carnosos que muestran una mueca.

Suelto mi propio grito de guerra y echo a correr hacia él. El ladrón suelta a Máscara para bloquear mi ataque. Cuando nuestras armas chocan, siento un dolor agudo que me recorre el brazo por el impacto. A nuestro alrededor, el fuego se ha propagado hasta convertir la sala en un infierno.

—¡Mina!

Me giro y veo que Máscara se ha recuperado y tiene un montón de petardos en la mano. Su intención está clara.

El asesino se mueve para asestar otro golpe y esta vez mi daga prestada se hace añicos tras el contacto. Con una sonrisa triunfante, el asesino levanta la espada.

Dai se lanza hacia delante, coge al asesino oso por el brazo y le muerde con fuerza. Con un aullido, el asesino deja caer la espada. La cojo rápidamente y con ella le clavo las pesadas ropas a las tablas del suelo.

—¡Ahora! —grito.

Máscara lanza los petardos al fuego, que estallan en una explosión crepitante.

Salimos a toda velocidad por la puerta de entrada, medio chamuscados y tosiendo por el fuerte humo, mientras la tienda arde en llamas.

En el exterior, abrazo con fuerza a Dai y a Miki. Si no hubiese sido por ellos y por Máscara, seguramente habría estado perdida.

—Deprisa. —Máscara tira de nosotros para que nos levantemos—. No podemos quedarnos en la calle. Tenemos que encontrar un refugio.

Dai me coge de la mano y juntos seguimos a Máscara, que va bastante adelantada y se asoma por una esquina. De repente, se da la vuelta con una expresión de pánico tallada en esa máscara de abuela.

—¡Cuidado! —grita.

Una gran serpiente marina aparece entre los edificios por nuestra derecha. Mueve la cola y me lanza a mí a un lado y a Dai y a Miki al otro.

Me estrello contra la pared de un edificio. Una nube de polvo me envuelve y toso, desorientada, y me pitan los oídos. Un grito de dolor me saca de mi estupor. Dai. Miki. Me levanto, tambaleándome.

A poca distancia, la serpiente los tiene a los dos arrinconados contra un edificio, enjaulados por su cuerpo enroscado. Están atrapados. Veo el momento en que Dai se da cuenta de ello. Se lleva la mano al hombro. Rápidamente, deshace los nudos del morral, gira a Miki y la acuna contra su pecho. Se gira hacia la pared del edificio y le da la espalda a la gran serpiente. Veo, horrorizada, cómo Dai se inclina sobre Miki y la protege con su propio cuerpo.

La serpiente levanta la cola y la lanza hacia abajo.

—¡No! —grito.

Dai grita. Un gran corte le cruza la espalda. Cae de rodillas, con Miki todavía sujeta con fuerza entre sus brazos.

—¡No, por favor, para! —Me lanzo hacia delante.

La serpiente levanta la cola una vez más.

—¡Para! —Miro a mi alrededor con desesperación—. Que alguien me

ayude…

Se oye un silbido agudo. Una flecha dorada cae del cielo y se clava en la nuca de la serpiente, que se retuerce y grita. Otra flecha le alcanza la garganta y le corta el aullido. La serpiente se encoge y cae al suelo, donde se transforma en un hombre con ojos vidriosos y fríos.

Del cielo surge una gran bestia que se parece a un caballo, pero tiene pezuñas de fuego. A horcajadas va una mujer, que con un brazo tira de la cuerda de un gran arco. La melena le llega por la cintura. Sus ojos son como dos velas encendidas. Un rayo de luz la ilumina y recorta su silueta en la oscuridad. Es el ser más impresionante que he visto en mi vida, terrible y terrorífica a la vez. Lentamente, maniobra con el corcel y posa su mirada brillante sobre mí.

—¡Diosa!

Shin está sobre la azotea del edificio más cercano, y con él está Kirin. Ambos muestran signos de batalla en sus ropas rasgadas y sus espadas, de las que gotea sangre.

—Reúne a tus sirvientes —le ordena él— y abandona la ciudad.

¿Sirvientes? Entonces debe de ser la Diosa de la Luna y la Memoria. Más imugi se han reunido sobre ella en el cielo. Sin embargo, si es su señora —miro al hombre en el suelo, cuyo cuerpo se debilita lentamente—, ¿por qué ha matado a uno de ellos?

—Dame a la chica —ordena la diosa— y me iré en paz.

—Ya se lo dije a tu sirviente, Ryugi. Mina ya no es la prometida del Dios del Mar, sino la mía.

Esa respuesta parece disgustarla más que calmarla, porque aprieta el arco con más fuerza.

—Entonces, ¿por qué pasea por los jardines del Dios del Mar? ¿Por qué le cuenta historias para seducir su corazón? Tu prometida, la prometida del Dios del Mar. Da lo mismo. Para mí, es una enemiga.

Lentamente, empieza a dirigir su corcel hacia mí. Detrás de ella, Shin salta de azotea en azotea, pero no llegará a tiempo. La diosa levanta el arco y apunta la flecha directamente a mi corazón.

En ese momento, un cuerpo aparece delante de mi vista y me derriba.

—¡Dai! —Envuelve los brazos alrededor de mi cuello, sorprendentemente fuertes para un chico joven, sobre todo para uno herido. Intento alejarlo, pero me sujeta con fuerza. Al otro lado de la calle, Miki llora en brazos de Máscara—. Dai —suplico—, tienes que soltarte.

Pero se niega a hacerlo. Incluso maltrecho y sangrando, solo piensa en protegerme.

Levanto la vista hacia la diosa y la veo observándonos, muy quieta sobre su corcel. Por un segundo, juraría que veo una profunda nostalgia en su rostro, pero entonces se le endurece la mirada, incluso mientras baja el arco.

—Qué cobarde esconderse detrás de un niño. Pero no estarás siempre con él y, cuando estés sola, cuando menos te lo esperes, apareceré delante de ti. Y cogeré lo que me pertenece.

Me muerdo el labio para evitar responder: «Mi alma me pertenece a mí».

El caballo se eleva en el aire. Cenizas doradas saltan de sus pezuñas y chisporrotean en el aire. Galopa hacia el cielo, con las serpientes marinas revoloteando alrededor de la ella.

Una serpiente marina se separa del resto y cae al suelo. El cuerpo de la bestia se contrae hasta adoptar una forma humana y revela a un Namgi sudoroso y lleno de rasguños, pero totalmente ileso.

Dai se queda sin fuerzas. Lo sujeto y lo acuno sobre mi regazo.

Shin llega y se agacha a mi lado.

—Tenemos que llevarlo de vuelta a la Casa del Loto.

Asiento con la cabeza y él levanta con cuidado a Dai en sus brazos.

Juntos, nuestro grupo, exhausto por la batalla, parte. Máscara sostiene a una Miki inconsolable, cuyos llantos replican la preocupación de mi corazón. Mientras recorremos con prisa la calle, miro por encima de mi hombro una última vez. Todos los farolillos de la calle se han apagado durante la batalla. La única luz que hay proviene de la luna, llena y brillante, solo eclipsada por la figura solitaria de la diosa.

22

Dai se encuentra en la habitación de Namgi , una de las dos estancias de la planta baja del Pabellón del Loto. La otra pertenece a Kirin. Espero en el pasillo con Miki en brazos y su cuerpecito tiembla cada pocos minutos. Los temblores empezaron cuando se separó de Dai la primera vez, después de que él la salvase del imugi. En el camino de vuelta a la Casa del Loto, se quedó agotada de tanto llorar, pero los temblores no desaparecieron. Le viene otro escalofrío y la abrazo con más fuerza.

La puerta de la habitación de Namgi se abre y sale Shin, seguido de Kirin.

—¿Cómo está? —pregunto en voz baja.

Kirin se ajusta los vendajes que lleva en la mano.

—Es fuerte para ser una persona tan pequeña. Se recuperará.

Shin estira un brazo y me echa hacia atrás los mechones de pelo que se me han escapado del enredón que es ahora mi trenza y que se me pegan a la frente y a las mejillas. La suavidad de su caricia casi destruye los frágiles muros que he construido alrededor de mi corazón.

—Pensaba que estabas dormida —dice.

A estas alturas, el amanecer debe de estar rompiendo en el horizonte.

—Quiero verle.

Shin asiente con la cabeza y se aparta de la puerta. Cuando paso, dice suavemente:

—Se pondrá bien, Mina.

Le miro a los ojos mientras lucho contra las lágrimas, y luego miro a Kirin.

—Gracias.

Kirin duda, pero luego asiente con la cabeza.

Entro en la habitación y Shin cierra la puerta detrás de mí.

Una luz amarilla y rosada se cuela a través de una ventana cerrada, lo que le da al cuarto un fulgor neblinoso. Máscara está sentada en el suelo junto a Dai y se inclina hacia delante para colocarle bien las mantas que lo rodean. Están hablando en susurros y ninguno de los dos se ha dado cuenta de que acabo de entrar.

—Lo he hecho bien, ¿verdad, Máscara? —está susurrando Dai—. Las he protegido. A las dos. Como dije que haría.

—Sí —responde Máscara suavemente—, has sido muy valiente.

En mis brazos, Miki suelta un balbuceo que llama la atención de Dai.

—¡Miki! —grita, y abre los brazos solo para después poner una mueca de dolor. Vuelve a envolverse con las sábanas.

Voy corriendo a arrodillarme al otro lado del catre, frente a Máscara.

Me tapo la boca con la mano.

—Ay, Dai…

Tiene el pelo negro apartado de la cara y se le ven los moratones en la frente y la mandíbula. Su rostro está pálido y se aprecia un corte en la comisura de los labios. Las mantas ocultan el resto de su cuerpo, pero estoy segura de que sufre dolor por la forma en que se abraza a sí mismo mientras permanece tumbado y tieso sobre un costado, y porque no se ha estirado para coger a Miki.

—Máscara me estaba diciendo lo valiente que soy —dice Dai—. No olvides este momento, Mina. Necesitaré que lo recuerdes en otra situación, cuando esté mejor y ella vuelva a ser borde conmigo.

Máscara suelta una risita y en su máscara de abuela se extiende una gran sonrisa.

—Estoy de acuerdo con Máscara, Dai —digo—. Has sido muy valiente. Ha sido horrible veros a Miki y a ti bajo la sombra del imugi. Pero la has protegido, y no eres mucho más grande que ella.

—A veces olvido —responde Dai— lo pequeño que soy. No siempre fui tan pequeño, ¿sabes?

Frunzo el ceño.

—No estoy segura de a qué te refieres.

—Cuando los espíritus entramos en este reino por primera vez, nos dan la opción de elegir la forma que queramos —explica—. Si morimos siendo un hombre joven, podemos adoptar la forma de un hombre mayor. Si morimos como un hombre mayor, podemos adoptar la forma de un niño. Pero Miki murió cuando solo era un bebé. No había tenido la oportunidad de soñar con ser mayor de lo que era. Al decidir el tipo de cuerpo que debería tomar, pensé en Miki. Pensé que debía ser pequeño como ella para entender lo que siente. Pero soy un chico, claro, ¿cómo voy a saber qué es ser una niña pequeña?

Se ríe de su propia ocurrencia. A su lado, Máscara suelta una risa contenida y Miki tiembla en mis brazos.

—¿Sabes lo mucho que quiero a Miki? —continúa—. Cuando balbucea, como suele hacer cuando es feliz, siento que mi corazón aumenta diez veces su tamaño. Cuando está triste, siento que se me rompe el corazón. Daría mi vida cien veces por ella.

Las lágrimas que estaba aguantando se deslizan por mi mejilla. Y sé que así es; hoy ha estado a punto de morir.

—¿Sabes cuánto quiero a Miki? Bajé desde el cielo para poder estar con ella.

—¿El cielo? —pregunto.

Dai sonríe, con una expresión ausente en la mirada.

—Más allá de este mundo, hay otros. Uno de esos otros mundos es el cielo. Yo estaba allí, ¿sabes? Estaba esperando a que mi esposa se uniera a mí, pero entonces Miki… Es mi bisnieta. Mi mujer nunca me hubiese perdonado que dejase a Miki flotar sola en el Río de las Almas. Bajé del cielo y la rescaté del agua, y nunca la he soltado desde entonces. Creo que la estoy malcriando. Es mi Miki. La quiero.

Miki estira los brazos hacia él y no puedo negárselo. Con cuidado, la coloco en sus brazos.

—No pesa mucho —susurra—. Es ligera. Y si mi esposa cruza y va directamente al cielo, solo tendrá que esperar. Sin embargo, no le importará, porque sabe que estoy con nuestra Miki.

Desde el otro lado de Dai, Máscara me coge de la mano y juntas observamos cómo Miki apoya la cabeza en su hombro y cómo se detienen los temblores, a salvo de nuevo en sus brazos. La pequeña arruga que le fruncía el ceño desaparece y se sume en un sueño tranquilo.

—¿Sabes lo mucho que te quiero, Miki? —susurra suavemente Dai—. Ni siquiera yo lo sé. Mi amor por ti es infinito. Profundo e infinito, como el mar.

* * *

Por la mañana, me levanto con la luz del sol en la cara y Dai llenándome la manga de babas. Máscara y Miki no están por ningún lado, aunque los cuatro nos quedamos dormidos en el pequeño catre. El rostro de Dai ha recuperado la mayor parte del color. Le coloco las sábanas con cuidado para no despertarlo.

Fuera, Miki está sentada sobre el regazo de Máscara mientras observan a Namgi y a Nari jugar a un juego de mesa con piedras blancas y negras a modo de fichas. Namgi coge una piedra negra de un cuenco y la coloca sobre el tablero. Máscara chasquea la lengua. Namgi mueve la mano para colocarla en otra posición. Cuando Máscara asiente con la cabeza, deja la piedra sobre el tablero.

—Eso no es justo —dice Nari, y levanta una piedra blanca de su cuenco—. Pensaba que iba a jugar con un imugi joven, no con una abuela de edad eterna.

Miro a Namgi y a Máscara. Anoche presencié la transformación de Namgi en una serpiente marina monstruosa y Dai reveló que Máscara y él no son lo que sus apariencias pueden suponer. Y, sin embargo, a la luz de la mañana, Máscara y Namgi parecen lo que siempre han sido, unas caras conocidas y bonachonas.

Me siento al lado de Máscara y le hago cosquillas a Miki en los piececillos.

—¿Dónde están Shin y Kirin?

—En la Casa de la Grulla —responde Nari—. Donde, a estas alturas, el señor Grulla debe de haberse arrepentido ya de todas sus ofensas.

Namgi se ríe por ello, pero a medida que transcurre el día y Shin y Kirin no regresan, me pregunto por qué tardan tanto y si el señor Grulla le habrá revelado a Shin lo que me contó.

«Incluso un hilo rojo del destino puede deshacerse si una de las partes forma una conexión más fuerte con otra persona». ¿Cómo reaccionará Shin ante esa información? Desde el momento en el que se forjó nuestro destino, quiso destruirlo por el riesgo que suponía para su propia vida. Con ese razonamiento, no querrá formar un vínculo con otra alma, lo que significa que solo yo podré romper nuestro lazo si elijo al Dios del Mar y si él me elige a mí.

Pronto, el día se convierte en noche y todos nos separamos para dormir en nuestras propias habitaciones: Miki y Máscara se unen a Dai en la habitación de Namgi; este se dirige a la habitación de Kirin, donde dormirá los próximos días hasta que Dai se recupere; y yo, sola, hasta el piso de arriba.

Me acerco a la pared más lejana y recojo el gran petate. Lo extiendo en el centro del suelo y estiro las mantas hasta que están lisas y planas. Dudo antes de ir a por el biombo y arrastrarlo sobre las mantas para que la cama quede dividida en dos. Al terminar, me quito la chaquetilla de seda y desato los cordones de la falda. Dejo que las dos caigan al suelo antes de apartarlas de una patada. Con el fino vestido blanco, me meto bajo las sábanas. Permanezco despierta un rato más, atenta a cualquier ruido al otro lado de la puerta, pero cuando pasa una hora y nadie aparece, me quedo dormida.

Estoy soñando con el momento en que el dragón se alzó desde el mar —con los ojos sobre mí, oscuros e insondables— cuando me despierta un ruido. Parpadeo, desorientada. La luz de la luna entra por la ventana. Las sombras de las nubes se deslizan sobre el biombo. No puede ser mucho más tarde de la medianoche.

De nuevo, el ruido. Un inconfundible grito de dolor. ¡Shin!

Salgo de las mantas tambaleándome y aparto el biombo. Shin se revuelve y se da la vuelta en la cama, con la ropa descolocada. Debe de haberse metido en la cama sin cambiarse cuando ha llegado a la Casa del Loto. Busco rápidamente heridas visibles, pero no encuentro ninguna. ¿Una pesadilla, entonces? El sudor le cubre la frente y le tiembla el cuerpo, como si sintiera escalofríos.

Me agacho a su lado, lo sujeto por los hombros y lo zarandeo con fuerza.

—¡Shin, despierta!

Abre los ojos de golpe.

—¿Mina?

Le pongo el dorso de la mano sobre la frente.

—No tienes fiebre. ¿Cómo te encuentras?

Empieza a sentarse y me muevo rápidamente para ayudarle. Una vez erguido, me acerco deprisa a la estantería baja y cojo el cuenco que hay allí. Saco el barquito de papel del agua y lo pongo a un lado con cuidado. Compruebo la temperatura del agua con las yemas de los dedos y me alivia encontrarla fría. Vuelvo al lado de Shin, empapo un paño en el agua y se lo pongo en la frente.

—Tenías una pesadilla —digo mientras le quito el sudor de la frente —. ¿Recuerdas de qué iba?

Niega lentamente con la cabeza, con los ojos oscuros fijos en mi cara.

—He hablado con el señor Grulla. Sabe lo del hilo rojo del destino entre nosotros. Ha reconocido que fue él quien envió a los ladrones a robarte el alma y que, al fracasar, contrató a los mismos para matarte.

Me recorre un escalofrío. Máscara, Dai y yo habíamos derrotado al asesino oso, pero la comadreja seguía ahí fuera.

Mojo el paño de nuevo y se lo aplico en el cuello.

—¿Y ha dicho algo más?

Debe de haberle contado a Shin que el hilo rojo del destino puede romperse.

—No.

Levanto la vista. Shin encuentra mi mirada, con una expresión inescrutable. ¿Está… mintiendo? Pero ¿por qué querría ocultar que sabe la verdad?

—A mí también me dijo algunas cosas —digo—. Me contó que la manera de romper la maldición sobre el Dios del Mar es crear una conexión de destino con él, la misma que se crea entre dos amantes. En cuanto al hilo rojo del destino que compartimos, dijo que…

—Te equivocas —me interrumpe Shin—. Creo que tengo fiebre.

Antes, al despertar, estaba desorientada, pero ahora he recuperado la razón. Según Nari, los espíritus y los dioses no pueden enfermar.

Shin levanta una mano para pasarse los dedos por la cara. El movimiento hace que centre mi atención en su antebrazo desnudo y su túnica torcida, que se le ha bajado hasta el cuello mientras dormía. De pronto, siento los hombros muy expuestos sin la chaquetilla. Ninguno de los dos está vestido para mantener esta conversación.

—Iré a buscar a Kirin.

Me levanto y casi tropiezo cuando la falda del vestido se engancha en algo. Bajo la mirada y veo a Shin sujetando la parte de atrás con la mano en un puño. Él también se da cuenta, me suelta bruscamente y aparta la mirada.

Dudo y luego me arrodillo sobre las mantas.

—¿Quieres que me quede?

Me mira y obtengo mi respuesta en el anhelo sincero de sus ojos.

Me muevo para recolocarle la almohada. Y después él se acerca a mí, yo voy hacia él y me rodea con los brazos. Su aliento susurra contra mi cuello mientras me acerca a él.

Parece imposible que vaya a dormirme con esa tensión palpitando dolorosamente bajo mi piel, pero al fin me envuelve un sueño tranquilo en el que cada uno de mis latidos es el eco de los suyos.

23

Me despierto con un trueno que retumba en la distancia y con la sensación en el corazón de saber lo que debo hacer.

—Shin —digo mientras me giro para mirarlo de frente. Titubeo un poco. Está dormido. A diferencia de la inquietud de la noche anterior, ahora parece en paz, no frunce el ceño y tiene los labios ligeramente separados. Daría cualquier cosa por dejar que su sueño durase un poco más, pero no puedo hacer esto sola—. Shin —repito.

—¿Mina? —Parpadea, aún somnoliento—. ¿Qué ocurre?

—Tengo que ir a un sitio.

Arruga el ceño y me mira con atención.

—¿Adónde?

—Al palacio del Dios del Mar.

Se le oscurecen los ojos, pero asiente con la cabeza.

—De acuerdo.

Se levanta, coge una túnica nueva del armario y sale de la habitación. Rápidamente me pongo una falda de color coral y una chaquetilla blanca y bajo corriendo las escaleras. Shin espera fuera con Namgi y Kirin y el aire está cubierto de una niebla espesa. Al este, unas nubes oscuras se reúnen sobre las montañas.

—Algo no va bien —dice Kirin—. Esa tormenta no parece algo natural.

—Si viene de las montañas del este —aclara Namgi—, es una tormenta del mundo de los humanos.

Intercambian una mirada indescifrable.

—Vámonos —ordena Shin.

La espesa niebla se extiende por toda la ciudad y parece que rueda por

el suelo como remolinos de nubes. Las puertas del palacio del Dios del Mar están cerradas, por lo que Namgi trepa por el muro y lanza una cuerda para que Shin y Kirin escalen, conmigo aferrada a la espalda de Shin. Al otro lado del muro, en el jardín del Dios del Mar reina un silencio inquietante y la niebla adopta la forma de unos tentáculos fantasmales que se extienden como si nos invitasen a entrar en la bruma.

Shin encabeza la marcha y Namgi, como siempre, va a mi lado. Sin embargo, me sorprende ver a Kirin caminando a mi izquierda.

—Entonces, ya lo has decidido —dice Kirin con un deje frío—. Ya sabes lo que quieres.

La hostilidad que siente es palpable.

—¿Qué intentas decir? —pregunto.

—Ayer por la noche, el señor Grulla estaba ansioso por revelarnos el conocimiento que había compartido contigo, que el hilo rojo del destino entre Shin y tú puede deshacerse si formas una conexión con el Dios del Mar.

Así que Shin lo sabe. Lo miro, sigue caminando unos pasos por delante. La niebla es tan espesa que es poco probable que pueda oír lo que decimos.

—No es solo mi decisión —digo—. Shin también puede formar una conexión con otra persona.

—No te pega ser tan modesta. Serás tú quien tome la decisión.

—Mis sentimientos no son tan simples —susurro.

—Tampoco lo es la indecisión.

Me estremezco, aunque no culpo a Kirin. Sé lo leal que es a Shin.

—Eso es injusto con Mina —protesta Namgi—. No le es fácil seguir a su corazón. Tiene un deber para con su familia, con su aldea.

Kirin suelta un gruñido.

—Entonces debería felicitar a Mina por su sentido de la lealtad y condenarte a ti por tu falta de ella.

Namgi se pone tenso.

—Soy leal.

—¿Por eso abandonaste a tus hermanos, tu familia, tu sangre? Haberlos dejado no te hace menos monstruo, Namgi. —El tono de voz de Kirin es frío y despiadado—. Eso solo te convierte en un traidor.

Namgi se queda muy quieto; después se le hunden los hombros y opta por no luchar más. Afirma con una voz de derrota muy poco propia de él:

—A veces, uno no encuentra una familia en su propia sangre, sino en otro lugar.

Y aunque ha sido Kirin el que ha dicho esas palabras tan duras, es él quien se aleja, dolido.

Namgi se separa de nosotros y la niebla se lo traga. Cuando veo que tarda en regresar, pregunto con preocupación:

—¿Deberíamos ir a por él? Podría perderse en la niebla.

Se oye un grito ahogado desde las turbias profundidades.

—¡Namgi! —exclama Kirin mientras se lleva la mano al cinturón de la espada.

—Ve con él —digo—. Seguiré el hilo rojo del destino hasta Shin.

Me mira a los ojos y después asiente con la cabeza y desaparece en la niebla.

Empieza a llover y pronto mi vestido está empapado. Quizá haya sido un error ir en busca del Dios del Mar en vez de esperar a que pasara la tormenta, pero en el fondo sabía al despertarme esta mañana que si no lo buscaba ahora, tal vez no lo buscase nunca. Tal vez terminase apartándome del camino que elegí cuando me lancé al mar… y siguiendo los dictados de mi corazón en su lugar.

La lluvia se atenúa y se convierte en llovizna. Sigo el hilo rojo del destino cuando se aleja de la niebla y se ondula en el aire impregnado de rocío hasta el pabellón situado al lado del estanque de los barquitos de papel. Allí encuentro a Shin, de pie en el centro de la elegante estructura de madera. Junto a él, está el Dios del Mar.

Si a Shin le sorprende ver al Dios del Mar despierto, se esfuerza por ocultarlo, tal vez receloso como yo de que el dios pueda huir y

llevarse consigo la oportunidad de resolver el misterio de su hechizo.

—¿Has venido a contarme otra historia? —pregunta el joven dios.

Está vestido con la misma túnica elegante que llevaba la primera vez que lo vi, con el emblema del dragón bordado en plata sobre el pecho. Una vez más, me llama la atención lo infantil que resulta al querer escuchar una historia antes que enfrentarse a la verdad.

Inmediatamente me reprendo a mí misma. Mi abuela me habría regañado por tal pensamiento. A veces, una verdad solo se puede escuchar a través de una historia.

—Si eso os complace… —digo, aunque no estoy segura de qué historia puedo contarle.

Miro a Shin por encima del hombro del dios. Me decido por el cuento favorito de Joon, una historia de amor.

—Hace mucho tiempo vivía un leñador en la frontera de un gran bosque. Era joven, fuerte y amable. También estaba muy solo. Una noche, mientras volvía a casa, oyó una risa entre los árboles. Con curiosidad, siguió ese sonido encantador. Bajo un magnífico árbol dorado, encontró a dos doncellas celestiales que nadaban en un pequeño estanque en la roca mientras sus hermosos vestidos blancos fluían a su espalda. Las doncellas celestiales se habían quitado las alas y las habían colgado de una rama baja del árbol dorado.

Empieza a llover con más fuerza sobre el tejado del pabellón y levanto la voz para que puedan oírme:

—Aunque el leñador contó tres pares de alas sobre la rama, solo había dos doncellas celestiales en el estanque. Entonces, un borrón blanco sobre el verde de la vegetación atrajo la atención del leñador. Una tercera doncella se acercaba por el bosque. Llegó al estanque, pero no se metió en el agua. En vez de eso, levantó la vista hacia los árboles, hacia las estrellas, con un ojo cerrado, como si así viese mejor. El leñador se enamoró en aquel mismo instante. Y por eso le robó las alas.

Tanto Shin como el Dios del Mar fruncen el ceño al oír eso, aunque ninguno de los dos dice nada, solo escuchan con atención.

—Cuando sus hermanas volvieron a los cielos elevándose gracias a sus fuertes alas, la doncella celestial más joven se quedó ahí sola y sin alas. Fue entonces cuando el joven leñador se acercó a ella y le ofreció

su chaqueta. Ella la aceptó, encantada por su humildad y su amor por ella. Construyeron una vida juntos. No pudieron tener hijos, porque ella no era de su mundo, pero durante mucho tiempo fueron felices.

El Dios del Mar gira la cara hacia el jardín, como si algo le hubiera distraído.

—Sin embargo, como sucede en la vida, el leñador se hizo mayor y más sabio. Se dio cuenta de que el amor que sintió en un momento dado no era nada si lo comparaba con el amor construido a lo largo de una vida. Aunque le rompiese el alma, sabía lo que debía hacer. Porque sabía que si amaba a la doncella celestial de verdad, tenía que dejarla marchar.

Cuando digo esas últimas palabras, Shin y yo nos miramos. Tiene una expresión desgarradora en el rostro. Respiro hondo y termino el cuento:

—Por la noche, fue al bosque y desenterró las alas del lugar en el que las había escondido bajo el árbol dorado. Las dejó al lado de su esposa mientras esta dormía y regresó al bosque a llorar.

»A la mañana siguiente, volvió a su casa y se encontró con que la doncella celestial ya no estaba allí y las alas habían desaparecido. Con lágrimas en los ojos, salió al exterior para mirar al cielo y comprobar si había una nueva estrella en lo alto. Y, aunque lloró por lo que había perdido, estaba lleno de alegría. Porque en ese momento supo que la doncella celestial había vuelto al lugar al que pertenecía.

Mientras pronuncio esas últimas palabras, el Dios del Mar levanta la cabeza para mirar hacia la tormenta. Se lleva las manos al pecho y hunde los dedos en la tela.

—Siento una punzada en el alma.

De repente, salta del pabellón y corre hacia la lluvia.

—¡Esperad!

Lo sigo. Oigo a Shin detrás de mí, pero la lluvia amortigua cualquier ruido. La niebla me envuelve y no tardo en perderme. Intento regresar al pabellón, pero no sé si voy en la dirección correcta. Incluso el hilo rojo del destino es apenas visible en la espesa niebla.

Se me engancha un pie en el suelo, tropiezo y aterrizo en unas grandes escaleras. Las reconozco: son las que subí cuando llegué a esta ciudad.

Arriba está la verja del palacio del Dios del Mar y las puertas están abiertas. ¿Cómo he llegado hasta aquí, si estaba en el jardín?

A mi espalda se oye el inconfundible ruido de unos cascos sobre la piedra. Me giro para mirar de frente a la figura que se acerca desde el interior de la niebla. La Diosa de la Luna y la Memoria. Como antes, su corcel es un gran caballo con llamas en lugar de pezuñas.

—Te advertí de lo que pasaría si te encontraba a solas —me dice.

—Que moriría porque me mataríais.

Me mira con ojos fríos e imperturbables.

—¿No tienes miedo?

—Sí, pero decidme: ¿sería igual si no fuese la prometida del Dios del Mar? ¿Si fuese un niño, como Dai? ¿Si fuese alguien que creyese que podríais ayudarme?

—No eres nada de eso.

—La última sí.

Sus ojos titubean por un breve momento, después aparta la mirada.

—Estás equivocada.

Saca dos barcos de papel de la gran manga de su vestido.

Inmediatamente, reconozco el barquito que sujeta con la mano derecha, el que presenta unas puntadas rojas y desiguales. Es mi deseo.

—¿Cómo tenéis eso?

—Soy la Diosa de la Luna y la Memoria. En este barco está el recuerdo de un deseo que pediste una vez.

—¿Habéis visto qué deseo era?

Me mira con atención.

—No. No puedo ver este recuerdo porque está muy atado a tu alma. —Levanto una mano para cogerlo, pero ella aparta el barquito—. ¿Qué me darías por este trozo de tu alma?

La miro y no digo nada. Si esto es una competición de fuerza de voluntad, ha ganado, porque daría cualquier cosa por recuperar ese deseo, por lanzarlo al fuego al que pertenece. Se guarda el primer barco en la manga del vestido y en su lugar me ofrece el segundo, el que había olvidado momentáneamente por la necesidad del mío.

—Esto pertenece a alguien que conoces. Tal vez puedas devolvérselo.

La diosa mira por encima de mi hombro y sigo su mirada. La lluvia cae con tanta fuerza que por un momento no reconozco a la mujer que camina bajo el chaparrón.

Shim Cheong.

24

Shim Cheong lleva un vestido de prometida muy ornamentado. Las largas mangas llegan hasta el suelo y tiene unos círculos rojos pintados en las pálidas mejillas. Lleva el pelo negro recogido en un moño bajo con un tocado de jade y oro. ¿Qué hace aquí? Solo se envía a una prometida al año. Hasta que las tormentas vuelvan el verano que viene, no debería necesitarse a otra prometida, y mucho menos a Shim Cheong, a quien tenía la esperanza de salvar con mi propio sacrificio.

Me doy la vuelta, pero la diosa ya no está a mi lado para responder a mis preguntas. Oigo un fuerte grito de dolor cuando Cheong se tropieza con el largo vestido.

—¡Cheong!

Corro hacia donde se ha caído. Da un grito ahogado.

—¿Mina?

Me guardo el barquito de papel en la chaquetilla del vestido y la cojo por los brazos para ayudarla a ponerse de pie.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Me mira fijamente con unos ojos oscuros y luminosos que brillan por las lágrimas.

—Ay, Mina, cuánto me alegro de verte. Joon se quedó destrozado cuando saltaste al mar.

—Cheong, ¿por qué estás aquí?

Una palidez fantasmal se apodera de su rostro.

—Me han sacrificado.

Durante un segundo, la miro fijamente, incapaz de pronunciar palabra.

—Pero… ¿por qué?

—Pensábamos que habían terminado… —Sus preciosos ojos se vuelven vidriosos, aterrorizados—. Pero entonces las tormentas empezaron de nuevo, más horribles que antes. El mar se ha tragado aldeas enteras. Maridos separados de sus esposas, niños de sus madres… El consejo de ancianos de la aldea se reunió y determinaron que habíamos enfadado al Dios del Mar cuando te fuiste tú en mi lugar. Ordenaron a los soldados que irrumpiesen en nuestra casa. Tu familia luchó valerosamente para protegerme. Mi cuñado, mi cuñada… Tu abuela, que fue la más valiente de todos. Y Joon.

Cheong se atraganta al decir su nombre y no creo que vaya a ser capaz de seguir, pero entonces toma aire, se tranquiliza y continúa:

—Sin embargo, me sacaron de ahí, me vistieron así y me lanzaron al agua. Aunque las olas me atraparon y me hundieron, sabía que era un error. Una rabia así no puede apaciguarse con una sola vida. El enfado del Dios del Mar es demasiado grande, demasiado poderoso. Me temo que esta vez la tormenta nos destruirá a todos.

La miro fijamente, con el único deseo de negar sus palabras, pero sé que no habría expresado unos presentimientos tan horribles si no lo creyese de verdad. Pienso en Namgi y en Kirin, que esa misma mañana habían dicho que la tormenta parecía de otro mundo porque venía de las montañas del este, donde termina el mundo de los humanos y comienza el río.

Me asalta un pensamiento horrible.

—¿Mina? —dice Cheong.

—Espera aquí —respondo.

No quiero dejarla, pero tengo que asegurarme. Me levanto las faldas y echo a correr hacia el río.

Pronto oigo el estruendo de los rápidos embravecidos. Entre la niebla, el río asoma fuerte y furioso. Shiki está de pie en la orilla del agua y tiene la mirada vacía por el dolor. Veo familias completas atrapadas en los rápidos: madres, padres y niños. A diferencia de la chica de la otra noche, ninguno de estos muertos lucha contra la corriente. Están inmóviles, como si hubiesen perdido toda esperanza. ¿Por qué está pasando esto? ¿Por qué han vuelto las tormentas?

El Dios del Mar.

La furia se apodera de mi cuerpo.

Retrocedo en dirección al palacio y subo corriendo las escaleras hasta las puertas abiertas. Cheong grita mi nombre, pero no me detengo. Paso por un patio tras otro. Aquí llueve menos, pero el agua sigue cayendo. Siento cómo se deslizan las gotas por mi rostro, que hacen que me ardan los labios. Saben a mar. Llego al último patio y entro en el salón.

La lluvia cae a través de las grietas del techo y los goterones chocan contra la fría piedra. El Dios del Mar está en el suelo junto al trono y se agarra el pecho con la mano. Es el mismo gesto que cuando se marchó corriendo del pabellón. «Siento una punzada en el alma». ¿Sería el tirón del hilo rojo del destino? Sin embargo, tiene la muñeca desnuda, igual que la de Shim Cheong. Si hubiesen compartido un destino real, ella habría visto el hilo y le habría resultado lo bastante extraño como para hacer algún comentario al respecto.

El Dios del Mar suelta un grito agonizante. Corro hacia él y dudo al extender la mano. La última vez que lo toqué, me arrastraron sus recuerdos. Respiro hondo y le pongo la mano en el hombro. Una luz cegadora se eleva y me traga por completo.

Hay un muro sonoro, como un bosque de árboles en el viento, y después me sueltan de repente.

Estoy al borde de un acantilado frente al mar al anochecer. La puesta de sol proyecta un camino de luz dorada a través del agua que se oscurece.

Me giro lentamente y observo lo que me rodea. El aire huele a madreselva fresca. Una brisa cálida me roza la piel y me aparta el pelo de la mejilla.

En casa tenemos nuestros propios acantilados junto al mar. Se encuentran a algo más de kilómetro y medio de nuestra pequeña aldea. Joon y yo echábamos carreras hasta llegar a la cima, sin aliento y riéndonos.

En el camino de vuelta, a veces veíamos a Shim Cheong subir, agarrada con fuerza de la mano de su padre. Tardaban horas en llegar a la pequeña pradera de lo alto del acantilado, pero aun así subían. La paciente y preciosa Shim Cheong y su padre, cuyos ojos neblinosos nunca podrían ver la puesta de sol, pero a quien le encantaban esos paseos diarios junto a su hija, que sonreía mientras le describía el mundo, bañado por la luz de su amor.

Pestañeo y se disuelve el recuerdo.

Y entonces lo veo desplomado al borde del acantilado: es el Dios del Mar. Corro hacia él y me arrodillo. Tiene la túnica arrugada y cubierta de barro. Paso las manos por la seda y rozo con los dedos algo cálido y húmedo.

Sangre. La parte de atrás de la túnica está ensangrentada. Grito.

—¿Qué os ha pasado? ¿Quién os ha hecho esto?

El Dios del Mar, que había estado contemplando el mar, gira el rostro para mirarme. Tiene los ojos vidriosos y el bonito rostro retorcido en una mueca de dolor.

—El dolor no es nada —susurra con una voz que se parece menos a la de un dios y más a la de un chico, pequeña y quebrada—. El dolor no es nada comparado con lo que he hecho. Les he fallado a todos.

—No —contesto, y le aparto unos mechones húmedos de los ojos—. Podéis arreglarlo. Os ayudaré. Tiene que haber alguna forma…

De repente, el Dios del Mar extiende una mano y me coge de la muñeca. Fija sus ojos en los míos y suelto un grito ahogado. Veo unas llamas, una ciudad entera ardiendo dentro de sus ojos. Me suelta y salgo disparada hacia atrás. Me golpeo la cabeza contra el suelo. Cuando me recupero, estoy en el salón del dios.

Miro fijamente el mural del dragón de la pared. Entonces lo recuerdo. La lluvia. La tormenta.

Me levanto del suelo y me tambaleo hasta el Dios del Mar. Rápidamente, le examino la túnica en busca de sangre, pero está limpia, solo húmeda por la lluvia.

El dios suelta un gemido y se sienta. Me muevo para ayudarlo, pero levanta una mano para detenerme.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar con vos. ¿Dónde estábamos? El acantilado junto al mar… ¿era el mundo de los humanos? ¿Por qué estabais sangrando?

—¡Para! Soy yo el que hace las preguntas. ¿Por qué cuentas historias tan tristes? —grita—. ¿Quieres romperme el corazón? Deberías saber que está roto desde hace mucho tiempo.

—¿Lo que pasó en ese acantilado es la razón por la que empezaron las tormentas? ¿Os lo hizo un humano? ¿Por eso dejasteis de protegernos? ¿Por eso nos abandonasteis?

Se abraza a sí mismo, como si quisiese protegerse de mis palabras. Habla con un hilo de voz, cansado.

—Dices ser la prometida del Dios del Mar, pero ¿cómo puedes serlo cuando tus palabras me llenan de tanta vergüenza? Lo único que me hace daño… eres tú.

En el exterior, un trueno retumba sobre el palacio. La lluvia sigue cayendo por las grietas del techo y resuena contra los tablones de madera del suelo. Una parte de mí quiere marcharse y dejar al Dios del Mar con su pena y su destino. Sin embargo, otra parte de mí desea quedarse, porque a pesar de la furia y la frustración, me compadezco de él. En muchos sentidos, me recuerda a Joon cuando era más joven: ahora es un soldado, pero de pequeño los demás niños de la aldea se burlaban de él. Tenía un gran corazón y era demasiado amable. Yo les gritaba a las chicas y a los chicos mayores que se burlaban de Joon y le insultaban. ¿Cómo se atrevían a hacerle daño a mi hermano, que era la persona a la que más quería del mundo?

Con cuidado, alzo los brazos y los envuelvo alrededor del Dios del Mar.

—¿Qué estás…? —protesta.

Le sostengo con firmeza y le presto mi calor y mi fuerza.

—Cuando era pequeña, os rezaba. Cuando las tormentas arrasaban con todo y las olas chocaban contra las costas, tenía miedo, pero seguía creyendo en vos. Cuando los mares se calmaban y mi hermano y yo jugábamos a salvo en la marea, era feliz, y creía en vos.

—Pero ya no —susurra el joven dios.

—Todavía creo en vos. A veces es difícil y dudo de mí misma, pero nunca dudo de vos. ¿Cómo puedo dudar del mar, el viento y las olas? Ojalá pudiera soportar parte de vuestra carga. Ahora que os sostengo, me doy cuenta de lo pesada que es.

Empieza a sollozar y le rodeo el cuello con los brazos, como si pudiese recomponerlo solo con mi fuerza.

—Ojalá supieseis, incluso después de todo, después de las tormentas y

del dolor, lo mucho que os echa de menos vuestro pueblo, y lo mucho que os queremos —le digo—. Siempre os querremos, porque sois nuestro. Sois nuestro mar y nuestras tormentas, y la luz del sol que sale cada día. Sois nuestra esperanza. Llevamos mucho tiempo esperándoos. Volved con nosotros. Volved, por favor.

Ya tenía el vestido empapado por la lluvia, pero ahora son las cálidas lágrimas del Dios del Mar las que se vierten sobre mi hombro. A través del techo, la lluvia cae a nuestro alrededor, como una sinfonía eterna que nos arrulla en nuestro dolor.

25

Shin, Namgi y Kirin me esperan en las escaleras del palacio. Me recuerda a la primera noche, cuando se colocaron delante de mí en el salón del Dios del Mar. Como enemigos. Unos desconocidos. Shin parecía muy distante entonces, igual que ahora.

—¿Dónde está Shim Cheong? —grito para que me oigan por encima de la fuerte lluvia.

—Shiki le ha ofrecido refugio en la Casa de la Estrella —responde Namgi—. Allí estará a salvo.

—Tenemos que alejarnos de la tormenta —dice Kirin.

Shin se da la vuelta y baja las escaleras. Me encuentro con la mirada de Namgi, pero este se limita a negar con la cabeza. ¿Está Shin enfadado conmigo por haber salido corriendo hacia la niebla?

Las calles están inundadas. Los cuatro nos abrimos paso entre carros volcados y barcos llenos de farolillos apagados. Shin y Kirin van en cabeza y apartan los escombros del camino, mientras Namgi y yo los seguimos. El agua nos llega por las rodillas; si llegase un poco más alto correríamos el peligro de ser arrastrados. Por suerte, la corriente no es tan fuerte como la del río. Suelto un grito ahogado cuando un cuerpo flota a mi lado, una mujer con los ojos cerrados y las manos sobre el estómago, como si estuviese dormida. Namgi me agarra por los hombros y me insta a seguir adelante.

Cuando llegamos a la Casa del Loto, Shin nos lleva hasta el pabellón principal. El primer piso está inundado, así que subimos las escaleras hasta el segundo. Todo el mundo está allí, todas las personas que tienen en la Casa del Loto su hogar. Veo a mis doncellas y también a las lavanderas, los cocineros y los guardias. Máscara está sentada en un cojín al lado de Dai, que tiene a Miki en brazos. Nari está acompañando a unos espíritus mayores hacia una esquina y les ofrece té caliente para calentarse. Me dirijo al balcón. El nivel del agua del lago ha aumentado hasta sobrepasar los puentes. La única luz que se ve en kilómetros proviene de las antorchas que arden por todo el perímetro. Desde la distancia, el pabellón debe de parecer una vela en medio de un gran mar.

Cuando pongo la mano sobre la barandilla, algo se arruga dentro de mi manga. Meto la mano y saco el barquito de papel, el que me dio la Diosa de la Luna y la Memoria. El que contiene el deseo de Shim Cheong.

El barquito de papel es ligero. Los pliegues son precisos y el papel, muy suave. Lentamente, deshago los dobleces y espero la llegada de la conocida niebla y la sensación de ser arrastrada a un recuerdo. Sin embargo, no ocurre nada.

El barco está abierto. Solo hay una frase corta escrita sobre el papel.

Espero que las palabras digan «Permite que no me case con el Dios del Mar», «Permite que me quede con Joon» o «Que las tormentas terminen para siempre», pero lo único que veo escrito sobre el papel con la elegante letra de Shim Cheong es: «Por favor, que mi padre viva una vida larga y feliz».

Doblo el barquito de papel con cuidado y vuelvo a guardármelo en la manga de la chaquetilla.

—Esta tormenta no es natural —dice Kirin, y se dirige a todos los que están en el pabellón—. El río se ha desbordado y los muertos flotan por las calles. Tenemos que hacer algo… y pronto.

—Tenemos que enviar barcas a recoger a los muertos —insiste Nari— y devolverlos al curso del río.

—Mientras tanto —añade Namgi—, hay que evitar que el río siga fluyendo en nuestro mundo. Si contenemos la fuente, podemos impedir que entren los muertos.

—Eso significará fantasmas en el mundo humano —dice Máscara con vehemencia—. Sin recipientes que los contengan, los espíritus inquietos acecharán a los vivos y sembrarán el temor y el pánico. Habrá más muertes.

Kirin niega con la cabeza.

—No podemos evitarlo.

—No —digo, y todo el mundo fija su atención en mí—. Todas esas soluciones son solo temporales. La verdadera fuente de las muertes son las tormentas que les quitan la vida. Esa es la causa de todo. Y eso es lo que tenemos que detener.

Namgi mira alrededor de la estancia y luego me mira otra vez a mí.

—No niego la verdad de tus palabras, Mina —dice con suavidad—, pero si el Dios del Mar no ha puesto fin a las tormentas en cien años, ¿qué te hace pensar que lo hará ahora?

Siento un doloroso latido en la base del cráneo y me cuesta dar forma a mis pensamientos.

—La otra noche en la Casa de la Grulla, el señor Yu me dio cierta información. —Me esfuerzo en no mirar a Shin—. Para romper la maldición del Dios del Mar, la prometida tiene que forjar un destino verdadero con él.

—¿Un destino verdadero? —Namgi frunce el ceño—. ¿A qué te refieres?

Había olvidado que él no estaba con Shin y Kirin cuando interrogaron al señor Grulla.

—Un destino entre dos almas gemelas —respondo.

—Y crees que tú eres esa prometida —dice Kirin.

La sala permanece en silencio, expectante. Espero los susurros y las miradas de burla. ¿Quién soy yo para creerme la verdadera prometida del Dios del Mar? No soy demasiado guapa, ni tengo un talento especial para nada.

—Es posible que lo seas —continúa Kirin, y me sobresalto ante esas palabras. De toda la gente, creí que él sería el más escéptico—. Antes de ti, ninguna prometida había hablado nunca con el Dios del Mar. Y, aunque esta tormenta es espantosa, es un cambio en una rutina que ha permanecido intacta durante cien años.

—La prometida que acaba de llegar —añade Namgi—, Shim Cheong, no tenía un hilo rojo del destino.

En ese momento comienzan los susurros, pero no como me los había imaginado. Los espíritus se giran unos hacia otros, emocionados y sorprendidos ante la posibilidad de que finalmente se cumpliese el mito de la prometida del Dios del Mar.

—Pero da igual —dice Shin, y son las primeras palabras que pronuncia desde que entramos en el pabellón—, porque no lo amas.

Aumenta el dolor de la parte posterior del cráneo.

—Y eres una ingenua si crees que él podría amarte algún día.

La sala entera se queda en silencio. Sé que está hablando desde su propio dolor, pero un intenso calor se acumula detrás de mis ojos. Y quizá salir huyendo sea infantil, pero no puedo evitarlo. Me voy corriendo de la sala y los espíritus se apartan para dejarme paso. Bajo las escaleras a toda prisa hasta el primer piso. La lluvia me azota en la cara cuando salgo del refugio del pabellón. El agua del lago ha subido hasta la mitad de la colina. No cruzo el puente, sino que recorro la orilla cubierta de hierba hasta que mis pies tocan el agua.

Creo que por fin entiendo lo que significa ser la prometida del Dios del Mar. No es una carga ni un honor. Ser la prometida del Dios del Mar no es ser la chica más bonita de la aldea, ni la que rompa la maldición. Para ser la prometida del dios, solo hay que hacer una cosa: amarlo.

No soy la prometida del Dios del Mar.

He fallado a mi aldea. He fallado a mi familia. A mi abuela. A mis hermanos. A mi cuñada. A Cheong. Les he fallado a todos.

Y no hay esperanza, porque el amor no se puede comprar ni ganar, ni siquiera se puede rezar por él. Debe darse libremente. Y yo le he entregado mi corazón a alguien, pero no es el Dios del Mar.

La lluvia sigue azotando la tierra. El agua del lago aumenta y me empapa las zapatillas. Doy un paso atrás justo cuando un sonido sibilante pasa por mi lado. La flecha de una ballesta se ha clavado a mis pies. Una rama se rompe bajo el puente. Automáticamente, me llevo la mano al puñal.

De la oscuridad surge una figura familiar. El asesino que se parece a una comadreja. Saco el puñal, pero es demasiado tarde. Carga otra flecha, apunta y dispara.

Me giro hacia un lado, pero no soy lo bastante rápida. La flecha me atraviesa el hombro y grito de dolor.

Oigo un chillido desde el pabellón. Nari. El asesino ha debido de oírlo también, porque huye y se escabulle en la oscuridad.

Caigo al suelo, con la mejilla contra la tierra mojada. Tengo el brazo extendido a mi lado, sin fuerza. La sangre se acumula debajo de mí y

se extiende como una manta cálida. El lazo brilla y después empieza a desvanecerse poco a poco.

—No —susurro.

El hilo rojo del destino une mi alma a la de Shin. Si yo muero, él también morirá…

La lluvia se funde con las lágrimas en mi rostro. Empiezo a respirar entrecortadamente y siento cómo se me oscurece la visión.

Mis últimos pensamientos son un revoltijo de imágenes: mi hermano alejándose de mí por el puente; el Dios del Mar llorando en un acantilado junto al mar; y Shin, como esta mañana, con la luz del sol bañándole el rostro como si fuese agua.

26

Toda la vida he creído en el mito de la prometida del Dios del Mar, que ha pasado de abuela en abuela desde que aparecieron las primeras tormentas, cuando los conquistadores occidentales destruyeron el reino y lanzaron al emperador al mar desde los acantilados. El Dios del Mar, que quería al emperador como a un hermano, envió las tormentas para castigar a los usurpadores; se creía que las fuertes lluvias eran sus lágrimas y los truenos, sus gritos. Las sequías fueron esos años en los que sintió aquel vacío en su corazón.

Sin embargo, ¿cuánta verdad hay en el mito? ¿Y qué haces cuando flaquea tu fe en él?

—No puedo hacer nada más por ella. —La voz de Kirin suena apagada, como si viniese de lejos—. Le he cerrado la herida, pero ha perdido mucha sangre y tiene el pulso débil.

—¿Qué sabemos del asesino? —pregunta Namgi. Tiene la voz ronca, como si hubiese estado gritando.

—Salió huyendo cuando gritó Mina. El señor Yu ha debido de enviarlo como un último intento de matar a Shin.

Estoy en la habitación de Shin y veo mi cuerpo desde arriba. Me pregunto si es así como la urraca ve el mundo. Me pregunto si soy la urraca y estoy revoloteando por la habitación. Aunque no lo creo, parece que nadie me ve volando sobre sus cabezas.

Estoy tumbada en un catre con sábanas de seda, Namgi y Kirin están a mi lado. Sin embargo, Shin no está con ellos. ¿Se encontrará bien? Seguramente Namgi y Kirin estarían más enfadados si estuviese herido, ¿no?

Miro mi cuerpo y veo que ya no tengo el hilo rojo del destino atado en la mano. Recuerdo la forma en que el hilo parpadeó hasta quedar en nada. La diosa zorro dijo que el hilo solo podía cortarse si Shin o yo moríamos.

¿He muerto… desangrada junto al lago? Pero si estoy muerta, mi

espíritu debería estar en el río, no flotando al lado de mi cuerpo…

Salgo por la ventana. Un arcoíris precioso recorre el cielo. Distraída, mi alma vuela hacia arriba. Me pregunto si podría atravesar los cielos si me elevara lo suficientemente alto.

Siento unas cosquillas en la oreja y después la voz de Dai:

—No te vayas muy lejos, Mina. Si te alejas demasiado, no podrás volver.

Me doy la vuelta y regreso flotando a la pequeña habitación.

Namgi y Kirin ya no están conmigo. Dai está sentado junto a mi cuerpo, con Miki en el regazo.

—Las tormentas han cesado —dice—. La sensación en el ambiente es como si hubieran parado para siempre.

Me acerco flotando al lado de Dai y contemplo su rostro. Se le han curado la mayoría de las heridas del ataque del imugi; los moratones ya no son tan oscuros como antes y ha recuperado el color. Miki gimotea mientras observa mi forma dormida y se lleva el puñito a la boca.

—No te preocupes, Miki —dice Dai—. Mina se pondrá bien. Se despertará cuando esté lista.

Miro por la ventana y veo que está anocheciendo. Parece que el tiempo funciona de una manera extraña cuando estás entre dos mundos. Cuando vuelvo a mirar, Dai y Miki ya se han marchado.

La puerta se abre. Namgi entra en el cuarto. Se detiene junto a la puerta y floto hacia él para observar la habitación. Junto al armario y el biombo hay algunos muebles: un baúl para mi ropa, una pequeña mesa y un espejo para mis adornos del pelo. La pequeña estantería bajo la ventana está repleta de cosas que he recogido de los jardines: flores secas, piedrecitas y bellotas. Sobre la estantería bajo la ventana, el barquito de papel flota en un cuenco poco profundo lleno de agua.

—Antes esta habitación estaba vacía —dice Namgi—. Y luego la llenaste con todas estas cosas. ¿Es una buena metáfora del modo en que has completado nuestras vidas?

Cruza la estancia despacito.

—Si estuvieses despierta, te burlarías de mí. «Namgi», dirías. «Qué listo eres». —Se detiene al lado de mi cama y observa mi rostro inmóvil—. Pensaba que con esto último te despertarías.

Coge las sábanas y me las sube hasta la barbilla, y después se agacha para darme un beso en la frente.

—Duerme bien, amiga mía, aunque no durante mucho tiempo. Algunos no somos tan fuertes como tú.

Frunzo el ceño. ¿Qué significa eso? Pero entonces se me nubla la mente y parece que el tiempo se me escapa. La luz del amanecer llena la habitación cuando vuelvo a ser consciente de mi entorno.

Me sorprende ver a Kirin al lado de mi cama. Con el ceño fruncido, me pone un paño frío en la frente. Incluso dormida, está molesto conmigo. Suspiro y deseo escapar volando de su decepción. Pero entonces aparta el paño, se levanta y se coloca al otro lado del catre. Duda, y luego se interpone en la trayectoria directa de la luz del sol, que brilla intensamente sobre mi cara.

Floto hacia el otro lado de mi cuerpo para ver qué mira con el ceño fruncido. Tengo la frente sudada.

No sé cuánto tiempo permanece Kirin allí, mirándome sin decir una palabra y bloqueando la luz del sol con su propio cuerpo.

No se mueve hasta que alguien llama a la puerta y gira la cabeza hacia el sonido.

La niebla de antes vuelve a alzarse, más oscura y amenazante, y me sumerjo en el vacío. Es una inconsciencia, una nada de la que no se puede escapar. Un lugar sin tiempo ni sentido, solo un dolor en el corazón porque me estoy muriendo y no puedo hacer nada para salvarme.

La siguiente vez que regreso es completamente de noche y Shin está a mi lado. La habitación está oscura porque la luna está oculta entre las nubes.

—He matado al asesino —dice, con los ojos ensombrecidos. Frunzo el ceño por la forma en que suena su voz, plana y vacía—. Lo he arrastrado calle abajo. Me ha suplicado que le perdonase la vida. Estaba sufriendo un dolor terrible. Aun así, te hizo daño y por eso sabía que ningún dolor sería demasiado.

Deja de hablar. Me acerco más a él porque necesito verle los ojos a través de las sombras.

—Pero al llegar al río me he dado cuenta de que nada de eso importaba. Estaba lloviendo y tú te morías… —Lentamente, levanta una mano y me coge de la muñeca y baja la cabeza hasta apoyar la frente en ella—. La diosa zorro contó que el hilo rojo del destino se rompería si uno de nosotros moría. Como un idiota, me tomé sus palabras al pie de la letra. —Coge aire con fuerza—. Debería alegrarme de que el hilo haya desaparecido y yo siga vivo. Pero es extraño, Mina, ¿por qué me siento así? No necesito un hilo rojo del destino para saber que, si tú mueres, yo también.

¡No! Quiero decirle que la diosa debía de estar equivocada, pero la niebla vuelve y me lleva a un estado de inconsciencia tan profundo que parece el fin de la desesperación. Una parte de mí sabe que no debería estar en ese lugar, que si me hundo demasiado en ella, me perderé para siempre. Sin embargo, no sé cómo encontrar el camino de vuelta. No tengo un hilo rojo del destino por el que guiarme.

Me sumerjo más en la inconsciencia y me llevo las piernas al pecho y apoyo la cabeza en las rodillas. Nunca me he sentido tan sola. ¿Es así como se ha sentido el Dios del Mar durante cien años?

Fuera de la oscuridad, oigo una voz. Es raro, pero creo que es mi propia voz cantando:

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿qué soñará?

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿cuándo despertará?

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

Solo mi abuela conocía esa canción. Su abuela se la enseñó cuando era una niña, hace ya mucho tiempo.

Mi abuela.

Una mano suave coge la mía y la aprieta.

—Mina, tienes que despertar. ¿Cómo vas a salvar al Dios del Mar si no te salvas a ti misma?

Su voz suena clara, como si estuviese justo a mi lado y me susurrase al oído.

«Es diferente», quiero decirle. «Me han herido de gravedad. He perdido mucha sangre».

Ella chasquea la lengua.

—No hay excusa que valga, Mina. Despierta. ¡Despierta ya!

Abro los ojos.

—¡Mina!

Media decena de voces gritan mi nombre. Levanto la vista y compruebo que estoy rodeada. A un lado del catre están Máscara, Dai y Miki. Al otro, Namgi, Nari y Kirin.

Dai es el primero en moverse y se tira encima de mí para abrazarme por la cintura.

—¡Nos has asustado! —exclama.

—Ten cuidado —le regaña Kirin, y levanta a Dai tirándole de la manga—. He cerrado la herida, pero aún tardará un poco en sanar del todo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Nari—. ¿Quieres que te traiga algo de comer?

—¿Qué tal algo de beber? —sugiere Namgi—. El licor ayuda a aliviar

el dolor.

Ahora es a Namgi al que apartan de la cama; Nari le tira de la oreja.

—Me alegra que hayas vuelto con nosotros —dice Máscara desde donde está sentada a mi lado, con Miki en el regazo. Levanta una mano y me aparta unos mechones de la cara con sumo cuidado.

Miro alrededor de la habitación y después encuentro mi voz:

—¿Dónde está Shin?

La habitación se queda en silencio mientras se miran los unos a los otros.

—Estaba aquí hasta hace unos minutos —contesta Namgi al final—. Casi no se ha apartado de tu lado.

No lo entiendo. ¿Dónde está ahora, entonces?

—No te preocupes por él —dice Máscara—. Volverá pronto. Mientras tanto, descansa un poco.

Se da la vuelta y empieza a ordenar que traigan comida y preparen el baño. Todos se mueven rápidamente para obedecer y procuran no mirarme a los ojos.

Cierro los puños sobre el regazo. Donde antes brillaba el hilo rojo del destino, ahora tengo la palma desnuda, como si el lazo que nos unía a Shin y a mí no hubiese existido jamás.

27

Por orden de Kirin, me confinan en la habitación el resto del día, aunque me permiten visitas. Máscara y Dai se presentan con Miki por la mañana; y Namgi y Nari, por separado, por la tarde. Pero Shin no. Las posibles razones de su ausencia son infinitas, me atormentan durante todo el día y me distraen de mis amigos. ¿Se siente culpable por sus duras palabras la noche de la tormenta? ¿Está enfadado conmigo por huir cuando supe que el asesino seguía ahí fuera? No solo me puse a mí misma en peligro, sino a él también…

Se oye un ligero golpeteo en la puerta. Mientras se abre me incorporo, y Cheong entra en la estancia. Parpadeo, sorprendida.

Se ha quitado su vestido ceremonial de boda con el que la vi por última vez y ahora lleva un sencillo vestido azul y blanco. Tiene el pelo negro recogido en una trenza enrollada por detrás de la cabeza, como la de las mujeres casadas.

—¡Mina! —Se desliza por la estancia, y se coloca grácilmente al lado de mi camastro—. Quise venir antes, pero no me dejaron entrar. ¿Cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —digo, abrumada de repente por la timidez. Aunque crecimos en la misma aldea, nunca llegué a hablar con Cheong. Era mayor y me intimidaba su belleza. La verdad es que nadie hablaba con ella más que Joon.

La gente contaba historias de ella y alababa su dedicación a su padre, al que la gente de la aldea llamaba Shim el Ciego. Algunos incluso la envidiaban; yo misma, por ejemplo. Pero ninguno nos detuvimos a preguntarnos cómo se sentía ella. Hasta ahora, jamás pensé en la vida tan solitaria que debió de llevar.

Cheong deja a un lado un paquete envuelto en tela que ha traído y pasea la mirada por los cuadros de las paredes, los cuadernos cosidos y los pergaminos dispuestos en pilas ordenadas sobre el escritorio. Se lleva las manos al regazo y se alisa los pliegues del vestido; un gesto que mi cuñada, Soojin, hacía a menudo cuando estaba nerviosa. Al otro lado de la ventana, el cielo está despejado.

—Perdóname, Mina —dice Cheong—. ¿Podría hablar contigo un momento? Me gustaría explicarte algunas cosas.

—Sí, claro —la tranquilizo enseguida.

Ella asiente, y duda un instante más antes de hablar, por fin:

—En mi vida hay dos mujeres a las que respeto mucho. Una es mi abuela. Es la persona más fuerte que conozco. Nos defendió a Joon y a mí cuando los demás nos recriminaban que eligiéramos el amor por encima del deber. Me eligieron prometida del Dios del Mar, pero ella me enseñó que yo, y nadie más que yo, era la dueña de mi vida. Me hizo creer que podía tener una vida más allá de la que se esperaba de mí, una vida… que yo quisiera.

Cheong deja de toquetearse la falda y me toma la mano.

—La otra mujer a la que más respeto en el mundo eres tú. Cuando ocupaste mi lugar, sentí muchas emociones. Alivio. Gratitud. Culpa. Y, sin embargo, en aquel momento en que saltaste por la proa de la barca, la emoción que me invadió fue una que no había sentido nunca: esperanza. Me hiciste creer en los milagros.

No sé qué decir, porque me siento abrumada e increíblemente honrada.

—Nunca he tenido una hermana —continúa en voz baja—. Ahora me alegro mucho de tenerte a ti.

—Y yo a ti —susurro, tragando saliva con dificultad.

Busca el paquete que ha dejado antes y, grácilmente, deshace el nudo de seda del lazo. La tela cae hacia atrás y descubro un vestido con una falda del color de la flor del melocotón y una chaqueta amarilla bordada con florecillas rosas.

Me quedo boquiabierta.

—Es precioso.

—¿Te gusta? Es un regalo de Hyeri. Te lo iba a traer ella, pero le pedí si podía hacerlo yo y así pasar un momento a solas contigo. ¿Puedo?

Asiento, y me coge del brazo para ayudarme a levantarme. Me pone la falda de color de flor de melocotón alrededor de la cintura y me ata el cordón en el pecho, con sumo cuidado para no rozarme el hombro.

Luego me pone delante la chaqueta amarilla y meto los brazos por las mangas. Se coloca detrás de mí y siento el suave tirón de un peine cuando me separa el pelo y me lo enrolla en una larga trenza que ata con una cinta rosa. Al final, me da la vuelta y me pone frente a ella. Coge las dos cintas de la parte delantera del vestido y hace un nudo, formando una lazada con una y pasando la otra por el agujero. Ajusta el largo hasta que cae con elegancia por delante del vestido. Cuando acaba, da un paso atrás para admirar su obra.

—Qué vestido más bonito, Cheong —digo—. Pero ¿para qué es?

—Esta noche va a haber una fiesta en la ciudad para celebrar el final de las tormentas.

Recuerdo a Dai al lado de mi cama. «Las tormentas han cesado. La sensación en el ambiente es como si hubieran parado para siempre».

¿Será verdad? Pero ¿qué ha cambiado? La última vez que vi al Dios del Mar estaba desesperado.

Cheong levanta la vista, con los ojos brillantes.

—Tienes que ir. Al fin y al cabo, corren rumores por la ciudad que dicen que las tormentas del Dios del Mar han cesado gracias a ti.

28

Más tarde, mientras camino por la ciudad con Namgi y Nari, me sorprende el cambio en el ambiente. La ciudad siempre rebosa luz y calidez, pero esta noche es como si la gente hubiera dado rienda suelta a su alegría por las calles. Los acróbatas saltan y brincan al ritmo de los tambores de barril. En los carritos de comida, los vendedores regalan pastelitos dulces de arroz y algodón de azúcar. Los efectos de la tormenta son visibles en los techos rotos y las vigas desaparecidas, aunque los hayan limpiado y parcheado en los últimos días. Doy un respingo hacia atrás cuando dos chicas jóvenes pasan corriendo a mi lado con un gran barril en las manos. Una abre la tapa y deja salir cientos de carpas doradas con campanillas atadas a las aletas. Al alejarse los peces, un coro de campanas repica por toda la ciudad.

Pese a que me encanta lo que veo y lo que oigo, no puedo evitar sentirme un poco melancólica. Al irse Cheong, esperé impaciente la llegada de Shin, pero cuando el sol se escondió tras las montañas, perdí toda esperanza de que viniera. Para no desperdiciar el regalo de Cheong, les pedí a Nari y a Namgi que me llevaran a la ciudad.

—Mina —dice Nari, enarcando una ceja—, creo que tienes un admirador.

Miro, quizá demasiado ansiosa, por encima del hombro. Un pequeño grupo de chicos de la edad de Dai se congrega bajo el toldo de una tetería. Nos lanzan miradas furtivas. Empujan a uno de ellos por delante de los demás. Lleva en la mano un barquito de papel.

—Señora —dice, mientras se acerca tímido—, ¿me concede un deseo?

—No soy una diosa —le explico, aunque suavizo mis palabras con una sonrisa.

Él se retira el pelo de la cara y le veo unos ojos pícaros.

—Por favor, señora. Es usted la única que puede hacer que se cumpla mi deseo.

Levanto una ceja, ahora ya curiosa. Cojo el barquito y lo abro

mientras Namgi se asoma sobre mi hombro para leer las palabras que el chico ha garabateado en el papel. La estruendosa carcajada de Namgi sobresalta a un banco de peces que pasa por allí, que se disgrega a nuestro alrededor como estrellas fugaces.

En la confusión, me acerco al chico y me agacho para darle un beso en la mejilla.

Se lleva las manos a la cara de manera reverencial; luego, se vuelve y les grita a sus amigos:

—¡Mirad! ¡La prometida del Dios del Mar me ha dado un beso!

Los chicos lo aclaman a gritos. Uno a uno, besan al chico en la mejilla como para compartir mi beso entre todos.

Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que nos está mirando mucha gente; bueno, me está mirando, vaya. Una niñita, incluso, levanta la mano y me señala.

—¿Esto tiene algo que ver con lo que dijo Cheong? —le pregunto a Nari—. ¿Corren rumores en la ciudad de que soy el motivo por el que han cesado las tormentas?

Nari asiente.

—La noche de la tormenta, mucha gente de la ciudad te vio subir corriendo a toda prisa las escaleras y cruzar la puerta del palacio del Dios del Mar. Menos de una hora después de que salieras, el viento y la lluvia se apaciguaron y salió el arcoíris. —Incluso Nari, que siempre está tranquila y serena, tiene un deje de asombro en la voz—. Jamás había salido el arcoíris después de una tormenta. Corre el rumor de que también se vio en el mundo de arriba, como un puente entre ambos mundos. La gente lo interpreta como una señal de que las tormentas han acabado para siempre y de que el mito se ha hecho por fin realidad.

Intento encontrarles un sentido a sus palabras.

—Y ¿qué hay del Dios del Mar?

Namgi niega con la cabeza.

—La puerta de palacio está cerrada. Nadie lo ha visto.

¿Fue una coincidencia que la tormenta parara cuando salí del palacio?

Una hora después fue más o menos cuando me atacó el asesino y se cortó el hilo rojo del destino. El señor Grulla explicó que yo sabría si era o no la prometida del Dios del Mar, porque se formaría un hilo rojo del destino entre el Dios del Mar y yo. Pero mi mano sigue vacía, tal y como estaba cuando desperté.

Unos vítores delante de mí me distraen de mis pensamientos. Una multitud se agolpa bajo un gran árbol. Se yergue en medio de la calle y, entre las hojas de sus enormes copas, titilan farolillos brillantes. De la rama más grande cuelga un columpio. Está hecho con dos cuerdas y una plancha de madera a modo de asiento. Una chica de mi edad está de pie en el asiento y dobla las rodillas para que el columpio coja altura. La multitud está boquiabierta, aplauden y silban mientras la chica sube cada vez más alto.

Namgi, Nari y yo nos unimos a los demás y añadimos nuestras voces a los gritos y los vítores.

La chica se eleva cada vez más, hacia delante y hacia atrás, a medida que crece su impulso. Pronto ha llegado tan alto que está casi horizontal al suelo.

Al balancearse hacia abajo, suelta una mano de la cuerda y saluda a la multitud. Cuando la chica ralentiza el balanceo, salta del columpio con una floritura y hace una reverencia, soy la que grita con más entusiasmo.

Después, la chica se acerca.

—¿Te apetece intentarlo?

—No sé…

—No te preocupes. Si te caes, uno de tus guardias te cogerá.

Miro hacia atrás y veo a Namgi coqueteando con un chico del público. Pero Nari, que está cerca, asiente para que me anime a hacerlo.

La chica me arrastra hasta el columpio y me ayuda a ponerme de pie en la plancha de madera. Aprieto los puños en las cuerdas.

—¿Preparada? —pregunta la chica.

—¿Es normal que me tiemblen las rodillas?

—La verdad es que no. ¡Vamos allá!

Corre, tirando de mí hacia arriba, y yo aprieto aún más fuerte las cuerdas.

—¡Dobla las piernas! —me grita mientras me suelta—. ¡Mueve el cuerpo con el columpio!

Inspiro y espiro muy rápido varias veces seguidas. Nunca he montado en un columpio, pero sí que he participado en juegos en otras fiestas, y este es como los demás; puede ser divertido… si confías en ti misma.

Como me indica la chica, doblo las rodillas y muevo el cuerpo al ritmo del columpio. Hacia delante y hacia atrás. Cuanto más subo, mejor puedo ver la ciudad por encima de la multitud. Los niños corretean por las numerosas calles tirando de cometas con forma de pez con serpentinas doradas. Grupos de personas se reúnen para jugar en la calle; otros se sientan en torno a los puestos de los contadores de historias, y escuchan absortos cómo se desarrollan los cuentos. Se me sueltan mechones de la trenza y revolotean por delante de la cara. Cierro los ojos y siento el viento.

Cuando las manos y las piernas han llegado al límite de sus fuerzas, ralentizo el balanceo y preparo el cuerpo hasta que el columpio se detiene. La multitud aplaude mientras salto de la plancha y ayudo a subir a la siguiente chica.

Al alejarme, de pronto me doy cuenta de algo. El corazón se me sale del pecho. Me giro hacia el árbol. Shin espera detrás de las ramas colgantes. Va vestido de manera sencilla con ropajes de color azul claro, y el pelo le cae sobre la frente. Parece un joven que ha salido a divertirse a una fiesta, más que el señor de una gran casa.

Cuando me acerco, sale a mi encuentro.

Me fijo en sus ojeras, en los labios rojos que contrastan con la palidez de su piel.

—Qué mala cara… ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Y al mismo tiempo, él dice:

—Qué hermosa estás.

Frunce el ceño.

—¿No me vas a decir nada?

—Claro que sí. ¿Dónde has estado durante todo el día? ¿Por qué no viniste a verme cuando desperté? ¿Estás enfadado conmigo?

Parece que va a responder, pero luego cambia de idea y mira a nuestro alrededor. Hemos atraído público. Mira de forma significativa hacia el canal, y le sigo hasta la orilla, donde le paga a un barquero para que nos alquile su pequeña barca de remos. Con cuidado de no engancharme el vestido, me agarro a la mano de Shin. Me sujeta con seguridad y solo me suelta cuando ya estamos acomodados en el banco.

Shin surca el agua con los remos con un movimiento tranquilo y fluido hasta que llegamos a mitad del canal. Levanta los remos y deja que la barca vaya sola. Solo hay unas pocas embarcaciones más navegando, pero están más cerca de la orilla. Es como si estuviéramos solos en el río. Escucho el canturreo del agua y el crujido de la madera. A nuestro alrededor, una docena de farolillos flotantes brillan intensamente.

—Me has preguntado dónde he estado todo el día —dice Shin—. He estado en el palacio del Dios del Mar. Quería averiguar la verdad por mí mismo. Las puertas del palacio estaban bloqueadas. Cuando he intentado saltar el muro, una fuerza me ha impedido entrar. No sé si las tormentas han acabado —su mirada se desplaza hacia la orilla, donde los espíritus se congregan para depositar farolillos de papel en el agua—, tú misma puedes comprobar que mucha gente lo cree. Tendremos que esperar hasta el año que viene para estar seguros.

Introduzco la mano en el agua y dejo que las gotitas me resbalen como perlas entre los dedos.

—¿Y ahora qué? —Intento mantener un tono tranquilo—. Se ha roto el hilo rojo del destino. Dentro de una semana llevaré un mes en el Reino de los Espíritus. —Está claro lo que quiero decir: dentro de una semana me convertiré en espíritu. Me pongo recta y aprieto las manos en el regazo—. Mi mayor preocupación es Shim Cheong. ¿Hay alguna manera de que pueda volver al reino de los humanos?

Shin me observa, aunque me cuesta descifrar su expresión.

—¿Y tú? ¿Deseas volver?

Me quedo sin aliento.

—¿Puedo?

—La segunda pregunta que me has hecho ha sido que por qué no vine

a verte cuando despertaste. Fue porque había ido a la Casa de los Espíritus a consultar a tus antepasados.

—¿A mis antepasados? —pregunto, sin entender—. ¿A qué te refieres?

—Puedes hablar con los miembros de tu familia que han muerto antes que tú, al menos con aquellos que han subido río arriba para quedarse en el Reino de los Espíritus. Muchos espíritus siguen recibiendo ofrendas ancestrales de sus hijos y de sus nietos. Si fueras un espíritu, lo sabrías de manera instintiva.

Siempre me he preguntado si las ofrendas de comida y demás cosas que dejamos junto a las tumbas de nuestros seres queridos llegaban alguna vez al Reino de los Espíritus. Sonrío con asombro al pensar en ello.

—Los antepasados están muy comprometidos con sus descendientes y, a menudo, tras pasar muchos años en el Reino de los Espíritus, se vuelven sabios. Pensé que podría pedirles ayuda, pero, como no son mis antepasados, no me permitieron hablar con ellos. Otro día te llevaré a verlos.

Me invade un torrente de emociones; una es el alivio de que mis antepasados puedan saber la manera de hacer que Shim Cheong vuelva al mundo de arriba, o que yo misma pueda volver. La otra, la incertidumbre, porque me queda muy poco tiempo.

—¿Y qué hay de mi última pregunta? —digo en voz baja—. ¿Estás enfadado conmigo por lo que ocurrió con el asesino?

—No —contesta—. Eso no fue culpa tuya.

En un movimiento inconsciente, se lleva la mano al pecho. Hizo eso mismo delante de la Casa de la Luna, cuando me contó que era un dios que había perdido todo aquello que había jurado proteger.

—La verdad es que sí estaba enfadado. Pero antes, no después. En la historia que le contaste al Dios del Mar sobre el leñador y la doncella celestial, al final ella volvía a su casa, al lugar que anhelaba. —Respira hondo—. Sé que lo que siempre has querido era salvar a tu familia. Por eso saltaste al mar. Esa era la razón que había detrás de cada decisión que has tomado, ya fuera temeraria o valiente. —Me mira a los ojos—. Sí que estaba enfadado, pero no contigo. Lo estaba con el destino que me había tocado. Porque me di cuenta de que, para que pudieras tener lo que deseas, yo tendría que perder lo único que he querido.

Casi no puedo respirar; tengo el corazón en la garganta.

Shin mete la mano entre sus ropajes a la altura del pecho y saca un monedero de seda. Desata el cordón y sale rodando la piedrecita con la flor de loto tallada.

—Te llevaré de vuelta a casa, Mina. Te lo prometo. Pero puede que tarde más de una semana. —Aprieta la piedra en la mano—. Para que sigas siendo humana, tienes que ligar tu vida a la de un inmortal. Puede que no sea el dios de un río, de una montaña o de un lago, pero soy un dios y, si me aceptas, ligaré mi vida a la tuya.

Me sobrecojo de emoción. Ya no compartimos el hilo rojo del destino, sin embargo está dispuesto a hacer esto por mí.

—Yo…

Se oye una especie de estallido, seguido de un grito.

Una nube negra se extiende por la ciudad y, al levantar la vista, veo un centenar de sombras que se deslizan furtivas sobre la luna.

Ya están aquí los imugi.

29

Shin y yo corremos por las calles , y los espíritus buscan refugio en los edificios o saltan al canal, mientras los imugi disparan una lluvia de fuego sobre la ciudad.

Por encima de nuestras cabezas, un rayo alcanza una tetería y el fuego hace un agujero en el techo escalonado. Los parroquianos salen a toda velocidad por la entrada llena de humo, tropezando por el pánico y el miedo. Me acerco corriendo y ayudo a una mujer a incorporarse, mientras Shin se lleva a un chico al canal y lo mete en las aguas poco profundas para apagarle las llamas de la chaqueta. Más gritos atraviesan la noche, no muy lejos de nosotros. Observo cómo Shin se pone tenso, con la cabeza girada por instinto hacia el sonido.

—Vete —le digo. Voy hacia los demás clientes de la tetería, que están apiñados en el suelo, tosiendo—. Yo ayudaré a los demás y después saldré corriendo hacia la Casa del Loto. Conozco el camino.

Al rugido de un imugi en la calle le siguen más gritos.

—En la Casa del Loto —repite Shin—. En menos de una hora.

Asiento, y él me mantiene la mirada durante un segundo lacerante, antes de salir disparado en dirección a los gritos.

Ayudo al resto de los parroquianos de la tetería a llegar al canal, que está ahora abarrotado de espíritus deseosos de escapar del fuego.

Cuando el último está a salvo en el agua, corro por las calles, volviendo sobre los pasos que recorrí antes con Namgi y Nari. Solo que ahora, en lugar de alegría, lo que siento es una inmensa pena al pasar junto a los farolillos rotos y las cometas destrozadas.

Cuando estoy a punto de llegar al puente que conduce a la Casa del Loto, oigo un espantoso ruido escurridizo. Me precipito a un callejón y pego la espalda a la pared en el mismo instante en el que un imugi anda merodeando, sin advertir mi presencia entre las sombras.

El callejón en el que me oculto está desierto; solo hay una hornacina al fondo que parece albergar un santuario. Me resultan familiares la lápida de piedra y el cuenco para las ofrendas. En el aire flotan los

hilillos de humo que desprenden las varitas de incienso. Lo más seguro es que esté dedicado a un dios local; un lugar en el que se reúnen los espíritus y le piden favores a la deidad.

Al acercarme, me inunda el fuerte aroma del incienso, ahumado y amargo. Entonces advierto un objeto que flota en el cuenco de las ofrendas. Es un barquito de papel, rasgado por la mitad y vuelto a coser.

Un escalofrío me recorre la espalda. Poco a poco, levanto la mirada y leo los caracteres grabados en la piedra.

«Este santuario está dedicado a la Diosa de la Luna y la Memoria».

Una risa suave flota en el callejón.

Me giro y me encuentro con la diosa.

Lleva un sencillo vestido blanco con un fajín rojo que le ciñe la cintura. Incluso sin su enorme corcel, es aterradora, el doble de alta que yo, y tiene velas en los ojos. Alza ligeramente la barbilla, con los ojos titilantes.

—¿Por qué no escoges tu deseo? Permítenos descubrir tu deseo más profundo.

Me trago el miedo.

—Los imugi son vuestros siervos, ¿no? ¿Por qué habéis permitido que causen tales estragos? ¿No creéis que esta ciudad y su gente ya han sufrido bastante?

Continúa como si yo no hubiera hablado.

—En cuanto vea tu recuerdo, me pertenecerá. Me quedaré esa parte de ti que desea ser la prometida del Dios del Mar.

El rompecabezas de sus palabras encaja en su sitio, y pienso que por fin entiendo lo que quiere. Me vuelvo hacia el cuenco y cojo el barco. Cuando me giro de nuevo, me muerdo la lengua para evitar gritar. La diosa está justo a mi lado; se ha desplazado silenciosamente desde donde estaba. Ahora la tengo tan cerca que alcanzo a verle las velas de sus ojos, con unas llamas que arden con intensidad. Desdoblo el barco de papel y se lo ofrezco.

—¿Renuncias a él voluntariamente?

Durante las tormentas, me explicó que no podía ver el recuerdo porque estaba demasiado ligado a mi alma. Solo si renunciaba a él, ella podría tener poder sobre mí.

—Si os entrego este recuerdo, ¿retirareis a los imugi?

La diosa me observa con atención; las llamas de sus ojos se mantienen constantes.

—Sí.

—Entonces os lo entrego voluntariamente.

Sonríe triunfante.

—En ese caso eres una necia. Porque, aunque puedas haber salvado a la ciudad esta noche, has desperdiciado la oportunidad de salvarla para siempre. Ahora me pertenece el recuerdo que contiene este barquito, y lo destruiré junto con tu deseo de ser la prometida del Dios del Mar.

Coge el papel, y el recuerdo se alza y se arraiga.

* * *

Estoy en el jardín trasero de mi casa, y la diosa me acompaña. Como en el deseo que me encontré en el estanque de los barquitos de papel, el recuerdo es borroso, como visto a través de un velo de bruma. La diosa parece fuera de lugar, plantada regia al lado del estanque de mi abuelo.

Mientras observa fijamente la escena que tiene ante sí, la cara de la diosa va pasando poco a poco de la expectación a la confusión. Me preparo y sigo su mirada.

Una niña se arrodilla junto a un santuario roto. Una anciana está a su lado de pie, y sus manos curtidas por el trabajo tiemblan por encima de la niña cabizbaja.

Cierro los ojos. Al fin y al cabo, no me hace falta ver este recuerdo para acordarme de él.

—Mina —exclama mi abuela—, ¿qué has hecho?

En torno a mí yacen los restos del santuario, hecho añicos. La comida, lo poquito que había sacrificado de mis propias raciones y había dedicado a la Diosa de las Mujeres y los Niños, está aplastada en el suelo. La gastada esterilla sobre la que me arrodillaba cada día durante horas, con la frente en el suelo, está hecha pedazos.

Miro a mi abuela con una mueca de dolor por las lágrimas que se me escapan de los ojos.

—¿A la diosa no le parecían suficiente mis ofrendas? ¿Mis plegarias eran muy débiles? Quizá debería abandonarla del todo. Una diosa abandonada morirá como aquellos a los que ella misma ha olvidado.

Mi abuela, horrorizada, ahoga un grito.

—Enfádate con la diosa, Mina. Pero nunca —me agarra de los hombros temblorosos—, nunca jamás pierdas la fe en ella.

A nuestra espalda, oímos un sonido agudo, seguido de un golpe. Mi abuela se recoge la falda y sale disparada, atraída por los gritos agónicos de mi cuñada, enloquecida por la pena. Me embarga la culpa. ¿Qué es mi dolor comparado con el suyo?

Estiro la mano y recorro lentamente con los dedos las ofrendas dispuestas sobre el santuario: la campanilla de estrellas y lunas que trae suerte y felicidad, los cuencos de arroz caldoso que perpetúan la salud y alargan la vida, y el barquito de papel para que guíe a mi sobrina a salvo a casa. Aunque año tras año pido los mismos deseos en el festival del barquito de papel (una buena cosecha, salud para mi familia y para mis seres queridos), en esta ocasión he traído el barquito al santuario porque no quería que nada se interpusiera entre la diosa y mi plegaria.

Saco el barco de papel del santuario y lo rasgo por la mitad.

Al igual que el barco, a la diosa y a mí nos arrancan del recuerdo. De vuelta en el callejón, nos alejamos a trompicones del santuario.

—¡Me has engañado! —exclama la diosa—. ¡Ese no era tu deseo de ser la prometida del Dios del Mar!

Debería sentirme triunfante. Dio por hecho lo que no era. Pensó que si me robaba el recuerdo de cuando deseé ser la prometida del Dios del Mar, podría robarme ese deseo. Pero yo nunca deseé ser su prometida, ni tan siquiera ser quien lo salvara.

La diosa y yo coincidimos en algo. Es verdad que un deseo es un

pedazo de tu alma. Porque un deseo verdadero es algo que, si nunca se llegara a cumplir, podría destrozarte el corazón.

Aunque el callejón está en silencio, oigo a los siervos de la diosa deslizarse por encima de nosotros.

—Tu hermana —dice la diosa en voz baja— perdió a su bebé.

Noto algo extraño en su voz. Y entonces me doy cuenta de qué es: suena afligida. Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Y se le han apagado las velas de los ojos.

—Mi hermana política, la esposa de mi hermano mayor, perdió a una hija.

La diosa retrocede, con una mano apretada contra el pecho.

—Debo marchar —dice.

Se levanta viento en el callejón. El vestido de la diosa comienza a ondear. Plumas blancas y rojas se desprenden de la tela y se arremolinan a su alrededor. El viento azota fuerte, y yo levanto la mano para protegerme de las ráfagas de plumas y polvo.

Cuando el viento se calma, vuelvo a estar sola.

* * *

A pesar de la retirada de la diosa, los imugi siguen haciendo estragos por toda la ciudad. Desde donde estoy en el callejón, oigo sus alaridos y las sacudidas de cuerpos enormes que se mueven por las calles. Me duele el alma cada vez que un llanto más tenue recorre la noche. Había muchos niños en la fiesta. Pienso en el que me pidió tímidamente el beso, en la niña feliz del columpio, en la gente de esta ciudad que celebraba el final de las tormentas. Esa tenía que haber sido la razón del ataque de la diosa. Pero ¿por qué se ha ido? Me viene una imagen fugaz de su rostro después de ver el recuerdo, las tenues llamas de las velas de sus ojos.

¿Era lástima lo que he detectado en su mirada?

Fuera por lo que fuese, se marchó sin retirar a los imugi y, por lo tanto, ha roto nuestro trato. Esta ciudad, que hasta hace solo unos días

estaba inundada por las tormentas, ahora arde en llamas.

Pienso en la pesadilla del Dios del Mar, la ciudad que ardía en sus ojos. Esta ciudad es ahora el espejo de la de su recuerdo, con el humo que se eleva hasta ahogar a las nubes. ¿Cuándo acabará?

Por encima, una figura salta por los tejados y proyecta su sombra sobre mí.

Kirin.

Salgo corriendo del callejón hasta donde se abre a una calle ancha. A lo largo de ella se desliza una enorme serpiente marina chocando con los edificios, que se desmoronan por el impacto.

Kirin coge carrerilla y salta desde el borde de un tejado. Con un movimiento rápido, desenvaina la espada y hunde la hoja en el cuello de la serpiente. La bestia emite un terrible alarido. Kirin se quita de en medio de un salto cuando el cuerpo de la serpiente comienza a retorcerse con los últimos estertores, escupiendo sangre y veneno. Me agazapo tras un puesto de toneles cuando la sangre salpica las paredes y quema rápidamente la madera.

Kirin aterriza en el suelo a mi lado.

—¡Mina! ¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. Iba de camino a la Casa del Loto para encontrarme con Shin.

—Iremos juntos. —Se gira hacia el norte, se detiene y entorna los ojos —. ¿Ese no es…?

Sigo su mirada. Namgi, con su apariencia imugi, surca los cielos de manera errática. Le está pisando los talones toda una bandada de serpientes.

—¡Será idiota! —grita Kirin—. Las está atrayendo fuera de la ciudad. Pero así no lo conseguirá.

Sale disparado en dirección a Namgi y yo me apresuro a seguirlo. Cuando estamos llegando al río, Namgi desciende y desaparece por debajo de la bandada. Se oye un terrible estruendo y la bandada se dispersa. Namgi, transformado de nuevo en humano, cae de los cielos.

—¡Namgi! —grita Kirin.

Corremos por la calle y, al doblar la esquina, vemos a Namgi, maltrecho y herido, en el suelo. Kirin se adelanta rápido y se agacha al lado de Namgi, tendido ahí como un trapo. Coge un cuchillo de la cintura y coloca la hoja en la palma de la mano. Pero antes de hacerse el corte, Namgi levanta la suya y lo agarra de la muñeca.

—No lo hagas, Kirin —le dice, con la garganta inundada de sangre—. Mis heridas no se curan tan fácilmente. Esta vez no.

Tiene razón, no obstante eso no evita que Kirin gruña de la frustración.

—¿Por qué tienes que ser tan imprudente? —le grita—. Pensé que deseabas convertirte en dragón más que nada en el mundo. ¿Se te olvidó que un imugi solo se convierte en dragón si vive mil años?

Namgi tose. Pese a que la sangre le resbala entre los dientes, sonríe.

—Tienes razón. Mil años. No me creía a aquellos idiotas que pensaban que podían convertirse en dragones solo luchando en interminables batallas. ¿Es que no entienden qué es un dragón de verdad? Los imugi viven para matar y destruir, pero un dragón es la expresión de la paz. —Namgi vuelve a toser, y esta vez se alarga por los temblores posteriores. Kirin le coge la mano y Namgi levanta la vista y lo mira con unos ojos juveniles llenos de miedo—. Quería… quería ser un dragón, Kirin. Más que nada en el mundo. Quería ser sabio y bueno. Quería ser íntegro.

Kirin lo agarra más fuerte.

—Y lo eres, Namgi.

Ante nuestros ojos, el cuerpo de Namgi se empieza a desvanecer.

Desesperada, desvío la mirada de Namgi a Kirin.

—¿Qué pasa?

—Está perdiendo el alma —dice Kirin con la voz ahogada—. Rápido, tenemos que llevarlo al río. Ayúdame, Mina.

Entre los dos conseguimos cargar a Namgi a la espalda de Kirin. Voy por delante, comprobando en cada esquina que no haya ninguna serpiente en nuestro camino.

La batalla continúa a nuestro alrededor y por encima de nosotros.

Vislumbro a Shiki, el dios de la muerte, saltando de tejado en tejado y liderando a un grupo de guerreros con arcos a la espalda. Busco a Shin en el grupo y me decepciona no encontrarlo entre ellos.

Llegamos al río. A diferencia de la noche de la tormenta, está en calma. Unos cuantos cuerpos flotan en la superficie. Kirin y yo bajamos suavemente a Namgi de la espalda de Kirin y lo dejamos junto a la orilla.

—Busca a Namgi —me ordena Kirin, mientras se desabotona la chaqueta—. Debería bajar por el río.

Esa idea me aterroriza. Solo los que acaban de morir flotan en el Río de las Almas. ¿Namgi está… muerto? Está ahí, tan quieto. Un rizo le cae por delante de la cara pálida. Sin su alma inquieta que lo ilumine, parece vacío…

—¡Mina! —grita Kirin.

Giro la cabeza del cuerpo de Namgi al río. Tengo que concentrarme. Aún no se ha ido. Aún no.

Al principio solo veo a desconocidos, ancianos y ancianas, sombras fantasmales sobre el agua. Pero, entonces…

—¡Allí!

Señalo un cuerpo desgarbado que me resulta familiar. Namgi flota boca abajo en la superficie. Miro hacia Kirin y veo que se acerca al río.

—Kirin —le digo, cayendo de pronto en la cuenta de lo que quiere hacer—, Shin dijo que en el río solo pueden entrar los muertos. La corriente se llevará tu alma.

—No voy a meterme en el río.

Kirin llega hasta la misma orilla, con el agua lamiéndole los pies. El cuerpo le empieza a temblar y su piel emite una hermosa luz plateada. Su forma humana se metamorfosea, cambia. Hay un estallido luminoso, como si explotara una estrella. Una bestia mítica emerge de la luz, repiqueteando con las pezuñas en la piedra. Donde estaba Kirin, ahora hay una imponente bestia de cuatro patas, dos cuernos y una melena de fuego blanco. Tiene la forma, el cuerpo y las patas de un ciervo, pero la altura y la fuerza de un caballo.

—¿Kirin? —susurro, y la bestia me mira con sus ojos plateados.

Echa la cabeza hacia atrás y levanta las pezuñas al aire. Luego, salta desde la orilla al agua. La bestia no se hunde, sino que camina por la superficie. Con cada paso que dan sus pezuñas, proyecta hacia fuera una luz radiante que deja un rastro de incandescencia.

Kirin llega al cuerpo de Namgi en el río y la bestia le da un suave empujón con el morro en el hombro. Cuando Namgi abre los ojos, respiro aliviada. Con el impulso de Kirin, Namgi se agarra a su cuello y trepa al ancho lomo de la bestia. Lentamente, para evitar que Namgi se caiga, Kirin se encamina de vuelta a la orilla.

Un potente alarido atrae mi mirada hacia el cielo. Una serpiente marina vuela en círculos sobre el río, con la vista puesta en Kirin y Namgi. Si ataca, será un desastre. Aunque Kirin pueda pelear con su apariencia de bestia, no puede arriesgarse a que se le caiga Namgi.

Con una mano, sujeto con fuerza el cuchillo de mi tatarabuela y, con la otra, me recojo la falda. Me doy la vuelta y salgo corriendo desde el río camino a la ciudad. Cuando oigo el alarido en el cielo, sé que la serpiente marina me ha divisado. Acelero el paso con la rapidez que me permiten las piernas.

Sé que lo que estoy haciendo es temerario. Namgi y Kirin jamás me pedirían que arriesgara la vida por ellos. Pero no puedo evitarlo. Es verdad que la gente puede llegar a hacer cosas desesperadas por sus seres queridos. Hay quien incluso lo llama sacrificio; quizá es eso lo que pensaron los demás cuando salté al mar para sustituir a Shim Cheong. Pero creo que sería justo al revés. El sacrificio más terrible sería no hacer nada.

Y lo hice por mí y por nadie más. No soportaría vivir en un mundo en el que no hiciera nada, en el que dejara que a mis seres queridos les hicieran daño o que sufrieran. Si me hubiera quedado en casa, si no hubiera salido corriendo detrás de Joon, si no hubiera saltado al mar, tendría un agujero enorme en el corazón: el vacío por no haber hecho nada de nada.

Pero, aun así, mientras veo cómo me persiguen las serpientes, y las que hay por delante cortándome el paso, deseo que las circunstancias no fueran siempre tan extremas.

He llegado a la avenida principal que hay delante del palacio del Dios del Mar. Ese amplio espacio abierto está tomado por serpientes marinas que se deslizan por todos los callejones y trepan a los numerosos tejados. Estoy rodeada. La presión en los pulmones me

oprime el pecho. Me duele el hombro por la herida que me hizo el asesino.

Las serpientes marinas, grandes y aterradoras, se inclinan sobre mí. Agarro el cuchillo con las dos manos. Veo las caras de la gente que me observa desde los edificios. Poco antes, un niño me ha llamado prometida del Dios del Mar y me ha pedido un beso. Ahora no lo voy a decepcionar. Al fin y al cabo, sí soy una prometida del Dios del Mar. Puede que no sea «la» prometida del Dios del Mar, sino una chica que deseó, en un mundo muy lejano a este, tener un destino distinto del que se le había concedido, uno al que poder aferrarse y no dejarlo escapar.

Un rugido tremendo sacude la ciudad.

Levanto la vista.

El dragón baja en picado desde el cielo.

Es descomunal, tres veces mayor que la más grande de las serpientes. Barre las calles con su larga cola, lanzando a los imugi contra los edificios. Los imugi intentan acercarse al dragón en manada, pero este se los quita de encima, y reparte golpes a diestro y siniestro. Se levanta un viento gélido. Fragmentos de hielo vuelan por el aire como cristales que se clavan en la gruesa piel de las serpientes. Una a una, estas caen al suelo y se transforman en hombres. Las demás alzan el vuelo, pregonando con alaridos su derrota.

El dragón, terrible y sangriento, emite otro rugido. Retuerce la cabeza, feroz, en busca de un nuevo enemigo.

Doy un paso atrás y tropiezo en los escalones del palacio del Dios del Mar. El dragón percibe el movimiento. A diferencia del momento de la barca, cuando la rabia me dio valor, ahora el miedo me abruma. El dragón acorta la distancia que nos separa, haciendo unos enormes agujeros con sus cuatro garras curvas en el suelo destrozado.

—¡Mina!

Shin está en lo alto de un tejado de uno de los edificios más cercanos. Da un salto, rueda por el suelo y sale corriendo hacia mí. Cuando llega, me estrecha entre sus brazos. Huele a sudor, sangre y sal. Lo abrazo fuerte y saco fuerzas de sus latidos.

Me suelta, e interpone su cuerpo entre el dragón y yo.

—No permitiré que le hagas daño.

Recupero el aliento, y me acuerdo de Joon y Cheong en la barca.

El dragón agacha la cabeza, dejando a la vista hileras e hileras de colmillos letales. Shin desenvaina la espada y abre la mano para recolocarse, asiendo la empuñadura con fuerza. Tensa los hombros, listo para atacar.

Una voz nueva interrumpe:

—Mi alma jamás le hará daño a mi prometida.

El Dios del Mar está en las escaleras del palacio.

Va vestido con los ropajes ceremoniales completos. El sello dorado sobre el pecho representa al dragón tal y como lo vemos ahora, poderoso y feroz. El dios tiene un aspecto pálido, pero está sin duda despierto.

Es decir, que los rumores son ciertos. El Dios del Mar despertó aquella noche en la que lo sostuve entre mis brazos y derramó su dolor sobre ambos mundos.

Me empiezan a temblar las manos y las escondo bajo la falda.

—Os he servido bien, mi señor —dice Shin, bajando la espada—. He protegido vuestro hogar. Os he protegido a vos…

—Y habéis protegido a mi prometida.

—… pero no puedo serviros en esto.

La ira enciende los ojos del Dios del Mar.

—¿Te rebelas contra mí? ¡Soy un dios!

—Yo también —replica Shin vehemente.

A su espalda, el dragón avanza un paso, amenazante. Aprieto el puño y hago un gesto de dolor. Olvidé que tenía en la mano el puñal de mi tatarabuela. La sangre me gotea por la cicatriz de la palma, que durante mucho tiempo escondió el hilo rojo del destino. Me la hice cuando deslicé esta misma hoja por mi piel y consagré mi vida al Dios del Mar.

—¿Mina?

Tardo un instante en darme cuenta de que es el Dios del Mar quien me llama.

A pesar de su aspecto imponente con sus magníficos ropajes, con el palacio a sus espaldas y el dragón ante sí, sus ojos siguen igual que en su salón: rebosan un dolor desgarrador.

—¿Vendrás ahora conmigo? —pregunta con suavidad. En la inmensidad de la avenida, su voz no es más que un susurro—. ¿Serás mi prometida? He hecho lo que me pediste. He puesto fin a las tormentas. He ocupado el lugar que me corresponde entre los dioses y mi pueblo. He… he despertado.

Titubea durante un instante, pero luego alza el rostro.

—Soy el Dios del Mar. Y tú eres mi prometida. Ven conmigo, como dijiste que harías. Como me prometiste.

Miro a Shin y al dragón que, amenazador, está detrás de él. Si rechazo al Dios del Mar, ¿me atacará con furia el dragón? Me observa en silencio, a la espera.

—Mina —dice Shin, con atisbo de pánico en la voz—, no tienes por qué hacerlo.

—Tú mismo lo dijiste, Shin —susurro—. Sabes por qué vine aquí. Siempre fue para proteger a mi familia. —Miro a la ciudad, por detrás de Shin y del dragón. Los farolillos de la fiesta, que antes brillaban tanto, ahora están rasgados y destrozados. La gente se asoma desde las ruinas de los edificios y me observa con los ojos muy abiertos y la cara manchada de hollín—. Tengo que hacerlo. ¿No lo ves? Creo… creo que soy la prometida del Dios del Mar.

—Mina —dice Shin, con la voz ronca—, por favor, no lo hagas.

—Lo siento.

Me giro justo en el momento en que empiezan a caerme las lágrimas, subo corriendo las escaleras del palacio y tomo la mano que me ofrece el Dios del Mar. Me lleva escaleras arriba y cruzamos el umbral de la entrada. Cuando el dragón alza su enorme cuerpo en el aire, se levanta un viento que se desliza sobre el portón por encima de nuestras cabezas. Se me nubla la mente. El corazón me late con fuerza en el pecho.

En el último instante, miro hacia atrás.

Shin está plantado en la entrada principal del palacio del Dios del Mar, con la cabeza gacha. No levanta la vista, ni siquiera cuando las puertas se cierran entre nosotros.

30

Sigo al Dios del Mar a través del patio y entramos en el vestíbulo. Un silencio inquietante pende sobre el palacio, en el que no hay rastro de guardias, de nobles ni de sirvientes. Al llegar a la tarima, el Dios del Mar duda antes de obviar el frío trono y sentarse en los escalones. Me acomodo a su lado y escondo los pies bajo la falda.

El silencio se prolonga. Escudriño al joven dios, al que no le sientan bien esos ropajes tan amplios. Se sitúa encorvado hacia delante, con los codos en equilibrio sobre las rodillas. Caigo en la cuenta de que no sé cómo se llama. Inmediatamente, me invade un sentimiento de culpa por no habérselo preguntado nunca.

—¿Cómo debería llamaros? ¿Cómo os llamáis?

—Puedes llamarme esposo.

Me quedo blanca.

—No estamos… casados, ¿verdad?

—Para eso tiene que haber una boda antes.

Suspiro aliviada.

—Y en cuanto a tu segunda pregunta, no tengo nombre. Quizá… me lo puedas poner tú.

—¿Qué tal… —miro por encima de sus hombros al mural del dragón —... Yong?

El Dios del Mar hace una mueca de disgusto.

—Si no hay más remedio…

Parece tan consternado que no puedo evitar una ligera sonrisa.

—No os pondré un nombre que os disguste. Por ahora nos valdrá con Dios del Mar. Me atrevería a decir que no hay nadie más que se llame así en ninguno de los dos mundos.

—Tengo un nombre, pero… no lo recuerdo. Hay tantas cosas que no recuerdo.

Se mira las manos y me acuerdo de lo que me trajo al principio ante el Dios del Mar. ¿Cómo debe ser eso de estar tan solo? Cuando lo vi por primera vez, pensé que podía protegerlo.

—Cuando duermo —dice con voz suave—, tengo unos sueños muy extraños. Hay una ciudad carmesí y dorada, con un acantilado y una luz deslumbrante. Y hay dolor, un dolor insoportable. Pero no lo siento en los huesos; está en mi alma. —Se lleva las pálidas manos al cuello como si las palabras le hicieran daño en la garganta—. Y en todos mis sueños me estoy ahogando.

Me acerco un poco más. Él se inclina hacia delante y apoya la cabeza en mis rodillas.

—Mina —susurra—, ¿me cuentas uno de tus cuentos?

No debería sorprenderme. Para el Dios del Mar, las historias son tanto una vía de escape de las verdades del mundo como la única manera de verlas con claridad.

Levanto la mano por encima del Dios del Mar y luego la bajo con suavidad sobre su pelo suave. Le aparto con delicadeza los mechones que le caen sobre la frente.

Las historias favoritas de Joon eran siempre aquellas que parecía que me sacaba de la manga para que se adaptaran a nuestro estado de ánimo, ya quisiéramos reír o llorar; historias de amor, de odio, de esperanza y de desesperación. Todas las verdades que teníamos que escuchar.

Cierro los ojos, dejo vagar la mente y le cuento —nos cuento— una historia desde el corazón.

—En una aldea costera —comienzo— vivía un ciego llamado Shim Bongsa. No poseía nada de valor material, pero estaba feliz y contento porque tenía a su hija, Shim Cheong, a la que quería más que a nada en el mundo. Más que a la cálida brisa de verano, más que al dulce sabor de la miel en una taza de té, más que al canto del mar cuando besa la orilla. Era ciego, pero veía el mundo, porque Shim Cheong era su mundo.

»En esta aldea costera hubo una gran tormenta. La marea se llevó por delante muchas cosechas y mucho ganado. Los ancianos de la aldea se

reunieron y decidieron que la culpa de la tormenta era del Dios del Mar, del que decían que vivía en las profundidades del océano. Para apaciguarlo, decidieron hacer un sacrificio.

»El día anterior, Shim Bongsa se había caído en una zanja de camino a casa y se había roto una pierna. Por esa razón, no podía seguir trabajando en el campo. Shim Cheong, al oír lo del sacrificio que estaban preparando los ancianos, se ofreció voluntaria. Saltaría al mar si, en su ausencia, la aldea suministraba arroz a su padre. La gente de la aldea accedió rápidamente, porque Shim Cheong era amable y hermosa; un sacrificio digno de un dios.

»El día del sacrificio, besó a su padre en la mejilla y, cuando le dijo que lo quería, mantuvo la voz serena para que no él se diera cuenta de que se iba para siempre y de que tenía miedo. El barquero la condujo mar adentro y, tras una última plegaria para que su padre tuviera una vida larga y próspera, Shim Cheong saltó.

»Descendió y descendió hacia las oscuras profundidades. Pasado un tiempo, no supo si estaba viva o muerta. Al final, sus pies tocaron el fondo del mar. Ante ella se encontraba un palacio majestuoso. Las paredes eran de coral y la hiedra marina ascendía por sus altas torres. Cruzó las puertas del palacio que daban a un vestíbulo, donde divisó al Dios del Mar sentado en un trono dorado.

»Era un enorme dragón marino de fauces bigotudas y unos ojos tan grandes y oscuros que sintió que abarcaban toda la sabiduría del mundo. A su alrededor flotaban peces rojizos, dorados y blancos. Pese a tener miedo, Shim Cheong se acercó al trono, hasta llegar justo delante del Dios del Mar con la barbilla bien alta.

»Shim Cheong había tenido razón al creer que el Dios del Mar era sabio, porque podía verlo todo. Miró en el corazón de ella y le dijo:

»—El amor que sientes por tu padre es bello y generoso. Por este sacrificio, te recompensaré más que al resto.

»Llamó a los delfines para que vinieran a envolver a Shim Cheong con un vestido tejido con flores del mar, y la envió de vuelta a la superficie dentro de una hermosa flor de loto que brotaba en la corte del emperador. Este, al ver a Shim Cheong, se enamoró de ella, y ella de él. Y, poco tiempo después, se casaron.

»Mientras tanto, Shim Bongsa recorría la campiña buscando a su hija. Y aunque los lugareños se ofrecían a cuidarlo, él lo rechazaba porque, como os podéis imaginar, se sentía desamparado. Había perdido todo

su mundo.

»Se enteró de la gran fiesta que estaba dando el emperador, en honor a su nueva esposa. Había invitado a todos los hombres, mujeres y niños ciegos del reino. Shim Bongsa se encaminó a la capital. Entró en palacio, atraído por el sonido de las risas y por la música. En ese momento el silencio se apoderó del vestíbulo y el anciano sintió curiosidad por saber qué estaba pasando. Pudo oír unos pasos livianos que se aproximaban. La multitud ahogó un grito cuando vio que la emperatriz se inclinaba para abrazar al anciano.

»—Te he encontrado —le dijo Shim Cheong a su padre—. Estás en casa.

»Y Shim Bongsa, al oír la voz de su amada hija, lloró lágrimas de alegría.

Cuando acabo la historia, se apodera de mí un hechizo de sueño.

Despierto por un extraño tirón en la muñeca. Bajo la vista y me incorporo bruscamente. El hilo rojo del destino.

Shin. Me pongo en pie como buenamente puedo. El hilo me lleva desde el vestíbulo hasta el patio, donde hay alguien a solas, mirando al cielo vacío de estrellas. El hilo rojo del destino vacila ante la falta de viento. Al final del hilo está…

El Dios del Mar.

31

Aunque el Dios del Mar me ha reclamado como su prometida, los días siguientes, mientras deambulo por los solitarios pasillos de palacio, me siguen atormentando varias preguntas. El señor Grulla dijo que, cuando se creara el hilo rojo del destino entre el Dios del Mar y yo, sabría que era el momento para romper la maldición. ¿Mentía? ¿O es que nunca hubo tal maldición? Un año parece demasiado tiempo para esperar a ver si las tormentas han cesado para siempre. Y algo me inquieta en mi interior, como si estuviera examinando un pergamino que sigue inacabado.

También me preocupa Namgi; me pregunto si Kirin lo sacó a tiempo del río. ¿Se ha recuperado del todo Dai? Y Cheong. Tiene que haber alguna manera de devolverla al mundo de arriba.

Pensaba que la Casa del Loto era muy grande, pero todo el recinto de esa casa cabría en un solo cuadrante del palacio del Dios del Mar. Tardo días en explorar el cuadrante este, donde se encuentra mi habitación con vistas al jardín. Nunca veo a nadie, ni sirvientes ni guardias, y, sin embargo, las habitaciones están impolutas y por todos los pasillos está encendido el fuego de los pebeteros. No sé si los seres invisibles que mantienen el palacio son sirvientes fantasmales o algo completamente distinto. A cualquier hora del día hay comida preparada en las mesas de la cocina: bollitos humeantes como recién cocinados, frutas y verduras húmedas como si las acabaran de recoger y lavar un minuto antes. De la noche a la mañana aparecen en mi armario vestidos sofisticados. Si necesito algo, solo tengo que decirlo en voz alta para que el objeto de mi deseo aparezca, ya sea un baño caliente o unas chinelas.

La mañana de mi trigésimo día en el Reino de los Espíritus, encuentro al Dios del Mar en el jardín, donde pasa la mayor parte del tiempo, observando los barquitos de papel en el estanque. Como otras veces, miro con atención al estanque por si veo el barquito de papel con mi deseo flotando entre los juncos; pero no lo veo. Me pregunto si la Diosa de la Luna y la Memoria es consciente de que me debe un favor. Al fin y al cabo, aunque le cedí voluntariamente mi deseo, no cumplió su parte del trato.

—Tengo que pediros algo —le digo al Dios del Mar mientras me siento

a su lado en la orilla cubierta de hierba—. Mi hermana Cheong bajó aquí durante la última tormenta. Me gustaría hacerle una visita para ver cómo le va, pero también para hablar con nuestros antepasados y descubrir si hay alguna manera de que pueda regresar al mundo de arriba.

—En la última historia que me contaste, era el Dios del Mar el que devolvía a Shim Cheong al mundo de arriba. Me temo que no tengo tanto poder. Si no, la enviaría de vuelta para que se reuniera con su padre.

—¿Y a mí? Si yo os lo pidiera, ¿me devolveríais al mundo de arriba?

No contesta, inclinado sobre el estanque, dándome la espalda.

—Te concedo permiso para salir de palacio, pero debes regresar antes de la puesta de sol; entonces, nos casaremos. De lo contrario, te convertirás en un espíritu y perderás tu alma.

* * *

Me alejo del estanque cruzando el jardín, primero lentamente y después cada vez más y más deprisa, hasta que acabo corriendo, subo por la puerta secreta, atravieso el salón del Dios del Mar y cruzo los numerosos patios. Los enormes portones de la entrada principal —que se habían cerrado al entrar yo en palacio— están abiertos. Salgo, echo a correr escaleras abajo y me dirijo al río. Hacia el sur está la Casa del Loto y, aunque anhelo ir allí, sé que si lo hago, quizá nunca me vaya de este lugar.

El río está tranquilo, en calma. Aun así, aparto la mirada del agua al cruzar el puente.

La Casa de la Estrella es un templo escalonado que se encuentra en la falda de las montañas del este. Llego a primera hora de la mañana; el sol resplandece sobre un prado silvestre cubierto de azaleas reales.

La servidumbre, vestida de negro, me saluda en el patio principal del templo de la montaña; hombres y mujeres llevan la cabeza afeitada por completo. Una mujer me hace una reverencia y me indica que la siga. Me lleva por pasillos excavados en la ladera de la montaña, y subimos un largo trecho de escaleras. El aire se vuelve más espeso

cuanto más subimos, y salimos a una plataforma que tiene vistas al valle desde muy arriba. Cheong y otra joven están sentadas en unas esterillas tejidas, y entre ellas hay una mesita preparada con té y fruta en delicados boles de cerámica.

La joven se vuelve cuando nos acercamos. Es preciosa; tiene la cara ancha, las mejillas sonrosadas y le brillan los ojos.

Hyeri.

Ladea la cabeza, estudiándome.

—Yo te conozco.

—Nos vimos una vez —le digo—. Hace un año, la noche en la que te ibas a casar con el Dios del Mar.

—Ahora me acuerdo. —Se levanta, viene hacia mí y me coge de las manos. Igual que Cheong, me saca una cabeza. Tiene una voz cálida y sugerente—. Fuiste mi doncella. Me ayudaste a vestirme y me hiciste una trenza. Me escuchaste una noche en que lo que más necesitaba era que alguien me escuchara. —Me lleva con delicadeza hacia la mesa cuadrada y se deja caer en una esterilla en el lado norte—. Ven, siéntate con nosotras.

Una vez me he sentado, Hyeri me sirve una taza de té humeante. Me la acerco a la nariz e inhalo el aroma sutil del crisantemo triturado.

—Me alegra que estés aquí, Mina —dice Cheong con timidez.

Alargo la mano, le cojo la suya y se la aprieto con fuerza.

—Parece que estás bien, Cheong —digo, agradecida a Hyeri—. Hoy he venido aquí no solo a hacerte una visita, sino también porque creo que podría haber una manera de que volvieras al mundo de arriba.

Cheong abre los ojos de par en par.

—¿Es posible?

—Tengo razones para creer que sí. —Me vuelvo hacia Hyeri—. ¿Qué sabes de la Casa de los Espíritus?

Hyeri se recuesta en su cojín, con una expresión pensativa.

—Es la más grande de todas las casas. Está en la parte más baja de la ciudad, donde empieza el río. A los espíritus que consiguen salir

nadando del río, primero se los llevan allí, y después los envían a casa de sus antepasados que aún vivan en la ciudad, o bien con el maestro de un gremio para que se busquen un trabajo. Ahora mismo, la mejor manera de encontrar a tus antepasados es ir a visitarla y decir quién eres y que quieres verlos. —Hyeri se vuelve hacia Cheong—. ¿Tienes familia? ¿Alguien que haya muerto antes que tú?

—Solo tengo a mi padre, pero sigue vivo.

Hyeri suspira.

—En fin, no puede salir todo perfecto.

Sonrío divertida ante su curiosa percepción de las cosas.

—Estaba pensando —digo— que quizá mis antepasados podrían ayudarnos. Al fin y al cabo, también son antepasados de Cheong. Al casarse con Joon, ha entrado a formar parte de nuestra familia.

Hyeri se incorpora, emocionada.

—Es verdad. Mina, ve a la Casa de los Espíritus y concierta una cita con ellos. Los antepasados son sabios y han vivido muchos años. Cualquier información que te den será útil.

Asiento, y luego me vuelvo hacia Cheong.

—Como no sé cuál de nuestros antepasados estará en la Casa de los Espíritus, creo que es mejor que vaya sola. Hablaré con ellos y luego vendré a buscarte.

—Gracias por hacer esto, Mina —responde Cheong con cariño—. Pero… —Se le quiebra la sonrisa—. ¿Y tú? Si voy a volver al mundo de arriba, no debo ir sola. Tienes que venir conmigo. Tus hermanos te están esperando, y tu abuela…

Pensar en mi familia, en nuestra familia, me duele en el alma. Lo que daría por verlos una última vez.

—No puedo. Si me niego a casarme con el Dios del Mar y, en su lugar, regreso al mundo de arriba, es posible que empiecen otra vez las tormentas.

—Pero ¿te casarás con él? —Cheong frunce el ceño—. ¿Y qué pasa con…?

No llega a terminar la frase, quizá porque me ve desolada.

Hyeri y Cheong cruzan una mirada.

—Me parece raro —dice Hyeri—. Todo el mundo dice que la maldición se ha roto, y, sin embargo, el Dios del Mar sigue en su palacio. Aparte de que las tormentas han cesado, no ha cambiado nada.

Hyeri tiene razón, y además hay algo que advertí durante mis días en palacio. El Dios del Mar está melancólico y prefiere la soledad, igual que antes de que despertara.

—¿Por qué maldijeron al Dios del Mar? —Hyeri continúa, y sus preguntas remueven algo en mi interior—. Y si lo maldijeron, ¿quién lo hizo?

Se oye un ligero golpeteo y las tres nos volvemos hacia la entrada del balcón, donde está Shiki, dios de la muerte y marido de Hyeri, vestido de negro de arriba abajo como la primera vez que lo vi.

Hace una reverencia y dice:

—Disculpad la interrupción, sé que queríais hablar durante más tiempo, pero han llegado tres personas para ver a Mina.

Me da un vuelco el corazón.

Me despido de Cheong y de Hyeri, y sigo a Shiki por los pasillos del templo hasta que salimos a las escaleras desde las que se divisa el valle.

Entre las azaleas silvestres hay tres siluetas. Namgi. Kirin.

Y Shin.

* * *

Me acerco a ellos a través del campo de flores rosas y violetas.

—Mina, la prometida del Dios del Mar —me llama Namgi en voz baja.

Me envuelve una ráfaga de alivio. La última vez que lo vi, Kirin sacaba del río su alma a punto de perderse.

—Solo Mina —le digo a Namgi cuando me coge y me abraza con todas sus fuerzas. Me recreo en su calidez. Cuando su alma abandonó el cuerpo, estaba muy frío.

—Bueno, «Solo Mina» —me dice tras soltarme—, ¿cómo se siente una siendo la prometida elegida por el Dios del Mar? ¿Piensas alguna vez en nosotros, tus no-tan-ilustres amigos?

—Me siento igual que antes.

Miro a Shin. Se ha quedado rezagado del resto. Ahora mismo no me mira, pero he sentido sus ojos sobre mí mientras cruzaba el campo de azaleas.

—Tienes buen aspecto —dice Kirin, atrayendo mi mirada—. Y vas muy bien vestida.

Me echo un vistazo. Llevo un sencillo vestido rosa y verde, uno de los muchos que hay en mi armario.

—Gracias —contesto, sonrojándome—. ¿Qué tal está Dai?

—Él y tus otros amigos espíritus se fueron de la casa esta mañana cuando le comenté que estaba recuperado del todo. Pero Namgi no; sigue aún demasiado débil para desplazarse.

Namgi hace una mueca.

—Estoy bien. Nada me iba a impedir ver a Mina.

—Deberías tener más cuidado —insiste Kirin—. Hasta hace poco no tenías alma.

—¡Pero ahora sí, gracias a ti! —Namgi le da a Kirin un abrazo de oso.

Se alejan entre las flores, discutiendo igual que cuando los conocí en el salón del Dios del Mar; aunque ahora veo cuánto se quieren y cómo cuidan el uno del otro, pues de la riña pasan a la risa en un momento.

Me acerco a Shin, y el corazón me late tan fuerte que me duele el pecho. Cuando lo conocí, pensé que sus ojos ocultaban mejor sus pensamientos que la máscara su cara. Ahora ya no.

Me mira con tanto anhelo que se me parte el alma.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto en voz baja.

—Te dije que te llevaría con tus antepasados.

En ese momento casi me desmayo. Ese es Shin: alto, sin ser amenazante, y honrado, el que no se retracta cuando da su palabra, el que siempre cumple sus promesas, aunque eso lo haga sufrir.

Trago saliva.

—Vamos juntos, pues.

* * *

La Casa de los Espíritus es tal como la describió Hyeri; un edificio gigantesco al lado del Río de las Almas, con forma de balneario. Tiene por lo menos cinco plantas y un diseño cuadrado. A través de las ventanas de papel, distingo las siluetas de la gente que se divierte, bailando.

Shin nos lleva a través de las imponentes puertas de la estancia principal del edificio y pasamos al lado de lo que parece una larga hilera de gente muy mojada.

Namgi se inclina para susurrarme al oído:

—Recién llegados.

La estancia es majestuosa, un gran patio cerrado, rodeado por los cuatro costados de balcones a distintas alturas.

Un hombre corpulento, de ojos redondos y bigote, se apresura a recibir a Shin.

—Oh, magno y poderoso señor de la Casa del Loto…

Kirin le interrumpe:

—Tenemos que concertar una reunión con unos antepasados.

El hombre parpadea varias veces.

—¡Sí, por supuesto!

Chasquea los dedos y una abuelita encorvada se acerca renqueando.

Lleva una máscara que representa a una chica joven. Sin prisa, le entrega al hombre un pergamino enrollado.

El hombre carraspea.

—¿Apellido?

—Song —contesto.

—Población de origen.

—Junto al Mar.

—¿Sois de los Song de Bajas Montañas, de Tierras de Labranza o de Ribera del Río?

—Los de Bajas Montañas —respondo con una mueca. No nos hablamos con los Song de Tierras de Labranza desde que su abuelo tuvo una disputa con el mío por una partida de go.

—Ah, aquí están. —El hombre pone un dedo sobre el papel—. Parece que… tanto su tatarabuela como su abuelo constan en los registros de la ciudad como antepasados de los Song.

Me quedo sin aliento. Se me llenan los ojos de lágrimas. Abuelo. Mi tatarabuela.

—¿De verdad? —susurro, abrumada. Me vuelvo hacia Shin—. Están aquí. Voy a verlos.

Hasta este mismo instante no sabía lo mucho que necesitaba verlos.

—Me alegro por ti, Mina —dice Shin en voz baja.

La abuela tose tras la máscara. Me vuelvo hacia ella, dando la espalda a Shin y a los demás, y la sigo. Subimos cinco tramos de escaleras y recorremos un pasillo de puertas cerradas. Se detiene ante la tercera puerta a la izquierda. Abre el panel deslizándolo.

—Espera aquí dentro —me ordena.

Entro en la estancia y ella cierra la puerta. Es un espacio pequeño con estantes bajos llenos de cosas; algunas las reconozco de los ritos ancestrales que mi abuela y yo celebrábamos todos los años. Sigue ahí la comida que dejamos hace dos meses por el cumpleaños de mi abuelo. No se ha estropeado. Los boles de arroz con judías y la sopa de abadejo desecado —sus favoritos— continúan humeantes. Aunque

noto que hay menos cantidad en los recipientes. También sigue ahí la fruta fresca que dejó mi abuela para mi abuelo —le encantaba— y para su abuela; y el ramillete de flores frescas cogidas del jardín, flores doradas e hibiscos de un rojo intenso, que siguen igual de frescos que el día que los cogimos.

Dirijo la mirada a una cuna abandonada en un rincón de la habitación.

Me quedo casi sin aliento. Es la barca que talló Joon, aquella en la que trabajó durante semanas.

Nos emocionamos muchísimo cuando Sung, cinco años mayor que Joon, nos contó que Soojin y él iban a ser padres. Joon y yo salimos a las montañas, para que yo pudiera rezarle al guardián del bosque mientras él talaba su árbol favorito, el que había plantado cuando no era más que un niño. Construyó una cuna para el bebé del mismo corazón del árbol. Talló unas hermosas imágenes en la madera de la cuna —una grulla volando para guiar a la niña a través de sus sueños, un tigre rampante en el cabecero para protegerla de las pesadillas—, y todas las noches me ponía ante la camita inacabada y le rezaba una oración a la Diosa de las Mujeres y los Niños, y besaba la madera en el lugar donde la niña reposaría un día la cabeza.

Cuando nació, respiró una vez y ya no más. Quemamos la cuna en el jardín, para que la acunara en otro mundo.

Recorro con los dedos las rayas del tigre y las plumas talladas de las alas de la grulla.

A mi espalda, se abre la puerta y mis antepasados entran en la estancia.

32

Primero, entra Máscara, después Dai con Miki y, aunque me sorprende un poco, tampoco mucho, ahora tengo claro que son mi familia; me han estado ayudando todo este tiempo.

Dai sonríe.

—Lloras demasiado, Mina.

Máscara se adelanta, con sus manos elegantes por detrás de la cabeza, y se desata las cintas que le sujetan la máscara. Esta cae al suelo. Miro el rostro de Máscara y veo mi propia cara que me devuelve la mirada, solo que mi reflejo es mucho más hermoso. O quizá es que el amor que siento por ella se refleja en mí. Me acoge entre sus brazos.

Ahogo un sollozo.

—Eres mi tatarabuela, ¿verdad? —Noto que asiente contra mi hombro —. Cuando me estaba muriendo, me cantaste. Pensé que era mi voz, pero era la tuya.

—Te canté, pero fueron tus ganas de vivir las que te trajeron de vuelta.

Me vuelvo hacia Dai.

—Y tú… tú eres mi abuelo.

Dai sonríe.

—Y Miki… —Y ahora sí que estoy llorando. Apenas me salen las palabras—. Miki es la hija de mi hermano mayor.

La niñita que nunca mostró su hermosa sonrisa en mi mundo, pero a la que la vida le dio una segunda oportunidad en este. Miki suelta una risita desde la espalda de Dai.

—Joon le construyó una cuna —digo casi sin voz.

—Sí —dice Dai—. Fue la barca que la trajo. Se habría caído al Río de las Almas si no hubiera sido por esa cuna. Algo elaborado con tanto

amor jamás se hundiría.

Miki me coge la mano.

—Pregúntanos lo que necesites saber, Mina. No podíamos decírtelo antes, los espíritus tienen prohibido influir directamente en los actos de sus descendientes, pero ahora, en este lugar tan sagrado, sí que podemos.

Asiento, enjugándome las lágrimas.

—Necesito saber cómo llevar a Shim Cheong de vuelta al mundo de arriba.

Máscara y Dai se miran.

—Eso no se ha hecho nunca —dice Máscara lentamente—, pero no significa que no se pueda hacer.

—¿Y si remonta el río? —dice Dai—. Shim Cheong tiene cuerpo y alma. Si consigue remontar el río, quizá pueda volver a aparecer en el mundo de arriba.

Máscara niega con la cabeza.

—La corriente es demasiado fuerte. Y su cuerpo no sobreviviría al tránsito.

Ver la expresión de su rostro hace que me pregunte si es esa la cara que pongo yo cuando le estoy dando muchas vueltas a algo. Reprimo las ganas de alargar la mano y alisarle la arruga del entrecejo.

—En momentos de mucho peligro —continúa Máscara— se le puede pedir un deseo a la perla del dragón.

Se me agita el corazón de un modo extraño.

—¿Un deseo?

—¡Es verdad! —grita Dai emocionado—. Ahora lo recuerdo. La perla del dragón es la fuente de su enorme poder, y pedirle un deseo a una de ellas puede hacer realidad lo imposible.

Recuerdo todas las veces que he visto al dragón: en la barca y en el jardín, volando por el cielo, y feroz a las puertas de palacio.

—Nunca he visto al dragón con una perla —confieso.

Después me acuerdo del mural de la pared del salón del Dios del Mar. En el dibujo se apreciaba a un dragón persiguiendo una perla por el cielo.

—Puede que el dragón perdiera la perla —dice Máscara—, que podría estar ligada a la maldición.

—O que se la robaran —dice Dai, sombrío.

En la pesadilla del Dios del Mar, lo herían. Quizá era ese el momento en que le robaban la perla.

—Entonces, si recupero la perla y se la devuelvo al Dios del Mar, ¿el dragón me concederá el deseo?

Dai y Máscara se miran.

—Si fuera tan sencillo —dice Dai—, casi todo el mundo buscaría la oportunidad de pedir un deseo.

—Solo alguien a quien el dragón quiera mucho puede pedirle un deseo a la perla. —explica Máscara.

—¿Alguien a quien el dragón… quiera?

Máscara asiente.

—El dragón y el Dios del Mar son un mismo ser. El dragón es el alma del Dios del Mar. Si el Dios del Mar quisiera a alguien, esa persona tendría el poder de pedirle un deseo a la perla. En el pasado, a quien más quería el Dios del Mar era siempre al emperador. En épocas de gran peligro, se decía que podía pedirle un deseo para cambiar el mundo.

* * *

Me reúno en la sala principal con Namgi, Kirin y Shin, y les cuento lo que he sabido por mis antepasados. Kirin y Shin no parecen sorprendidos al descubrir la verdadera identidad de los espíritus que me han estado ayudando, pero Namgi parece muy impresionado, para bien.

—Tienes que disculparme ante tu tatarabuela, Mina —dice

avergonzado—. Dile que la mitad de las cosas que le dije no iban en serio.

—Namgi, ¿la mayoría de los espíritus que hay aquí no son antepasados de uno o de otro? Cualquier espíritu con el que coquetees podría ser un abuelo.

Suelta un gruñido.

—No me lo recuerdes.

Gracias a la información de mis antepasados, ahora sé cómo salvar a Shim Cheong. Sin embargo, lo que parece sencillo no lo es tanto, porque, por mucho que yo crea que me respeta, el Dios del Mar no me quiere.

Y las preguntas de Hyeri sobre la maldición me han recordado cómo me sentí cuando entré por primera vez en el palacio del Dios del Mar, como si me faltara la última parte de un cuento y no pudiera saber el final.

Vacilo al sentir un extraño dolor en el corazón. Por el rabillo del ojo, veo el hilo rojo del destino que se tensa en el aire.

—¿Mina? —Shin se me acerca—. ¿Qué pasa?

El hilo rojo del destino vuelve a dar un fuerte tirón, y yo suelto un gemido.

—Es el… Es el hilo rojo del destino… —Shin se queda paralizado—. Algo va mal.

Siento un nuevo tirón y me mareo.

Shin me coge y me tumba en el suelo.

—Se está convirtiendo en espíritu. —Oigo la voz de Kirin por encima de mí—. Se acaba de cumplir un mes exacto desde que entró en el Reino de los Espíritus.

Lucho contra el dolor que me provocan los tirones; es como si me arrancaran el alma del cuerpo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Namgi—. ¿Cómo podemos ayudarla?

Kirin mira a Shin, que le devuelve la mirada.

—Tiene que volver con el Dios del Mar.

Shin no duda. Con un único movimiento fluido, me levanta del suelo, y yo me cuelgo de su cuello. Sale corriendo de la Casa de los Espíritus a una velocidad inhumana, recorre las calles a toda prisa y salta por los tejados.

El dolor disminuye cuanto más nos acercamos al palacio. Cuando llegamos al patio exterior del salón del Dios del Mar, ya tengo fuerzas suficientes para ponerme en pie. Shin me deja en el suelo.

—Espérame en el jardín —le digo antes de salir hacia el salón del Dios del Mar.

El Dios del Mar está desplomado sobre el trono con los ojos cerrados, igual que la primera noche, cuando el hilo rojo del destino me llevó hasta él.

Por detrás de él, el sol del ocaso tiñe el mural del dragón de naranja y amarillo, y le confiere a la perla un barniz dorado.

—¿Mina?

El Dios del Mar abre los ojos de par en par.

Me pongo a su lado y levanta la vista hacia mí.

No se parece en nada al Dios del Mar del último cuento que le conté. Aquel era omnipotente y vigoroso. De hecho, al final, le permitía a Shim Cheong volver a su casa.

Ahora miro al Dios del Mar y me pregunto: «¿Cómo puede ser un dios tan frágil, tan humano?».

El dolor de antes se ha quedado en una leve molestia. Al estar tan cerca, la longitud de la cinta es corta, de apenas un brazo. Acorto la distancia y le aprieto la mano. La tiene fría y suave; la mía es cálida y áspera. No ocurre nada extraordinario. No me veo inmersa en ningún sueño; no hay ningún estallido de luz. Cuando me separo, el hilo rojo del destino ha desaparecido.

—Mina. —El Dios del Mar se incorpora—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho?

—En realidad no soy vuestra prometida —le digo con suavidad —. Ni vos me amáis a mí, ni yo a vos. Compartimos un mismo destino, pero

no este.

Me pregunto si el Dios del Mar pondrá alguna objeción. Me mira cejijunto y con una expresión de sincera preocupación en sus delicados rasgos.

—Pero moriréis, Mina. Os convertiréis en un espíritu.

—No si puedo evitarlo. —Sonrío para que se tranquilice—. Tenéis que ser fuerte, solo un poquito más. ¿Podréis hacer eso por mí?

—Eh… sí. Creo que sí.

Me alejo de él y salgo corriendo a toda prisa por la puerta que hay detrás del trono, bajo las escaleras y cruzo el jardín. El dolor ha desaparecido; sin embargo, sé que pronto me convertiré en un espíritu. Y, aunque tengo miedo, en mi interior crece la esperanza.

Quiero contárselo todo a Shin; que siento haberlo dejado, que en aquel momento pensé que era la única opción que tenía. Pero me equivocaba. Siempre hay otra opción.

Quiero decirle a Shin que lo elegí a él, solo a él.

Acelero el paso por el jardín, salto por encima del arroyo y por entre los árboles que centellean con el resplandor anaranjado del atardecer. Paso por delante de los prados, cruzo el puente y salgo a la colina que da al pabellón donde se encuentra Shin.

«No persigas tu destino, Mina. Deja que el destino te alcance».

33

Shin está esperando en el interior del pabellón que hay junto al estanque de los barquitos de papel. Se vuelve cuando oye mis pasos subiendo las escaleras y me mira a los ojos.

—¿Has hablado con el Dios del Mar? —pregunta en voz baja, mientras me mira de esa manera que siempre me corta la respiración.

—Sí —respondo—. Y sé lo que tengo que hacer.

La mirada de Shin se detiene un momento en mi mano, y luego la desvía al estanque, pero me da tiempo a ver la expresión de intenso dolor que atraviesa sus rasgos. Esta noche, los barcos de papel atestan la orilla como una bandada de patos. Parece que en cualquier momento vayan a desplegar las alas y echar a volar.

—No te pediré nada —dice Shin—. Tomes la decisión que tomes, la respetaré. Si te casas con el Dios del Mar, os protegeré y os vigilaré a los dos. Toda la vida.

Mi corazón rebosa amor por él. Qué bueno es, qué generoso y considerado.

—Pero no quería guardármelo porque es importante…, porque sé que nunca te retractarías de tus palabras o de tus actos. —Sonríe, y me da un vuelco el corazón—. Puede que no tenga alma ni un hilo rojo del destino, pero no los necesito para saber que te quiero.

—Shin —digo, sin aliento—, el hilo rojo del destino ha desaparecido.

Niega con la cabeza.

—No lo entiendo.

—El que había entre el Dios del Mar y yo —le explico—. Le apreté la mano, que, si recuerdas, es lo mismo que hice contigo cuando se forjó nuestro destino, pese a que insististe en que no funcionaría. Pues funcionó —digo, orgullosa—, como supe que pasaría, porque a él no lo quiero. Te quiero a ti y yo elijo mi destino.

Me echo hacia delante, apoyándome en sus hombros para no

desequilibrarme, y le planto un beso en los labios.

Después, doy un paso atrás, roja como un tomate, aunque decidida a mirarlo a los ojos. Al fin y al cabo, ha dicho que no me retracto. Shin se recupera rápidamente. Alarga el brazo, me coge la mano y tira de mí hasta que me tiene entre sus brazos, y entonces me besa. Su corazón late rápido contra el mío. Le rodeo el cuello con los brazos y le devuelvo todos y cada uno de los besos con el mismo fervor.

Cuando por fin nos separamos, el amor que veo en sus ojos me roba el aliento.

—El señor Grulla se equivocaba —dice—. Me dijo que, cuando el hilo rojo del destino se creara, sabrías cómo romper la maldición.

Mientras miro a Shin, caigo en la cuenta de algo.

—No creo que se equivocara.

Shin frunce el ceño ligeramente.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo que hacer una cosa, tengo que ir a un sitio. ¿Me esperarás aquí? ¿Confías en mí?

Al principio no me responde, mientras me observa con sus ojos oscuros como el mar. Luego sonríe, con un ligero movimiento de los labios.

—Con toda mi alma.

Vuelvo corriendo y cruzo el jardín, el salón y los patios —no veo al Dios del Mar por ningún lado— y bajo la gran escalinata. El corazón me late desbocado en el pecho. Siento como si tuviera a mi alcance todas las respuestas a mis preguntas.

Giro hacia el callejón en el que vi por última vez a la Diosa de la Luna y la Memoria, con su santuario incrustado en la hornacina. El cuenco que hay ante la lápida está vacío de ofrendas, así que coloco el puñal de mi tatarabuela en el centro. Luego, cojo el pedernal y golpeo con él el eslabón, salta una chispa que recojo con un trozo de papel y que utilizo para encender las varillas de incienso.

Doy un paso hacia atrás y susurro una plegaria. Cuando abro los ojos, la Diosa de la Luna y la Memoria está a mi lado.

Me observa desde las velas de sus ojos que, aunque es de noche, son tenues.

—¿No me temes? —pregunta, más curiosa que enfadada.

—No —contesto, y es verdad.

—Entonces, ¿no le tienes miedo a nada?

—Me dan miedo los bosques.

Enarca una ceja; es evidente que cree que me hago la graciosa.

—Cuando era una niña, me perdí en un bosque —le explico—. Estaba siguiendo a mi hermano mayor cuando vi un zorro y, al perseguirlo, me perdí. Durante mucho tiempo, fui incapaz de recordar cómo había salido de aquel bosque. Lo único que recordaba era el miedo que tenía… y los árboles desconocidos en la oscuridad.

La diosa cierra los ojos y me pregunto si estará reviviendo ese recuerdo conmigo.

—Me senté a llorar entre las raíces de un árbol durante horas. Tenía mucho miedo de que no me encontrara nadie, de quedarme sola en el bosque para siempre. Pero entonces la vi: una luz a través de las copas de los árboles. La luz de la luna se colaba entre las ramas e iluminaba un sendero que cruzaba el bosque. Fue la luz de la luna la que me guio de vuelta a casa.

La diosa abre los ojos para observarme; las velas que hay en ellos ahora brillan.

—Mi abuela siempre me decía que, aunque el sol, símbolo de nuestro gran emperador, proporciona luz y calor, es la luna la que vela por las mujeres y custodia la noche. Es la madre que nos protege a todos. —Cojo aire con calma—. Hicimos un trato, vos y yo. Compartí con vos un fragmento de mi alma. Lo justo es que, a cambio, me deis algo.

—¿Y de qué se trata?

—De un recuerdo. Mostradme lo que ocurrió hace cien años en un acantilado junto al mar. Mostradme qué le sucedió al Dios del Mar para que perdiera toda esperanza. Mostradme qué le sucedió al emperador de mi pueblo.

La diosa se saca de una manga un barquito de papel muy viejo, que

tiene los bordes arrugados. Parece como si una ráfaga de viento pudiera romperlo en pedazos. Me lo entrega.

Levanto la mano y toco sus alas de papel.

* * *

Vuelvo al acantilado del sueño del Dios del Mar. Pero, si entonces estaba al borde del acantilado, ahora no se le ve por ningún sitio.

Aquí se respira paz. El viento es fuerte, pero está despejado. En lo alto, el sol brilla sobre el mar espumoso, donde los barcos pesqueros ya han salido a las aguas del alba.

Me acerco un poco más al borde, tratando de descifrar las caras en los barcos, cuando la tierra se empieza mover bajo mis pies y caen rocas desde el acantilado al mar. Un batallón de guerreros a caballo se acerca a la colina. A la cabeza del grupo, a lomos de un impresionante caballo de batalla, va el Dios del Mar.

Sin embargo, algo no va bien. Lleva la armadura dorada salpicada de suciedad y rastros de sangre.

Un hombre acerca su corcel a la altura de la del Dios del Mar. Lleva una coraza con un emblema que muestra un tigre rampante, lo que indica su rango como general de los ejércitos del emperador.

—¡Majestad! —grita el hombre—. Debéis huir antes de que sea demasiado tarde.

El Dios del Mar se quita el casco. Ya no tiene esa expresión con la que estoy familiarizada; la de estar perdido, apesadumbrado. Parece… fiero, como un líder. Sin dejar de mirar al general, deja caer el casco al suelo.

—No abandonaré a mis hombres. Me quedaré a luchar.

—Majestad —gruñe el general—, tenéis que vivir. Sois más que una persona. ¡Sois la esperanza de nuestro pueblo!

El Dios del Mar parece que quiere seguir discutiendo, pero entonces suelta una maldición. De repente, hace girar a su caballo.

Pero es demasiado tarde. El reducido grupo de hombres se ha quedado demasiado tiempo a descubierto. Un enemigo que les supera en número sube por el acantilado y acorrala a los guerreros contra el abismo.

La batalla que se libra es sangrienta, terrible. Los soldados se colocan en círculo en torno al Dios del Mar, pero van cayendo, uno a uno. En poco tiempo solo quedan el chico y su general.

Al darse cuenta de que la derrota se cierne sobre ellos, el general golpea con la espada el flanco del caballo del Dios del Mar. El animal relincha y luego huye de la batalla al galope.

Siento un atisbo de esperanza, que muere rápidamente cuando veo a un soldado enemigo que sale de su escondite detrás de una enorme roca. Encaja una flecha en su arco y estira la cuerda.

Suelta la flecha, que vuela, curva, por el aire.

—¡Cuidado! —grito, pero, claro está, nadie me oye. Nadie me ve. No es más que un recuerdo de una época pasada.

La flecha atraviesa el pecho del Dios del Mar.

Cae del caballo y aterriza a escasos centímetros del borde del precipicio. El enemigo retrocede. Han conseguido lo que se habían propuesto. Es inevitable. Una herida como esa es mortal.

Corro deprisa junto al Dios del Mar, con las manos por encima de él. Aunque pudiera alcanzarlo, no podría tocarlo. Nos separan cien años. La punta de la flecha, que sobresale por su espalda, está empapada de sangre. Se muere. El Dios del Mar me mira y, durante un instante, es como si me viera. Pero luego gira la cabeza, buscando con la mirada.

—¿Quién sois? —susurra.

Levanto la vista. Al otro lado de él se agacha…

—¿Sh-Shin? —digo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No me contesta. No me ve, igual que el Dios del Mar.

El Dios del Mar tose, con sangre entre los dientes. Parece joven. Demasiado joven para morir.

—¿Por qué no me contestabais? —grita—. ¿Quién sois?

—No habléis —dice Shin, con una voz queda, tranquilizadora—. Os han atravesado los pulmones.

—¿Y me estoy muriendo?

—Sí.

El Dios del Mar cierra los ojos y una terrible tristeza vela sus rasgos.

Shin observa al chico, y yo a él. En este recuerdo parece distinto. Viste unos largos ropajes azules, parecidos a los que llevaba en la fiesta. Tiene el pelo más largo y recogido en un moño. En voz baja, murmura:

—Tenéis miedo.

El chico abre los ojos y una expresión feroz, llena de furia, se asoma a su rostro. Pero entonces gime, porque el dolor va en aumento. Se le nubla la vista.

—Tengo menos miedo a morir que a dejarlos solos.

Sus palabras me recuerdan a la pesadilla. Dijo: «Les he fallado. Les he fallado a todos».

De pronto, el chico agarra a Shin de la manga.

—Mi pueblo. ¿Quién cuidará de ellos cuando yo no esté? ¿Quién se asegurará de que estén a salvo?

Sus palabras son desesperadas; en sus labios burbujea la sangre.

—Yo lo haré.

—Vos… —El chico parece aliviado—. Sé quién sois. Mi padre me habló de vos. Me dijo que protegéis a nuestro pueblo y, que si alguna vez me encontraba en una situación desesperada, vos me ayudaríais. ¿Lo haréis ahora?

Se oye un sonido como de estrellas que cruzaran el cielo. Levanto la vista y veo al dragón por encima de nosotros, con una enorme perla en la garra izquierda.

Nunca he visto antes así al dragón. Sus escamas son de un azul intenso, deslumbrante. Sus bigotes son largos y blancos. E incluso se desplaza con mayor libertad por el aire; más dinámico, feliz. El dragón deja caer la perla, que explota formando una luz, y se transforma en

un par de alas monumentales de un azul plateado, que salen de la espalda de Shin.

El emperador mira a Shin, completamente maravillado.

—¿Quién sois?

—Soy el Dios del Mar.

«La perla de un dragón tu deseo cumplirá».

—Pedid un deseo.

—Deseo vivir.

34

De vuelta en el callejón, el barco se pulveriza y se me escapa de la mano en remolinos.

—Hecho —dice la diosa—. A estas alturas, el Dios del Mar y el emperador habrán recuperado el recuerdo de quiénes eran y quiénes son, y también la gente atrapada en el influjo del deseo.

Todavía siento el recuerdo en la piel, el aire cargado de sal, el movimiento del dragón por el aire, el Dios del Mar. Shin. Son el mismo ser. Para salvarle la vida al emperador, Shin le entregó su alma, el dragón. Ahora entiendo cómo podía compartir el hilo rojo del destino tanto con el emperador como con Shin; durante cien años, compartieron un alma.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunta la diosa—. El recuerdo solo te ha confirmado lo que ya sospechabas.

¿Cómo lo he sabido? Pienso en todas las piezas que he juntado hasta ahora: Shin, que perdió su alma y con ella sus recuerdos; el Dios del Mar, que más que un dios parecía un chico atrapado en una terrible pesadilla. Pero, sobre todo, lo sabía…

—Porque soy la prometida del Dios del Mar, y es a Shin a quien amo.

Después de una pausa, la diosa suspira.

—Bueno, admito la derrota cuando me vencen. Pero, sea quien sea el que lleve el alma del dragón, puede ser destronado. Apresúrate a volver con tu Dios del Mar, pequeña prometida. Hazle saber que pronto le espera una visita de la Diosa de la Luna y la Memoria.

Me fijo en la diosa. Tiene el rostro sonrojado y los ojos le brillan triunfales. Sin embargo, cuando le pedí ver el recuerdo, ya lo tenía consigo, esperando a entregármelo. En algún rincón de su corazón, quería que viera el recuerdo. Quería que descubriera la verdad.

—Si es poder lo que deseáis —digo—, hay una mejor manera de conseguirlo que luchando contra el Dios del Mar.

Enarca una ceja, con una expresión de incredulidad.

—¿Y qué manera es esa?

—No hay diosa más querida que la que protege a los niños. —Pienso en la joven madre que pidió su deseo junto al arroyo y en otras muchas que, antes y después de ella, pusieron sus esperanzas en el lugar equivocado: una diosa indiferente—. Y aunque he conocido a la Diosa de las Mujeres y los Niños… no he conocido nunca a una diosa más inadecuada para un cometido tan honorable.

—¿Estás diciendo que debería ser yo la Diosa de las Mujeres y los Niños?

—Con toda seguridad os proporcionaría el poder que buscáis. Porque, si es verdad que los dioses obtienen poder con el amor de su pueblo, entonces tendréis mucho, pues el amor que se da y se recibe de los hijos es el más poderoso del mundo.

La diosa me observa con una expresión de cautela.

—Pero ¿por qué crees que yo sería adecuada para ese cometido?

Pienso en mi abuela, que, cuando mis padres y mi abuelo pasaron a la otra vida, nos crio sola a mis hermanos y a mí. Pienso en Máscara, mi tatarabuela, tan fuerte, que me ha protegido y me ha guiado todo el tiempo que he pasado en el reino del Dios del Mar. Pienso en la diosa que tengo delante de mí, que protegió a Dai de los imugi, que vertió lágrimas por mi cuñada y por su hija, que me envió la luz de la luna para guiarme de vuelta a casa.

—Porque, como las mujeres de mi familia, tenéis la sabiduría de una grulla, el corazón de un tigre, y la bondad y el amor que solo una diosa que valora a los hijos puede tener. Ser una diosa tan querida es una carga pesada, pero creo que si hay alguien que puede soportarla, sois vos.

La diosa enarca una ceja; es un movimiento sutil, pero ahí está.

—Tu convicción es firme. Cuesta mucho contradecir tus palabras.

—Os lo pondré fácil —digo, girándome ya para irme y gritando por encima del hombro—. ¡Creed vos también en ello!

* * *

La ciudad está tranquila; el ambiente es parecido al que había cuando llegué al Reino de los Espíritus, pero sin la niebla. Se palpa la magia en el aire. Es como si la ciudad y todos sus fantásticos habitantes estuvieran conteniendo la respiración. Me paso el dorso del brazo por los ojos para retirar las lágrimas acumuladas. Empecé a llorar cuando me separé de la diosa y aún no he parado. Pero tengo que hacerlo ya. Tengo que ser fuerte, más fuerte de lo que lo he sido hasta ahora.

No sigo ningún hilo rojo del destino. El camino que sigo es el que conozco.

Me conozco esta ciudad y sus numerosas calles; los jardines, los canales, los callejones, la gente. La avenida principal que lleva hasta el palacio del Dios del Mar está vacía. Los portones están abiertos de par en par. Por última vez, subo los escalones y cruzo las puertas.

Me encuentro con Namgi y Kirin en el primer patio.

—¡Mina!

Namgi viene corriendo hacia mí y me da un fuerte abrazo. Yo lo abrazo igual de fuerte.

—¡Estáis aquí! —grito—. Tenía miedo de no volver a veros antes de…

—¡Mina, ha ocurrido algo extraordinario! —exclama Namgi. Se echa hacia atrás, y lo miro con detenimiento a la cara. Está alegre y sorprendido—. ¡Lo sabemos todo! ¡Lo del emperador, lo del Dios del Mar! ¡Shin es el Dios del Mar! ¿Te lo puedes creer?

—¿Dónde está? —le pregunto.

—En el salón. Hemos llegado justo antes que tú.

Kirin se acerca por detrás de Namgi; sus ojos astutos me observan con cautela.

—¿Qué ibas a decir, Mina? ¿Que no ibas a vernos antes de…?

Suelto a Namgi, y retrocedo un paso.

—Puede que hayamos recuperado nuestros recuerdos, pero seguimos sufriendo las consecuencias del deseo del emperador. Durante cien años, mi pueblo ha sufrido las tormentas; eso es cierto. Pero, además, por la ausencia del emperador, nuestro país se ha visto envuelto en

guerras constantes. Para poder conseguir una paz duradera, tenemos que conseguir que vuelvan con nosotros tanto el emperador como el Dios del Mar, y solo hay una manera de que eso ocurra.

Kirin lo capta enseguida.

—Tienes que pedir un deseo.

—Pero… —Namgi nos mira a los dos—. Un deseo como ese es tan poderoso como el del emperador. Podría pasar cualquier cosa. Si pides el deseo de enviar al Dios del Mar y al emperador de regreso a donde pertenecen, es posible que, además de a Shim Cheong, a ti también te envíen de vuelta, porque ninguna de las dos os habéis convertido en espíritu.

—Es la única manera —digo en voz baja—. Namgi, una vez me preguntaste si era un ave o una prometida. Creo que soy las dos cosas y más. Aunque me gustaría creer que para ti soy una amiga.

—La mejor de todas —dice Namgi, aguantándose las lágrimas.

—Y, Kirin. —Me vuelvo hacia el soldado de ojos plateados, tan tranquilo y fiel—. En lo que respecta a la seguridad y el bienestar de Shin, no confío en nadie más que en ti. Eres el compañero más digno de confianza que puede haber.

—Es un honor —dice Kirin en voz baja.

Antes de derrumbarme del todo, les doy la espalda y salgo disparada por las puertas más cercanas. En el patio justo antes del salón del Dios del Mar, me encuentro con el dragón. Ocupa todo ese enorme espacio; su cuerpo inquieto golpea las paredes. Cuando me ve, se queda inmóvil.

Sigo mi camino, mientras la enorme bestia y yo no dejamos de mirarnos. Sus ojos oscuros como el mar me resultan familiares, y me envuelve una sensación de seguridad y calidez. Al caminar entre sus patas, paso por debajo de sus inmensas fauces. El calor del aliento del dragón me calienta la coronilla.

Una vez he pasado por delante, me doy la vuelta y alargo la mano. El dragón levanta una de sus garras y me coloca con suavidad la perla en la palma de la mano. Es del tamaño de un guijarro. Cierro el puño y recorro a toda prisa los pocos pasos que me separan del salón del Dios del Mar.

—¡Shin!

Está desplomado en el suelo en mitad del salón. Corro hacia él y me arrodillo a su lado.

—Ahora sabes la verdad —me dice— de quién soy y de lo que he hecho. Soy el Dios del Mar. Soy el que recibe y nunca da. —Tiene la voz impregnada de una amarga congoja.

Lo siento en el alma por él. Durante cien años, su pueblo ha sufrido; el pueblo que juró proteger. Para Shin —inquebrantable, fiel, dedicado— tiene que ser la mayor traición a su alma.

—No —digo con firmeza—. Fuiste tú el que salvó al emperador. Le entregaste tu alma cuando se estaba muriendo, el alma de un dios. Sabías que solo ese enorme poder podía salvarlo.

—Lo recuerdo —susurra, volviéndose hacia mí—. En un acantilado junto al mar, pidió el deseo de vivir. —Me mira, vulnerable y sorprendido, y me doy cuenta de que tenemos la misma fe el uno en el otro—. ¿Y ahora qué, Mina?

Levanto la mano entre los dos y la abro poco a poco para enseñarle la perla que hay dentro.

—He pedido un deseo: que el emperador y tú recuperéis el lugar que os corresponde.

—¿Y tú? —pregunta en voz baja—. En la historia del leñador y la doncella celestial, a ella la enviaban de regreso al lugar que anhelaba, con su familia. ¿Eso es lo que quieres?

Se me rompe el alma. Porque sus palabras invocan un anhelo que llevo dentro. Quiero ver a mi familia, a mi abuela y a mis hermanos, saber que están todos bien, despedirme como es debido. Quiero trabajar con la gente de la aldea para plantar nueva vida en los campos, para construir hogares duraderos. Quiero ver crecer los árboles bien altos. Quiero ver a mi cuñada dar a luz a una niña sana. Pero, con la misma fuerza que quiero todo eso, quiero a Shin por encima de todo.

Lo amo.

—Un año —digo—. Ven a verme dentro de un año y hazme la misma pregunta.

Shin vuelve a mirarme y en sus ojos veo todas las palabras que no es capaz de decir: que me ama, que quiere que me quede, pero que le acaban de devolver su alma y tiene que descubrir por sí mismo cuál es su cometido como Dios del Mar.

—Espérame —dice— donde se unen la tierra y el mar.

La perla comienza a brillar en la palma de mi mano, cálida al tacto. Shin me coge la mano entre las suyas y aprieta con fuerza.

—Deseo que el mundo sea como debería ser —susurro—, que el emperador recupere el lugar que le corresponde, y que Shin vuelva a ser quien era: el Dios del Mar y el protector de nuestro pueblo.

Lo último que oigo es la voz de Shin que me llama.

«Te amo. Espérame donde se unen la tierra y el mar».

35

Me despierta la luz del sol en los ojos . Estoy tumbada junto a la orilla del estanque que tenemos en el jardín familiar; Shim Cheong está mi lado. Todo parece estar igual que hace un mes. Las macetas de barro delimitan la parte trasera del jardín, llenas de semillas de soja que fermentan para el invierno. Los patos que están anidando graznan desde los juncos. Al fondo del jardín está mi hogar, con su techo de paja y sus paredes de madera.

Se abre la puerta trasera.

—¡Mina! —Mi abuela cruza el jardín corriendo, Joon la sigue de cerca. Me pongo en pie como puedo, justo a tiempo de recibirla cuando me abraza—. Ay, Mina, mi amor, mi nieta querida.

La abrazo fuerte y lloro sin parar. A nuestro lado, Joon se reencuentra con Cheong y la besa con efusividad.

Desde la casa vienen corriendo Sung y Soojin. Mi abuela me suelta, y mi hermano mayor me envuelve en su abrazo. Luego Soojin me abraza con delicadeza; huele a hibisco y a las peras que debía de estar pelando hace solo unos minutos. Y después paso a los brazos de Joon, y quizá sea por los recuerdos de cuando solía consolarme cuando era pequeña, cuando me raspaba la rodilla, cuando los niños de la otra aldea se burlaban de mí por mis modales bastos, pero el caso es que empiezo a sollozar con grandes hipidos.

Me siento muy aliviada de que estén a salvo.

Más tarde les contaré lo sucedido en el Reino de los Espíritus, cómo salté al mar y cómo desperté en un mundo de niebla y magia.

Le contaré a mi abuela que conocí a su abuela, que se hacía llamar Máscara y que me ocultaba su rostro, porque sabía que si la veía, sabría quién era. Y les hablaré a todos del abuelo, de cómo protege a Miki, sin apenas perderla de vista. Les describiré a Soojin y a Sung lo feliz que es Miki, y cómo tiene la personalidad risueña de Sung y la inteligencia y la belleza de Soojin.

Les hablaré de Namgi, Kirin y Nari, y de Shiki, Hyeri…

Y de Shin. Lo alto que es, pero sin resultar amenazante, y lo honorable que es. Cómo me salvó una y otra vez, tanto como él mismo como con la apariencia de dragón. Y lo mucho que lo amo.

Pero, ahora mismo, no les cuento nada de eso.

Pasado un rato, nos separamos, y de pronto Cheong grita:

—¡Mira, Mina!

Miles de flores de loto totalmente abiertas hacen resplandecer todo el estanque de rosa y oro, como enormes estrellas caídas del cielo.

* * *

Pensaba que los cambios se producirían gradualmente, pero durante las semanas posteriores a mi regreso las consecuencias de mi deseo repercuten en todo el territorio. En los lugares donde las tormentas habían arrancado los árboles de cuajo, brotaron arbolillos de la noche a la mañana. En el interior del país, donde las sequías habían vaciado los arroyos y los ríos, brota el agua y llena los canales vacíos, que poco después se llenan de peces y aves. Y, lo más sorprendente, desde el norte, devastado por la guerra, se extiende el rumor de que cuando se intenta utilizar un arma con ánimo de hacer daño, esta se convierte en polvo.

Y por todos lados ocurren pequeños milagros. Los vecinos trabajan codo con codo para recuperar la tierra, siembran cosechas y comparten el tiempo y la mano de obra. Los niños pequeños de mi aldea ayudan a los ancianos a descansar bajo la sombra de los altos pinos, mientras juegan junto al riachuelo de agua clara. Todas las semanas llevo a un grupo de mujeres al bosque y buscamos raíces, recolectamos hierbas y bayas. A veces nos adentramos tanto en el bosque que se nos hace de noche; pero no tenemos miedo, porque siempre aparece un sendero de luz de luna que nos guía de vuelta a casa.

Sin embargo, del milagro más extraordinario solo me enteré un mes después de mi regreso. Llega un emisario real desde la capital. Se sube a un barril al lado del pozo de la aldea, y entrega el mensaje, que más que un anuncio es un cuento extraordinario: el emperador, que desapareció hace cien años, ha aparecido como por arte de magia en

las escaleras de palacio, sin haber envejecido ni un solo día.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —pregunta el más anciano de la aldea, poniendo voz a nuestra sorpresa.

—No tiene recuerdos de donde ha estado —contesta el emisario—. Pero muchos creen que estaba en el Reino de los Espíritus, ¡protegido durante cien años por el Dios del Mar en persona!

Los habitantes de la aldea se quedan sin aliento y, claro, se giran para mirarnos a Cheong y a mí, que estamos al fondo de la multitud. Me pregunto cómo tiene que ser para el emperador haber despertado de un hechizo de sueño después de cien años, sin acordarse de nada del tiempo que pasó como Dios del Mar. Para alguien a quien le gustan tanto las historias, ahora forma parte de una de las más importantes.

—Ha recuperado su palacio con la ayuda de los bisnietos de sus antiguos seguidores —continúa el emisario— y, en este mismo momento, está trabajando para restaurar la paz y el orden en el territorio.

Esta maravillosa noticia provoca una gran ovación.

Tras el anuncio del emisario, muchos vecinos se acercan a Cheong para agradecerle su gran gesta, y ella me mira con resignación. Me encojo de hombros y le sonrío.

A los pocos días de nuestro regreso, nos dimos cuenta de que muchos de nuestros vecinos creían que era Shim Cheong la que había acabado con la maldición que pesaba sobre el Dios del Mar, ya que era la última prometida enviada… y la única, aparte de mí, que había vuelto. Al principio, horrorizada, intentaba corregir a los muchos que la felicitaban, pero le dije que me daba igual. Y es verdad, me da igual. Al fin y al cabo, en la última historia que le conté al Dios del Mar su prometida era Shim Cheong.

Pasan las estaciones, y al llegar la primavera, Sung y Soojin dan la bienvenida al mundo a un bebé. Su bisabuela la llama Mirae, en honor a su brillante futuro.

Cuando la primavera da paso al verano, comienzo a caminar por la playa. Mi familia se da cuenta y, adivinando el motivo, inician los preparativos de mi partida. Mi abuela y mis hermanas me cosen un vestido precioso con telas sacadas de sus propias prendas; lo hacen en mi honor y para que las recuerde. Mis hermanos me diseñan una daga —Joon le talla una urraca en la empuñadura— que acompañe al puñal

de mi tatarabuela.

Exactamente un año después de volver al mundo de arriba, aguardo en la playa, con mi familia alrededor, cuando se pone el sol y sale la luna. Shin no aparece. Al día siguiente, vuelvo a la playa, y al otro, y al otro, hasta que soy yo la única que espera día tras día junto al mar, mientras el verano se convierte en otoño.

Al principio, la confusión me nubla la mente; luego, pongo en duda que me quisiera; y, después, lo entiendo todo. Porque si el emperador perdió la memoria cuando recobró su alma, a Shin le habrá pasado lo mismo.

* * *

El otoño da paso al invierno, y a la primavera siguiente regresa el mismo emisario, y nos sorprende a todos anunciando que el emperador planea viajar a nuestra pequeña aldea para celebrar el aniversario de su milagrosa vuelta. Tendrá lugar una fiesta en honor del Dios del Mar, primero en la aldea y después en los acantilados junto al mar; y los aldeanos lo celebran con regocijo.

No tardan en llegar caravanas desde la capital, que traen a nobles y a damas de la corte, cuyos sirvientes montan unas complejas tiendas de campaña en los campos, para emoción de los niños y quejas de los ancianos.

Durante semanas, toda la aldea se prepara para la llegada del emperador, se cuelgan farolillos en los aleros de los edificios de la plaza de la aldea y entre las ramas de los árboles que bordean el sendero que conduce a los acantilados.

Los fogones están encendidos hasta altas horas de la noche, y el sordo golpeteo del hierro contra la madera se oye de sol a sol, mientras se reparan los tejados y se construyen nuevos edificios para alojar a los cientos de mercaderes y artesanos que acuden en masa a nuestra aldea con la esperanza de seducir a los nobles.

Se restaura con su antigua gloria el templo costero dedicado al Dios del Mar, y la aldea le encarga a un artista que pinte en la pared el mural de un dragón, rodeado de noventa y ocho flores de loto, para homenajear a todas las prometidas sacrificadas para salvar a nuestro

pueblo.

Trabajar duro me hace sentir nostalgia de la magia del Reino de los Espíritus, pero también es una buena distracción para cuando me invaden pensamientos tristes, con ese anhelo que siento como una astilla clavada en el corazón.

La mañana previa al día de la fiesta, se escucha un gran revuelo delante de nuestra casa. Cheong y yo levantamos la vista desde la chimenea, junto a la que estamos sentadas cortando las raíces de los brotes de soja.

—¿Qué es eso? —pregunta Cheong.

Escucho con atención.

—¿Artistas de circo?

—A lo mejor es el hijo mayor de Kim otra vez —bromea Cheong—. Está empeñado en pedir tu mano.

Le tiro un brote de soja.

—¡Solo tengo dieciocho años! ¡No me casaré, por lo menos, en los próximos diez años!

Se abre la puerta y entra Joon a toda prisa. Observamos cómo se apoya contra la puerta, jadeando. Abre la boca y la vuelve a cerrar. La vuelve a abrir. No dice una sola palabra.

—Joon, amor mío —le dice Cheong, paciente—. ¿Quién ha venido de visita armando todo ese jaleo? ¿Son tambores lo que oigo?

—El emperador —responde Joon, sin aliento—. Ha llegado el emperador.

Cheong se levanta de golpe, con los ojos como platos.

—¿A la aldea?

—¡A nuestra casa! Está en la misma entrada.

Parece que el tiempo se ralentice. Las voces emocionadas de Cheong y Joon se convierten en murmullos inconexos. Cheong corre a decírselo a mi abuela y a Soojin, mientras Joon entra corriendo en el jardín a avisar a Sung. Bajo la vista y veo que el brote de soja que tenía en la mano se me ha quedado aplastado en la palma.

Nos reunimos en el pequeño patio de nuestra casa. Sung y Soojin delante, con Mirae en brazos, después Cheong y Joon, luego mi abuela y, por último, yo.

Nuestra sirvienta, una anciana que hemos contratado tras nacer Mirae, abre las puertas. El emperador cruza a grandes zancadas nuestro pequeño portón de madera. Intento reconocer en él al Dios del Mar, aquel chico asustado y afligido; pero ya no está. Este hombre, de espalda recta y porte orgulloso, es como el joven de mi recuerdo; el que se enfrentó a la muerte en un acantilado solitario y pidió el deseo de vivir. Nos mira de arriba abajo. Cruzamos la mirada y agacho la cabeza enseguida.

Oigo que Sung se acerca a él.

—Majestad, nos honráis con vuestra presencia.

Como el emperador no habla, Sung continúa con timidez:

—¿Puedo ofreceros algo de beber?

—No —contesta el emperador, e incluso su voz suena distinta, más profunda e imperativa—. Por favor, presentadme a vuestra familia.

Sung duda solo un instante.

—Estas son mi esposa y mi hija.

Oigo las pisadas de sus botas.

—Mi hermano y su esposa, Shim Cheong. Quizá haya oído que…

El emperador debe de hacer algún gesto de impaciencia, porque siguen con el recorrido.

—Mi abuela —dice Sung.

Se detienen delante de mí.

—Y mi hermana.

Bajo la mirada a los zapatos del emperador.

—¿Cómo te llamas?

Trago saliva. ¿Por qué está aquí? No debería recordarme. Para él soy una extraña. Me coge la barbilla con la mano y me levanta la cabeza.

—Majestad —digo—. Me llamo Mina. Soy la hija de la familia Song.

—Mina —repite el emperador, con esa voz tan profunda y desconocida—. ¿Quieres dar un paseo conmigo? ¿Por el jardín, quizá?

Miro a mi familia; me están observando todos con ojos desorbitados.

—Por supuesto, Majestad.

Nos dirigimos al jardín, con él delante. Es distinto de mi Dios del Mar. Tiene la espalda más ancha y la altura de un guerrero. Lleva una espada al costado y el pelo más largo. En mi interior nace un extraño anhelo de mi Dios del Mar. Me doy cuenta de que ya no existe. Pensar en eso me hace llorar.

El emperador se vuelve. Se queda callado mirando cómo lloro. Espero ver confusión en su rostro, quizá desagrado. Pero parece… casi aliviado, como si mis lágrimas resolvieran una duda que tenía en la cabeza.

—Mina, te pido disculpas por venir a verte así. Me doy cuenta de que esto tiene que resultarte muy… inesperado. Es que… tenía que verte. La verdad es que… —Veo cómo se le mueve la nuez en la garganta. Está nervioso—. La verdad es que sueño contigo.

Parpadeo.

—Que… ¿qué?

—Tengo pesadillas. Un recuerdo de… de soledad. De una terrible impotencia contra un destino abrumador. Lo único constante eres tú. Apareces en todos mis sueños y me muestras el camino para salir de la oscuridad.

El emperador me coge la mano y la besa. Sus labios son cálidos al contacto con mi piel. Sus ojos, cuando se cruzan con los míos, son los del Dios del Mar. Como mi Dios del Mar, ese muchacho perdido, que hasta este momento no sabía que echaba tantísimo de menos.

—¿Quieres casarte conmigo, Mina? ¿Quieres ser mi esposa?

* * *

Más tarde, aquella misma noche, Joon y yo damos un paseo por el jardín. En el último año no hemos pasado mucho tiempo juntos, los dos solos. Ahora Joon ha formado una familia, con Shim Cheong y su padre, y algún día con hijos, si tienen esa dicha. Y aunque me querrá siempre, tiene que pensar primero en ellos. Como debe ser.

Joon suspira.

—No me creo que esté aquí el emperador. En nuestra casa. Y que quiera casarse contigo.

—Es… bastante increíble —digo.

Me da un empujoncito con el hombro.

—Y tú vas y le dices: «Dejad que me lo piense esta noche». Mi hermana, diciéndole nada menos que al emperador de nuestra tierra que se pensará su propuesta.

Joon suelta una risita y añade por lo bajini:

—Aunque reconozco que me sabe mal por el hijo mayor de Kim.

Nos dirigimos hacia el estanque, y caminamos relajados por la orilla. Estamos los dos callados, pensando cada uno en nuestras cosas. Los patos nadan en círculos, lentamente. Cuando una nube cruza por delante de la luna, bostezo.

—Vamos dentro.

—Espera —dice Joon, para retenerme. Tiene una expresión intranquila.

—No te preocupes —digo—, no tomaré una decisión precipitada. Seré yo quien elija casarme o no con el emperador. Nada ni nadie puede obligarme.

Niega con la cabeza.

—No, no es eso… —Mira a los patos del estanque—. Supongo que la mayoría de los hermanos serían felices de tener una hermana emperatriz. Y me alegro por ti. O, por lo menos, me alegraría si…

Aparta la vista del estanque para mirarme; sus ojos me examinan.

—¿Qué quieres decir, Joon?

—Este último año, desde que…

Desvío la mirada, y él no termina la frase.

—Intentas ocultarlo —susurra—, pero es como si te estuvieras alejando de nosotros. Mina, yo solo… quiero que seas feliz. ¿Él te hará feliz?

—Vosotros me hacéis feliz. Los patos del estanque me hacen feliz. El cielo despejado, el mar en calma, la paz duradera. Todo eso me hace feliz.

—Y si eres feliz, ¿por qué lloras?

Me llevo las manos a los ojos, y acaban húmedas.

—No lo sé. Creo que lloro mucho. Tengo unos ojos débiles.

Mi hermano me estrecha entre sus brazos.

—O un corazón fuerte.

Escondo la cara en su hombro, llorando sin parar, con un dolor insoportable.

* * *

De madrugada, me encamino a la playa. Nubes negras se ciernen sobre el agua. A lo lejos, mar adentro, hay una tormenta. El año pasado hubo numerosas tormentas, pero ninguna causó daños. Traían lluvia para las cosechas y mantenían llenos nuestros ríos y arroyos. Y la gente quiere a los dioses y les da las gracias, sobre todo al Dios del Mar.

«Espérame —dijo— donde se unen la tierra y el mar».

«Pero te he esperado, día tras día durante un año, y no has venido. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo puedo seguir adelante, con esta espera, cuando sé que nunca vendrás?».

Nos separa la distancia, nos separan mundos. Nos separa la memoria.

—Shin. —Su nombre es una plegaria, un ruego.

Le doy la espalda al mar y vuelvo sobre mis pasos de regreso a casa; allí me tumbo en mi camastro con lágrimas en los ojos, y me despierto horas más tarde con el estruendo de los tambores y el silbido de una flauta de bambú. Acaba de empezar la fiesta del Dios del Mar.

36

Por la mañana, los niños corren hacia el arroyo de la aldea y ponen sus barquitos sobre el agua. Luego empieza todo un día entero de festejos, música, comida y risas. Cheong y yo nos detenemos a ver a una talentosa intérprete que, acompañada de un hábil tamborilero, canta la historia de La prometida del Dios del Mar para un público embelesado. Me sorprende descubrir que la historia que cuenta tiene muchas similitudes con la que yo le conté al Dios del Mar en el salón. Eso hace que me pregunte cuánto hay de estas leyendas arraigado en la tierra y en su gente; una conciencia que compartimos y en la que todos creemos.

Cheong y yo exploramos los puestos de los mercaderes, donde compra un palito con un taco de miel para Mirae y unas castañas asadas que nos repartimos. Sin embargo, al cabo de un rato, empiezo a notar algo extraño. Para variar, la gente con la que nos cruzamos por la calle, incluso los nobles distinguidos y distantes, parecen obviar por completo a Shim Cheong. En cambio, es a mí a quien se quedan mirando, sin ningún disimulo.

Cheong para a una de las niñas de la aldea. Reconozco de inmediato a Mari, la primita de Nari.

—¿Qué pasa? —le pregunta—. ¿Por qué está todo el mundo mirando a Mina? ¡Habla!

Mari sonríe con cierta complicidad, y ese gesto le confiere en ese momento un aspecto tan parecido al de su prima mayor que me da un vuelco el corazón.

—Dicen que el emperador le ha pedido matrimonio a Mina. Ayer, cuando visitó vuestra casa. ¿Es verdad?

—Aunque fuera verdad, es una falta de respeto difundir rumores. Toma, cómprate algo. —Cheong le lanza una moneda.

—Si es verdad no es un rumor —dice Mari, descarada, mientras se mete la moneda en el bolsillo, pero sin olvidarse de hacernos una reverencia antes de salir pitando para volver con sus amigas.

Cheong me observa con detenimiento. Nadie de mi familia me ha preguntado cuál será mi respuesta a la propuesta del emperador, pero la abuela afirma que yo jamás aceptaría un enlace tan desigual:

—Él no es más que un emperador; Mina ha estado ligada a un dios.

Y Soojin le dice en voz baja, a su manera amable y discreta:

—Pero ¿no sería bonito que Mina formara su propia familia? Y quizá él podría ayudarla a pasar página…

A última hora de la mañana, los asistentes a la fiesta regresan a sus casas a prepararse para la ceremonia que culminará los festejos, cuando toda la aldea, los nobles que la visitan e incluso el emperador se dirigirán lentamente a los acantilados que dan al mar. Allí el emperador rendirá pleitesía al Dios del Mar y le pedirá protección para su tierra y para su pueblo durante un año más.

Ya llevo puesto el vestido que me han cosido mi abuela y mis hermanas: la falda de un amarillo intenso y la chaquetilla rosa con los pétalos de un loto. Mientras me ato el último regalo —mi daga— a la cintura, salgo al jardín a esperar. En las aguas claras del estanque, los pequeños renacuajos descansan sobre los guijarros.

Cuando Joon y yo éramos pequeños, solíamos coger renacuajos con un cubito de madera en el arroyo que hay junto a la casa. Los cogíamos y metíamos los dedos en el agua para sentir su cuerpecillo suave y resbaladizo. Los soltábamos poco después de haberlos cogido. Joon, siempre amable y bondadoso, nunca los retenía mucho rato.

Oigo unas pisadas suaves. Es mi hermano, que viene a por mí.

—Joon —le digo, volviéndome—, ¿es la hora…?

Me quedo sin palabras. Delante de mí está la Diosa de la Luna y la Memoria. Estoy boquiabierta.

—¿Que hacéis aquí?

Lleva una túnica blanca y una chaqueta holgada de color rojo, y el pelo recogido en la nuca en un moño sencillo. Me observa con esos ojos de velas que solían infundirme terror. Ahora solo siento una serena calidez.

—Shin vino a verme —dice.

Retrocedo de golpe.

—¿Qu-qué?

—Es extraño —continúa la diosa, inconsciente o inmisericorde con los latidos desbocados de mi corazón—. No debería tener recuerdos de ti y, sin embargo, pasea por su palacio en silencio. Nada le proporciona felicidad y su alma llora. Está peor que cuando el emperador era el Dios del Mar. No hay nada que lo consuele.

Se me parte el corazón.

—¿Por qué me decís esto ahora?

—Porque, como sugeristeis, he asumido el papel de Diosa de las Mujeres y los Niños. ¿Sabéis que significa eso?

Niego con la cabeza.

—Significa que todo aquel que alguna vez me temió, ahora me quiere. Incluso Shin, mi mayor enemigo, me adora. Ahora me conoce como la diosa de la maternidad y de los niños. Ahora sabe que soy una diosa amable, atenta y generosa. Dime, Mina, ¿cómo iba a ser cruel con alguien que me quiere?

—No lo sé. ¿Podéis serlo?

—Es… extraño. Cuando me temían, lo despreciaba todo y a todos. Pero ahora que me quieren, no soporto ver que aquellos que me quieren sufran un solo instante de dolor. La culpa es tuya, Mina. Me convertiste en una diosa compasiva.

La miro, con el alma en vilo.

—¿Qué habéis hecho?

—¿Lo has olvidado? Puede que sea la Diosa de las Mujeres y los Niños, pero también soy la Diosa de la Luna… y la Memoria.

Una ráfaga de viento levanta los pétalos del peral que habían caído al suelo. Empiezan a girar en torno a la diosa.

Trastabillo hacia delante.

—¡Esperad!

Desaparece en un suspiro.

—¿Mina? —Cheong sale de la casa, echando un vistazo al jardín—. ¿Estás bien? He oído voces.

—Cheong, yo…

Sung y Soojin entran corriendo en el jardín por detrás de ella.

—¡Mina, Cheong! —nos llama él, sin aliento—. El emperador ya ha llegado a la cima de los acantilados. ¡Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde!

Cheong parece querer hablar más conmigo, pero Mirae, atada a la espalda de Soojin, empieza a llorar, y Cheong corre a calmar a la criatura, y con un gesto teatral le regala el taco de miel que le había comprado en el mercado.

Mi familia se apresura a unirse al último grupo de aldeanos. Sung y Soojin con Mirae, la abuela, Cheong y Joon suben hacia los acantilados.

Al principio voy a su ritmo, pero al cabo de un rato ralentizo mis pasos, con la mente distraída por la brisa que corre entre los árboles y, de repente, me encuentro sola en el sendero.

Es una ascensión familiar, que solía hacer a menudo cuando era más joven. Recuerdo correr hasta la cima, casi sin aliento del cansancio y la expectación. Hay un punto en el que el sendero se hace más empinado, y cuesta trabajo dar los últimos pasos; pero merece la pena, porque una vez alcanzo la cima, está allí, esperándome.

El mar. El agua se extiende hasta el horizonte, con una belleza incomparable que me llena el corazón de una alegría infinita; por un lado, me arraiga a este momento, pero, por el otro, me anima a marcharme a un mundo muy lejano de este, al lugar en el que anhelo estar.

Estoy tan prendada de su hechizo que casi me pierdo las caras de la gente que está en el borde del sendero, nobles y aldeanos por igual. Se hallan a ambos lados de una alfombra de hierba, al final de la cual espera el emperador.

Me viene a la cabeza mi primera noche en el Reino de los Espíritus, cuando el hilo rojo del destino me llevó hasta el Dios del Mar. Y me doy cuenta de que, al igual que entonces, estoy destinada a recorrer el camino que lleva a él.

Los vecinos me miran curiosos, los nobles con expresiones de confusión. Deben de pensar que el emperador se ha equivocado al pedirle matrimonio a una chica cualquiera de una insignificante aldea costera.

En la última historia que le conté al Dios del Mar, ¿en qué pensaba Shim Cheong cuando subía a la flor de loto y se casaba con el emperador? Pasaba de ser una campesina a gobernante del país.

La verdad es que no saltó al mar para convertirse en emperatriz. Saltó al mar porque quería a su padre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Las cosas extraordinarias no se hacen nunca con sensatez o con lógica, sino porque es la única manera de que tu alma respire.

El destino puede tomar muchos caminos. Por ejemplo, el que tengo delante me lleva al emperador. Puedo tomar su mano y convertirme en su esposa. O puedo seguir el sendero de regreso a la aldea, al lugar donde se encuentran la tierra y el mar, donde ahora sé que me espera mi corazón.

¿Cuál es mi destino? ¿Cuál es el destino al que me aferraré con ambas manos y que no soltaré jamás?

El emperador debe de percibir mi indecisión porque da un paso adelante.

Algo de gran tamaño pasa por encima de nuestras cabezas y proyecta una enorme sombra sobre el acantilado. La multitud estalla en gritos y caos y, por todos lados, cortesanos y aldeanos, en su precipitación, tropiezan y caen al suelo.

El dragón baja del cielo y aterriza en la hierba. De inmediato, empieza a brillar con una luz radiante, y con el cuerpo levanta una fuerte ráfaga de viento.

Se me deshace la trenza y el pelo me empieza a azotar el rostro con fuerza.

El brillo del dragón se disipa. Donde estaba el dragón, ahora está…

El Dios del Mar.

Tiene un aire majestuoso; lleva su indumentaria azul claro con el símbolo del dragón cosido en plata sobre el pecho. Tiene todo el aspecto del Dios del Mar, el poderoso dragón del mar de Oriente; y también tiene todo el aspecto del señor Shin de la Casa del Loto, el

que aceptó una piedrecita como alma.

—Mina —dice, con una voz llena de anhelo, esperanza y amor—. La prometida del Dios del Mar.

Y me río, recordando cuando nos conocimos, cómo incluso entonces me llamó prometida del Dios del Mar.

—No, Dios del Mar —dice una voz por detrás de nosotros—. Es mi prometida.

Me vuelvo hacia el emperador de mi pueblo y advierto, igual que antes, los cambios que se han producido en él; no solo en su porte y su confianza, sino también los pequeños cambios que comporta llevar despierto dos años tras haber dormido cien. Ya no es un chiquillo, sino un joven. Pese a ello, noto que le tiembla la espada en la mano. Al fin y al cabo, para el emperador, el Dios del Mar no es solo un dios, es también el protector de su pueblo. Me invade la ternura. Me protegería incluso del dios que más quiere en el mundo.

En cuanto a Shin, se acuerda de mí, seguro, porque se aparta, sabiendo que seré yo quien responda a nuestro emperador.

—Majestad —digo, apretando mi mano contra la suya como hice aquella noche en el salón del palacio del Dios del Mar, cuando el hilo rojo del destino se desvaneció entre nosotros, un destino que ninguno de los dos habíamos elegido—. Vuestros sueños son reales. Son los recuerdos del tiempo que pasamos juntos en el reino del Dios del Mar, donde vos erais el Dios del Mar y no había emperador. ¿Os acordáis?

Baja la espada.

—Lo… —Una mirada de asombro se asoma a su rostro—. Lo recuerdo.

—Si recordáis algo, acordaos de esto: yo os salvé.

Las lágrimas comienzan a rodar por su rostro.

—Lo recuerdo. Estuve perdido durante mucho tiempo. Me encontraste. Te debo la vida, Mina. Te lo debo todo.

Niego con la cabeza.

—No me debéis nada. Solo, quizá, este momento. Ya no me necesitáis. Es hora de dejarme marchar.

Una expresión de dolor se refleja en los rasgos del emperador. Creo

que puede que siempre haya una conexión entre nosotros. Nuestras historias se han entrelazado de manera inextricable. Y, aunque soy dueña de mí misma, quiero que esto también lo elija él. Solo entonces puede empezar de verdad esta historia.

Se queda callado un instante, con la vista fija en mí. A final, susurra:

—Gracias.

Es suficiente.

—Dentro de unos años —dice en voz baja— les contaré a mis nietos que, mucho tiempo atrás, me salvó una diosa.

—¿Una diosa? —me río—. Una chica, quizá.

El emperador se lleva las manos al estómago y me hace una reverencia. Y luego otra al Dios del Mar, y, tras una última mirada prolongada, recorre la gran alfombra de hierba hacia su destino.

Me vuelvo y corro a los brazos de Shin. Ahora se me saltan las lágrimas.

—Más que donde se encuentran la tierra y el mar, esto es más bien donde se encuentran la montaña y el cielo.

Me abraza más fuerte.

—Estés donde estés, te encontraré.

—Te lo pondré más fácil. Porque estaré justo aquí. Contigo.

—Eso lo hace todo más fácil. —Se ríe y su aliento me hace cosquillas en la oreja. Luego, muy bajito, con un deje de duda en la voz, me dice —: ¿Te hará feliz ser la esposa de un dios?

La pregunta me trae recuerdos de hace dos años, cuando le preocupaba que no fuera feliz, separada de mi familia, viviendo una vida extraña e inmortal en el reino del Dios del Mar.

Me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Retiro lo que dije antes. —Frunce el ceño y noto que se le tensan los brazos—. A veces tendremos que estar separados. Al fin y al cabo, querré visitar a Hyeri y salir a pasear con Nari por la ciudad. No es bueno para el resto de tus amigos que estemos juntos todo el tiempo. ¿Qué ha sido de Kirin y de Namgi? —Me viene algo a la cabeza—.

¿También perdieron la memoria?

—No —dice Shin—, pero tenían miedo de que, si me hablaban de ti, se revirtieran los efectos del deseo.

—Pues gracias a la diosa. ¡No le teme a nada!

Shin me envuelve en sus brazos; el corazón le late muy rápido.

—Mina, te he echado tantísimo de menos…

Se separa tan solo para acercarse de nuevo y darme un beso. Por detrás de nosotros alguien tose sonoramente.

Me encojo de hombros y me vuelvo hacia mi familia al completo, que está a unos pocos metros, todos con una gran sonrisa en la cara.

Joon es el primero en acercarse y abrazarme. Cierro los ojos e intento grabar este recuerdo en la memoria, esta sensación de estar entre sus brazos una última vez.

—Y pensar —susurra— que todo esto empezó porque me perseguías. Te echaré de menos, Mina, mi hermana favorita.

Me burlo de él.

—Solo tienes una hermana.

—Sí, y es la persona más valiente que conozco.

Luego, uno tras otro, me despido de mi familia. Sung, Soojin y Mirae. La abuela. A ella la abrazo durante más tiempo. Será la última vez que los vea, quizá para siempre. Incluso cuando mueran, dentro de muchos años, podrían remontar el río hasta el cielo. Podrían coger el río hacia otra vida.

La última es Shim Cheong. Me arrastra a sus brazos.

—Mina —me dice—, gracias. Gracias por todo.

—No —respondo yo—. La verdad es que es a ti, más que a nadie, a quien debo darle las gracias. —Empieza a protestar, pero la abrazo con fuerza—. Tu historia se ha contado muchísimas veces, pero faltabas tú por contarla. Puede que yo saltara al mar para salvar a Joon, pero fueron tus dudas las que me dieron el valor. Con todo el mundo y todas las circunstancias empujándote hacia el Dios del Mar y hacia un destino que no habías elegido, echaste la vista atrás a aquello

querías. Y por eso, para mí, tú eres la prometida del Dios del Mar. La chica que, al salvarse ella, salva al mundo.

La abrazo durante un instante más y luego me separo.

—Mina. —Shin espera, con el brazo extendido hacia mí.

Le tomo la mano y, con una sonrisa, le digo:

—Vamos a casa.

Agradecimientos

La chica que se entregó al mar es, sinceramente, el libro de mi corazón, y estoy profundamente agradecida a todos los que me han acompañado en este largo y gratificante viaje. A mi agente, Patricia Nelson, cuya fe inquebrantable en la historia de Mina me dio el valor para superar los momentos difíciles y para apreciar de verdad los buenos momentos. A mi editora, Emily Settle. Ni en mis mejores sueños me imaginé una editora más perfecta que tú para este libro.

A mi genial diseñador de la cubierta, Rich Deas, y a Kuri Huang, artista de talento descomunal: gracias por crear la cubierta más hermosa que una autora pudiera imaginar.

Al equipo de Feiwel and Friends, especialmente a Starr Baer, Dawn Ryan, Michelle Gengaro y Kim Waymer: trabajar con todas vosotras es un sueño hecho realidad. Y al equipo de Hodder, gracias por recibir mi libro con tan cálido entusiasmo.

Acabé el primer borrador de La chica que se entregó mar mientras asistía al Máster en Creación Literaria de la Lesley University, y cuando leí en voz alta el primer capítulo durante la graduación, con mis mentores, mi familia y mis amigos entre el público, fue un momento inolvidable. Gracias a la increíble facultad de Lesley, en particular a Susan Goodman, Tracey Baptiste, Michelle Knudsen, Jason Reynolds y David Elliott, así como a mi divertido grupo de talento extraordinario: Stephanie Willing, Devon Van Essen, Candice Iloh, Michelle Calero y Gaby Brabazon.

A las lectoras que me disteis vuestra opinión al principio, os estoy eternamente agradecida: Cynthia Mun, Ellen Oh, Nafiza Azad, Amanda Foody, Amanda Haas, y Ashley Burdin. Hoy este libro no habría sido lo mismo de no ser por vosotras. A mis colegas críticos: Janella Angeles, Alex Castellanos, Maddy Colis, Mara Fitzgerald, Christine Lynn Herman, Erin Rose Kim, Claribel Ortega, Katy Rose Pool, Akshaya Raman, Meg RK, Tara Sim y Melody Simpson. ¡Me asombra vuestro talento y me siento honrada de formar parte de este grupo de escritores! Y a mis queridos amigos: Karuna Riazi, David Slayton, Michelle Thinh Santiago, Veeda Bybee, Sonja Swanson, Lauren Rha y Ashley y Michelle Kim, vuestro apoyo ha significado muchísimo para mí.

La chica que se entregó al mar habla de muchas cosas, pero, para mí, la primera y principal es la familia. A la mía: los AZ Chos, Como Helen, tío Doosang, Adam, Sara, Wyatt, Alexander, Saqi, Noah, Ellie y Zak; los FL Chos, Como Katie, tío Dave, Katherine, Jennifer, Jim y Lucy; los DePope, Como Sara, tío Warren, Christine, Kevin y Scott; los Goldstein, Como Mary, tío Barry, Bryan y Josh; Heegum Samchon y ; Heemong Samchon, tía Haewon, Wusung, Bosung, Minnie, Josiah y Ellie; Heesung Samchon, , Boosung, Susie y Sandy; Emo, Emo Boo, Chuljoong Oppa, Nahyun, Bokyung Eonni y Seojun. ¡Y a Toro, el mejor! Os quiero mucho a todos.

A mi hermano, Jason. Hay un motivo por el que la historia de Mina comienza con ella persiguiendo a su hermano. Para ella, él lo era todo. Te quiero y te echo de menos.

A mis abuelos paternos, y , y a los maternos, y ; gracias por mostrarme con vuestro ejemplo que no hay límites para lo que quiera conseguir.

A mamá, papá y Camille: gracias por ser la mejor familia, la más comprensiva y cariñosa.

A mis lectores, a los nuevos y a los antiguos: ¡esto es para vosotros!

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿qué soñará?

Bajo el mar, el dragón duerme,

¿cuándo despertará?

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

La perla de un dragón

tu deseo cumplirá.

Primera edición: febrero de 2023

Primera edición digital: febrero de 2023

Título original: The Girl Who Fell Beneath the Sea

© 2022 Kuri Huang, por la ilustración de la cubierta

Diseño de cubierta: Rich Deas y Kathleen Breitenfeld

Adaptación de la cubierta: Book & Look

Maquetación: Xavi Simó | questions.cat

© 2022, Axie Oh, por el texto

Publicado con la aprobación de Feiwel & Friends, un sello de Macmillan Publishing Group, LLC Limited Partnership, y a través de Sandra Bruna Agencia Literaria SL. Todos los derechos reservados.

© 2023, Scheherezade Surià López, por la traducción

© 2023, Elastic, por esta edición

Dirección Editorial: Pema Maymó

Elastic es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

ISBN: 978-84-19478-20-7

Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.